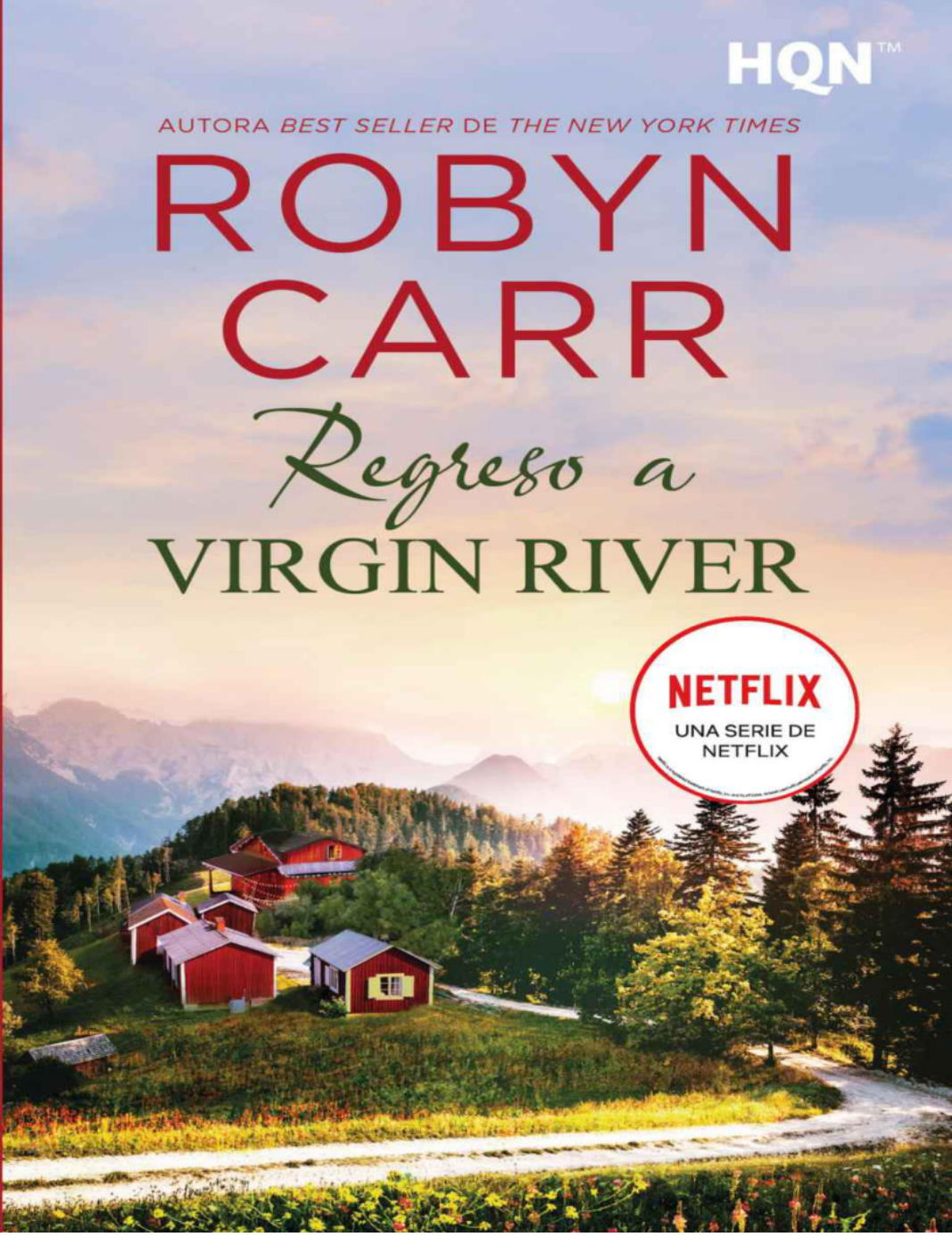
HQN™

AUTORA *BEST SELLER* DE *THE NEW YORK TIMES*

ROBYN CARR

Regreso a VIRGIN RIVER

NETFLIX
UNA SERIE DE NETFLIX



ROBYN CARR

Regreso a VIRGIN RIVER

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

© 2020, Robyn Carr
© 2022 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Regreso a Virgin River, n.º 266 - noviembre 2022
Título original: Return to Virgin River
Publicada originalmente por Mira™ Books, Ontario, Canadá

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S. A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, HQN y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1105-882-7

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Epílogo

Para Melanie Stark, con amor, y en memoria de mi querida Cindy Stark Stoeckel.

Capítulo 1

Kaylee Sloan tardó tres días en llegar conduciendo desde Newport, California, a Humboldt County. Podría haberlo hecho en mucho menos tiempo, pero ni siquiera lo intentó. Por el camino visitó a un par de amigas; Michelle, que vivía en San Luis Obispo, y Janette, que vivía en Bodega Bay. Las quería mucho desde que era pequeña, porque, en realidad, habían sido amigas de su difunta madre. Las visitas no solo fueron un descanso muy de agradecer en un largo viaje, sino que, además, necesitaba su cariño.

Kaylee se dirigía hacia las montañas del norte para escribir durante un retiro de seis meses. Había recogido casi todas sus cosas y había alquilado una casa en Humboldt County a unos viejos amigos de la familia. El pueblo más cercano era un municipio muy pequeño llamado Virgin River, que ella conocía vagamente. Ya había estado en aquella casa de montaña, dos veces con su madre y dos veces sola. Allí no tendría distracciones. Era escritora de novelas de suspense y tenía que cumplir con el plazo de entrega de un libro. Había sido muy difícil escribir durante aquel último año, cuidando de su madre debido al empeoramiento de su salud y, finalmente, teniendo que enfrentarse a su muerte.

De camino hacia el norte desde Bodega Bay, el paisaje era cada vez más impresionante. Tal y como recordaba, tenía un efecto calmante. Las secuoyas eran majestuosas, las montañas eran verdes y boscosas, el azul del cielo era muy intenso y las vistas del océano, interminables. Ella vivía en Newport Beach, así que estaba muy familiarizada con el paisaje del mar, pero ¡aquellos árboles! Eran inmensos, poderosos.

La casa de Virgin River era de unos amigos de su madre, Gerald y Bonnie. Era su casa de verano desde hacía treinta años y, cuando ella le había comentado a Bonnie que sería buena idea cambiar de ambiente para alejarse de las cosas que le recordaban constantemente la muerte de su madre, Bonnie se la había ofrecido.

—La familia dejará de ir a finales de julio —le dijo Bonnie—. Dudo que nadie quiera ir en otoño. A lo mejor quieren acercarse un par de mis hijos con sus familias, pero también lo dudo.

Kaylee no tenía ningún problema con eso. Conocía de toda la vida

a los cuatro hijos de los Templeton, y sabía que la cabaña era grande y acogedora. El mobiliario era cómodo y había mantas suaves y cojines por todos los sofás. La zona de la gran chimenea de piedra estaba delimitada con gruesas alfombras. Y el porche era perfecto. Desde allí se divisaban las montañas y los valles, y se disfrutaba de unos maravillosos atardeceres. En otoño, los colores del bosque dejaban a cualquiera sin respiración.

Necesitaba alejarse de Newport Beach, estar aislada para poder concentrarse y terminar el libro en la fecha convenida por contrato. El hecho de vivir en casa de su madre le resultaba demasiado doloroso y tenía que empezar de cero.

Ella había sido hija única. Sus padres se habían separado cuando tenía cinco años y divorciado cuando tenía seis. Después de dos años, su padre había ido distanciándose hasta que, más que un padre, había pasado a ser un conocido. Él se había casado de nuevo y había tenido más hijos. Después, había vuelto a casarse y divorciarse en otras dos ocasiones, y ella seguía pensando que pronto aparecería la cuarta esposa. En las pocas ocasiones en las que ella había coincidido con las otras familias de su padre, había sido amable, pero también había sentido desinterés. Nunca entendió cómo era posible que su padre hubiese dejado a su madre, una mujer espectacular, por aquellas sustitutas, mucho peores. Nunca había tenido un vínculo fuerte con él ni con ninguna de sus otras mujeres e hijos.

Y, en realidad, él tampoco había tratado de mantener el contacto hasta hacía poco tiempo. Parecía que la enfermedad de su madre lo había impactado y había generado en él un interés súbito en la familia a la que había abandonado hacía tantos años. Y, con la muerte de Meredith, el interés de Howard Sloan había aumentado aún más.

Meredith había sido una presencia constante en su vida. Siempre habían estado solas, y su infancia había sido normal y feliz. Su madre siempre lo había sido todo para ella: su amiga, protectora, animadora e ídolo. Pero a Meredith le habían diagnosticado cáncer de pulmón, a pesar de que nunca había fumado ni había vivido cerca del amianto, ni había trabajado en un ambiente de riesgo. Los médicos le habían dado una esperanza de vida muy elevada y todo el mundo creía que iba a superar la enfermedad, pero se habían equivocado. Falleció a los seis meses del diagnóstico.

Kaylee se quedó hundida. Durante aquellos seis meses de tratamiento y los seis meses posteriores a la muerte de su madre, no había podido escribir una palabra. Era una autora bastante conocida de novelas de suspense. No era rica ni famosa, pero sí era conocida en el ambiente literario, entre los escritores, los bibliotecarios y los grupos de lectura. Se ganaba bien la vida y había trabajado mucho para llegar a ese punto. Su editorial la había apoyado y le había

concedido varios aplazamientos para la entrega del manuscrito, pero, en aquel momento, el hecho de no publicar un libro durante dos años podía tener un impacto muy negativo en su carrera.

Por ese motivo, necesitaba un cambio de aires y necesitaba recuperar su determinación para volver al trabajo. Sabía que su madre lo hubiera querido así. Siempre había sido su mayor admiradora y todo su apoyo cuando estaba intentando publicar un libro o empezaba a salir con algún hombre nuevo. Ella siempre había estado a su lado, en su equipo.

Se preguntaba si alguna vez iba a conseguir recuperarse de la pérdida de su madre. Tenía la esperanza de que pasar aquellos seis meses en las montañas la ayudara a empezar de nuevo, pero no sabía qué hacer con la casa de su madre que, ahora, era suya. Su amiga Lucy Roark, que trabajaba en una empresa de alquileres vacacionales, le había ofrecido una solución: alquilarla durante cortos periodos.

—Sería una estupenda casa para ese tipo de alquiler. Yo podría gestionarlo en tu nombre. De hecho, tenemos clientes en todos los continentes, y eso funcionaría en caso de que quisieras irte durante unos meses.

—¿Y eso cómo funciona? —le preguntó ella—. ¿Cierro la puerta y me voy?

—Normalmente, nuestros clientes recogen sus objetos personales. La gente siempre está buscando casas de alquiler amuebladas en Newport Beach.

Ella no tardó mucho en aceptar la oferta de los Templeton, pero tuvo que empeñarse en que aceptaran cobrarle un alquiler. El matrimonio hubiera preferido prestarle la casa, porque la querían.

Entonces, Lucy contrató a un equipo para que recogiera sus cosas y las llevara a un trastero, y solo eso tuvo una gran utilidad. La idea de refugiarse en una casa en las montañas le dio fuerzas para organizar las cosas de su madre y donar lo que no quería conservar. La casa era preciosa, porque Meredith era diseñadora de interiores. Con una limpieza en profundidad y unas manos de pintura, quedó de revista. Unos clientes de la agencia de Lucy, un matrimonio cuyos nietos vivían cerca de la casa, quisieron alquilarla enseguida por un periodo de seis meses, incluida la Navidad. Ella no era capaz de pensar en las fiestas. Sin su madre, iba a ser una época insoportable.

Cuando tenía ocho años, su madre y ella habían pasado varias semanas en la cabaña de Virgin River con los Templeton por primera vez. Bonnie y Gerald eran como de su familia. Sus hijos eran como sus primos. Y, durante los veintiséis años siguientes, había ido de visita varias veces más. El pueblo más cercano era pequeño y apenas tenía servicios. Durante su última estancia, hacía diez años, solo había visto un bar con parrilla ubicado en una cabaña, que había sido un

descubrimiento estupendo. En aquel pueblo no habría ninguna distracción para ella, y estaba deseando llegar para pasar allí el resto del verano y todo el otoño.

Ojalá pudiera rehacer su vida después de la tragedia, continuar, tal y como hubiera querido su madre. Desde su muerte, la idea le había parecido imposible, pero, a medida que subía por las montañas y dejaba atrás Fortuna y las secuoyas, empezó a sentir esperanza por primera vez. Aquella zona estaba llena de recuerdos felices. Había estado acordándose de la cabaña, llena de porcelana antigua, colchas de colores y alfombras lujosas que vestían el suelo de madera maciza, y sabía que era el refugio perfecto. Allí se habían reído, habían dado largos paseos. Ella había ido a pescar con Gerald y dos de sus hijos.

Siguiendo las indicaciones del GPS, tomó una carreta estrecha, flanqueada por grandes árboles. De vez en cuando pasaba junto a un hueco entre los troncos y la luz del sol la cegaba. A lo lejos, vio una voluta de humo. No había pensado en el riesgo de incendio forestal; esperaba que no fuera cerca de casa de los Templeton.

Recordaba que la cabaña estaba en la ladera de una colina. A medida que ascendía, fue sintiendo más y más ganas de escribir. Su obra solía ser mejor cuando la escribía en invierno, con un tiempo nublado, húmedo y frío, tanto como para encender la chimenea a las seis de la mañana y poder quedarse en casa trabajando todo el día. Normalmente, el invierno en Newport era suave y soleado, pero los días oscuros, ella se atrincheraba en casa y se perdía en su historia. Ya estaban en agosto, así que no faltaba mucho para que cambiara el tiempo y entraran en los meses más propicios para pasar largos días de chimenea.

Después de veinte minutos, cuando hubiera recorrido otros dieciséis kilómetros, llegaría a su destino. En su zona solo había unas cuantas casas, bastante separadas, todas ellas situadas por encima de la carretera y alejadas de ella. Se dio cuenta de que junto a una de las viviendas había camiones de bomberos. Por el camino de acceso, que estaba bloqueado por varios pick-ups, bajaban ríos de agua. Los bomberos estaban enrollando las mangueras. Pudo ver que el fuego había calcinado un lateral de la casa, y que las llamas habían quemado el exterior desde el interior de las ventanas de la buhardilla.

—Pobre gente —dijo ella, en voz alta.

Las flores que adornaban el camino de entrada estaban pisoteadas y aplastadas, y el lodo fluía en ríos hacia la carretera principal. Había un grupo de hombres en la parte delantera de la casa.

—*Su destino está a la izquierda* —dijo la voz del GPS.

Kaylee redujo la velocidad y paró el coche. Miró a su alrededor en busca de otra casa, pero no la encontró. Y el número del buzón de correos confirmó la mala noticia: su refugio, su casa en las montañas,

había quedado reducida a cenizas.

—Oh, mierda —musitó.

Se fijó en los camiones de bomberos. Uno de ellos tenía un letrero que decía *Voluntarios de Virgin River*. El otro era más grande y su letrero decía *Cal Fire*. Bajó del coche y se dirigió hacia el grupo de hombres. Algunos llevaban monos ignífugos de color amarillo y otros, simplemente, pantalones vaqueros y camisas a cuadros. Supuso que los últimos estaban solo observando.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó al primer hombre con quien se cruzó.

Tenía el pelo cano, la barba incipiente y los ojos azules. Se rascó la barbilla.

—Un incendio —dijo.

—¡Es obvio! ¿Hay algún herido?

—No, la casa estaba vacía desde el Cuatro de Julio. Había oído decir que la habían alquilado, pero supongo que ya no va a poder…

—Era yo —dijo ella—. Dios santo… ¿Se sabe cuál ha sido la causa del incendio?

—Supongo que los chicos de Cal Fire ayudarán a averiguarlo. No había tormenta y rayos. El cielo está despejado. Fue una suerte que el cartero viera humo y nos avisara, porque, si no, toda la colina se habría quemado. Habríamos estado aquí durante días —dijo, mientras se enjugaba la frente.

—¿Ha llamado alguien a los dueños, los Templeton?

—Los bomberos llamarán en cuanto consigan el número. ¿Lo tiene usted? Si lo tiene, puede llamarlos. No es un asunto secreto. Pasará un tiempo antes de que se descubra cuál fue la causa del incendio y cuáles son los daños.

El bombero se dio la vuelta y miró el desastre, cabeceando.

—Espero que tenga otro sitio donde alojarse.

—No. Eso va a ser un problema —dijo ella—. Supongo que encontraré algún hotel en el camino de vuelta a la costa. A menos que haya alguno en esta zona.

Él estaba haciendo un gesto negativo.

—No. Yo puedo dejarle mi sofá, si está muy apurada —dijo.

Uno de los hombres que llevaba mono amarillo se acercó a ellos. Llevaba una pala en la mano.

—¿Te he oído decir que conoces a los dueños?

—Sí, los conozco de toda la vida. Les alquilé la casa. Acabo de llegar y me he encontrado con esto.

—La cosa está muy fea por dentro —dijo él—. Se puede arreglar, pero no se puede arreglar rápidamente. Nadie puede quedarse aquí esta noche, ni hasta dentro de un mes, en realidad.

—¿Se sabe cuál es la causa?

—No soy investigador, solo un bombero viejo. Sospecho que fue una manta eléctrica. Me parece que el fuego se originó en uno de los dormitorios, sobre la cama.

—¿Se dejaron una manta eléctrica encendida? —preguntó ella—. ¿Y eso pudo causar el incendio?

—No es necesario que estuviera encendida —respondió el bombero —. Lo mejor es esperar a que el investigador haga las pesquisas y pueda explicarlo, pero yo ya he visto más casos como este. Creo que esta casa ya no está en alquiler.

—¿Qué le voy a decir al señor Templeton? —preguntó ella.

—Puede empezar diciéndole que ha habido un incendio en su casa, bastante malo, y que, aunque no ha quedado destruida, por el momento es inhabitable. Llamaremos a alguien para que venga y se asegure de que queda bien cerrada y de que ponen tablas en las ventanas para que nadie pueda entrar. No querría que nadie resulte herido, ni haya robos o daños adicionales. Por aquí no hay mucho de eso, pero… —el bombero se encogió de hombros—. Los daños son considerables.

—Ya lo veo —dijo ella.

—Lo siento por sus vacaciones —dijo el primer hombre.

—No había venido de vacaciones —respondió ella—. He venido a trabajar. Alquilé la casa durante seis meses para poder terminar un trabajo. ¿Puedo echar un vistazo al interior? Así podré decirle a Gerald qué aspecto tiene todo.

—No se puede entrar. Está muy caliente y humeante, y es inestable —dijo el bombero—. La acompañaré a la parte trasera y encenderé un foco para que pueda mirar por la ventana al interior. Es posible que vea algo. En la cocina, la mayor parte de los daños los ha causado el humo, pero en el piso superior los daños son del fuego y, por lo tanto, más graves. Pero no es posible ver eso hasta dentro de un tiempo.

—Está bien. Vamos a echar un vistazo —dijo Kaylee, y se estremeció.

Aquello era una desgracia. Los Templeton tenían aquella casa en las montañas como un tesoro. Cuando sus hijos eran pequeños, pasaban muchísimo tiempo allí. Algunas veces, Bonnie y los niños estaban todo el verano, y Gerald iba en avión desde Los Ángeles siempre que podía escaparse. Y, ahora, les encantaba ir con sus nietos.

Era una casa de piedra preciosa, con porches muy amplios en las fachadas delantera y trasera. El interior, aunque sencillo, era muy bonito. Las paredes estaban enyesadas y tenían detalles en madera. La cocina era grande, con una gran barra de desayunos, y la chimenea del salón proporcionaba un ambiente muy acogedor. La escalera hacia el segundo piso era abierta, y también había un sótano que estaba terminado solo en parte, y que Bonnie quería convertir en bodega.

Kaylee siguió al bombero hasta el porche de la parte trasera. Una parte del techo se había descolgado, pero el hombre continuó su camino rodeándolo, y ella lo siguió. El bombero apuntó con su luz hacia la ventana de la cocina, y Kaylee miró al interior. Se le escapó un jadeo al ver que todo estaba ennegrecido.

—Son daños provocados por el humo y por el agua de las mangueras. No está quemado.

Después, dirigió el foco hacia la ventana del salón. Parecía que aquella estancia no había sufrido en absoluto. Ni siquiera el mobiliario estaba afectado.

—Supongo que las llamas no llegaron al piso bajo. Pero el tejado está muy dañado y lo más probable es que se hunda. Necesitarán reponerlo entero, estoy seguro.

—Y otras muchas cosas —dijo ella, con un nudo en la garganta.

Empezó a tener recuerdos de varios niños sentados alrededor de la mesa de centro, jugando al Monopoly o al Scrabble. De las tiendas de campaña improvisadas, hechas con mantas viejas y con sacos de dormir, en aquel mismo porche de atrás. Toby, el más pequeño de todos, no consiguió nunca pasar una noche entera en una de aquellas tiendas.

Recordó también una ocasión en que su madre estaba llorando, deprimida… ¿Fue en la época de su divorcio? Y, también, otras veces en las que su madre y ella habían estado allí solas, felices y despreocupadas. Eso tuvo mucho que ver con la nueva pareja de su madre, Art. Él estuvo con ella, al menos, durante dos años, y había contribuido a mejorar mucho el estado de ánimo de Meredith. No recordaba que su madre se hubiera quedado desconsolada cuando terminó su relación con él. Ella le había preguntado qué había sucedido, pero la respuesta fue muy poco esclarecedora, algo así como que las cosas habían seguido su curso y que, por supuesto, iban a ser amigos.

—No creo que usted, como arrendataria, tenga el deber de llamar al dueño y explicarle todo esto —le dijo el bombero, sacándola de su ensimismamiento.

Ella se secó una lágrima.

—Son amigos íntimos. Claro que voy a llamarlos.

Sacó el teléfono móvil e hizo fotografías del techo descolgado del porche, y trató de fotografiar también, a través de las ventanas, el salón y la cocina, aunque las imágenes aparecieron oscuras y turbias.

—Se van a llevar un disgusto enorme. Les encanta esta casa —dijo.

—Los bomberos los llamarán de todos modos —respondió él—, pero hágalo usted también si quiere. Dígales lo que ha explicado el capitán y, además, explíqueles que en este momento no pueden hacer mucho, que, si no quieren, no tienen por qué venir a toda prisa.

Deberían ponerse en contacto con la aseguradora, eso sí.

—Voy a llamarlos ahora mismo —respondió ella—. Oiga, llevo varias horas conduciendo y necesito resolver el problema de mi alojamiento para esta noche. ¿Hay algún bar o restaurante por aquí cerca?

—En el pueblo tiene Jack's Bar and Grill —dijo el hombre—. También puede retroceder hasta Fortuna. Allí encontrará muchos sitios para comer y varios moteles. Jack's está a unos diez minutos, y Fortuna, a unos cuarenta. ¿Ha venido sola?

—Sí, sola —respondió ella, y sintió una oleada de tristeza y de anhelo por su madre. Su mejor amiga. Su alma gemela.

La recogida y retirada de dos camiones de bomberos era muy ruidosa, pero Kaylee casi estaba agradecida, porque no iba a poder llamar a Gerald y a Bonnie hasta que las cosas se calmaran. Encontró el tronco grueso de un árbol caído al otro lado de la carretera, donde había aparcado el coche, y se sentó allí. Eran casi las cuatro de la tarde y estaba intentando contener las lágrimas, no tanto por la casa, sino por los recuerdos. Su intención era alejarse un poco de los dulces recuerdos de su madre, pero, al ir a aquella casa, se había acordado de muchas más cosas.

Cuando, por fin, llamó a los Templeton, se había quedado completamente sola. El lugar estaba muy silencioso.

—Hola, ¿Gerald? Soy Kaylee. He llegado a Virgin River y tengo malas noticias.

—Sé lo que ha pasado, Kaylee. Me llamó el jefe de Cal Fire hace media hora. Me dijo que estabas allí y que has visto la casa. Cariño, lo siento muchísimo. ¡No entiendo qué ha podido pasar!

—Han dicho que sospechaban de una manta eléctrica.

—Sí, me lo dijo, pero me parece poco probable. Nunca dejamos nada enchufado cuando nos vamos, salvo la nevera.

—Entonces, supongo que habrá que esperar a que terminen la investigación. Es un desastre, Gerald. No está completamente destruida, pero es un desastre. Lo que no dañó el fuego lo dañó el agua. El bombero con el que hablé me dijo que alguien volvería para tapar las ventanas y asegurarse de que no entraba nadie. Puedo enviarte un mensaje de texto con fotografías, pero quería hablar contigo primero.

—Por favor, Kaylee, envíame las fotos.

—Las envío mientras hablamos, así puedes hacerme las preguntas que quieras.

Puso el teléfono en altavoz y envió un mensaje a un grupo.

—Dios mío —dijo él al ver las fotos, con la voz enronquecida.

—El bombero me dijo que deberías llamar enseguida a la aseguradora, pero que no hay motivo para que vengáis aquí rápidamente.

—Oh, cariño —dijo él—. Justo cuando estabas empezando a recuperarte, que suceda algo así…

—Tu preciosa casa —respondió ella—. Sé cuánto cariño le tenéis.

—Nos encantaba pensar que ibas a quedarte allí —dijo él—. Gracias a Dios que estaba vacía cuando empezó el incendio. Tardarán en averiguar la causa y el coste de los arreglos, pero, en cuanto me entere, te avisaré. ¿Vas a volver a casa ya?

—Bueno, esta noche no. Ya he conducido suficiente para un día. Voy a comer algo y a buscar un motel. Creo que hay un bar restaurante en el pueblo, ¿no? ¿Jack's?

—Sí, Jack's —dijo Gerald—. Ya llevan allí diez o doce años. Lo conocemos. Dile que eres amiga nuestra y pídele que te recomiende algún sitio bueno para quedarte esta noche. Conoce a todo el mundo.

—Muy bien, te diré dónde me voy a alojar en cuanto lo sepa.

Kaylee se acordaba de Jack's, aunque le pareció mucho más grande que la última vez que había estado allí. Era una cabaña de dos pisos que estaba en el centro del pueblo, entre un grupo de casas, con un jardín muy grande. No había letrero de neón que anunciara que se trataba de un bar. De no ser porque había cinco hombres reunidos en el porche tomándose unas cervezas, habría parecido una vivienda más.

Había camiones aparcados en la calle, además de un par de coches y de todoterrenos. Parecía que Jack's estaba abarrotado.

Aparcó y fue hacia el porche. Fue un poco intimidante, hasta que reconoció a dos de los chicos que estaban allí. Eran dos de los bomberos, que se habían quitado el uniforme. Uno de ellos sonrió.

—¿Está bien, señorita?

—Sí, gracias. Pero creo que necesito tomarme una cerveza o algo.

—Sí, hágalo. Y, si necesita ayuda en algo, avísenos. Aunque no fuera su casa, usted iba a vivir allí antes de que se incendiara.

—Gracias, es muy amable por su parte.

—Tenemos una asociación para ayudar a las víctimas de incendios. Ya sabe, comida, ropa, ese tipo de cosas.

—Bueno, por suerte, todavía no me había mudado, así que no he perdido nada.

—De todos modos, una experiencia así puede ser angustiosa.

Ella le sonrió. Eso era muy sensible por su parte.

Uno de ellos le abrió la puerta del bar y se la sostuvo para que pudiera pasar.

Cuando entró en el local, miró a su alrededor. Era casi como ver un pueblo en una habitación.

Había un par de ancianas sentadas en una mesa que estaba al lado

de la chimenea. Una familia entera, con cinco hijos pequeños, ocupaba una mesa, y en los taburetes de la barra había al menos seis hombres. Dos parejas de mediana edad ocupaban otra de las mesas y estaban riéndose y charlando mientras se tomaban una copa. También había una mesa para cuatro, ocupada por cuatro mujeres que tejían mientras se tomaban unas cervezas y unas copas de vino. Una de las camareras llevaba una bandeja llena de comida, y detrás de la barra había un par de hombres. Uno de ellos era muy guapo, de unos cuarenta años, con el pelo castaño y canoso, y el otro, con el pelo del color negro del carbón, también con algunas canas.

Kaylee fue hacia un extremo de la barra y se sentó en un taburete. El tipo guapo de pelo castaño se acercó rápidamente, limpió la barra y le puso una servilleta delante.

—Buenas noches —le dijo—. ¿Qué va a tomar?

—¿Por casualidad tiene un buen chardonnay frío y unos cacahuetes?

—Sí, por supuesto —dijo él.

—¿Y hay por aquí un señor llamado Jack?

—Soy yo.

—Ah…, bueno, es que yo iba a instalarme en casa de los Templeton antes del incendio, y ahora no tengo dónde quedarme esta noche. Hablé con Gerald Templeton y me pidió que le saludara. Además, me dijo que seguramente usted conocería un buen alojamiento para recomendarme. ¿Conoce un buen motel u hotel que no esté demasiado lejos?

—¡El incendio! —exclamó Jack—. Me he enterado. Vaya, qué pena, esa casa es preciosa, y los Templeton son estupendos.

—Son amigos muy antiguos de mi familia. Los conozco desde que tenía seis años.

—Permítame que le traiga su copa de vino y podemos charlar.

Entonces, él se puso a trabajar detrás de la barra, y volvió un momento después con el vino.

—Mike, sustitúyeme un momento, ¿de acuerdo?

—Sí, claro —dijo Mike.

Él le sirvió la copa de vino y un cuenco de cacahuetes y otro de pretzels. Después, se estrecharon las manos y se presentaron.

—Entonces, ¿los Templeton iban a venir a pasar una temporada?

—No lo tenían pensado. No sé si cambiarán de planes, teniendo en cuenta los daños de la casa. Yo se la había alquilado. Necesitaba un cambio de aires en algún lugar tranquilo, e iba a pasar allí seis meses, aunque era posible que alguien de la familia viniera de visita un fin de semana.

—¿Y ahora estás aquí sin casa?

—Sí. Alquilé mi casa de Newport, así que no puedo volver. Mis inquilinos estaban deseando instalarse. Por suerte, tengo amigos en Los Ángeles, aunque no tienen exactamente vidas muy tranquilas…

—¿Y no podrías explicárselo a tus inquilinos?

—Supongo que sí, pero, en realidad, tengo un compromiso con ellos, y parecían gente muy agradable que quería vivir una temporada cerca de sus nietos. Y yo solo soy una persona. Tengo más facilidad para encontrar un hueco en alguna parte. Solo tengo que pensar dónde. Y mientras…

—Mientras, deja que te invite a cenar. Salmón, arroz, espárragos, maíz a la brasa… Está delicioso.

—Sí, parece estupendo.

—Y también puedo ofrecerte un sitio donde dormir. Me temo que sería algo temporal. Tenemos una casita de invitados en el jardín trasero, pero mi hermana va a venir a vernos a finales de la semana que viene, así que está ocupada.

—Eres muy amable. Ni siquiera me conoces. Puedo ir a alojarme a algún sitio de Fortuna, o en cualquier lugar que tú me recomiendes.

—Entiendo que prefieras no quedarte en casa de desconocidos —le dijo él—. Pero no tienes por qué marcharte conduciendo a la costa, sobre todo, si todavía no has podido hacer un plan. Voy a llamar a mi mujer, Mel. Ella es muy flexible.

—¿Normalmente ofreces alojamiento a las personas que entran en tu bar? —le preguntó ella.

Él se quedó sorprendido.

—Iba a decirte que no, pero la verdad es que, cuando surge una situación que deja a alguien sin una cama y un baño, sí me he ofrecido. También tenemos una cabaña cerca de aquí. Esa también está muy solicitada, sobre todo cuando hace buen tiempo.

—No quisiera molestar.

—Piénsalo mientras atiendo a los demás clientes. Cuando te hayas tomado la copa de vino, te traigo la cena. Y, cuando hayas terminado, ya sabrás lo que quieres hacer. Serás bienvenida, porque eres amiga de unos amigos. Conozco a Gerald y a Bonnie desde que llegué al pueblo, hace unos diez años. Me caen muy bien. Creo que Gerald me ayudó con el tejado de esta casa cuando solo era una cabaña pequeña. Desde entonces la hemos ampliado al doble.

—Gracias, Jack.

Mientras cenaba, varios de los clientes del bar se acercaron a preguntarle si estaba bien y si necesitaba algo, porque medio pueblo se había enterado ya de lo ocurrido. Cuando terminó, estaba saciada y relajada. Jack le llevó una taza de café, aunque ella no se la había pedido.

—¿No quieres ir a mi casa a ver la cabaña? Puedes pasar allí un par de días, si quieres, y mirar por la zona por si encuentras otras casas en alquiler. Tal vez no se te hayan estropeado los planes, después de todo. Algunas veces, las cosas se arreglan. Toma la dirección. No está lejos, y Mel te está esperando.

—Eres increíblemente bueno —dijo ella.

—No cuesta nada ser amable, ¿no, Kaylee?

Capítulo 2

No hizo falta convencer mucho a Kaylee para que se dirigiera a casa de los Sheridan. Era un lugar precioso. La carretera de entrada a la finca ascendía hasta un llano en el que se alzaban dos hermosas casas de estilo rancho con unos porches gemelos orientados al oeste y con interminables vistas al valle. Desde allí se divisaban pastos, cultivos, viñedos, casas dispersas y ganado.

El camino dibujaba una i griega y, si uno giraba a la izquierda para dar la vuelta a la casa, llegaba a la cabaña de invitados de la parte trasera, más allá de una zona de juegos con columpios, un aro de baloncesto y un minigolf. En el porche delantero había una mujer sentada, haciéndole una trenza a una niña. ¿Serían la esposa y la hija de Jack?

Kaylee detuvo el coche y bajó.

—¿Señora Sheridan? —preguntó.

—Sí, soy Mel —dijo ella—. Y tú debes de ser Kaylee.

—Sí, señora.

—Por favor, llámame Mel. Ven a sentarte conmigo. Vamos, Emma, ve a bañarte y yo subo enseguida. Ven, Kaylee. Esta noche hay un cielo precioso, con un millón de estrellas. La luna parece una lámpara que ilumina todo el valle. Es casi mi momento favorito del día. Jack me ha dicho que has tenido una jornada muy estresante.

Nada más conocerla, Kaylee se dio cuenta de que Mel tenía algo especial. Era como una manta cálida, acogedora y protectora, y completamente accesible.

—Ha sido una sorpresa desagradable, sí —dijo Kaylee.

—Me explicó que tenías alquilada la casa de los Templeton, pero no me ha dicho por qué has venido a Virgin River —dijo Mel—. ¿Habías estado aquí más veces?

—Sí, unas cuantas. La primera vez, de niña, con mi madre. La última vez vine hace diez años, más o menos. Creo que, en aquel entonces, el bar era muy nuevo, y recuerdo haberme alegrado de verlo. Hasta ese momento, no había ni siquiera un sitio donde ir a comer. Los Templeton son amigos de mi familia desde siempre, y ellos me ofrecieron la casa para pasar unos meses de retiro.

—Ah —dijo Mel—. Una persona educada dejaría ahí el tema, pero yo tengo la maldición de padecer una enorme curiosidad. Si es algo demasiado personal, dime que no es asunto mío, pero ¿por qué necesitabas un retiro?

—Es una larga historia.

—No estoy nada cansada —respondió Mel, sonriendo—. Pero si no quieres hablar de ello…

—Bueno, creo que todo se reduce a huir del dolor. Soy escritora de novelas de suspense. He tenido algún éxito modesto, y me queda un libro para cumplir con un contrato. Pero es que lo he pasado muy mal escribiendo. No soy capaz. Hace un año, a mi madre le diagnosticaron un cáncer de pulmón. Los médicos fueron optimistas, pero mi madre no se recuperó, murió en diciembre del año pasado. Yo estaba viviendo en su casa, la cuidé durante toda su enfermedad y, después de que muriera, seguí allí. Sin embargo, no podía escribir ni una frase porque no podía pensar en otra cosa que en ella. Necesitaba cambiar de entorno, así que decidí buscar otra casa para pasar seis meses y poder terminar el libro que tengo que entregar. Después —dijo, encogiéndose de hombros—, no sé qué haré. Tal vez busque un trabajo en el ámbito de la enseñanza. Después de la universidad estuve dando clases un tiempo, y escribía por las noches, los fines de semana y en vacaciones. Pero puede que ya no sea capaz de escribir nunca más.

—Lo siento mucho, Kaylee. Debes de echarla mucho de menos.

—Muchísimo. Es difícil de soportar. Estábamos muy unidas. Soy hija única, y ella era mi mejor amiga. Sus amigos eran mis amigos, y los míos, suyos también. Se leyó todos los libros que escribí antes de que se los enviara a la editora. Sin ella estoy perdida. Sabía que las cosas iban a ser así durante un tiempo, pero tengo la sensación que voy a peor, no a mejor.

—¿Tienes que terminar ese libro? Quiero decir, ¿no tienes otras opciones?

—Podría devolver el anticipo, sí, pero no estoy lista para rendirme todavía. El hecho de escribir, de contar una historia, siempre me absorbía. Me salvaba. Hasta ahora.

—No es de extrañar. Has sufrido una pérdida enorme. Pero creo que hiciste algo muy inteligente viniendo aquí. Un cambio así puede ser muy bueno. ¿Sabes lo que yo aprendí sobre el dolor de un duelo? Siempre está ahí, y siempre es el centro de tu vida, hasta que, de repente, tienes un día bueno, y te preguntas si ese dolor se ha ido. O si se ha hecho más pequeño. No es así —explicó Mel, y cabeceó—. Es igual, porque tu madre siempre será tan importante como ahora. Pero tu mundo se hará un poco más grande, y tu dolor parecerá más pequeño. Fuiste muy valiente al dar el paso de venir aquí, porque ese

cambio hará que tu mundo sea más grande.

—Siempre voy a echar de menos a mi madre —dijo Kaylee, con los ojos llenos de lágrimas.

—Por supuesto —dijo Mel—. Pero tu mundo se expandirá, es algo inevitable. Jack me dijo que te dio de cenar. ¿Te apetece una taza de té con miel?

—Me encantaría.

—Pues vamos a entrar en casa y preparamos juntas el té. En la casita de invitados hay una nevera pequeña y un microondas. Podemos buscar en la cocina unas cuantas cosas para que te lleves allí para esta noche —explicó Mel, mientras Kaylee la seguía al interior de la casa principal.

—De hecho, he traído una nevera portátil y una cesta de pícnic llena de comida. Sabía que, cuando llegara a casa de los Templeton, el supermercado más cercano estaría en otro pueblo y que tal vez pasaran uno o dos días hasta que pudiese ir a la compra.

—Muy inteligente por tu parte. Ahora hay una tienda de comestibles pequeña en el pueblo, pero, seguramente, para hacer compras más grandes tendrás que ir a Clear River o a Fortuna. Siéntate, voy a poner el agua al fuego para hacer el té.

Kaylee miró a su alrededor. La cocina era espaciosa, y estaba al lado del salón y el comedor.

—Tu casa es preciosa —dijo.

—Gracias —respondió Mel—. La construyeron Jack y algunos de sus amigos. Después, su hermana y su marido construyeron la que está al lado. Brie es abogada y tiene la oficina en casa, y le encanta hacer senderismo. Si decides quedarte en esta zona una temporada, puede enseñarte buenas rutas. A veces, la naturaleza ayuda mucho. Las vistas son espectaculares.

—Seguramente, volveré a la zona de Los Ángeles, porque la casa que había alquilado no va a estar disponible.

—¿A Los Ángeles? Yo fui a la universidad allí, y trabajé allí mucho tiempo.

—¿En qué trabajas? —preguntó Kaylee.

Mel puso el té en la tetera para que se infusionara y llevó la tetera a la mesa.

—Soy enfermera, y trabajo para la doctora Michaels en el pueblo. La consulta está justo enfrente de Jack's. Mira, tengo una idea. Jack conoce a todo el mundo. Es una especie de ventaja tener el único bar del pueblo. ¿Por qué no le pides que haga un par de llamadas de teléfono y pregunte a algún agente inmobiliario si hay alguna casa de alquiler por la zona que merezca la pena? A lo mejor no tienes por qué marcharte corriendo a Los Ángeles.

—No quiero molestar…

—A él no le importará —dijo Mel—. Siento que no puedas usar la casita de invitados todo el tiempo que quieras; la familia de Jack viene de vacaciones la semana que viene. Además, la cabaña no te valdría todo el tiempo. Necesitas una cocina de verdad, una casa de verdad.

—Y un porche —dijo Kaylee.

—No creo que pase nada por preguntar. Voy a llamar a Jack. ¿Hay alguna cosa específica que quieras?

—Un lugar acogedor. Si tuviera buenas vistas, como las que tienen los Templeton desde su porche delantero, sería estupendo. Como va a empezar a hacer frío, también me gustaría que tuviera chimenea. ¿Tú conoces la casa de los Templeton?

—Conozco a Bonnie y a Gerald, y a dos de sus hijos, pero nunca he estado en su casa.

—Es más grande de lo que yo necesito. Tiene cuatro dormitorios. Pero tiene un salón muy bonito, cocina y porche delantero y trasero. Y las vistas no son tan bonitas como las tuyas, pero se ven las montañas al este y al oeste. Me acuerdo de que tenía el suelo de madera, muchas mantas y colchas antiguas y paneles de madera. No es lujosa, pero es elegante y acogedora. Confortable. Tal y como yo recuerdo esa casa, es como si te abrazara.

—Maravillosa descripción. Deberías ser escritora —dijo Mel, y sonrió—. Espera —añadió, y sacó su teléfono móvil—. Cuando llegamos aquí, hace diez años, no teníamos cobertura en ninguna parte. Yo llevaba un busca, fíjate lo anticuado que estaba este sitio. Jack —dijo, cuando su marido respondió a la llamada—, Kaylee está aquí. Estamos charlando y tomando una taza de té.

Le explicó todo lo que le había dicho Kaylee acerca del alquiler. Se despidió y colgó.

—Está encantado de hacer un par de llamadas en tu nombre. Si quieres, dame tu número de teléfono para que lo tenga en mis contactos, y yo te daré el de Jack y el mío.

Mientras terminaban el té, siguieron hablando y, después, Mel la acompañó a la casita de huéspedes y le abrió la puerta. Era una cabaña preciosa, pero, ciertamente, no tenía el tamaño necesario para una estancia de seis meses. Tenía el tamaño de una habitación de hotel, y ella quería separar el trabajo del resto de la vida cotidiana, a ser posible.

Kaylee volvió a su coche y lo llevó hasta la cabaña. Sacó las maletas, la nevera, la cesta de pícnic y un par de cajas que no iba a deshacer hasta que encontrara un lugar para instalarse a largo plazo, si lo conseguía. Tenía una maleta especial llena de recuerdos de su madre, cosas de las que no soportaba separarse durante mucho tiempo. Estaba bastante segura de que, a la mañana siguiente, volvería a meterlo todo en el maletero y se pondría de camino al sur. Iba a

hacer una lista de gente que podría darle alojamiento un tiempo, hasta que encontrara algo permanente. De hecho, podría llamar a Lucy y pedirle que le buscara una casa de alquiler en algún sitio.

Para cuando se puso el pijama, ya estaba añorando la casa de su madre y, por supuesto, echando de menos a su madre con todas sus fuerzas. Ellas solían hablar por teléfono tres veces al día y se lo contaban todo. Eran un gran apoyo mutuo, y ya no tenía a nadie para llenar ese vacío. Pensó en lo que le había dicho Mel antes de marcharse para dejar que se instalara.

—Puede que sea hora de que te concedas una pausa, un descanso. No se puede acelerar una curación así. Y curarse es más importante que cualquier otra cosa, incluido el hecho de terminar un libro.

Al día siguiente, temprano, Kaylee decidió dar un paseo. Se preparó un café en la pequeña cafetera que había en la casita y salió. Había un par de sillas delante de la puerta de la casa, y se sentó. Todo era brillante y limpio, y el aire era mucho más puro que en casa. Vio a Mel acercándose a la puerta de la casa de al lado con sus hijos y, al poco rato, volver a la suya. La saludó con la mano antes de entrar por la puerta. Unos minutos después, vio la camioneta de Jack alejarse por la carretera. Entonces, así empezaba el día para la gente de Virgin River; seguramente, Jack iba al bar, aunque fuera tan pronto, y Mel, a la clínica.

Ella dejó el café en el suelo, junto a su silla, y dio un paseo hacia la carretera, disfrutando de la vista de la niebla que cubría el valle, notando el frío en la espalda y los brazos.

«Puedo hacerlo», pensó. «Puedo respirar el aire puro de la mañana, despertarme y admirar esta belleza de las montañas, saludar a los vecinos y, después, ponerme a trabajar».

Se duchó, se sentó en la única silla que había en la cabaña, apoyó los pies sobre la cama y se puso el ordenador en equilibrio en los muslos. Abrió el documento, que había dejado por la página número diecisiete. Por enésima vez, empezó a releer lo que había escrito, pero su mente comenzó a divagar antes de llegar al final. Recordó cuando iba a comer con su madre y sus amigas. Pensó en cuando salían de compras, siempre rápidamente, porque a ninguna de las dos les gustaba ir de tiendas. Recordó aquellas noches en las que ninguna de las dos tenía planes y hacían un maratón de alguna serie. Y recordó que, como a menudo leían el mismo libro a la vez, hablaban de él con cuidado para no destriparse el argumento. A ella le encantaba hacer aquello con su madre.

En una ocasión, hacía varios años, tuvo que asistir a un cóctel y no tenía nada que ponerse. Quería tener buen aspecto, porque a la fiesta

también iban a asistir representantes de casas editoriales, otros escritores y libreros. Meredith le había dicho:

—Lo único que necesitas es un vestido negro perfecto.

Y, como su madre también necesitaba uno para otro evento diferente, habían ido juntas de compras. Usaban la misma talla, pero tenían un estilo diferente, así que no podían compartir el vestido. Fueron a una buena tienda de ropa de Los Ángeles y se probaron varios vestidos negros, pero ninguno de ellos les sentó muy bien. La primera elección de Kaylee se ajustaba a su trasero y hacía que pareciera tres veces más grande, mientras que el que se probó Meredith le aumentaba el estómago. Los dos siguientes tenían el efecto contrario: a Meredith le aumentaba el trasero y las caderas y, con el suyo, Kaylee tenía un estómago mucho más abultado. El tercero que se probó Meredith era más apropiado para una chica de diecisiete años y el de Kaylee, para una señora de noventa que iba a ir a un baile.

—Necesitas un Spanx —le dijo Kaylee a su madre—. Voy a pedirle una a la dependienta.

A partir de ese momento, se rieron mucho. Meredith intentó ponerse la faja y ella trató de ayudar a su madre tirando hacia arriba del tejido. Aquel día ninguna de las dos se compró un vestido, pero sí se tomaron una copa de vino durante la comida y siguieron riéndose juntas, además de prometer que volverían a intentarlo una semana después.

Kaylee se estaba riendo al recordarlo, pero acabaron brotando las lágrimas, que se le cayeron por las mejillas. Cuando pensaba en Meredith le sucedían ese tipo de cosas. Tantos buenos momentos perdidos…

—Oh, Dios —murmuró, mientras se secaba las lágrimas.

Recordó lo que le había dicho Mel: que el dolor nunca sería más pequeño, pero que su mundo podía crecer. No estaba segura de cómo podía conseguirse algo así, pero había llegado el momento de intentarlo.

Guardó el ordenador en su bolsa, se la colgó del hombro y fue hacia el coche. Quería ir a Virgin River a tomar un café y, tal vez, un sándwich en el bar de Jack. Intentaría escribir allí durante una hora. Antes de que su madre se pusiera enferma, ella iba a una cafetería o a un restaurante de su barrio llamado Carlisle's, donde podía tomarse una copa de vino y una porción de pizza. Cuando escribía en un bar o una cafetería, le parecía menos una obligación y más un placer.

Mientras caminaba hacia el coche, oyó un quejido y se detuvo. Al principio miró hacia arriba y, después, hacia abajo. Allí, delante de una de las ruedas delanteras, había un diminuto gatito blanco y negro. ¿Qué podía hacer? Lo tomó con ambas manos e, instintivamente, se lo

acercó a la mejilla.

—Aaay. Te has perdido, pequeñín.

Estuvo diez minutos buscando más gatitos, o una gata que pudiera ser su madre, pero aquel cachorro estaba solo.

Y, entonces, hizo lo que todo el mundo decía que no había que hacer. Se lo llevó a su cabaña, le puso un cuenco de agua y le dijo que volvería en una hora, más o menos.

—Vaya, vaya, Kaylee Sloan, justo la persona a la que yo quería ver. Iba a llamarte dentro de un rato —le dijo Jack, al verla entrar por la puerta.

—¿Necesitas que deje libre la cabaña con más antelación? —le preguntó.

—No, claro que no. Pero he hablado con una agente inmobiliaria que se llama Gloria, una mujer muy agradable, y va a ver qué tienen. Le di tu número. Seguramente te llamará pronto.

—¡Vaya, gracias! Eh… ¿Se os ha perdido un gatito?

—¿Un gatito? No. ¿Un gatito? —repitió él.

—Una monada. Estaba solo, al lado de mi coche. Puede que sea una gatita. No sé mucho de mininos.

—¿Y es grande?

—No, cabe en una taza. Negro y blanco.

—Hay gatos asilvestrados por la zona, pero nosotros tenemos perro. Y, con los animales salvajes de las montañas, los gatos sin madre no sobreviven. Si sobreviven, se vuelven salvajes. ¿Dónde está?

—En la cabaña. No podía dejarlo solo. ¿Tenéis perro?

Jack asintió.

—Ralph. Es un border collie. Mi hijo se lo encontró debajo del árbol de Navidad que ponemos siempre en el centro del pueblo, así que tuvimos que quedárnoslo. Es un poco perezoso, pero, seguramente, intentaría pastorear al gato. A nosotros intenta llevarnos a la cocina siempre que puede.

—No he visto al perro —dijo ella, con algo de nerviosismo—. Me dan un poco de miedo. Me mordieron cuando era pequeña. Fue bastante malo. Lo suficiente como para que ahora tenga fobia.

—Ralph no te va a morder. Se queda siempre muy cerca de mi hijo. Eh…, ¿le has dado algo de comer al gato?

—No, solo le he puesto agua y lo he dejado en la cabaña para que no se perdiera ni se hiciera daño.

—¿Y qué vas a hacer con él?

—Tiene que haber algún refugio cerca, ¿no?

—No, deberías quedártelo. Os necesitáis el uno al otro.

—Nunca he tenido gato.

—He oído decir que los gatos son fáciles. A veces son independientes y parece que no les importas, pero mucha gente tiene gatos muy cariñosos. Y este gato es un cachorro, ¿no? Eso te da ventaja. Además, lo has acogido, y eso es un compromiso, a sus ojos. En Clear River hay una tienda de mascotas donde podrás conseguir lo necesario. Te voy a dar la dirección.

—¡Pero si ni quiera sé qué comprar!

—Es una tienda de mascotas —dijo Jack—. Diles que no sabes nada, y ellos te darán lo que necesite el animal. ¿Qué tal en la cabaña? ¿Has dormido bien?

—Muy bien, gracias. Es preciosa —dijo ella, aunque, en realidad, se sentía un poco molesta. ¿Acababa Jack de endosarle un gato?—. ¿Tienes algún sándwich para el desayuno? ¿Y café?

—Claro. Preacher está en la cocina. ¿De qué quieres el sándwich?

—De huevo y queso, por favor.

—Parece fácil. Tardo un momento —dijo Jack. Se fue a la cocina y volvió al poco rato, con un sándwich perfecto cortado en diagonal, acompañado de patatas fritas caseras y una buena rodaja de tomate fresco a un lado del plato—. ¿Algo más? ¿Salsa ranchera? ¿Ketchup? ¿Mayonesa?

—¿Tenéis salsa Cholula?

—Eres mi alma gemela —dijo él, y sacó un frasco de la salsa que ella le había pedido. Después, le sirvió una taza de café y un vaso de agua helada—. Ahora, ten cuidado —le advirtió—. Después de un par de comidas de Preacher, no volverás a cocinar.

Ella le puso la salsa al sándwich, dio un mordisco y cerró los párpados de placer. Era fabuloso.

—También lleva cebolla y pimiento. ¡Genial! —exclamó.

Antes de que se terminara la primera mitad del sándwich, comenzó la magia que siempre se producía en el bar de Jack. La gente entró, la reconoció y se presentó, e intentó pensar en alguna casa que pudiera alquilar. Conoció a Connie, de la tienda de enfrente, a Tom Cavanaugh, que tenía un negocio de frutales, a Jillian, que tenía una pequeña granja agrícola, a Luke Riordan, que tenía varias cabañas cerca del río, y a la doctora Michaels, para quien trabajaba Mel. Todos mencionaron a otros vecinos y, en muy poco tiempo, Kaylee tuvo la sensación de que conocía a todo el pueblo. Cuando terminó de desayunar, apartó el plato.

—Iba a ver si podía escribir un rato aquí, pero tengo que irme a la tienda de mascotas.

—Enhorabuena —le dijo Jack—. Eres la mamá de un minino.

—Todavía no he decidido si me lo voy a quedar.

—Pero ¿por qué no? Todo el mundo necesita una buena compañía. Sobre todo, una escritora. ¿Qué tipo de libros escribes?

—Bueno, de misterio. De suspense.

—¿Eres famosa?

Ella recordó la respuesta que había dado siempre: «Solo para mi madre».

—Casi nadie me conoce. Gracias, Jack. Estaba verdaderamente rico.

—Espero que te conviertas en una de las habituales —dijo él.

Ella le pagó el desayuno y él le escribió la dirección de la tienda de mascotas en una servilleta.

—Intenta no encontrarte más gatitos. Mi hija tiene casi seis años, y es muy vulnerable ante los animales pequeños y monos.

—Iré con los ojos cerrados —respondió ella, riéndose.

Y pensó: «En ocho años no había cambiado nada y, de repente, en un día, parece que la vida puede ser interesante otra vez».

Nunca había tenido una mascota. Cuando era pequeña, sus padres trabajaban y no tenían tiempo de cuidar a un animal. Y, poco después de que ella cumpliera seis años, la mordió un perro en el parque, y eso eliminó la idea de adoptar un cachorro. Por otro lado, su madre tenía alergia a los gatos, así que tampoco esa era una buena opción.

Una de sus amigas tenía dos gatos. Uno de ellos era muy cariñoso y dulce, pero la otra debía de pensar que ella le estaba arrebatando su espacio felino. Nunca había sentido síntomas de alergia cuando estaba en casa de su amiga, así que eso no le preocupaba. Sin embargo, por la cercanía de su madre, nunca se le había ocurrido tener a un gato como compañía.

—Me he encontrado un gatito —dijo, cuando llegó a la tienda de mascotas.

—¿De qué edad?

—No lo sé —dijo, y colocó las manos formando una pequeña bolita.

—¿Macho o hembra?

—Tampoco lo sé.

—Cuando son cachorritos es un poco difícil de distinguir, pero… Bueno, lo mejor es que lo lleve al veterinario cuanto antes. Cabe la posibilidad de que necesite leche maternizada especial para gatos, o… Además, tendrá que esterilizarlo, porque, de lo contrario, tendrá una camada cuando menos se lo espere. ¿Qué necesita?

—Esperaba que usted pudiera decírmelo.

Una hora después estaba de camino a Virgin River, con la parte trasera del coche llena de comida y arena para gatos, un arenero, un rascador, un transportín para llevar al cachorro al veterinario… Y, cuando llegó a casa, se pasó más de una hora de rodillas, buscando al

gatito por todas partes. Lo llamó una y otra vez, pero no oyó ni un ruido. Estaba a punto de rendirse cuando sacó la cabeza de debajo de la cama y algo aterrizó sobre su coronilla con las garras. Y ella gritó del susto. Consiguió agarrar al gatito con una mano y pasó la otra entre su cuerpecillo y el pelo, pensando que iba a encontrar sangre.

—Eres una cosita muy malvada, ¿no? —le preguntó.

Ah, pero tenía una carita muy dulce. Le dio la vuelta para inspeccionar la parte trasera, sin embargo, no consiguió dilucidar si era gato o gata. Esperaba que fuera una chica. Metió la cara en su pelaje suave, y el animal le dio un mordisco en la nariz.

—¡Dios santo! —exclamó ella—. Seguramente, tienes hambre. ¡O tal vez es que eres muy malo!

Entonces, sacó el arenero y lo llenó con la arena para gatos, aunque no estaba muy convencida de que aquello funcionase. Abrió una lata de comida húmeda y puso el contenido junto al bebedero. Para su sorpresa, el cachorro fue directamente al cuenco de la comida. Kaylee se agachó a su lado para poder verlo mejor, y oyó un suave ronroneo.

—Aaay —dijo, y acarició al gatito—. Aún no sé si eres gato o gata, pero te llamaré Kitty.

Cuando el animal terminó de comer, Kaylee lo puso con cuidado sobre la arena, con la esperanza de que surtiera efecto. La dependienta de la tienda de mascotas le había advertido que quizá hicieran falta varios intentos, pero que, al final, el gato haría sus necesidades en el arenero, porque así lo dictaba su instinto. Tenían que enterrar todos sus rastros.

Cada veinte minutos, Kaylee lo puso en la arena y esperó. No ocurrió nada. Al final, Kaylee estaba demasiado distraída como para escribir algo. Se cansó, se puso al gatito en el regazo y comenzó a mantener una conversación silenciosa con su madre.

«Me he encontrado un cachorro de gato. Si tú hubieras estado aquí, habríamos tenido que llevarlo a un refugio, pero a mí me vendrá bien la compañía. Todavía no es una maravilla, pero todos mis amigos escritores tienen perro o gato. Yo preferiría tenerte a ti, pero no tenemos esa opción. Así que ahora tengo un gato que me ha clavado las garras en la coronilla y me ha dado un mordisco en la nariz. ¡Deja de reírte! Estoy haciendo lo que puedo. Aquí estoy, en Virgin River, donde no conozco a nadie y tengo que aceptar la amabilidad de los desconocidos…».

Entonces, como era de esperar, empezó a llorar.

«Te echo tanto de menos… Algunas veces sueño con que estamos juntas, pero no sé si me ayuda o me hace más daño. Oh, mamá, sé que esperas que sea fuerte y lista, y creo que no lo soy. Creo que nunca lo he sido. Sin ti estoy perdida».

Al final, se quedó dormida, con el gatito en su preciosa camita de gatos, a su lado.

A la mañana siguiente, Kaylee se despertó porque alguien estaba arañando algo. El pequeño monstruito estaba rascando las sábanas y se había hecho caca en la cama.

—Maravilloso —dijo ella.

Primero, hizo la limpieza y, después de que Kitty hubiera desayunado y visitado el arenero, Kaylee lo metió en el transportín para evitar que tuviera un accidente o se escondiera. Después se fue a dar un paseo. Aunque el paisaje era precioso y aquella mañana de agosto era fresca, no eran los motivos por los que salía a caminar cada día. Era como una huella de aquellas primeras semanas después de la muerte de su madre, cuando no podía levantarse por las mañanas. En aquellos momentos, trataba de convencerse de que era a causa del agotamiento de haberse encargado del funeral, para el que organizó una reunión de amigos y familia, y por el hecho de no dormir bien por las noches, puesto que la oscuridad le creaba un anhelo cada vez mayor.

Entonces se dio cuenta de que estaba sufriendo una depresión y temió que iba a derretirse, a convertirse en un charco, a desaparecer. Aunque, durante un tiempo, eso le pareció deseable, vio la imagen de su madre, con cara de desaprobación, y eso le proporcionó un estímulo para levantarse, darse una ducha y moverse, cuando, en realidad, ¿a quién le importaba? Se obligaba a sí misma a desayunar, aunque fuera sin hambre, y a ponerse en marcha, cuando lo único que quería era quedarse acurrucada en un rincón.

Lo que le daba fuerzas para continuar era pensar que su madre la estaba viendo y que se pondría contenta al ver que estaba haciendo un esfuerzo. Por eso, dar un paseo cada día se convirtió en un hábito.

Cuando volvió a casa, se dio una ducha y se preparó una taza de café. Se puso el ordenador sobre las piernas y empezó a releer, una vez más, el trabajo que había hecho.

Sin embargo, al cabo de un rato se dio cuenta de que estaba leyendo la página siete por vigésima vez.

—Esto no puede seguir así —dijo, en voz alta—. Tengo que recuperar la inspiración. Si ya no soy capaz de escribir, ¿qué voy a hacer? Cuando se me hayan terminado los ahorros, ¿tendré que irme a vivir a la calle?

—*Miau* —respondió Kitty.

Cuando Kaylee entró en el bar de Jack, era la hora de comer.

Había bastante gente; vio a Mel sentada en la barra y a Jack al otro lado. Se acercó a ellos y ocupó uno de los taburetes.

—Vaya, hola, estaba a punto de llamarte. La agente inmobiliaria, Gloria Patterson, tiene unas cuantas casas en alquiler en la zona, y estaría encantada de enseñártelas, si quieres —le dijo Jack.

—¿Te ha descrito alguna? —preguntó ella.

—Pues… no. Solo me dijo que son bastante bonitas, que un par de ellas tienen porches… Hay una aquí, en el pueblo, y las demás están por las colinas. ¿Quieres comer?

—¿Tenéis ensaladas?

—Sí —dijo Mel—. Han mejorado mucho con las ensaladas cuando la población de mujeres ha aumentado y todas estaban engordando con la comida de Preacher —dijo Mel.

—¿Qué te parece la mitad de un sándwich y una ensalada? —le preguntó Jack.

—Muy bien. Y voy a llamar a la agente inmobiliaria. A lo mejor esta situación se resuelve pronto, pero tengo que deciros que la casita es una maravilla. Mel, quería saber si sería una molestia que usara vuestra lavadora. Tengo que hacer una colada.

No quería mencionar que tenía que lavar las sábanas y la funda del edredón. Temía que la echaran. La gatita era muy pequeña y las manchas apenas se veían, per…

—Por supuesto que sí —dijo Mel—. La puerta trasera no está cerrada con llave, y el cuarto de la lavadora está entre el garaje y la cocina.

—¿Y el perro?

—Ralph no te va a molestar, salvo para pedirte un premio o comida. Es un perro muy bueno. Vamos, date prisa en llamar a Gloria. Me muero de ganas de saber qué tiene.

—Yo, también —dijo Kaylee.

Miró el número que le había escrito Jack en una servilleta y lo marcó.

—Hola, Gloria, soy Kaylee Sloan —dijo, cuando la agente respondió a la llamada.

Entonces, empezó a formular preguntas: ¿estaban las casas amuebladas?, ¿tenían vistas, o, al menos, un entorno bonito?, ¿cuántos dormitorios?, ¿una cocina moderna?, ¿chimenea?, ¿calefacción central?, ¿disponibles para seis meses?, ¿cómo se pagaban las facturas de suministros?, ¿cuánto eran los alquileres? Y, al final, dijo:

—Sí, estaría encantada de reunirme contigo a las tres. Es perfecto.

Después, le contó a Mel lo que había averiguado, y comenzaron a hablar de todo lo relacionado con la vida en aquella zona: los servicios que ofrecían los pueblos cercanos, dónde podía ir, por ejemplo, a

comprar antigüedades, si a ella le gustaban es tipo de cosas, dónde estaban los mejores puestos y tiendas de frutas y verduras, y del mercado de agricultores de Fortuna.

—Dentro de poco empezará a hacer frío y llegará la temporada de las sopas —dijo Mel—. Yo soy mala cocinera, pero Jack cocina de maravilla. Y Preacher, aún mejor. De todos modos, adoro el mercado de los agricultores y, si llevo a casa una caja grande de fruta y verdura, Jack lo convierte en algo delicioso.

—Creo que, después de decidirme por una casa, debería buscar también un Jack para alquilar.

—En eso no puedo aconsejarte. No sé dónde encontrar uno. A mí me pilló por sorpresa —dijo Mel.

En algún momento de aquella conversación, entre risa y risa, Jack les llevó la comida.

—Me encantaría que me contaras cosas de tu trabajo —comentó Mel.

Mientras comían, Kaylee le explicó que era escritora de novelas de suspense, de esas que hacían que te preguntaras qué era ese ruido en mitad de la noche y que revisaras las cerraduras.

—Iré a la librería —dijo Mel—. Me encanta leer, me relaja mucho. Pero te advierto que solo leo ese tipo de libros cuando me siento muy valiente y muy segura.

—¿Qué sueles leer? —le preguntó Kaylee.

—Me encantan las historias románticas. Por el trabajo que tengo, necesito finales felices. Y esperanza. Me gusta leer sobre gente que consigue resolver los problemas.

—Pero sabes que son personajes de ficción…

—Mientras lo estoy leyendo, no me acuerdo de eso —respondió Mel—. Después de que te instales, si necesitas algo, ropa o algo para la casa, te acompaño encantada. Aunque tendré que planificarlo un poco, por los niños y los pacientes. Pero Jack me cubre en el apartado de los niños. Y mi cuñada, que vive al lado, también nos ayuda. Ella trabaja desde casa y tiene una niña, y los primos se entretienen mucho juntos. Podríamos ir de compras y a comer a alguno de los pueblos más grandes. Incluso ir a alguna ciudad un poco más lejos.

—Suponiendo que me instale…

—Disculpad —dijo un hombre con la voz muy grave.

Kaylee alzó la vista y se encontró con unos impresionantes ojos azules. El hombre en cuestión era guapísimo, y ella se quedó muda.

—Hola, Landry —dijo Mel.

—Hola, Mel —respondió él—. Perdona que oyera la conversación, no era mi intención, pero ¿estáis buscando una casa en alquiler?

—Sí, de hecho, voy a visitar varias esta tarde —dijo Kaylee, un poco distraída con el azul de sus ojos.

Él sacó el teléfono móvil.

—Si no encuentras lo que estás buscando, yo tengo una casa que alquilo de vez en cuando. Mi padre y yo vivíamos en parcelas contiguas y, cuando murió, yo me mudé a su casa porque es más grande. La casa que alquilo es muy bonita. Solo tiene siete años y no es grande, pero es muy cómoda. Si quieres verla, puedo darte la dirección.

—¿Vas a estar en casa más tarde?

—El resto del día, sí. Mira, este es mi número. Envíame un mensaje si quieres verla y te daré la dirección. Estoy a diez minutos de aquí, al otro lado de la 36. Te he oído decir lo que querías que tuviera la casa, y la mía tiene porche y vistas.

—Me llamo Kaylee Sloan. ¿Cómo te llamas tú?

—Lo siento —dijo él, y se rio. Tenía la dentadura ligeramente torcida y una sonrisa muy *sexy*—. Me llamo Landry Moore. No tengo deudas pendientes con la justicia. Mel puede darte buenas referencias mías, me curó la bronquitis hace dos inviernos.

—Sí, es seguro —dijo Mel, riéndose.

—Si no nos vemos luego, supongo que ya nos encontraremos por el pueblo —continuó él—. Seguramente, aquí.

—Gracias —dijo Kaylee—. Eres muy amable.

—Un placer —respondió él—. Que tengas suerte con la búsqueda. Mel, nos vemos.

Cuando se marchó, Kaylee miró a Mel, y este arqueó una ceja.

—Debería mantenerme a distancia de su casa —dijo Kaylee—. Es muy guapo. Supongo que tiene mujer y siete hijos.

—Creo que tiene una exmujer. Nada de niños. Es un hombre solitario, pero muy afable cuando aparece por aquí. A mí me cae bien —dijo Mel, con una sonrisa.

Capítulo 3

Mel se fue a la clínica y Kaylee pidió una Coca-Cola *light*. Se sentó en un rincón y sacó el ordenador portátil. Releyó las diecisiete páginas y, por fin, escribió una página con la narrativa en tercera persona, hablando sobre una mujer que quería empezar de cero en una casita de montaña. No era un diario, exactamente, pero tampoco dejaba de serlo. Necesitaba palabras, cualquier palabra, escrita en una hoja. Cualquier cosa que activara el fluir de la escritura.

A las tres, estaba sentada en su coche, delante de la agencia inmobiliaria de Gloria Patterson, que estaba en Clear River. Después de las presentaciones y de una breve conversación, subieron al coche de Gloria y fueron a ver las casas. La primera tenía un porche bonito y buenas vistas, pero, por dentro, estaba hecha un desastre. El papel de las paredes estaba roto y el suelo era de un linóleo anticuado. Los electrodomésticos de la cocina estaban muy viejos y no parecían muy fiables.

El interior de la segunda vivienda estaba revestido de pino lleno de nudos, y no era agradable. La tercera era bonita, pero era una antigua cabaña de pesca reformada y, por lo tanto, era tan pequeña como la casita de Jack y Mel. No tenía chimenea, aunque sí una estufa de leña y una cocina muy pequeña.

—Voy a tener que pensarlo —le dijo Kaylee a Gloria.

—No te preocupes —respondió Gloria—. Si puedes esperar, dentro de unas semanas tendré disponibles otras dos casas.

Por supuesto, ella no podía esperar varias semanas. De hecho, no podía esperar varios días. Seguramente, tendría que volver a Newport y buscar un alquiler por aquella zona, y olvidarse de todo el plan de cambiar de entorno para poder recuperarse.

Se sentó en el coche y envió un mensaje a Landry: *Si la oferta sigue en pie, me encantaría ver tu casa.*

Él le envió la dirección, y ella le respondió que iba a ponerla en el GPS y que se verían en una hora.

Solo tardó media hora en volver desde Virgin River, siguiendo la carretera sinuosa que ascendía por la ladera de la colina. Vio las casas, una grande, y más lejos otra pequeña. Había un camino entre ellas y

la distancia era, aproximadamente, como la de una manzana en la ciudad. Sabía que la casa en alquiler era la más pequeña. Landry estaba delante de ella, rastrillando un macizo de flores. En el porche había un columpio y un par de sillas. Sin poder evitarlo, respiró profundamente, con esperanza.

Aparcó el coche y bajó. Ahora que estaban a solas, uno frente al otro, se dio cuenta de lo alto que era. Medía más de un metro ochenta, y ella, tan solo un metro sesenta y dos. Él tenía el pelo castaño claro y los ojos azules, y llevaba unas botas y unos pantalones vaqueros con salpicaduras de pintura. Tenía los antebrazos morenos del sol, los hombros anchos y las manos grandes.

—¿La casa viene con jardinero? —preguntó ella con una sonrisa.

—Si quieres… —respondió él—. Solo estaba limpiando un poco para causar buena impresión. Supongo que la agente inmobiliaria no tenía ninguna maravilla…

—Bueno, había una que me gustó.

—Ah. Pues, entonces, mira esta y compara.

—Cuéntame cosas de esta casa.

—Yo vivía en San Francisco, pero es una ciudad muy concurrida y cara, y mi padre estaba aquí, así que decidí que este era un sitio mejor par mí. Pero quería tener mi propia casa y mi taller. Construimos esta casa entre los dos. Lo hicimos en un verano, y yo terminé el interior en invierno. No es muy grande. Iba a tener un solo dormitorio, una cocina y un taller grande en la parte de atrás. Yo hago escultura, cerámica y objetos artísticos. Tenía la intención de que fuera más un taller que una vivienda, pero ya sabes cómo salen los planes algunas veces. Llevaba aquí pocos años cuando murió mi padre, y me pasé a su casa. Tiré la pared de uno de los dormitorios y monté el taller allí, en la parte trasera.

—Mi madre murió —dijo ella, sin poder contenerse.

Se arrepintió de inmediato, pero había sido un acto reflejo. Sin embargo, después de todo, esa era su vida en aquel momento. Se sentía definida por la muerte de su madre.

—Lo siento —dijo él.

—Gracias. Y yo siento mucho lo de tu padre.

—Gracias. Arreglé esta casa para que pudieran usarla los invitados, la familia, los amigos, y me fui a la de mi padre. Trasladé todo mi taller allí y rehíce la habitación de invitados de la casa pequeña, pero no llegué a amueblarla. Así que es pequeña, pero…

—¿Eres artista?

—Lo intento —dijo él—. Soy aficionado al barro, a la cerámica, al metal, al cristal… Me parece que soy más artesano que artista, pero, algunas veces, me sorprendo a mí mismo con algo que puede considerarse arte. Y, cuando mi trabajo se ralentiza, o no se vende,

trabajo en la construcción. Básicamente, estoy en el paro —dijo, con una sonrisa.

—Bueno, parece una vida maravillosa.

—Vivir aquí no es tan caro como vivir en una ciudad. Allí tenía que vivir en un piso muy pequeño y alquilar un taller para poder trabajar… Era muy incómodo. Yo necesito flexibilidad. También fabrico armarios, molduras, cualquier cosa en madera. He trabajado incluso de enmarcador. Y soy adiestrador de perros.

Ella abrió unos ojos como platos.

—¿Perros?

Él frunció el ceño.

—Sí, perros. En este momento solo estoy trabajando con dos, aunque he adiestrado a ocho a la vez. No es un gran negocio, pero es una de mis pasiones.

Ella tragó saliva.

—Pero… ¿los entrenas para ser perros de guardia, o de ataque?

—No. Para ser perros de apoyo o perros para una familia. Una vez adiestré a un perro para ser apoyo de una persona con síndrome de estrés postraumático. Era un animal increíble. Me encantaría hacer más cosas así…

—Entonces, ¿tienes perros?

—Pero… ¿es que a ti te pasa algo con los perros?

—Les tengo miedo. Me mordió uno cuando tenía seis años, y creo que no lo he superado.

—Si tengo perros en adiestramiento, no están libres para ir corriendo por ahí. Tengo una zona cercada donde hago los entrenamientos, donde juegan… Y yo tengo un perro, un setter inglés que se llama Otis. Es un compañero maravilloso y me ayuda con los adiestramientos. Normalmente meto a uno de los perros que estoy entrenando en casa por las noches, para cerciorarme de que conviven, y Otis cada vez está menos de acuerdo con eso. Tiene diez años, y supongo que está en su derecho. Lleva mucho tiempo conmigo.

Él frunció el ceño de nuevo.

—Yo trato a los perros con muchísimo cuidado. No correrás ningún peligro, nunca. No puedo permitirme el lujo de que uno de ellos se escapara, ¿te imaginas en qué lío me metería si se me perdiera?

—¿Y qué tipo de apoyo dan esos perros?

—De todo tipo. Sus dueños tienen ansiedad, o diabetes, o fobias o, como te he dicho, síndrome de estrés postraumático. Si decides quedarte, puedo ayudarte con tu fobia, aunque de entrada puedo decirte que nunca se debe confiar en un perro desconocido. Después de todo, son animales.

Así que él podría ayudarla, pensó Kaylee, con ironía.

Parecía que los hombres tenían el impulso de arreglarlo todo. Ella

no quería que la arreglaran. Quería que los perros se mantuvieran alejados de ella. Tuvo ganas de salir corriendo antes de que las negociaciones siguieran adelante.

—Vamos a ver la casa —le dijo él, mientras subía al porche—. Puede que no sea lo que estás buscando, pero, ya que has venido hasta aquí…

Abrió la puerta y le preguntó:

—¿Preferirías entrar tú y echar un vistazo tú sola?

—No, no. Entra tú también. Es tu casa. Tal vez haya cosas que quieras señalarme…

—Claro —dijo él, y se apartó para cederle el paso—. Este es el salón.

Ella entró por la puerta. Demonios, era preciosa. Moderna. Estaba decorada con colores tierra, beis, rojizo, marrón y un poco de amarillo. El salón era grande. Había un sofá, una butaca con un reposapiés, todo ello, en un extremo, y en el otro, una mesa de comedor. La cocina era abierta y tenía una barra pequeña para desayunos, con dos taburetes. El mobiliario del salón parecía muy cómodo. Tenía cojines de varios colores y la mesa de centro era cuadrada, de buen tamaño. La zona de estar quedaba delimitada por una alfombra blanca y beis. El suelo y los muebles estaban bien pulidos y abrillantados, y las encimeras y demás superficies estaban muy limpias. Los electrodomésticos estaban impecables.

—Es preciosa —dijo ella, sin poder contenerse.

—Aunque no tiene chimenea. Yo tengo una en la casa grande. Los dormitorios están por ahí. Hay uno principal y uno de invitados que, como ya te dije, está sin amueblar. Si necesitas utilizarlo para alguna visita, avísame y traeré los muebles necesarios. Adelante. Hay un armario enorme y un baño hermoso.

Kaylee pasó por delante de un aseo y entró en un dormitorio precioso, aunque fuera un poco masculino. De nuevo, los colores eran de la gama del beis y el marrón. El cabecero era grande y alto, y estaba tapizado con una tela del color del trigo. Había dos mesillas de noche y un banco a los pies de la cama. Eso era todo el mobiliario. Él le señaló un par de puertas correderas y, al deslizarlas, ella descubrió un armario enorme. Y, por supuesto, vacío, dado que él no vivía allí.

—Vaya —dijo.

—Sí. Cuando lo hice, le robé un poco de espacio al dormitorio, porque siempre necesito bastante espacio de almacenamiento. Aquí metí de todo, desde cosas para hacer acampadas hasta ropa de cama, pasando por los materiales que necesito para las esculturas y demás. Ahí también hay una pequeña lavadora y una secadora. Si necesitas lavar algo más grande, como una alfombra o el edredón, mi lavadora es mucho más grande y está a tu disposición. La habitación de

invitados está al final del pasillo. No tiene armario ni baño, solo es un dormitorio. La cocina tiene puerta trasera, pero no tiene un porche demasiado grande. De esa zona parte un camino que va hacia el bosque, y hay un riachuelo. Ah, y tienes repelente para osos debajo del fregadero de la cocina…

—¿Repelente para osos? —preguntó ella, casi gritando.

Él se echó a reír.

—Y tú que estabas preocupada por los perros. A propósito, yo casi nunca he tenido un perro que no se lleve bien con los demás. Bueno, ha ocurrido, pero… Lo cierto es que los perros no serán un problema para ti.

—¿Por cuánto alquilas la casa? —preguntó ella, un poco asustada por la posible respuesta.

—Oh, no sé —dijo él—. Antes he cobrado quinientos dólares, pero estoy dispuesto a escuchar una oferta. Lleva una temporada vacía.

«¿Quinientos?», pensó Kaylee, con asombro. En Newport no podría conseguir ni un dormitorio con ese precio.

—Me parece más que justo —dijo.

Aunque no tuviera chimenea, era mucho más grande y más bonita que las otras casas que le había enseñado la agente inmobiliaria. Allí podría ponerse a trabajar con el ordenador en la mesa del comedor, o sentarse en el salón. Incluso podría sacar una silla al porche y trabajar al aire libre.

—¿Estás seguro de lo de los perros? Porque yo no sé nada de ellos, salvo que hacen que me sienta incómoda. Tengo amigos que sacan a los perros al jardín o los mandan a la cama cuando yo voy a verlos…

—Te lo garantizo. Puedo ponerlo en el contrato de alquiler, si quieres. A propósito, no sé por cuánto tiempo vas a necesitar el alquiler.

—Hasta finales de año. Yo también he alquilado mi casa del sur de California y los inquilinos quieren quedarse hasta Navidad, porque sus nietos viven muy cerca. Pero creo que en enero, volverán a su casa.

—Así que te quedarías en Navidad. Eso es agradable. Este pueblo se pone precioso en las fiestas. Aunque yo, en realidad, las odio.

—¿De verdad? —le preguntó ella. Tal vez hubiera encontrado un alma gemela.

—Pues sí. La gente con la que querría estar en unas fiestas así ha muerto, y tengo que estar con los que menos me apetece. Las Navidades son unas celebraciones antipáticas para mí, salvo por la comida. Siempre termino comiendo más de lo que me apetece porque es Navidad. Verdaderamente, no le encuentro demasiados atractivos.

Ella estuvo a punto de decirle que también las odiaba. Sin embargo, antes de la muerte de su madre, que ocurrió cerca de esas fechas, le encantaban.

—Bueno, creo que me gustaría alquilar tu casa. Si estás seguro de que…

—Seré muy cauteloso —dijo él—. No quiero que te asustes.

—Gracias, porque yo tampoco quiero asustarme. Entonces, supongo que eso es todo. ¿Cuándo podría mudarme aquí?

—Cuando tú quieras —dijo él.

Se sacó un llavero del bolsillo y desenganchó una llave del aro.

—Esta es la llave de las dos puertas, la delantera y la trasera, pero no tengas miedo si se te olvida cerrar alguna de las dos. Aquí no hay ladrones. Para empezar, habría demasiados ladridos —explicó, con una sonrisa.

—Genial —dijo ella. Entonces, se sobresaltó—. Bueno, supongo que se permiten mascotas.

Él arqueó las cejas.

—Me encontré un gatito escondido debajo de mi coche —le dijo, formando una bolita con las dos manos para indicarle el tamaño—. No fui capaz de dejarlo abandonado. Así que le compré comida, arena y juguetes. Si la cosa no funciona, creo que hay un refugio cercano.

—No lo dejes —le dijo Landry—. Las mascotas proporcionan mucho bienestar. Siempre y cuando sean animales esponjosos y no viscosos, claro.

—Bueno, pues, entonces, volveré mañana por la mañana —dijo ella.

Meredith decía que Kaylee era más fuerte de lo que pensaba.

—Creo que es una combinación de inteligencia y de suerte, pero siempre aterrizas de pie.

Lo cierto era que casi siempre salía adelante. No había entrado en un par de cursos de escritura que quería hacer, pero, sin embargo, era escritora, y había vendido su primer libro cuando era muy joven. Se enamoró y celebró una gran boda, pero al cabo de un año tenía roto el corazón y, aunque había sido una de las cosas más dolorosas que había experimentado, había salido de ello con más fuerza e independencia, y había aprendido lecciones muy valiosas sobre la confianza. Y sobre los hombres. Lección número uno: «Cuando sepas que alguien está mintiendo, ¡confía en ti misma, no en él!».

Cuando se había casado y divorciado solo tenía veinticuatro años, y todo había sucedido en el espacio de esos doce meses. Había tenido una parte de experiencias maravillosas y, también, una serie de decepciones que superar. Y, ahora, a los treinta y cinco años, solo había una cosa de la que no se había recuperado: podía oír a su madre diciéndole que tuviera paciencia.

—Concédete un tiempo para superarlo, pero no seas indulgente

contigo misma. No necesitas la eternidad. De todos modos, nosotras vamos a seguir estando juntas. Siempre vamos a estar juntas.

¡Ja! Un poco más de ocho meses, y todavía echaba de menos a su madre de un modo casi inaguantable. Se sentía sola. Y, aunque podía ver la cara sonriente de su madre y oír su voz, sabía que nunca volvería. A veces soñaba con ella y quería que fuera más que un sueño, que fuera real, poder oír uno de sus sabios consejos o reírse con ella hasta que perdían el control… Y, cuando despertaba, se sentía perdida.

¿Qué pensaría Meredith de aquel nuevo giro, de que su hija se instalara en la casa de invitados de un hombre tan guapo? Si se sintiera un poco más recuperada y estable, incluso vería ciertas posibilidades de iniciar una relación. Pero, en aquel momento, lo que menos necesitaba era un hombre. Necesitaba a su mejor amiga. No podía sustituir a Meredith.

Cuando llegó a casa de los Sheridan, se encontró a Mel sentada en el porche. Tenía a su lado una botella de vino y dos copas y, de nuevo, le estaba haciendo una trenza a Emma.

Kaylee aparcó, bajó del coche y saludó.

—¿Me estabas esperando?

—Pues sí —dijo Mel—. Esta noche no estoy de guardia, y puedes celebrarlo conmigo, si quieres. Estoy deseando que me cuentes cómo eran las casas que has visto hoy.

—¡De acuerdo! Voy a ver qué tal está la gatita y vuelvo enseguida.

Emma se irguió rápidamente, prestando toda su atención a lo que acababa de oír.

—¿Gatita?

—¿Puedes traer a tu gatita? —preguntó Mel.

—Lo siento, se me había olvidado que Jack me pidió que lo mantuviera en secreto —dijo Kaylee, señalando a Emma con la cabeza.

—Jack es un gallina. Trae a la gatita. A Emma le encantaría tenerla en brazos un momento. Si no te importa.

—Tardo un minuto.

Kaylee entró en la cabaña, puso a la gata en el arenero y obtuvo algunos buenos resultados. Volvió a meterla al transportín y la llevó al porche. Emma se sentó en el suelo y extendió las manos con cara de expectación.

—Después de que la hayas acariciado un ratito, tenemos que darle de comer. Es tan pequeña que tengo que ofrecerle la comida tres veces al día —le explicó Kaylee, y le puso la gatita a Emma en las manos—. Ten mucho cuidado, cariño.

—Sí —dijo Emma—. Sé cómo se hace. He tenido en brazos a bebés de verdad.

—Ah. Entonces, seguro que eres una experta.

—De tal palo, tal astilla —dijo Mel—. Emma quiere ser pediatra —explicó, y le mostró la botella de vino—. Es blanco, ¿te gusta?

—Perfecto.

—Bueno, y ¿qué has encontrado?

Kaylee le explicó rápidamente cómo habían sido las visitas con la agente inmobiliaria y, después, lo que había sucedido con la casa de Landry.

—Es preciosa y está muy bien decorada. Hay espacio suficiente y tiene un porche con un columpio. Está impecablemente limpia. Pero hay algo que puede que sea un problema: tiene perros. Ya te expliqué que no se me dan muy bien los perros.

—Sí, porque te mordieron, me lo dijiste —respondió Mel—. Pero Landry adiestra perros en algunas ocasiones. No es su trabajo principal, pero tiene muy buena reputación. No creo que tenga a los perros descontrolados por la parcela, ¿no?

—Eso espero, porque podría echarse a perder todo. También me dijo que es artista.

Mel asintió.

—He visto algunas de sus piezas de cerámica y cristal. Son preciosas. Envía muchas obras a San Francisco y tiene un puesto en algunas de las ferias del pueblo. En estas colinas hay muchos artistas. Tenemos un buen amigo que hace retratos de la naturaleza. Se llama Colin Riordan. Landry y él son amigos.

Entonces, a Mel le brillaron los ojos.

—Y es muy mono.

—¿Colin o Landry?

—Creo que los dos, pero yo me refería a tu nuevo casero. ¿Estás disponible?

—No. Estoy en pleno duelo. Todos los días tengo que superar la pena de la pérdida de mi madre. No estoy en condiciones de mantener ninguna relación.

—Pero tu vida va avanzando —dijo Mel. Alzó su copa en dirección a ella—. Brindo porque el horizonte cada vez sea más amplio.

Kaylee tardó una hora en poner la lavadora para la ropa de cama y limpiar el baño de la cabaña, en cargar todas sus cosas y a la gatita en el maletero y ponerse en camino a la casa de Landry. Por el camino, vio un huerto lleno de calabacines, melones, arbustos de baya, coliflores y brécol. Aún quedaban tomates, pero las lechugas y el kale estaban un poco mustios. Las alcachofas, impresionantes, y a ella le encantaban las alcachofas. El día anterior había visto una tienda de comestibles muy bonita en Clear River, y tenía pensado ir un poco

más tarde para comprar mantequilla, pan, atún, queso y algún fiambre. También patatas fritas, salsa de tomate, ajos, huevos y otras cosas.

Era la señal de que estaba instalándose.

Cuando lo tuvo todo en la casa nueva, soltó a la gatita y le mostró dónde iba a estar su arenero. Sacó algunos juguetes de la bolsa y los puso sobre la cama, y la gatita empezó a clavarles las uñas inmediatamente.

Después, puso música. Había elegido una lista de canciones de los Beatles. Se tomó un par de tomates con un aguacate. Hizo un inventario rápido en la cocina para ver si tenía que comprar algo.

Se preparó un té y se sentó. Volvió a leer las diecisiete páginas. Bla, bla, bla.

Abrió un documento al que había titulado *Un nuevo comienzo* y se puso a escribir:

> *Quería sentirse segura y confiada. Después de todo, el hecho de estar completamente sola era algo nuevo para ella. En aquel hogar temporal tenía todo lo que necesitaba, desde un columpio en el porche a un macizo de flores que bordeaba la casa. En los días que se avecinaban, solo tendría que acomodarse en una silla, abrir el ordenador, concentrarse y escribir. No era fácil. Incluso las obras más fáciles requerían revisiones constantes, cambios y mejoras. Pero, antes, siempre había sido bueno para ella. Ahora, con la falta de su mejor amiga, era como si su talento también hubiera desaparecido. No sabía dónde buscar la magia que había perdido.*

Debería ponerse un nombre a sí misma y, también, a su mejor amiga.

Su concentración se vio interrumpida por unos ladridos, y se asomó al porche con cautela. Landry estaba en el patio vallado de su casa con algunos perros. Ella no sabía de qué raza eran. Dos de ellos tenían el pelo largo y eran rubios, y el otro era muy esbelto, negro. Landry les estaba lanzando pelotas para que fueran a buscarlas. Después, se metió las pelotas en el bolsillo y los llamó con un silbido estridente, y los tres se le acercaron corriendo y moviendo la cola. Se sentaron. Entonces, él señaló con la mano a dos de ellos y le lanzó una pelota al tercero, y solo aquel perro fue a buscarla. Cuando se la llevó a Landry, se sentó frente a él, y él invitó al segundo perro a ir en busca de la pelota. Después, al tercero. Increíble. Esperaban su turno con una gran cortesía.

—Es genial —murmuró ella.

Pero, aun así, no tenía ganas de acercarse a ellos. Se sentó en el columpio del porche y escuchó los ladridos, los silbidos, los sonidos

calmados de las repeticiones.

Al cabo de un rato, metió a la gatita en el transportín para que no se metiera en líos mientras ella estaba fuera, guardó el ordenador y fue al pueblo.

Como era media tarde, había poca gente en el bar de Jack. Él la saludó afectuosamente cuando la vio entrar, y ella se dirigió a la barra para pedir una coCoca-Cola *light*. Después, encontró una mesa en un rincón, apartada de la barra y de la puerta, y abrió el ordenador.

Se obligó a sí misma a escribir una página de su novela. Estaba desesperada por conseguir algún progreso, y la mejor solución era introducir ya un cadáver en la trama. Para hacerlo más interesante, el cuerpo tenía varios impactos de bala y había sido descubierto por uno de sus personajes favoritos, una mujer de setenta y ocho años, una entrometida con un enorme interés en la medicina forense.

Después, volvió al otro documento.

No tenía ningún interés en los hombres ni en las relaciones sentimentales. Se había dado cuenta de que Landon pasaba mucho tiempo al aire libre, con sus caballos, en su jardín. Lo veía sin poder evitarlo. Se había fijado en muchos detalles sobre él: en lo bien que le quedaban los pantalones vaqueros, por ejemplo, aunque trataba de convencerse a sí misma de que no se habría fijado en eso de no ser porque él tenía una personalidad encantadora. Y parecía que se sentía cómodo con ella, era afable y detallista. Tenía unos ojos tan azules que impresionaban y una sonrisa fácil y contagiosa. Cuando sonreía, a ella se le aceleraba un poco el pulso. No podía evitar mirarlo cuando estaba a la vista.

Se preguntó si podrían hacerse amigos durante aquel tiempo que iba a pasar en su casa. Y esperaba que su amistad con el dueño del bar y su mujer también se fortaleciera. Eran buenos y generosos, por no mencionar que, además, eran muy divertidos.

—Vaya, la chica del incendio —dijo alguien. Kaylee miró hacia arriba y vio a Mike, el chico que estaba detrás de la barra la primera noche que ella había pasado en el pueblo. Ella ya se había enterado de que era el cuñado de Mike y que vivía en la casa de al lado de Mel y Jack. Aquel día llevaba una placa en el cinturón—. La escritora.

—Creo que es mejor que nos tratemos por nuestro nombre y no por nuestra reputación —dijo ella, y le tendió la mano—. Kaylee Sloan.

—Mike Valenzuela, ¿qué tal?

—Muy bien —dijo ella—. No sabía que eras policía.

—Soy el agente encargado de este pueblo —dijo él—. ¿Qué tal tu nueva casa?

—Muy bonita —dijo ella—. Es justo lo que estaba buscando desde

que perdí el alquiler de la casa de los Templeton. He tenido suerte, dentro de lo que cabe.

—¿Has sabido algo de los Templeton?

—No. Hablé con Gerald después del incendio, y me dijo que me llamaría cuando supiera más del procedimiento. Cree que tendrá que venir para supervisar la reparación de la casa. Él o alguno de sus hijos.

Se abrió la puerta del local y entró un hombre alto. Se encaminó hacia ellos.

—Hola —dijo—. Me pareció verte en el incendio. Soy Paul Haggerty.

Ella lo reconoció. Era uno de los hombres que estaban participando en la extinción del fuego.

—Kaylee Sloan.

—¿Es verdad que eres amiga de los Templeton?

—Sí. Iba a alquilar su casa varios meses.

Paul se sacó una tarjeta del bolsillo.

—La próxima vez que hables con Gerald, dile que me gustaría ser uno de los que le presentaran presupuestos para arreglar su casa. Tengo una constructora aquí en el pueblo. Él me conoce, pero no sé si se acuerda de que soy constructor. Hago muchas obras por toda la zona.

—Se lo diré.

—Gracias. ¿Estás bien?

—Ha alquilado la casa de Landry —dijo Mike.

—Ah, es muy bonita. Yo ayudé a Landry a tirar el muro de la casa grande. De vez en cuando trabaja conmigo.

—Ah, es la chica del incendio —dijo alguien más.

Durante la hora siguiente estuvo charlando con Connie, la dueña de Corner Store; con Noah, el pastor; con Colin y Luke Riordan, nombres que ya había oído mencionar; y con otras personas que pasaban por allí. Landry también apareció, y la saludó como si fueran viejos amigos. Hubo muchos apretones de mano, mucho interés en su situación, un par de cervezas, un par de refrescos y un café solo. Mel apareció para pasar el descanso de la tarde con su marido. Kaylee conoció al cocinero, Preacher, y a su mujer. Antes de poder darse cuenta de lo que ocurría, llevaba dos horas en el bar, que había empezado a llenarse de obreros, granjeros y trabajadores en general, todos ellos del pueblo y alrededores.

A las cinco, Jack le preguntó si iba a quedarse a cenar.

—No, esta noche no puedo —le dijo—. Tengo que ir a dar de comer a la gatita.

—¿Quieres algo para llevar?

Había estado en la tienda de comestibles, pero respondió:

—¿Una ensalada?

—Claro. ¿Te apetece una pechuga de pollo, además?

—¡Sí! Y un buen pedazo de pan.

—Hecho.

Al poco rato, salía del bar con la bolsa de comida. Se había fijado en que Landry se marchaba un poco antes que ella y, cuando llegó a casa, lo vio en el patio, con los perros. Él la saludó con la mano.

—¿Necesitas algo, Kaylee? —le preguntó.

Ella alzó la bolsa.

—¡No, muchas gracias!

—Que tengas muy buena noche.

—Tú, también —respondió ella, moviendo la mano en el aire.

No era para tanto. Solo dos vecinos saludándose, nada más. Pero había muchas cosas en él para disfrutar, y una de las principales era su amabilidad. No tenía por qué preguntarle si necesitaba algo. Además, era muy guapo. Y *sexy*. Y estaba en la casa de al lado.

Le dio de comer a la gatita y se tomó su ensalada. Después, se puso el pijama y se sentó en la cama con el ordenador. Se estaba poniendo el sol, pero no había conseguido escribir mucho, así que abrió el portátil mientras la gatita jugaba a su lado sobre la cama, saltando con frecuencia sobre el teclado. Ella se obligó a concentrarse en el cadáver de la historia, aunque no había nada que le interesara menos en aquel instante.

Al cabo de un rato, volvió a su nuevo documento, al mundo fantástico en el que habitaban sus personajes Caroline y Landon. Decidió que la historia de su vida carecía de dinamismo, así que hizo unas cuantas adaptaciones para Caroline. En vez de estar de duelo por la muerte de su mejor amiga, la historia tendría más interés si Caroline fuera una viuda joven y en el pueblo nadie conociera los detalles.

El único trabajo que pudo encontrar fue un puesto de ayudante de producción para un productor que estaba grabando un docudrama en el pueblecito que ella había elegido para refugiarse, para encontrar su segunda oportunidad. No era un trabajo importante; consistía en repartir guiones, preparar las sillas para las lecturas, ocuparse de que todo el mundo tuviera lo que necesitaba, ya fuera un café o un masaje. Una vez, después de varios días de trabajo, el director la paró y le dijo:

—Haznos un favor y lee esta escena.

—Pero si yo no sé actuar —dijo Caroline.

—No importa, no queremos que actúes. Solo necesitamos que leas para que el protagonista pueda hacer su papel. Es solo un ensayo, y lo necesita.

—De acuerdo —respondió ella—, pero no me lo tengan en cuenta.

—Por supuesto que no.

Había unas diez personas en el set. Podía hacerlo. Tomó el guion, lo leyó rápidamente, entendió las emociones, las pausas, los silencios y los estallidos. Eran dos páginas. Se puso en pie delante del protagonista, que era increíblemente atractivo, y que le sonrió para darle ánimos. Su sonrisa era muy parecida a la de Landon.

Empezaron. Era una discusión en la que ella acabaría llorando y él la abrazaría para consolarla. Ella lo acusó de estar interesado en una mujer llamada Carla, le hizo reproches cuando él trató de darle excusas y se quedó sin habla ante él mientras se explicaba y, entonces, tal y como ponía en el guion, ella empezaba a llorar y a recriminarle que le causara tanto dolor con su indiferencia.

El set estaba en el bosque y, cuando terminó aquel pequeño ensayo, todo estaba en silencio. Todo el mundo se había quedado paralizado.

Caroline se secó las lágrimas forzadas que había derramado. Su intención había sido cooperar lo mejor posible. Miró a su alrededor. Silencio y caras de asombro.

—Vaya, vaya —dijo el director—. Nunca había visto nada parecido.

—Lo siento —dijo ella—. ¿Ha sido muy horrible?

—¿Horrible? Querida, eres actriz —dijo el protagonista.

Kaylee volvió a la realidad y dejó de escribir.

«Demonios», pensó, «¿por qué no podré fantasear como una persona normal? El vecino de al lado me saluda y escribo una escena que apesta a romanticismo y anhelo. Esto no es normal».

«Pues a mí me parece adorable», dijo la voz de su madre. «¿Qué tiene de malo?».

«No estoy buscando ningún hombre con quien tener algo», dijo ella, en voz alta.

«Como tú digas, pero a mí me parece que él es una distracción muy agradable».

«Shh. Sabes que no es lo que quiero».

Pero siguió jugueteando con aquella escena, volvió al principio de la historia y le dio un comienzo adecuado, y estuvo escribiendo tres horas. Kitty se quedó dormida a su lado y, cuando ella no pudo mantener los ojos abiertos, cerró el ordenador. Durmió así, compartiendo la gran cama con una gatita y un ordenador.

Durmió bien, y con una sonrisa.

Capítulo 4

La ventaja de que la conocieran como «la chica del incendio» era que no la consideraban una extraña. Por mucho que todavía estuviera aprendiéndose los nombres de la gente del pueblo y sus vínculos, todos la habían aceptado. Fuera donde fuera, a dar su paseo diario, de compras, a la tienda a comprar verdura, o al bar de Jack, la saludaban como si fuera una amiga. Y, a causa del incendio, allí tenía una historia. Eso tenía algo de reconfortante.

Todavía se sentía un poco sola, sobre todo, por las noches. Aquella era la hora a la que siempre hablaba con su madre por teléfono para contarse lo que les había ocurrido durante el día. A veces, iba a su casa para que cenaran juntas. Eso no podía cambiarlo, así que a veces llamaba a algún amigo o amiga para hablar con ellos por FaceTime.

—Siento no poder hablar de otra cosa que no sea de lo mucho que echo de menos a mi madre —le dijo a Janette.

—No te preocupes, cariño. No siempre será así, pero, mientras lo sea, aquí estoy para escuchar. Vamos, cuéntame alguna cosa. Háblame del libro.

—¿De cuál?

—¿Estás escribiendo más de uno? —le preguntó Janette, sorprendida. Sabía que ella no había podido escribir prácticamente nada desde que habían diagnosticado a su madre.

—Bueno, hay uno que es el que tengo que entregar por contrato a la editorial, la novela de suspense. Aunque, en este momento, el mayor suspense es si voy a terminarla o no. Solo llevo dos capítulos y medio. Es aburrida e incoherente y no me interesa nada. Pero tuve una idea sobre una mujer que empezaba de cero en un pueblo pequeño. Está trabajando para un productor de cine de la zona y alquila una casita a un hombre que adiestra perros. Y, por supuesto, ella tiene miedo de los perros.

—Pero, Kaylee, ¿para qué es esa historia?

—Para mí. Es una alternativa. Estoy haciendo ficción con mi experiencia, añadiendo a la narración sentimientos y pensamientos verdaderos. No voy a hacer nada con ella.

—Es estupendo —dijo Janette, que, casualmente, era psicóloga,

terapeuta matrimonial y familiar—. Algunas veces les recomiendo esto a mis pacientes. Pero ¿por qué no escribes un diario? Seguro que dentro de diez años sería muy interesante.

—Sí, no te haces una idea —dijo Kaylee con ironía—. Fui a terapia psicológica después de mi divorcio y, por insistencia del psicólogo, escribí un diario. Lo leí seis o siete años después y me pareció muy embarazoso todo, así que lo destruí. Es una experiencia horrible exponer tus emociones más oscuras y profundas y, después, examinarlas con objetividad. Oh, Dios, es humillante. Es mucho mejor inventarse una historia con nombres ficticios.

Cuando ella muriera y alguien descubriera aquellas historias, tal vez encontrara parecido entre ella y sus heroínas de ficción, pero nunca podrían estar completamente seguros. Y ella estaba escribiendo sus verdaderas experiencias y sus verdaderos sentimientos, algo que los psicólogos solían recomendar. Lógicamente, no recomendaba enviar las cartas virulentas que Kaylee le escribía a su exmarido, al padre que las abandonó, a amigas que, al final, habían resultado no serlo… Pero ponerles a todos ellos otros nombres y otras caras y describirlos en secreto en una novela sí le proporcionaba satisfacción.

Una de sus amigas escritoras seguía matando a su exmarido libro tras libro. Él nunca se salía de rositas. Sufría. Y eso era delicioso. Kaylee también se había divertido con el fallecimiento de su exmarido. Era algo irresistible.

Al día siguiente, Kaylee recibió una llamada de Gerald Templeton. Bonnie se había puesto enferma, y ese era el motivo por el que no había sabido nada de ellos. Ahora, Bonnie estaba mejor, pero no lo suficiente como para hacer un viaje largo por carretera. En una semana, si ella se había recuperado por completo, irían a Virgin River para ver la casa y evaluar los daños del incendio. Su hijo mayor, Rick, vivía en Oregón, y quería reunirse allí con sus padres.

—Ah, Gerald, acabo de acordarme de que hay un hombre llamado Paul Haggerty que me pidió que te recordara que es constructor. Espera que lo tengas en cuenta cuando pidas presupuestos para hacer los arreglos.

—Sí, me acuerdo de Paul —dijo Gerald—. ¿Tienes su número?

—Sí, me dio su tarjeta —respondió ella. Le agradaba poder ayudar de algún modo, por poco que fuera.

Llevaba allí dos semanas, saliendo durante el día, llamando a amigos y escribiendo por las noches. Visitaba a menudo el bar de Jack y cenaba allí. Algunas veces, Mel aparecía al mismo tiempo, y pasaban un rato juntas. También caminaba mucho, recorría los senderos que había cerca de su casa de alquiler. Debido a la altura de aquel

pueblecito de montaña, no hacía tanto calor como en las poblaciones del valle. En aquel momento, en Sacramento haría mucho calor, pero allí, en las montañas, la temperatura era muy agradable. Descubrió que en un lado de la casa de Landry había un jardín muy grande y, de no ser por los frecuentes ladridos de los perros, habría mirado con más atención. Veía a Landry de vez en cuando, a lo lejos. Normalmente, él se tomaba el café por las mañanas en el porche, o salía a ver el atardecer o, a menudo, trabajaba con algún perro en el patio.

Ella compró su propio repelente para osos. Compró una lata tan grande que tenía que moverla en una mochila. La desventaja era que no le permitía correr en caso de peligro. Si corriera, le daría golpes en la espalda. Bueno, así no necesitaba correr ni hacer otro tipo de ejercicio.

Aquella tarde, justo cuando el sol empezaba a ponerse, ella volvía a casa de su segunda caminata del día. Al pasar por delante de su casa, saludándolo con la mano, la alfombra que había a su lado dio un salto. El perro.

—¡Hola, Kaylee! ¿Cómo va todo?

Ella se quedó paralizada. Había visto a su perro a lo lejos. Era muy grande y, en aquel momento, estaba en el porche, con Landry. No había valla y, por supuesto, el perro no estaba atado. Ella no podía moverse. Se imaginó que el animal iba a bajar saltando del porche y que iba a correr como un misil y que la iba a tirar al suelo.

—¿Te apetecería tomar una copa de vino, o una cerveza? —le preguntó Landry.

Ella estaba sin habla. ¿Acaso él no se daba cuenta de que su perro la estaba mirando de una manera fulminante? Con cautela, dio un paso atrás.

—¿Kaylee? ¿Estás bien?

—Yo…, eh…, tengo cosas que hacer.

—Ah, de acuerdo, pero ¿estás bien? Te has quedado pálida. ¿Es que te da miedo Otis? Ella hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Lo siento, tengo que…

Dio unos cuantos pasos hacia atrás, lentamente, con mucha cautela. Después, se giró y caminó hacia la carretera que iba hacia su casa. Tenía el corazón acelerado y la respiración entrecortada. Aunque se dijo a sí misma que Landry no iba a permitir que ocurriera nada malo, el miedo la tenía atenazada.

Miró hacia atrás de nuevo. En realidad, el perro no era tan grande, pero antes le había parecido del tamaño de un caballo, y enseñando los colmillos. En aquel momento, sin embargo, estaba junto a Landry, moviendo la cola, relajado. Ella sintió un dolor en la pantorrilla, donde le habían mordido cuando era pequeña. Sabía que era un reflejo mental, porque nunca había tenido un dolor crónico.

Alzó la mano, saludó a Landry y entró en casa. Se apoyó en la puerta y esperó a que bajaran las pulsaciones. Estaba temblando. Se sentó en el sofá y se concentró en recuperar la calma. Cuando pudo controlarse, bebió un vaso de agua. Después, se sirvió una copa de vino. Y, después, encendió la televisión.

A los diez minutos dejó de sudar. Dejaron de temblarle las manos. La voz del presentador del telediario le resultó de nuevo familiar y calmante, aunque las noticias no fueran buenas. Permaneció allí sentada un largo rato, con la copa entre las manos. Solo sabía que su puerta estaba cerrada y que estaba sola. A salvo.

Alguien llamó con brío. Kaylee se sobresaltó y derramó un poco de vino. Se lamió lo que le había caído en la mano.

—¿Quién es? —preguntó, aunque ya lo supiera.

—Soy yo, Landry. ¿Podemos hablar un minuto?

—Eh…, ¿estás con…? ¿Está el perro contigo?

—No, está en mi casa. Y no se va a mover de allí.

Ella exhaló un suspiro. Vaya. Abrió la puerta y allí estaba él, con dos botellas de cerveza en la mano.

—Vamos a tomar una cerveza y a hablar.

—¿A hablar? ¿De qué?

—Ven a sentarte al porche —dijo él—. Creo que acabas de tener un ataque de pánico por el perro.

—No me siento cómoda con…

—Podemos hablar de eso.

—No creo que las cosas puedan cambiar hablando. Ya he hablado de esto más veces. Es un trauma muy antiguo.

Él alzó las dos botellas de vino.

Ella suspiró.

—Tengo una copa de vino. Acabo de servírmela. Voy a buscarla.

Cuando Kaylee salió al porche, lo vio sentado en el columpio.

Él le dio un buen trago a su cerveza.

—Mira, creo que ya te lo he dicho, pero me he enfrentado a esta situación en otras ocasiones. Siempre hay que tener mucha precaución con perros a quienes no conoces. Pueden ser impredecibles y, a veces, poco amistosos. Hiciste lo correcto; te mantuviste quieta y no saliste corriendo. Eso está bien. Pero Otis no te dio ninguna señal de ser agresivo, ni malo. Creo que, para superar tu fobia, Otis es un buen comienzo. Es muy bueno, y obedece a todo el mundo. Sabe obedecer, incluso, a un niño de dos años. Ha sido muy buen compañero para muchos niños que estaban intentando superar su miedo.

—¿Y de qué serviría? Yo no quiero tener perro. Sufrí una mordedura grave cuando tenía seis años. Tuvieron que operarme dos veces.

—No es para que tengas perro. Ni siquiera es para que te

conviertas en una amante de los perros. Es para que no te dé un ataque de pánico cada vez que veas un perro. Si te sientes mejor evitándolos, no pasa nada. Seguramente, tú eres más afín a los gatos. Pero podrías superar ese miedo irracional. No el miedo saludable y razonable. El miedo irracional.

—¿Y cómo se supone que voy a conseguir eso?

—Para empezar, con el perro adecuado. Con un perro en el que puedas confiar ciegamente.

—Umm… —musitó ella, pensando en que no le apetecía estar cerca de ningún perro—. ¿Cómo te metiste en esto? —le preguntó, y tomó un poco de vino.

—Pues al contrario que tú. Encontré a una perra a quien habían maltratado y abandonado. Yo solo tenía quince años, y la llevé a casa. Le puse Izzy de nombre. Yo quería quedármela, pero mi padre pensó que era mala idea. Pensó que el temperamento de la perra podía estar dañado para siempre, que tal vez se asustara y atacara o huyera o se quedara escondida en un rincón, temblando, el resto de su vida. Pero yo lo convencí y busqué por todas partes a alguien que pudiera enseñarme cómo conseguir que la perra recuperar la confianza. Había un adiestrador en Fortuna, y fui a hablar con él. Después, llevé a Izzy. Él pensó que debía de tener unos dos años y que, tal vez, la habían usado para luchar desde que era cachorrita. Incluso el adiestrador me dijo que posiblemente era una batalla perdida. Tuve que darle de comer con la mano durante meses. Dormía con ella y la llevaba a todas partes, salvo al colegio. A los seis meses ya era la mejor perra del mundo. Y era feliz. Creo que se le olvidó el maltrato.

Landry miró a Kaylee y sonrió. Su sonrisa era tan encantadora y contagiosa que ella también sonrió.

—Y así fue como me enganché al adiestramiento de perros —continuó él—. Conseguir que un perro, sobre todo si es un perro difícil, te obedezca por voluntad propia, es algo muy gratificante. Te da un amigo para toda la vida.

—¿Y ahora es tu trabajo?

—Solo en parte. Es porque me gusta. Los perros se merecen estar bien adiestrados. Creo que eso les hace felices. Se relacionan mejor y son sociables. Los dueños frustrados de un perro no son felices y, si no son felices, se pueden enfadar. Eso no es bueno para nadie.

—¿Y por qué no enseñas a la gente a adiestrar a sus perros?

—Eso también lo hago. Pero no todo el mundo tiene el carácter adecuado. Se necesita cierto tipo de confianza. Para mí, es muy satisfactorio entregar a un perro que se comporta bien o trabaja bien…

—¿Que trabaja bien?

—Adiestro a animales de apoyo. Son perros de trabajo.

—¿Y perros para guarda? ¿Y perros policía?

—No. Los policías deberían adiestrar a sus propios perros. Es parte del vínculo que deben formar. Y no me gusta la idea de los perros guardianes. Cómprate una alarma. O un perro normal, que va a ladrar cuando oiga algo raro. La mayoría de la gente quiere a los perros guardianes para que asusten a la gente, incluso para que ataquen. Eso no es lo que yo hago. Yo quiero trabajar con gente que quiera un perro feliz. Para mí, ya es bastante.

—Y tienes muchas otras cosas que hacer —dijo ella—. Tengo mucha curiosidad por tu faceta artística. ¿Cuánto tiempo llevas dedicándote a eso?

—Yo me crie aquí, solo con mi padre. Esta era su propiedad. Mi madre y él se divorciaron cuando yo era muy pequeño. Ella volvió a la ciudad y nosotros nos quedamos aquí. Él era el técnico municipal encargado del tendido y la distribución eléctrica, cuando había tendido eléctrico.

—Entonces, ¿te has pasado la mayor parte de tu vida aquí?

—No toda. Fui a la universidad en San Francisco y viví allí unos años, hasta que decidí que no quería seguir pagando esos precios tan altos de la gran ciudad. ¿Y tú? ¿Dónde te criaste?

—En California del Sur, en Newport.

—Una de esas chicas de la playa de California…

Al poco, él había empezado su segunda cerveza mientras ella seguía tomando su vino. Hablaron de las diferentes partes del estado que más les gustaban, de las diferencias entre las montañas del norte y de las playas del sur. Ella le contó que había estado casada, pero que su matrimonio había sido muy breve, y él mencionó que había estado casado hacía once años, pero que lo suyo tampoco había funcionado.

Fue una de esas charlas agradables, algo superficiales, para conocerse. Ella oyó que sonaba su teléfono, pero prefirió que le dejaran un mensaje, porque estaba disfrutando de aquel rato en compañía de su casero.

Se despidieron cuando el sol se estaba ocultando entre los pinos y empezaba a refrescar.

—Tenemos que repetir esto —dijo él.

—Claro que sí —respondió ella.

Cuando entró en casa, miró el teléfono. La llamada era de Howard, su padre, que le había dejado un mensaje en un tono de ligera histeria.

—Kaylee, ¿dónde diablos estás? Te he dejado mensajes y no me has devuelto las llamadas, así que pasé por tu casa y ¡me encontré a una pareja de desconocidos allí instalada! ¡Me dijeron que te has mudado a California del Norte y que vas a estar allí el resto del año! Llámame o, en serio, voy a ir a buscarte.

Ella suspiró. Tuvo la tentación de ignorar aquel mensaje, pero,

claramente, él iba a seguir llamando. Su padre se había pasado gran parte de su vida evitándolas a su madre y a ella, hasta que su madre se había puesto enferma. Entonces, de repente, empezó a llamar con frecuencia, queriendo verla y formar una familia con ella. Y, sencillamente, ella no encontraba una manera educada de decirle que llegaba demasiado tarde.

Había terminado por odiar las palabras «Bueno, es tu padre».

Después de que Howard las hubiera abandonado, no había sido un padre cariñoso ni atento. De hecho, casi nunca la visitaba. Iba muy de cuando en cuando a su casa y, aunque ella solo tuviera siete u ocho años, ya se daba cuenta de que iba para ver a Meredith, y no a ella. Ella lo saludaba y, después, se iba a ver la televisión, y Howard y su madre se sentaban en la mesa de la cocina y hablaban como si fueran viejos amigos.

Cuando Kaylee llegó a la adolescencia, había entendido que Howard quería hablar de sus relaciones fallidas con su exmujer.

—¿Y no te enfada eso de que se queje de sus exnovias o exmujeres contigo? —le preguntó una vez a su madre.

Y Meredith respondió:

—No, cariño. Hace que me sienta muy agradecida por que me dejara.

Meredith no tenía problema con sus visitas, dado que no eran demasiado frecuentes. Porque Meredith tenía clase. Ya no sufría por el fracaso de su matrimonio, y había tenido varios compañeros durante los años transcurridos después de su divorcio. Tenía una buena vida social.

Sin embargo, cuando su madre enfermó, Howard empezó a visitarlas más y más, y Kaylee se sentía celosa del tiempo que pasaba con su madre. Cada vez que se quejaba, Meredith le decía:

—Ten más paciencia con Howard. Es tu padre.

Y, para ser justos, Howard había pagado su manutención y había ayudado con los gastos de la universidad. A él le había ido bien en el negocio inmobiliario, lo cual era una suerte, puesto que tenía muchos gastos: en total, había tenido cuatro hijos.

Kaylee decidió llamarlo para quitárselo de encima.

—Hola, Howie —le dijo, para saludarlo, porque sabía que él lo odiaba.

Siempre le decía que lo llamara «papá», pero ella se olvidaba por algún motivo.

—No te preocupes —le dijo—. Quería un cambio de aires para poder terminar un libro.

—¿Dónde estás, exactamente? —preguntó él—. ¿Y por qué no me dijiste que te ibas de la ciudad?

—Estoy en Humboldt County, y no te lo dije porque tengo treinta y

cinco años y nosotros no estamos unidos. Tú no me dices dónde estás. De hecho, yo no quiero que me lo digas.

Él suspiró.

—De acuerdo, me lo merezco. No estuve ahí cuando debería haberlo hecho, y parece que ahora ya no hay manera de arreglarlo. Pero, como tu madre ya no está aquí, ojalá tú y yo pudiéramos pasar un poco de tiempo juntos. Iba a invitarte a cenar. Creo que los dos la echamos de menos.

Lo que menos quería Kaylee era pasar una velada rememorando a su madre con Howie.

—Lo siento, pero he venido aquí a trabajar, y es lo que estoy haciendo. A lo mejor, cuando vuelva a Newport.

—¿Estás consiguiendo trabajar mucho?

—Lo estoy intentando —dijo ella—. Todavía me resulta difícil concentrarme, pero lo estoy intentando.

—A lo mejor voy a verte dentro de unas semanas. Puedes enseñarme la zona y podemos cenar juntos.

—No tengo habitación de invitados, Howie.

—Puedo organizarlo yo —dijo él—. Piénsalo y hablaremos de ello. Te llamo la semana que viene.

—Muy bien. Cuídate.

—Tú, también. Te quiero.

—Adiós.

Ella nunca le decía que lo quería. No sabía si era cierto.

Kaylee llevó a Kitty a la clínica veterinaria que le había recomendado Jack, la clínica de la doctora Lynne Murphy.

—Bueno, pues resulta que Kitty es chico —le dijo la veterinaria—. Y yo calculo que tiene unas ocho semanas de edad. Tiene que ser de esa edad para estar comiendo alimento sólido y usar el arenero. Vamos a darle un par de semanas más de crecimiento, y empezaremos con las vacunas. Mientras tanto, ¿quiere usted que le pongamos un chip?

—¿Un chip?

—Se le pone un microchip con su nombre, el nombre del propietario y sus datos, por si acaso se pierde. En ese caso, se puede leer la información con un lector y pueden devolvérselo.

—Oh, sí, por favor.

—¿Va a tener otro nombre que no sea Kitty?

—Oh, vaya. Es mi primera mascota. Mi madre era alérgica, y yo no sé nada. Supongo que sí, necesita otro nombre.

—No se preocupe. El gato se lo enseñará todo, seguramente. Pero lo que sí necesita es ser esterilizado, porque, de lo contrario, no solo se

reproducirá y hará camadas no deseadas, sino que, además, marcará su casa con orina. Vamos a ponerle las vacunas y a cerciorarnos de que está bien de salud y de peso. Dentro de cuatro meses, cuando hayamos terminado de vacunarlo y esté esterilizado, si lo mantiene como gato de interior, ya no hará falta que siga viniendo a no ser que se ponga enfermo. Es un gatito muy chiquitín.

Kaylee les dijo que le pusieran Tux de nombre, la abreviatura de «Esmoquin» en inglés, debido a la forma que tenían sus manchas blancas y negras. Y fingió que no oía nada cuando la veterinaria dijo:

—Original.

A la mañana siguiente, cuando Kaylee estaba en Jack's comiendo, entró Jillian Matlock con una caja grande de cartón llena de verduras.

—Hoy es tu día de suerte, Jack. ¿Está Preacher por ahí?

—Sí, un momento —dijo Jack, y se giró para darle unos puñetazos a la pared que separaba la cocina del bar—. Le has traído cosas buenas, ¿eh?

—La cosecha va decayendo, y estas verduras son estupendas, pero no tan bonitas como para venderlas.

Preacher salió a la barra secándose las manos con un trapo.

—Hola —le dijo a Jillian, con una sonrisa—. ¿Verdura?

—Para mi amigo especial. Los últimos tomates rosa ruso, calabaza morada, alcachofas, cebollas, nabos… Lo último del verano.

Kaylee se levantó de su taburete y se acercó a Jillian para ver el interior de la caja. Había pepinos, calabacines, lechugas y otras cosas que no reconocía.

—¿Os conocéis? —les preguntó Jack.

—La chica del incendio —dijo Jillian—. Nos conocimos la semana pasada. ¿Cómo estás?

—Me llamo Kaylee —dijo ella, riéndose—. Y estoy muy bien, gracias. ¿Son cosas de su huerto?

—Soy granjera —respondió Jillian—. Tengo unas hectáreas dedicadas a los cultivos antiguos y otras cosas orgánicas. Son variedades que utilizan en los restaurantes, sobre todo como guarnición. Mi hermana es cocinera y hace muchas salsas, vinagretas de todo tipo, encurtidos, pastas… Es una gran chef. Ahora está preparando sopas para una línea que va a sacar… Cosas increíbles.

—Deberás ver la finca de Jillian —le dijo Jack—. Es una maravilla. Y tiene cultivos todo el año.

—¡Qué alcachofas! —exclamó Kaylee—. ¡Son gigantes!

—Me encantaría que vinieras —le dijo Jillian—. Te lo enseñaré encantada cuando estés disponible. Yo he acabado el trabajo por hoy, si quieres, estoy libre.

Kaylee miró su ordenador portátil, que no había tenido mucha acción aquel día, y respondió:

—Sí, yo también estoy libre.

—¡Estupendo! ¡Sígueme hasta casa! Te voy a llevar por todo el huerto en el carrito de la granja.

Kaylee siguió a Jillian por la autopista 36 y, después, por un largo camino que atravesaba un bosque, hasta que llegaron a una hermosa mansión victoriana. Cuando aparcó, se quedó admirando la casa.

—Está totalmente restaurada, en su mayoría por Paul Haggerty —dijo Jillian—. La encontré, la alquilé y empecé a plantar un pequeño huerto. Después, compré el terreno de cuatro hectáreas y empecé con la granja. La casa es maravillosa. Te la enseño después de que veas el jardín y el huerto. Aquí vivimos Colin y yo, pero mi hermana Kelly utiliza la cocina para trabajar. Ella tiene una cocina comercial en Eureka, donde produce sus salsas. Pero siempre está probando cosas nuevas, normalmente, a gran escala, y esta cocina es perfecta. Entra para que te la presente.

Kaylee siguió a Jillian al interior de la casa y conoció a Kelly, que tenía los brazos hundidos hasta los codos en una masa.

—Pan —dijo Jillian—. Me encanta cuando hornea el pan. El aroma llega por todo el camino casi hasta la cosa. Si te apetece, podemos ver primero el jardín y luego la casa.

—¡Claro que sí! Quiero ver todo lo que tengas para enseñarme.

—A mí me encanta enseñárselo a la gente.

Sentada en el pequeño buggy que servía de vehículo por la finca, junto a Jillian, Kaylee fue dando botes y admirando el enorme terreno que había detrás de la casa. Era como una enorme colcha de retales, llena de colores y texturas diferentes, exuberante. La mayoría de los huertos estaban desnudos, salvo los dedicados a melones y calabazas de todas las variedades. Había varios invernaderos llenos de bancales en los que crecían frutas, verduras y flores.

—La mayoría son flores comestibles con las que los cocineros adornan los platos —dijo Jillian—. Empecé a cultivarlas hace un par de años.

—¿Y cómo llevas los productos a los restaurantes? Porque a mí me ha dado la impresión de que no hay ninguno por aquí cerca.

—Sí, es cierto. Las flores y las verduras y hortalizas de variedades antiguas van hasta Seattle y San Francisco por FedEx. Son cosas que no duran demasiado, así que están en su destino de un día para otro.

Pasaron por un huerto de árboles frutales y arbustos de baya.

—Las bayas llegan en primavera y terminan durante las primeras semanas de agosto, pero las manzanas están listas más tarde. En realidad, no espero mucho de la cosecha de manzanas, las uso principalmente para dárselas a los ciervos. Las mejores las vendo en

los puestos que ponemos junto a la carretera. Ahora tengo dos muy grandes. Kelly utiliza la fruta y las bayas para sus creaciones. Vende muchos rellenos para tartas y pasteles, mermeladas, jaleas y ese tipo de cosas. He añadido los arbustos de baya y he pagado el precio: a los osos les encantan y tengo que asustarlos para que no se acerquen. Lo hago con una corneta que odian. Eso de tener vida salvaje en el jardín puede ser fascinante hasta que sufres los daños. Una madre osa con sus cachorros te puede romper los invernaderos o darle la vuelta a este buggy. No puedo concederme el lujo de ser tan acogedora.

—¿No te dan miedo?

—No, realmente. Pero no me acerco. He visto el tamaño de sus garras. Y he visto las consecuencias de sus actividades.

—¿Y no podrías poner un cercado?

Jillian se echó a reír.

—¿No has visto nunca a un oso trepar a un árbol de diez metros? No hay cercado que valga. Tenemos algunas vallas para que no entren los ciervos en los huertos más alejados, y usamos repelente para que los conejos no acaben con las lechugas y las hortalizas de raíz. Pero me temo que los osos van donde quieren. Lo mejor es la corneta. Hace mucho ruido.

Kaylee se quedó asombrada al ver los huertos en terrazas que había en las laderas del terreno. Estaban separados por caminos muy estrechos por los que transitar. De vez en cuando, Jillian se paraba y recogía fruta o verdura, y ponía las piezas en la parte trasera del carrito. Había de todo: manzanas, patatas, uvas, melones…

—Las calabazas estarán listas en Halloween.

Cuando volvieron a la casa, Jillian se la enseñó. El mayor lujo era un solárium que tenían en el segundo piso, en el que Colin tenía su estudio de pintura. Sus cuadros de animales salvajes adornaban todo el perímetro de la sala. En aquel momento, estaba trabajando en una enorme pintura de un búfalo.

—Dios, es magnífica —le dijo Kaylee—. ¿Los vendéis en alguna galería?

—La mayoría van a una galería que está en Sedona, en Arizona. Es de un pintor que se ha hecho gran amigo nuestro —le respondió Colin —. También hago encargos especiales y los vendo a través de mi página web. Eso me está ahorrando muchos problemas.

Había un tercer piso que acogía varias habitaciones de invitados y, para sorpresa de Kaylee, una escalera que llevaba al tejado y, para sorpresa de Kaylee, a un balcón de la viuda, una plataforma típica de las casas cercanas a la costa desde la que se podía observar todo el entorno.

—No sabemos de dónde salió la idea de construir un balcón de la viuda en esta zona, pero desde aquí se ve toda la granja y más allá. El

primer año que pasamos aquí, salía todo el tiempo. Llamaba a Kelly. Todavía no teníamos cobertura y era el único sitio donde podía establecer conexión. Y, de paso, admiraba mi pequeña granja.

Cuando bajaron, Kelly les había preparado algo de comer. Charlaron un rato de sus profesiones y sus inclinaciones artísticas. Y, cuando Kaylee se iba a marchar, Jillian le dio una cesta de plástico llena de verduras que había ido recogiendo durante su *tour* por los huertos. Le aseguraron que estarían encantados de que volviera a verlos en cualquier momento.

—Estoy deseando volver —dijo ella.

Fue directamente a su casa y, al aparcar, vio a Landry sentado en los escalones del porche de su casa, con una botella de agua entre las manos.

—He estado en la granja de Jilly. ¡Y mira lo que me ha dado!

—Increíble —dijo él, mirando la fruta y las verduras.

—Voy a hacer una cena vegetariana.

—¿No tienes jamón para acompañar las judías?

—No, por supuesto que no. No me esperaba esto.

—Yo, sí. Te lo voy a traer. No puedes comer judías verdes sin acompañarlas de jamón.

—Entonces, vas a tener que cenar conmigo.

Landry sonrió.

—Sería estupendo. Dejaré a Otis en casa.

Capítulo 5

La primera cena de Kaylee con su casero fue tan fácil que le pareció que lo conocía desde hacía muchos años. Él la ayudó a recoger la cocina y aceptó una taza de café para la sobremesa, no se quedó hasta muy tarde y le dio las gracias efusivamente.

Después, Tux y ella escribieron ocho páginas; se quedaron despiertos casi hasta la medianoche. Al día siguiente, cuando volvía de su paseo vespertino, él la saludó desde su porche, y le gritó:

—¿Qué tienes pensado hoy para la cena?

Ella le hizo un gesto indicándole que no lo sabía. Se encogió de hombros.

Él le dijo a Otis que se quedara en el porche y bajó por el sendero hasta la carretera.

—He descongelado un poco de carne para hamburguesas. ¿Quieres cenar conmigo?

Ella miró a Otis.

—Si quieres, puedes prepararlas en tu parrilla y traerlas a mi casa. Yo haré una ensalada de tomate y huevos rellenos picantes. Y ayer sobraron judías verdes.

—Me parece perfecto —dijo él—. Voy a darme una ducha y a hacer las hamburguesas. ¿Te parece bien a las seis?

—Perfecto.

Ella también se dio una ducha y se arregló un poco, preguntándose si él se daría cuenta. Y, después, se preguntó también por qué se molestaba.

Se molestaba porque Landry era muy guapo, agradable y amable. Hablaban de cualquier cosa. Él le contó la historia de sus nuevos amigos.

—Jillian vino aquí porque la despidieron de un puesto de alta ejecutiva, y quería despejarse la cabeza. Colin vino a Virgin River porque su hermano Luke vive aquí, aunque el verdadero motivo es un misterio. Su hermano y él no se llevan bien. Bueno, en realidad, lo que ocurre es que la mitad del tiempo son los mejores amigos del mundo y, la otra mitad, enemigos. Jilly encontró la casa y su enorme jardín abandonado, y empezó a plantar. Colin era piloto militar de

Blackhawks. Se estaba recuperando de un accidente y la pintura fue su terapia. No sabía que era tan bueno.

—¿Bueno? ¡Lo que tiene es un don!

—Ya lo sé. Conoció a Jilly, se enamoró de ella y, desde entonces, no se han separado.

—¿Y ahora están casados?

—No, pero son una pareja consolidada. Y, en un pueblo tan pequeño como Virgin River, la gente les pregunta constantemente cuándo se van a casar. Llevan muchos años juntos viviendo en esa casa. No sé por qué no se han casado y, en lo que a mí concierne, no me importa. Kelly, la hermana de Jilly, está casada.

—Sí, me ha dicho que con un director de cine —dijo Kaylee—. Está muy orgullosa de él.

—Y luego está Preacher —dijo él, y le contó la primicia de cómo llegó Noah al pueblo para dirigir la iglesia que se compró en eBay, y de cómo se enamoró de la secretaria de la parroquia, una chica que había sido bailarina de danzas exóticas.

—Este pueblo, a primera vista, no parece tan interesante —dijo ella, riéndose.

Tres días más tarde, después de ver a Landry tan solo en el porche o en el patio de su parcela, Kaylee le preguntó si le apetecía cenar con ella de nuevo, y él aceptó de buen grado. Tomaron una copa en su porche al atardecer, antes de la cena. Y, después, un café, también en el porche. Ella siempre se sentaba en el columpio, y él se acomodaba en la mecedora, junto al columpio.

Al día siguiente, Kaylee vio que Landry estaba ocupado. Observó que llegaban los dueños a recoger a los tres perros que él había tenido en adiestramiento. Landry pasó, al menos, una hora con cada uno de ellos, enseñándoles las órdenes de entrenamiento, dirigiendo a los perros para que lo siguieran, se giraran, se sentaran, se tumbaran o permanecieran en su sitio. Lo vio todo desde su porche, a una distancia de seguridad, mientras intentaba escribir algo. Observó que los dueños no se iban sin estrecharle la mano y darle un abrazo. Había un sentimiento de alegría general por el buen comportamiento de sus perros.

Al oír que alguien llamaba a su puerta aquella noche, a las ocho, se sorprendió. Abrió y se encontró con Landry, que tenía una botella de vino.

—¿Te apetece ver salir las estrellas?

—¡Sí, claro! ¡Vienes armado con un incentivo!

—He prestado atención a lo que te gusta.

—Bueno, pues vamos a abrirla y veamos las estrellas. ¿Has

cenado?

—Cuando terminé con los perros me moría de hambre, así que me comí un sándwich. ¿Y tú?

—Sí, hace un par de horas.

Ocuparon sus asientos de costumbre en el porche. El sol se estaba poniendo.

—Tengo un festival de arte en Oregón este fin de semana —dijo Landry—. Voy a quedarme allí, pero el siguiente fin de semana estaré en Grace Valley, porque celebran su Art Walk. Eso está cerca, y puedo volver a casa a dormir. Aunque tarde. Deberías pensar en ir a verlo. Quizá te guste.

—Puedo pensarlo.

—Tengo cuatro eventos seguidos. Septiembre y octubre son los meses más ajetreados para mí. Tengo que preparar y empaquetar muchas cosas. Pero, ahora que ya se han ido los perros, espero que podamos cenar juntos de vez en cuando. Y creo que ya es hora, Kaylee, de que te acerques un poco a Otis.

—Oh, seguro que a Otis no le importa que yo no me acerque a él…

—Mañana. Voy a preparar espaguetis con la receta de mi padre, que es abrir la lata y calentar. ¿Puedes venir a las cuatro? Así, Otis y tú os conoceréis, y yo recompensaré tu valor con la cena.

Lo primero que se le pasó por la cabeza a Kaylee fue que no iba a tener demasiada hambre si estaba compartiendo espacio con un perro.

—Sé valiente. Te alegrarás mucho de haberlo hecho.

—No estoy muy segura de eso.

Al final, aceptó. Pero no iba a hacerlo porque quisiera superar su fobia a los perros. Iba a hacerlo porque le encantaba pasar tiempo con Landry.

Kaylee sabía que iba a estar muy tensa cuando llamara a la puerta de Landry. El abrió e, inmediatamente, le tomó las manos.

—Tienes las palmas sudorosas —dijo—. Creo que vamos a empezar a solucionar esto inmediatamente. Te presento a Otis —dijo. Señaló la alfombrilla que había tras él, donde estaba esperando Otis, alerta, pacientemente—. Le he explicado que tienes cierto nerviosismo y que debe esperar sentado hasta que lo llame.

—Claro, y él lo ha entendido todo perfectamente.

—Algunas veces, me lo parece. Ahora, quiero que lo mires, que digas su nombre y que le expliques que debe acercarse —le dijo Landry. Y ella se quedó muda—. No pasa nada, Kaylee. Yo estoy aquí.

—Otis, ven —le dijo ella, con suavidad.

Y el perro se acercó lentamente.

—Por favor, acaríciale y dile que es bueno.

Ella lo hizo, aunque le temblaba la mano.

—Intenta pedirle que se si-en-te —le dijo él, deletreando la palabra. Sin embargo, antes de que hubiera terminado, Otis se sentó, y Landry se echó a reír—. Bueno, hay una forma mejor. Voy a darle unas cuantas órdenes y, después, quiero que tú las repitas. Otis, ven.

El perro se sentó a su lado rápidamente.

—Sígueme, sígueme, sígueme —le pidió, y Otis caminó junto a sus rodillas, incluso cuando Landry hacía giros—. Buen chico —le felicitó, mientras lo acariciaba—. Siéntate —le ordenó, y el perro obedeció—. Túmbate —añadió, y el perro se tendió boca abajo—. No te muevas —volvió a ordenarle, y el perro permaneció inmóvil mientras él se alejaba. Desde el otro lado de la habitación, le mandó—: Otis, a tu sitio.

Y Otis fue inmediatamente a su alfombrilla.

—Eres muy bueno, Otis —le dijo Landry, y se giró hacia Kaylee—: Inténtalo.

Kaylee respiró profundamente y repitió las órdenes, aunque con la voz temblorosa. Otis la miró con adoración e hizo exactamente lo que le pedía. Kaylee lo hizo varias veces. A cada orden, le dio una palmadita y le dijo que era muy bueno. Y, cuando terminó, le pidió que fuera a su sitio. Sin embargo, él se tendió boca arriba con las patas estiradas, pidiendo un buen rascado de barriga.

—No, Otis —le dijo Landry—. Ve a tu sitio.

El perro se levantó con cansancio y, seguramente, decepcionado.

—Puedes rascarle la tripa si te apetece —le dijo Landry.

Kaylee se acercó cuidadosamente a la alfombrilla, miró a Otis y le pidió que se diera la vuelta. El perro obedeció, y ella le rascó la tripa con cuidado. Después, le dijo que se quedara en su sitio y volvió a la cocina.

—Vino —dijo.

—Lo has hecho muy bien —le dijo Landry, con una sonrisa—. ¿Estás cómoda? ¿Te has convencido de que Otis no te va a hacer daño?

—Supongo que sí —dijo ella—. Pero no voy a hacer ningún movimiento rápido.

Landry sonrió de nuevo. Le sirvió una copa de vino, y ella se sentó en la barra de desayunos.

—Otis es muy inteligente —le explicó Landry—. Demasiado inteligente para su propio bien, a veces. Por ejemplo, sabe abrir su puerta. Y, aunque esa puerta da al patio, que está vallado, él sabe saltar la valla. Algunas veces, he llegado a casa y me lo he encontrado esperando en el porche delantero. Si alguna vez lo ves fuera, no te asustes. Puede que se acerque a ti, pero tú puedes decirle que se tumbe o que vuelva a casa.

—¿Estás seguro? —le preguntó ella, y tomó un poco de vino.

—Completamente —dijo él—. Es un perro excelente. Lo llevo de visita a hospitales y a casas de infancia. Todo el mundo adora a Otis. Bueno, ahora voy a hacer los espaguetis. He hecho una ensalada y tengo pan de ajo.

Y, de repente, Kaylee se dio cuenta de que estaba hambrienta. Los espaguetis estaban deliciosos, la ensalada también, el pan estaba crujiente y rico. Y el perro siguió en su alfombrilla.

Sonó el teléfono de Landry, pero él lo ignoró.

—¿No vas a responder?

—No, que dejen un mensaje. Tengo el postre preparado.

Tomaron un café y el postre en el sofá, mientras charlaban. Él le preguntó qué tal iba el libro, y ella le dijo que un poco mejor que en casa de su madre, en Newport. Tenía la esperanza de poder terminarlo para otoño. Siempre le había encantado el otoño, y sabía que iba a gustarle aún más allí, en las montañas.

Entonces, se quedó callada, porque la cabeza de Otis apareció en su regazo. El perro la miró con sus enormes ojos marrones. Ella lo miró a él. Después, le puso la mano en la cabeza, y él movió la cola.

—Se me ha olvidado mencionar que Otis se enamora con facilidad. Pero tú no eres la primera y, seguramente, no serás la última. No quiero que se te rompa el corazón.

La llamada que Landry había dejado pasar durante la cena era de Laura. Hacía bastante tiempo que no sabía nada de ella. Se habían casado hacía once años. Se habían conocido en San Francisco, en la cafetería en la que trabajaba ella, que, casualmente, estaba en el mismo barrio que el almacén en el que él tenía alquilado un espacio para usarlo de taller, porque en su diminuto piso no tenía sitio para trabajar.

Él había ido a la universidad en San Francisco, y adoraba aquella ciudad. Tres años después de terminar sus estudios, allí seguía, creando objetos de cerámica, jarrones, móviles, esculturas, cualquier cosa que le dictara su impulso artístico. También trabajaba en cosas con las que pudiera ganar un extra, en la construcción, de camarero o de barman. Laura estaba trabajando en la cafetería para poder costearse la carrera de actriz. Quería ser una estrella. Hacía *castings* para anuncios de televisión, obras de teatro, pequeños papeles en películas… Cualquier cosa que saliera.

Tenían el arte en común y, cuando se conocieron y se enamoraron, todo fue como un fuego espontáneo, rápido y ardiente.

Después de salir juntos durante un año, se casaron en una iglesia de estilo español, pequeña y pintoresca, en Oakland. Eran felices todos

los días. Iban al cine a ver películas antiguas, visitaban galerías, iban a cafeterías que estaban abiertas hasta muy tarde y a todas las celebraciones y desfiles de la ciudad. Eran jóvenes y despreocupados, y estaban llenos de esperanzas.

Entonces, a Laura le ofrecieron la oportunidad de interpretar un papel en una película si se mudaba a Los Ángeles. Era un papel decente, con posibilidades. Le dijo a Landry que estaría fuera unos pocos días, lo justo para hacer el *casting*, y que, si le daban el papel, estaría fuera tres meses.

Tal y como él lo recordaba, aquel fue el final de su matrimonio.

Laura consiguió el papel y se marchó a Portugal para el rodaje. Volvió a casa a los pocos meses, pero pasó allí solo unos días. Enseguida surgió otra oportunidad y, antes de su segundo aniversario, ella le informó de que tenía que mudarse. Su base sería Los Ángeles, no San Francisco. Pero, por supuesto, iría a verlo siempre que no estuviera trabajando.

Él intentó apoyarla. Sabía lo mucho que deseaba ser actriz, ser una estrella. Pensó en lo frustrado e infeliz que él estaría sin poder materializar su arte, pero la echaba de menos. Aquella no era su idea del matrimonio. Se ofreció a mudarse a Los Ángeles con ella.

—Eso no resolvería nuestros problemas, Landry —le dijo Laura—. Puede que yo esté temporadas en la ciudad, pero el resto del tiempo tendré que viajar para los rodajes. La próxima película será en Vancouver, y tendré que estar allí cuatro meses. Puedes venir a verme si quieres, pero tendré jornadas de trabajo de doce horas. Voy a alquilar algo con otros actores. Algo barato que no creo que use mucho. Así que no creo que tú quieras trasladar toda tu vida y tu negocio a un sitio para verme dos días al mes.

Durante los dos años siguientes, ella estuvo visitándolo, pero menos de una semana seguida cada vez, y pocas veces al año. Seguían hablando muchísimo por teléfono, pero no todos los días. A los tres años de casados, apenas la veía, así que decidió volver a vivir a Virgin River. Podía vivir con su padre en la casa en la que se crio.

—Pero… para mí es mucho más difícil llegar hasta allí —se quejó Laura—. Tengo que ir en avión hasta San Francisco y allí, alquilar un coche para ir conduciendo hasta el condado de Humboldt.

Así que empezó a verla aún menos. A pesar de que ella le decía constantemente que lo echaba de menos, él no se lo creía. Laura compartía una casa de alquiler en Los Ángeles con dos hombres y dos mujeres, y no era el entorno más cómodo para que él fuera a verla.

La había visitado una vez por sorpresa y, cuando llamó a la puerta del piso, le abrió un hombre con una toalla en la cintura. Estaba hablando por teléfono, pero le preguntó:

—¿En qué puedo ayudarte?

—Soy el marido de Laura —dijo él, con frialdad.

—¡Pasa, pasa! —exclamó el hombre.

Después, colgó y llamó a Laura, que se quedó bastante aturdida con su visita.

Y Landry se dio cuenta de que las cosas habían terminado entre ellos. Laura tenía dos vidas, y la que compartía con él no era la más importante.

Landry le explicó que el hombre de la toalla solo era uno de sus compañeros de piso. Ellos dos pasaron unos días terribles, porque la casa donde vivía Laura era un lugar de reunión que siempre estaba llena de gente. A ella le gustaba estar rodeada, mientras que él era una persona solitaria. A él le gustaba estar solo, creando sus obras de arte. Además, nunca terminó de creerse la historia de su compañero de piso.

Durante aquellos últimos diez años, Laura había estado allí donde había trabajo. Él llevaba ocho años en Virgin River. De vez en cuando, se ponían en contacto.

Landry escuchó el mensaje del buzón de voz.

—Landry, querido, ¡llámame pronto! Tengo buenas noticias.

Él sabía lo que quería decirle. Seguramente, tenía un papel en una nueva película, y quería que supiera dónde iba a estar los próximos meses. No sabía con certeza por qué se molestaba. Sin embargo, para haberse separado diez años antes, todavía conservaban una buena relación.

—¡Landry! —exclamó ella, cuando respondió al teléfono—. ¿Cómo estás? ¡Te he echado de menos!

—Estoy muy bien, y Otis te manda saludos. ¿Cómo estás tú, y cuáles son esas noticias?

—Voy a estar unos días en San Francisco. Voy a hacer una audición para una obra de teatro y, si me dan el papel, viviré en San Francisco durante varios meses, y podremos vernos más.

«Vaya», pensó él.

—¿Y cuándo es la audición?

—Dentro de dos semanas. Es un sacrificio muy grande, Landry. El trabajo es muy duro y el director y el autor son una pesadilla andante. Pero sería estupendo poder verte.

—Lo mismo digo, pero has elegido un momento difícil. Yo tengo varias ferias y eventos seguidos; estamos en la temporada alta de otoño. En septiembre y octubre voy a tener que hacer varios viajes de cuatro días. Si todavía sigues en San Francisco en noviembre, tendré más tiempo para respirar.

—¿Y no podrías cancelar un par de ferias de esas? No pueden ser tan importantes.

A Landry se le pasaron por la cabeza un millón de respuestas llenas

de enfado, pero no las vocalizó. Aquellas ferias eran importantes y muy rentables. Había gente que acudía a sus puestos todos los años solo para ver sus nuevas obras. Había reservado el espacio con un año de antelación y su nombre aparecía en el catálogo. Aparte de todo eso, llevar y colocar sus obras no eran tan fácil. Cada uno de aquellos eventos era agotador. Sin embargo, a él le encantaba, y conocía a mucha gente que participaba y compraba. Eran ferias importantes.

—Pagué los alquileres de los puestos hace más de un año y, a estas alturas, no me devolverían el dinero, Laura. Es un compromiso muy grande. Además, normalmente, la semana anterior a una feria estoy terminando mi trabajo y preparándolo todo para el traslado. Es mucho trabajo.

—Bueno, pues intenta meterme en tu horario —le dijo ella—. Hace mucho tiempo que no nos vemos.

—Envíame un mensaje con las fechas en las que vas a estar en San Francisco y veré qué puedo hacer.

—¡Sería maravilloso!

Estuvieron hablando un rato sobre su obra. Él sabía que, a los dos días, la llamaría para decirle que no tenía tiempo suficiente. Y era cierto. En otoño siempre estaba demasiado ocupado.

Y, además, no le interesaba acortar el tiempo que pasaba con Kaylee.

A la mañana siguiente de haber cenado con Landry y Otis, Kaylee salió a dar su acostumbrado paseo. Había refrescado bastante, y las hojas de los árboles estaban empezando a cambiar de color. Vio que la camioneta de Landry estaba en el camino de entrada a su casa y que Otis estaba en el porche, pero, seguramente, Landry estaría en su taller, creando enfebrecido.

Cuando pasó por delante de casa de Landry, Otis bajó hasta el camino, lenta y perezosamente, y ella le dijo:

—Sígueme, sígueme.

Entonces, Otis se le acercó con un trotecillo y se quedó a su lado. Ella se detuvo y le pidió que se sentara; Otis obedeció. Entonces, le dijo que se quedara en su sitio, y caminó un poco por delante de él, pero Otis no se movió. El hecho de tener aquel pequeño poder sobre él le produjo entusiasmo.

Cuando volvió de su paseo, Landry estaba en el porche.

—Me ha dado la impresión de que mi perro te ha sacado a pasear.

—Ha sido muy amable —dijo ella.

—¿Has desayunado?

—Un yogur.

—Voy a hacer huevos revueltos. ¿Interesada?

—Estás invirtiendo en mí mucho más de lo que merezco —dijo ella.

Kaylee había establecido unos hábitos muy agradables. Por la mañana y, algunas veces, también por la tarde, salía a caminar. A menudo, Otis la acompañaba. Y estaba asombrada de lo mucho que hablaba con Landry. Algunos días iba a desayunar o a comer al bar. Le gustaba ir por la tarde, porque era un momento tranquilo y porque era una buena oportunidad para estar con Mel, que iba allí durante sus descansos.

Además, le encantaba la granja de Jillian. Intentó no hacerse pesada, pero fue varias veces después de su primer *tour*, y siempre volvía a casa con cosas que Jilly cosechaba del suelo. Para corresponder, ella pedía libros por Internet y se los llevaba a Jilly y a Kelly como muestra de gratitud.

El primer fin de semana que Landry estuvo fuera, se enteró de que en el Huerto de Frutales Cavanaugh iban a celebrar una jornada de puertas abiertas. Uno podía elegir su propia fanega de manzanas o comprar alguno de los muchos productos que se ponían a la venta, desde sidra hasta mantequilla de manzana y relleno para tartas.

Era como si todo el pueblo estuviera allí. Había gente sentada bajo los árboles, relajada, disfrutando del día, jugando con los niños, persiguiendo a sus perros… Conocía a muchos de ellos, y era como estar en un pícnic. Saludó a varios grupos y se sentó con ellos para preguntarles si se lo estaban pasando bien a pesar del tiempo fresco, y ellos, a su vez, también le hicieron bastantes preguntas.

—¿Has sabido algo sobre la reparación de la casa incendiada?

—¿Qué tal va tu libro?

—¿Te gusta vivir en la finca de Landry?

Al darse cuenta de que no sabía nada de las reparaciones de la casa de los Templeton, aquella misma noche llamó a Bonnie. Se enteró de que, después de ver las fotografías que les había enviado Paul Haggerty, le habían dicho que comenzara las obras. Él estaría encantado de enviarles más fotos, cada pocos días, con los avances. Tenían que elegir electrodomésticos, azulejos, iluminación, fregaderos, etcétera, pero podían hacerlo en Los Ángeles y enviárselos a Paul a Virgin River.

—Tal y como tengo entendido, va a ponerse a trabajar inmediatamente porque tiene un hueco entre otras obras, y nosotros queríamos aprovecharlo.

—También es una suerte que no tengáis que venir hasta aquí para conocerlo —comentó Kaylee.

—Hoy día se puede hacer casi todo por ordenador —dijo Bonnie.

—Si necesitáis que ayude en algo, por favor, decídmelo —le dijo Kaylee—. ¡Tengo tiempo de sobra!

Cada dos o tres días, Landry y ella cenaban juntos en alguna de las dos casas. Algunas veces, ni siquiera cenaban juntos, sino que se reunían en el porche para tomar una copa de vino o una taza de café, tal vez por la mañana, tal vez por la noche. Y siempre se saludaban varias veces al día.

Aunque ella estaba empeñada en que Landry no pasara de ser su casero o un amigo, el romance que había creado entre Caroline y Landon era cada vez más intenso. Ahora, cuando se miraban a los ojos, lo hacían con un verdadero anhelo.

La primera semana de octubre, Kaylee fue a Grace Valley a visitar el paseo del Arte de Otoño. La calle principal estaba cortada y llena de puestos en los que se exponía de todo. Trabajos en madera, especias, pinturas, hummus. Era de esperar que se encontrase con varios amigos. La hija de Kelly estaba atendiendo uno de los puestos en los que se vendían las salsas de su madre. Había gente que le presentó a otra gente. Mel le presentó a la médica de Grace Valley, June, y Colin le presentó al pastor de Grace Valley, Harry. Encontró el puesto de Landry y se quedó asombrada de la belleza de sus vasijas, jarrones y móviles. No había visto muchas de sus obras con anterioridad, solo las piezas que decoraban su casa y la de él. Eran asombrosas, y él tenía a un grupo muy grande de gente allí reunida.

Comieron juntos en su puesto, porque él no podía dejarlo desatendido. Ella solo había ido a demostrarle su interés y darle su apoyo, pero, una vez allí, se había quedado encantada al ver todas aquellas muestras de arte y artesanía. Por la tarde apareció la mujer más guapa que ella hubiera visto en su vida, y exclamó:

—¡Landry, cariño!

Él se le acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Hola, Landry.

—¡Qué maravilla de piezas! Cada vez eres mejor. Eres un artista fabuloso.

Laura era alta y delgada, rubia, con los ojos de un azul tan intenso como el de Landry. Al verlos juntos, parecía que estaban hechos el uno para el otro. Ella tenía los dientes perfectos, era esbelta y tenía un busto considerable. Por supuesto, llevaba un maquillaje que parecía realizado por un profesional, y sus uñas eran de estrella de cine. Era deslumbrante. Llevaba una falda de encaje blanco, una cazadora vaquera y unas preciosas botas. Y tenía mucha seguridad en sí misma.

—¿Y quién eres tú? —le preguntó, mientras le tendía la mano—. Hola, yo soy Laura. La esposa de Landry.

Era toda una actriz. De repente, Kaylee se sintió muy bajita, gorda y mal vestida con sus vaqueros y su sudadera con capucha.

—Un placer —dijo, con azoramiento—. Soy Kaylee. He alquilado la casa de Landry. La pequeña.

—¡Qué estupendo! —exclamó Laura y, después, movió las pestañas mirándolo a él—. Tienes muy buen aspecto, Landry. Te has cuidado mucho. ¿Tienes tiempo para enseñarme la feria?

—De verdad, Laura, no puedo. Voy a estar muy ocupado el resto del día, lo siento. ¿Por qué no vas a dar una vuelta, disfrutas de los puestos y hablamos luego?

—Vaya, ¿tu amiguita no puede atender el puesto un rato?

—Por supuesto que no —respondió él, con irritación—. Kaylee no sabe nada de estas cosas. Solo ha venido a saludar.

—Y es hora de que me vaya —dijo Kaylee, intentando sonreír—. Todavía tengo mucho que ver de la feria.

Tomó su bolso y dejó a Landry con su mujer.

¿Mujer? ¿No le había dicho que había estado casado pero que las cosas no habían funcionado? Ella debía de haber dado por supuesto que tenía una exmujer. Pero, claramente, la relación entre ellos era cordial.

De inmediato, Landry tuvo que ocuparse de sus clientes, respondiendo sus preguntas sobre los precios, explicándoles el proceso de creación y ayudándoles a elegir la pieza que quisieran comprar. Normalmente, su puesto estaba muy concurrido, y aquel día no era una excepción. A los veinte minutos, Laura se había marchado, después de decirle que hablarían más tarde.

¿Por qué?, se preguntó él. Ella nunca había demostrado ni el más mínimo interés en aquellas ferias ni en la gente. Admiraba su trabajo, pero en todos los años que él llevaba viviendo en Virgin River, solo lo había visitado unas pocas veces y no había entablado conversación con ninguno de sus vecinos. La única vez que se había mezclado con ellos había sido en el funeral de su padre.

Al final del día, él tenía que recoger todas las piezas y empaquetarlas. Las llevó al tráiler que había alquilado, lo cerró con un candado y lo dejó en el aparcamiento. No llegó a casa hasta las diez de la noche, y se encontró un coche desconocido aparcado en la parte delantera. Un coche de alquiler, seguramente.

Había luz en la cocina, pero Laura no estaba a la vista. Otis lo saludó brevemente y volvió a su cama del salón. Landry entró en su dormitorio y se encontró a Laura en su cama. Encendió la luz cenital y ella se incorporó sobresaltada. La luz era muy intensa.

—¡Landry! ¡Me has dado un susto!

—¿Qué estás haciendo aquí? Te he dicho que es muy mal momento.

—¡Ya te lo he dicho! ¡Quería verte!

—Y yo te dije que no tenía tiempo hasta noviembre.

—Así que he venido yo —dijo ella, como si, con eso, hubiera resuelto el problema.

Él se dio la vuelta y salió de la habitación. Fue a la cocina y se sirvió una copa generosa de Crown Royal.

Ella también entró en la cocina, atándose el cinturón de una bata negra de satén. Se quedó en el lado opuesto de la isla.

—¿Podrías darme una de esas? —le pidió.

Él no respondió. Sirvió otra copa de licor con hielo y se la deslizó por la encimera.

—Gracias —dijo ella—. ¿Podríamos sentarnos?

Él sacó uno de los taburetes de la isla y se sentó, mirándola.

—No me lo estás poniendo fácil. Llevo mucho tiempo queriendo hablar contigo en serio —dijo ella.

—Has tenido diez años, Laura.

—Tú, también —replicó ella—. Y aquí estamos. Bueno, dime, ¿he interrumpido algo romántico entre tu amiga y tú?

—No, es mi inquilina. Somos vecinos y nos llevamos bien.

—Es muy guapa.

—Eso no te va a intimidar a ti —respondió él.

—Mira, esto me resulta difícil. Por lo menos, sé amable. Las cosas no han ido como yo pensaba. Ya no consigo los papeles que quiero o necesito. A menudo me encasillan en el papel de madre de la novia y no de la novia. O de la hermana insatisfecha de otra mujer.

—Has tenido buenos papeles en buenas películas.

—Lo cierto es que, a mi edad, el trabajo es muy difícil y no se cobra lo suficiente. Se me considera vieja a los treinta y cinco años. Solo consigo papeles secundarios y anuncios de televisión. Estoy cansada, y quiero probar algo nuevo. Estoy pensando en dejar la interpretación.

—¿De verdad? —preguntó él, con una ceja arqueada—. ¿Después de tanto tiempo y dedicación? Hay muchos trabajos de interpretación para mujeres de treinta y cinco años.

—No, no muchos. Hay algunos, pero son difíciles de conseguir. Tengo que ser sincera conmigo misma. Esto no me va a llevar al lugar al que siempre quise ir.

Él se frotó la nuca.

—La verdad es que me sorprende. Pensaba que tenías fuerzas para seguir a largo plazo.

—Pero no el entusiasmo —respondió Laura, y le dio un sorbo a su copa—. Quiero que volvamos a intentarlo.

Él se quedó asombrado.

—¿Intentar qué?

—Nuestro matrimonio. Aquel año que estuvimos juntos fue el más feliz de mi vida.

—Y, sin embargo, lo abandonaste todo —dijo él—. Elegiste actuar. Luchamos por ello y tú elegiste la interpretación y tu carrera por delante de tu matrimonio. Hubo un tiempo en el que ni siquiera reconocías que estuvieras casada.

—Eso eran estrategias de *marketing* para que yo resultara más deseable, más disponible, para convencer a la gente de que no iba a dejar el trabajo a medias cuando me diera la gana, ni los iba a dejar colgados. No duró mucho. Sé que hemos tenido un matrimonio a distancia, pero…

—No hemos tenido ningún matrimonio. ¡No hemos dormido juntos desde hace una década!

—Bueno, eso fue por elección tuya —dijo ella.

—Sí, es cierto. Cuando me di cuenta de que te había visto menos de doce días en un año, para mí quedó muy claro que no tenías interés en nuestro matrimonio. No quería que me llamaras solo cuando te convenía. A lo mejor eso era suficiente para ti, pero para mí, no.

—Pero, sin embargo, no llegamos a divorciarnos —le recordó ella.

—No me pareció que hubiera ninguna necesidad acuciante. No tenía interés en volver a casarme, y pensé que tú pedirías el divorcio.

—¡Pero si yo no quería divorciarme! ¡Yo quería estar casada!

—¿Con un hombre al que veías menos de un mes al año?

—Te quería. ¡Siempre te he querido! Y tú me querías a mí. Éramos buenos amigos.

—¿Éramos amigos? Ni siquiera sé si eso es cierto. Nos llevamos bien, y hablamos de vez en cuando por teléfono, pero es como hablar con una prima o una hermana, no con una esposa. Haz memoria, Laura, después de que tú pasaras dos años intentando abrirte camino hacia el estrellato, tuvimos una discusión. Yo tracé una línea en la arena y te dije que debíamos encontrar la manera de vivir juntos o que lo nuestro terminaría. Tú dijiste que no había manera de que pudiéramos vivir juntos, que tu trabajo estaba en Hollywood o en los sets de rodaje, que era tu sueño, que habías trabajado mucho para conseguirlo y que no podías abandonar sin intentarlo en serio. Y yo te dije que me había cansado de luchar. Te ofrecí todos los compromisos que se me ocurrieron, pero tú me querías al margen. Por eso me vine aquí a vivir y a trabajar.

—Pero nunca hemos perdido el contacto.

—¡Solo hablamos por teléfono! —exclamó él—. Nos vemos en San Francisco si yo estoy visitando las galerías. Ni siquiera compartimos una habitación de hotel en esas ocasiones. ¡No somos buenos amigos!

—¡Sí lo somos! ¡Tú eres mi mejor amigo! ¡Siempre te he querido!

Él dio un buen trago a la copa de licor.

—Laura, tienes que revisar tu noción de lo que es la amistad. Tu idea de la amistad es verdaderamente mala.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Lo siento, Landry. He fracasado en todo. Nunca habría malgastado tanto tiempo en la interpretación si hubiera sabido que no iba a llegar a nada. No debería haber renunciado a ti. Lo llevo pensando mucho tiempo. Quiero que estemos juntos. Por favor, dime que lo vamos a intentar.

—Creo que ese tren ya se ha marchado, Laura. No importa lo que yo sintiera por ti; no tengo confianza, y siempre estaría pensando que vas a aparecer con una maleta y a salir por la puerta.

—Pero… espera… Acuérdate de cuando íbamos al cine, a las galerías, a los mercados al aire libre… ¿No te acuerdas de los pícnics en Union Square? Nos sentábamos en un banco y veíamos pasar a la gente… Íbamos a la costa a comer pescado, y a pasear al río Ruso. Éramos jóvenes, despreocupados, felices. Ya no podemos volver a ser jóvenes, pero…

—Creo que han pasado demasiados años —dijo él.

—Podemos empezar de nuevo —replicó Laura—. Tenemos el amor. Solo necesitamos estar juntos.

—Ahora tengo una vida distinta —insistó él—. Llevo diez años viviendo solo. Soy una persona solitaria, y tú necesitas a mucha gente a tu alrededor. Estoy de acuerdo en que hubo un tiempo en que lo pasamos muy bien, y parecía que éramos compatibles. Pero tú te marchaste, Laura, y no querías que yo estuviera contigo.

—Fue solo por cuestiones prácticas —dijo ella—. Y, a lo mejor, porque fui una tonta y pensé que, una vez que tuviera un buen papel y ya no tuviera que vender mi alma a cambio del trabajo, podríamos estar juntos otra vez. Por favor, ahora quiero dejarlo todo por nosotros. ¿No puedes pensar en ello, por lo menos?

—Puedo pensarlo, pero no creo que fuera beneficioso para ninguno de los dos.

—Por favor, tómate una semana —le suplicó ella.

—¿De dónde viene todo esto? —le preguntó él—. ¿Es que ha ocurrido algo? ¿Estás metida en algún lío?

—No, claro que no, a menos que llames lío a mi completo fracaso. No ha funcionado, Landry. Quiero volver a tener una vida sana.

—¿En una casita de las montañas con un perro? ¿Y con un tipo que se dedica a hacer vasijas? —le preguntó él, cabeceando—. Aquí no hay teatros, ni restaurantes. No durarías ni un mes. Y, seguramente, me dejarías hundido otra vez.

—¿No puedes pensarlo durante una semana? ¿No puedes darme una oportunidad?

—¿Es que no me estás escuchando? La última vez que decidiste

que la interpretación era más importante que el matrimonio, me dejaste, y eso me hizo daño. Dijiste que volverías al cabo de unos días, y pasaron meses. Cuando me pides que piense en nosotros, ¿qué crees que me viene a la cabeza? A lo mejor, el tipo de la toalla a quien hiciste pasar por un compañero de piso con el que no tenías ninguna aventura. Eso no me lo creí nunca…

—¡Era cierto! En aquella casa había otros inquilinos, hombres y mujeres. He vivido en muchas casas diferentes con otros compañeros de piso. Había artistas que estaban muertos de hambre y compartían habitación. Esa era la única forma de que yo pudiera permitirme un alquiler en Los Ángeles. No creo que tenga nada de malo pensar un poco en recuperar nuestro matrimonio.

—Estoy agotado. No puedo hablar más de esto ahora. Necesito dormir algo y supongo que tú también.

—Lo único que quiero es que lo consideres de un modo justo.

—¿No tenías que ir a un trabajo? ¿A una obra de teatro?

—Ni siquiera es una buena obra —respondió ella—. La dejaría sin pensarlo.

—Voy a ser sincero contigo, Laura. Creo que hay una oportunidad entre un millón de que yo acceda a intentar resucitar un matrimonio muerto.

—Yo nunca he pensado que estuviera muerto —dijo ella.

«Pues tu forma de demostrarlo ha sido muy extraña», quiso decirle él. Sin embargo, respondió:

—Es hora de dormir. Yo me voy al sofá. Tengo que salir mañana temprano para Grace Valley.

—¿No me das un beso de buenas noches? —le preguntó ella.

—Venga, vamos —dijo él—. ¡El amor y el deseo de ser compañeros no es algo que puedas encender y apagar con un interruptor! No puedes entrar aquí como si nada y decir que has cambiado de opinión después de diez años, y pensar que yo voy a estar de acuerdo. No todo gira a tu alrededor, Laura, y alrededor de lo que tú quieres. Yo también tengo sentimientos.

—Sé que te hice daño, y lo siento. Me gustaría tener la oportunidad de compensarte.

—Esta noche, no —dijo él—. He tenido un día muy largo. Y mañana va a ser igual. Vamos a dormir un poco.

Ella se marchó de la cocina con reticencia, pero dejó abierta la puerta de su dormitorio.

Por supuesto, él no pudo dormir. Nunca había sentido que aquel sofá tuviera tantos bultos. Estaba deseando que llegaran las cinco de la mañana. Cuando se levantó, hizo el café y fue a su habitación. Encendió la luz, y ella se despertó, se incorporó y se frotó los ojos.

—Me marcho a la feria. Tú deberías volver a San Francisco. Te

llamaré esta semana.

Capítulo 6

Kaylee no tenía ni idea de lo que había ocurrido en casa de Landry. La noche anterior había oído el inconfundible ruido de la camioneta de su vecino cuando llegaba a casa. Se asomó a la ventana y vio que apagaba los faros, y oyó cerrarse la puerta de la camioneta. Aquella mañana, ella se levantó tarde, como de costumbre, y no se había dado cuenta de cuándo se había marchado Landry. Cuando salió al porche a tomarse su café, la camioneta no estaba allí. Sin embargo, el coche de Laura, sí.

«Ya es hora de que seas sincera contigo misma, Kaylee», se dijo. Lo cierto era que Landry le gustaba mucho, y pensaba en él más de lo que le hubiera gustado admitir. Estaba deseando que llegara la tarde y siempre se preparaba un poco por si acaso cenaban juntos. Cuando él le había sugerido que fuera a la feria, se había entusiasmado. Pensó que eso significaba que ella también le gustaba un poco a él, aunque no hubiera entre ellos ninguna señal de afecto obvia.

Llegó a la conclusión de que mantener sus hábitos era más importante que nunca, así que se preparó para dar un buen paseo. Cuando pasó la casa de Landry, a distancia, oyó unos pasos a su espalda. Se dio la vuelta y vio a Otis, que la había seguido. Otis se sentó rápidamente detrás de ella. Ella siguió andando, pero se paró y se giró de nuevo. Él se sentó y se quedó a la expectativa. Ella volvió a caminar y miró nuevamente hacia atrás. Al final, se echó a reír.

—De acuerdo —dijo, y él estiró las orejas—. Ven.

Otis sonrió y corrió hacia ella.

—¿Qué te pasa? ¿Estás un poco solo? Bueno, pues yo, también. Ven, sígueme.

Él se puso a caminar a su lado como un perfecto caballero. Ella se quedó asombrada al pensar en que, hacía tan solo un mes, aquello le habría hecho temblar.

Sus paseos eran más agradables cada día, por los colores cambiantes del bosque. Había álamos, arces, robles y otros árboles que no podía identificar. La montaña se estaba tiñendo de amarillo y naranja, y los colores se intensificaban a medida que aumentaba la altura, mientras que los valles seguían verdes y exuberantes. Aunque

ella adoraba Newport y apreciaba su belleza, aquella montaña llena de árboles inmensos la llenaba de esperanza. El aire era muy puro allí arriba, y respiró profundamente.

Cuando volvieron, ella le dijo a Otis que se fuera a casa de Landry. Él la miró como si estuviera esperando una segunda oportunidad.

—A casa —le dijo ella, y Otis se encaminó hacia el patio y saltó la valla con facilidad. Seguramente, entró por la puerta que tenía habilitada para ello y se tumbó en su alfombrilla.

Kaylee movió la cabeza con incredulidad. Estaba empezando a entender por qué una persona podía encontrar un gran compañero en un perro con buen comportamiento.

Fue al bar de Jack e intentó escribir durante un rato. Era domingo y todo estaba muy tranquilo. Jack ni siquiera estaba allí. La mujer de Preacher, Paige, estaba atendiendo la barra, y su hijo, Christopher, estaba ayudando, limpiando mesas, recogiendo platos y llevándolos a la cocina.

Ella pidió un sándwich y se quedó allí, con el ordenador abierto, como si estuviera trabajando. Por desgracia, nadie la interrumpió para charlar. Se marchó de Jack's después de comer y se detuvo en uno de sus puestos de verdura favoritos de la carretera. Les quedaban pocas cosas, pero compró una calabaza grande y algunas pequeñas, y mazorcas de maíz, para hacer una decoración otoñal en el porche. Fue a Clear River a comprar los ingredientes para preparar una ensalada César, y también compró una vela para la calabaza. No sabía por qué lo hacía; la finca de Landry estaba al final de una larga carretera, y no creía que nadie viviera cerca o pasara por allí para jugar al truco o trato de Halloween. Sin embargo, para su madre siempre había sido importante mantener la belleza de su entorno, cambiar y mejorar las cosas con frecuencia y hacer una decoración acorde con las ocasiones especiales. Ella lo había heredado un poco, y quería agradar a su madre, aunque ya no estuviera allí.

Cuando llegó a casa, el coche de Laura ya no estaba allí. Seguramente, se habría ido a Grace Valley para estar con Landry en su puesto. Era obvio que él querría pasar todo el tiempo posible con ella. Era deslumbrante.

Kaylee talló la calabaza, aunque debería haber estado escribiendo. Y se echó la siesta. Y se tomó la cena a solas. No sabía si estaba un poco decepcionada o si se había quedado hundida. Echó de menos a Landry a la hora de cenar, pero también quería hacerle un reproche. No debería haber pasado tanto tiempo con ella si estaba casado. Con todas las complicaciones que ya podía tener una relación, el hecho de que tuviera mujer era la primera de la lista.

A las nueve, ya se había puesto el pijama. Estaba muy concentrada, escribiendo sobre Landon y Caroline, cuando alguien llamó a la

puerta. Se preguntó si era Laura. Tal vez necesitara ayuda para cambiar una bombilla fundida, o algo por el estilo. Sin embargo, al abrir la puerta se encontró con Landry.

—He visto que tenías la luz encendida —dijo él.

—No es muy tarde —respondió ella—. Aunque me imagino que para ti sí lo es.

—Si todavía no te vas a acostar, ¿tienes unos minutos para que hablemos? —le preguntó él. La miró de pies a cabeza. Por supuesto, ella tenía que estar en pijama—. Te pido disculpas por la interrupción. Ya me doy cuenta de que estabas a punto de…

—No pasa nada, pero… ¿Y tu mujer?

—Se ha vuelto a San Francisco. No va a volver aquí.

—Me da la impresión de que esto no tiene nada que ver conmigo.

—No. Pero me parece que yo te he dado una impresión equivocada, sin querer, y me gustaría aclarar las cosas. A menos que estés muy cansada.

—¿Para la explicación? ¡Pues claro que no! Estoy deseando oírla. ¿Te apetece algo de beber?

—Cualquier cosa —dijo él—. Siempre y cuando tenga alcohol.

Ella asintió y sacó una cerveza fría de la nevera, de las que había visto que siempre sacaba al porche. La había comprado aquella tarde, a pesar de que no sabía cuándo iba a volver a verlo. En parte, se había estado preparando para ver que la esposa se quedaba allí con él, que se hacía cargo de la situación y la invitaba a cenar con ellos, o algo por el estilo. Aj. Aquella idea estuvo a punto de hacerla vomitar.

—¿Tú bebes esto? —le preguntó él, sorprendido.

—Por supuesto. Todo el rato —dijo Kaylee, y sacó una para ella, aunque no la quería—. Siéntate —le pidió—, pero intenta no sentarte encima del gatito, o sea, de Tux.

Landry examinó bien la silla antes de sentarse.

—Bueno, pues lo cierto es que no pretendía confundirte. Laura y yo llevamos diez años separados. Nos casamos hace once años, así que no tuvimos un matrimonio muy largo. Ella pensó que tenía una gran oportunidad en el mundo de la interpretación y se fue a hacer un *casting* y una entrevista para conseguir un papel. Dijo que tardaría varios días, pero, en realidad, nunca volvió del todo. Venía de visita. Nos manteníamos en contacto por teléfono. Todo se fue disolviendo. Pero yo no llegué a pedir nunca el divorcio, porque no me parecía necesario, no me tomé la molestia ni quise hacer frente a los gastos. Sinceramente, pensé que sería ella quien lo hiciera algún día, pero no lo hizo. Y no sé por qué demonios yo, tampoco.

—Pero no me ha parecido que ella viniera a pedirte el divorcio.

—Cierto. Eso es una complicación. Después de todo este tiempo, resulta que ha decidido que quiere estar casada. Quiere dejar la

interpretación porque no ha conseguido llegar donde quería en su carrera. La culpa es mía; no puedo hacer responsable a nadie más. Y te prometo que nunca me lo hubiera imaginado.

—Bueno, dijiste que habías estado casado, pero que no había funcionado —le recordó ella.

—Sí, es cierto. Lo único que hicimos fue mantenernos en contacto. Conozco parejas de divorciados que tienen una relación más cercana que esa.

—Y yo conozco parejas divorciadas que se odian y fantasean uno con la muerte del otro…

—Sí, hay de esos —dijo él—. Yo solo le deseo lo mejor a Laura, pero…

—Me pareció que casi te enfadabas por un momento cuando ella apareció en el puesto.

—Sí, me enfadé. Le había dicho por teléfono que no era un buen momento para la visita, que estaba muy ocupado con las ferias. La veo dos o tres veces al año, si ella puede por su horario. Si ella necesita algo.

—Y, si te divorciaras, ¿seguirías teniendo ese tipo de relación con tu exmujer? —le preguntó ella, arqueando una ceja—. Te lo pregunto de parte de una amiga…

Él sonrió.

—Eres muy graciosa, Kaylee. Laura me cae bien. Es entretenida e inteligente, y tenemos un pasado en común. La conozco desde hace mucho tiempo. Estuve enfadado durante una temporada, pero, después de que muriera mi padre, eso pasó a ser la última de mis preocupaciones.

—Sería muy conveniente y nada problemático tener una aventura con alguien con quien estás casado…

—No, no, no —dijo él, moviendo la cabeza—. No nos acostamos. No tenemos ninguna aventura. Lo primero que yo noté hace diez años era que no estaba tan interesada, y que, quizá, tenía otra…, bueno, ya sabes.

—¿Otras relaciones?

—Supongo. Así que, después de que ella estuviera dos años viviendo en Los Ángeles y viniendo a San Francisco algún fin de semana, le dije que estaba empezando a sentirme como algo accesorio, y que habíamos terminado, que volvía a vivir a Virgin River. Le prometí que a ella no le gustaría nada, pero que podía venir a visitarme. Fue una transición muy suave. Ella me dijo que me quería, pero que, seguramente, estaríamos mejor como amigos.

—Vaya, todo muy civilizado.

—Sí. Yo seguí su carrera. Al principio, lo hacía con resentimiento, pero, al final, quise que ella consiguiera hacer realidad sus sueños.

Francamente, creo que es buena actriz. La he visto en muchas películas y casi siempre he pensado que debería haber sido la protagonista. La estrella. Pero ya no tengo ninguna relación con ella, desde hace mucho tiempo. Creo que te quedaste horrorizada y estupefacta, y lo siento mucho.

—¿Por qué? —le preguntó ella—. ¿Por qué te importa lo que yo piense o sienta?

—Nos estamos haciendo buenos amigos —dijo él—. A mí me gusta sentarme contigo en el porche después de un largo día. Me gusta que cenemos juntos. He tenido varios inquilinos en esta casa, durante algunos días o durante meses. Nunca me había hecho amigo de ninguno. Pero me parece un mal comienzo para una amistad que te pillen mintiendo.

—En realidad, no estabas mintiendo —dijo ella. Dio un sorbo a la cerveza e hizo un gesto de desagrado—. Lo que pasa es que no te explicaste bien. O no te explicaste del todo.

—Y tú has mentido sobre la cerveza —dijo él—. Tú no bebes esto.

—Es repugnante. La compré por si venías. ¿Quieres tomarte lo que queda?

—No habrás escupido dentro, ¿no? —preguntó él, riéndose, mientras extendía el brazo para tomar la botella.

Ella se la dio con un mohín y fue a la cocina a servirse una copa de vino. La botella ya estaba abierta, después de todo. Volvió al sofá y se acurrucó en una esquina.

—No quiero ser una complicación. Esto lo tienes que resolver con tu mujer. Yo solo soy la inquilina.

—No es ninguna complicación y no tiene nada que ver contigo, salvo por un motivo: quiero sentarme en el porche, cenar contigo, disfrutar de la vida. Por ahora, no tengo más expectativas. Pero creo que hay cierto potencial en nosotros. Creo que nos caemos lo suficientemente bien como para que haya potencial.

—No tienes expectativas —dijo ella—. Yo tampoco.

Era una mentira. Había tenido expectativas todo el tiempo y les había dado forma en la historia de Landon y Caroline. Ellos se estaban transformando en la pareja perfecta. La historia era cada vez más *sexy*, y ella quería que también se convirtiera en una historia *sexy* con Landry.

—Cuando venía a casa, se me ha ocurrido pensar que Laura y yo no éramos el uno para el otro. Demasiado opuestos. Creíamos que teníamos mucho en común porque éramos artistas. Pero yo prefiero una vida tranquila, me gusta estar solo. No me gustan las multitudes ni los sitios abarrotados, mientras que Laura necesita el contacto con la gente. A ella le gustaría tener la adoración de millones de personas, mientras que yo prefiero pasar desapercibido. No es que sea tímido, es

solo que prefiero los grupos pequeños de personas o, tal vez, estar con una persona a la vez. Ella quiere ir siempre a restaurantes, a fiestas, y yo prefiero adiestrar a los perros o salir a caminar. Me casé con una mujer parecida a mi madre. Ella se marchó de Virgin River cuando yo casi no sabía ni andar. Quería volver a la ciudad. Se divorció de mi padre porque era demasiado solitario y callado para ella. Murió pocos años después en un accidente de tráfico. Virgin River no es para todo el mundo.

—A mí me gusta mucho más de lo que pensaba —dijo ella—. Otis ha venido de paseo hoy conmigo.

Él se quedó horrorizado.

—¿Ha sido bueno?

—Muy bueno. No he tenido ningún miedo. Solo un segundo, ya sabes… Pero Otis esperó a que yo lo invitara a acompañarme.

—Es muy buen chico —dijo Landry—. Solo quiere ser un buen amigo. Eso es lo que más me gusta de los perros. Cuando forman un vínculo, no hay nada que pueda destruirlo. Él siempre es muy bueno, pero creo que tú le caes bien.

—No deberías preocuparte por las cerraduras de las puertas —dijo ella—. Parece que va y viene cuando le place.

—Ya lo sé —dijo él—. Eso me preocupa. No quiero que se aleje de casa por si se encuentra algún animal salvaje que pueda hacerle daño, o un cazador que ande por el bosque y le confunda con un ciervo.

—¿Un ciervo negro, marrón y blanco? Sería un cazador muy tonto.

—¿Qué te parece si cenamos juntos mañana por la noche? Podemos preparar la comida entre los dos.

—Está empezando a hacer bastante frío cuando se pone el sol —dijo ella—. ¿Te importaría que fuera en tu casa, con la chimenea encendida?

—Me parece muy bien.

A la hora de comer, Kaylee fue al bar de Jack, pensando en una ensalada y un sándwich, pero tuvo doble premio, porque Mel estaba allí con una niña adorable. Estaban sentadas en una mesa, en vez de en la barra. Mel la saludó para que se acercara.

—Kaylee, te presento a Mallory, mi amiga. ¿Te gustaría sentarte a comer con nosotras?

—¡Claro que sí! ¿Es alguna ocasión especial? —preguntó ella, mientras se sentaba.

—La mamá de Mallory tenía una cita médica hoy, y no hay colegio porque los profesores tienen las sesiones de planificación, así que hemos venido a comer.

—Mi madre tiene que tomarse su medicina —dijo Mallory—. La

medicina de la quimioterapia.

Aquello fue como un puñetazo en el estómago para Kaylee.

—Ah, vaya, lo siento.

—No te preocupes —dijo Mallory—. Es medicina que la va a poner bien.

—Eso es lo que esperamos, ¿verdad? —dijo Mel—. Mallory, dile a Kaylee cuál es tu asignatura favorita.

—La lectura. No me gustan mucho las matemáticas, pero siempre estoy leyendo.

—Y no te imaginas cuál es el trabajo de Kaylee. ¡Escribe libros! —exclamó Mel.

—¿De verdad? —preguntó la niña—. ¿Libros enteros?

—Sí, libros enteros —dijo Kaylee, riéndose—. ¿Tú lees libros enteros?

—Me encantan los libros. No son tan largos como los que lee mi madre, pero son para mi edad, que es diez años. Leí el primer libro cuando tenía seis. Antes, leía revistas y libros con dibujos, de la biblioteca. Vamos a la biblioteca todos los sábados. Bueno, si mi madre se encuentra bien. ¿Escribes alguna vez libros de misterio? ¿O con un final sorprendente?

—Resulta que esa es mi especialidad.

—¿Y tú crees que yo podría leer alguno?

—Creo que tienes que ser un poco mayor. Eres lista como para leer, pero, por desgracia, yo utilizo demasiadas palabrotas para tu edad.

—Pero podría no leerlas, o fingir que no las he visto —dijo Mallory —. Creo que mi madre lee libros de esos. Dice que yo no puedo porque son para adultos, y creo que lo dice por las palabrotas.

—Puedes leer muchos otros libros hasta que tengas la edad necesaria —dijo Kaylee—. Cuéntame cosas de tus libros favoritos.

Y Mallory se puso a hablar sin parar durante toda la comida. Resultó ser uno de los días más divertidos para Kaylee. Cuando terminaron de comer, Mallory le dio las gracias a Kaylee y le prometió que leería algunos de sus libros.

—Cuando sea mayor. Puede que el año que viene.

Landry le envió un mensaje de texto a Laura pidiéndole que se reuniera con él para comer. Tenía una feria también el siguiente fin de semana, pero, en cualquier otro momento, él iría a San Francisco. El lunes siguiente emprendió un trayecto que iba a durar cuatro horas.

Por supuesto, Laura había elegido The Oak Room, uno de los buenos restaurantes que les encantaban cuando eran pareja. Eran jóvenes y casi no podían permitírselo, pero habían podido celebrar su

boda allí con unos pocos invitados. Seguramente, ella lo había elegido por nostalgia.

Al pensar en aquel día, Landry tuvo un sentimiento de calidez. Eran muy pocos; su padre, su madre y dos parejas de amigos. Y fue uno de los días más felices de su vida. No podía imaginar que todo cambiaría solo un año después.

Aparcó y, al entrar, no le sorprendió que ella ya estuviera allí. Se notaba mucho que quería resolver la situación.

—Le he pedido al camarero que nos diera una mesa tranquila y apartada para que podamos hablar.

La lujosa madera oscura y los espejos del restaurante no le resultaron reconfortantes en aquel momento. Aunque siempre había apreciado una decoración exquisita, no se sentía como si estuviera en su sitio. Estaba más cómodo en Jack's. Esperó a que les llevaran el vino antes de decirle a Laura lo que sentía de verdad, pero ella se adelantó. Alzó su copa e hizo un brindis.

—Por un nuevo comienzo.

Él bajó la copa.

—Va a ser un nuevo comienzo, Laura, pero no el que tú crees. Yo no puedo darle una segunda oportunidad a nuestro matrimonio. No me siento bien. Tardé mucho tiempo en superar la separación, y ahora he construido una vida distinta con la que estoy contento. Siento mucho que tu carrera no resultara tal y como habías pensado, pero es demasiado tarde para nosotros.

—No, tú no sientes lo de mi carrera —dijo ella, dejando la copa en la mesa—. Tú querías que fracasara.

—Eso no es cierto. Lo que quería era que estuvieras conmigo, no que fracasaras. Yo siempre fui tu admirador. Lo que no quería era que llevásemos vidas separadas. Te das cuenta de que pasábamos muy poco tiempo juntos, ¿no?

—Yo estaba trabajando. ¡Y tú también! No había otro modo. Lo único habría sido que yo renunciara a mi carrera, y estaba empezando a despegar cuando nos casamos.

—Lo siento, Laura. No va a funcionar. Lo cierto es que yo no siento nada por ti. Recuerdo que te quería, pero…

—Tú pretendes que crea que esa chica no tiene nada que ver con esto, pero… debe de ser que sí. Tú nunca habías sido así.

—No sé si las cosas hubieran sido diferentes si hubieras decidido volver hace cinco años, pero, sinceramente, no lo creo. Creo que nuestra relación murió hace mucho tiempo. Lo que pasa es que no hemos tenido tiempo de enterrarla.

—Casi parece que nunca me has querido.

—Sentía tanta pasión que a veces perdía la cabeza. Y sé que para ti era igual. Teníamos muchos sueños comunes… Aquel primer año de

casados, tú solo aceptabas trabajos que estuvieran cerca de nosotros. Y ni siquiera puedo decir que fuera tu trabajo lo que acabó con todo; hay muchas parejas que tienen que viajar por su trabajo. De hecho, creo que es bastante común —dijo él, y la miró durante un largo instante—. Pero tú no volviste.

—¡Sí volví!

—Meses después, volviste para pasar un fin de semana conmigo. Al cabo de un año no quedaba nada tuyo en nuestro apartamento. Todavía teníamos los papeles de la boda, pero no teníamos un matrimonio verdadero, Laura. El máximo tiempo que hemos estado juntos en diez años fueron dos semanas el año pasado, y porque tú necesitabas un descanso después de un rodaje agotador. Te alojaste en la casa de alquiler. No tenemos suficientes emociones para construir un matrimonio.

—Yo siempre me sentí como si pudiera volver contigo… No deberías haber permitido que yo siguiera pensando que podía volver a ti.

—Y yo no sé cómo has podido creer eso. Seguro que tienes amigos con los que estás más unida que conmigo. Yo ni siquiera conozco a tus amigos.

—¿Y eso es importante? Porque yo tampoco conozco a los tuyos. Estoy segura de que tienes amigos en ese pueblecito. Seguro que has estado con mujeres…

Él hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No. No he tenido relación con ninguna otra mujer.

—¿Ni siquiera has tenido amigas? ¿No has tenido vida social con otras mujeres? ¿Ni siquiera relaciones superficiales que tuvieran alguna posibilidad de no haber estado casado?

—Laura, hace muchísimo tiempo que no pienso que esté casado. Pero no, no he tenido otras relaciones. Si hubiera tenido alguna, posiblemente habría dado un paso más y habría pedido el divorcio. Voy a hacerlo ahora. Esta situación es injusta para los dos. Me alegro de que tú nos hayas traído a esta encrucijada. Tenemos que terminar, o deberíamos infundirle nueva vida. Yo quiero terminar como dos personas que se respetan. Si alguien puede hacer esto con clase, esa eres tú.

Ella apartó la mirada y dio un sorbo a su vino. Pasó un minuto antes de que volviera a mirarlo.

—Supongo que si ya no me quieres…

—Siento afecto por ti, Laura. Compartimos una etapa muy especial y mágica de nuestra vida, que terminó demasiado pronto. Hemos tenido amistad durante años. No quiero que nos separemos enfadados.

—Sí, pero… ¿por qué tenemos que separarnos? ¿No podemos, al menos, seguir como hasta ahora?

—Cuando viniste a Virgin River, me di cuenta de una cosa: ya no quiero estar en un barco que se hunde, y no me refiero a ti, sino a nuestro matrimonio. Vamos a dejarlo. No estuvimos a la altura del matrimonio, así que, por lo menos, vamos a procurar estar a la altura de un buen divorcio. Para poder seguir siendo amigos.

—Supongo que no tengo alternativa —dijo ella—. Es obvio que has terminado conmigo.

—No hagas eso, Laura. No hagas que parezca que todo es cosa mía, que tú no has tenido nada que ver. Por lo menos, hazte responsable de la mitad del fracaso de nuestro matrimonio. Es lo menos que puedes hacer.

—Se me rompe el corazón —dijo ella—. Me arrepiento de tantas cosas…

—Eres joven y hermosa, y estás llena de talento. No te agobies por los remordimientos. Verás como hay algo mejor esperándote. Lo único que tienes que hacer es estar abierta a las posibilidades

Él se inclinó sobre la mesa y la tomó de la mano.

—Laura, los dos sabemos que se acabó.

Fue una comida muy larga y, cuando terminó, Landry estaba agotado. Sin embargo, durante el trayecto de vuelta a casa, empezó a sentirse libre por primera vez desde hacía muchos años. Nunca se había percatado de que aquella cuenta pendiente era como un lastre para él. Ahora veía con claridad que había sido un error mantener aquel estatus.

Llegó a Virgin River con una sensación de ligereza en el pecho.

Kaylee decidió dar el segundo paseo del día, y uno de los motivos fue que disfrutaba de la compañía de Otis. No tenía que llamarlo; él se daba cuenta de cuándo pasaba por delante de la casa y salía corriendo a su encuentro. Se sentaba educadamente junto a la carretera y esperaba a que lo invitara a ir con ella.

Los colores del otoño eran más intensos y se iban extendiendo hacia la parte baja de las montañas. En un par de semanas, las colinas estarían coloreadas de rojo, anaranjado, amarillo e, incluso, morados. El aire era fresco, frío por las mañanas y por las tardes. Tenía que usar chaqueta, aunque, por lo general, podía quitársela cuando el sol brillaba con fuerza.

No tenía ni idea de dónde había ido Landry, pero él le había dicho que iba a estar fuera todo el día, hasta por la noche. Ella quiso preguntarle si iba a visitar galerías o tenía alguna cita con un comprador, o si iba a reunirse con su mujer. Ninguna de esas cosas era asunto suyo, cierto, pero no podía negar que el tiempo que pasaba con Landry era tiempo que no estaba sufriendo por la muerte de su madre,

y sentía mucha gratitud por ello.

Otis iba dando rodeos por el borde del camino, regando toda la hierba, pero luego volvía rápidamente a su lado. Si le decía que la siguiera, no se apartaba de ella. Pero, aquel día, hizo algo que no había hecho nunca: se fue corriendo hacia los árboles, dando un par de ladridos, y desapareció. Ella se quedó donde estaba, escuchando. No sabía qué hacer. Si perdía al perro de Landry, sería horrible. No quería seguirlo y se quedó paralizada, pero él volvió saltando, muy nervioso. Le ladró, pero ella no sabía qué quería decirle. Después, Otis salió corriendo otra vez hacia los árboles.

¿Y si había acorralado a algún animal? ¿Y si era un oso?

Otis regresó de nuevo, corrió en círculos y volvió a desaparecer.

—¡Otis! ¡Otis!

Él no volvió, a pesar de sus gritos. Y ella lo oyó ladrar.

Lentamente, dio unos cuantos pasos hacia el bosque. Otis volvió a ladrar, y ella oyó también un gemido. Y, al llegar hasta él, lo vio sentado junto a una caja de cartón grande, por cuyo borde asomaba la cabecita de otro perro. De un perro a quien ella no conocía.

A Kaylee se le escapó un jadeo, y dio un paso atrás. El perro agachó la cabeza. Los gemidos continuaron y, cuando se atrevió a avanzar un poco más, se dio cuenta de que eran cachorros. Había cuatro en aquella caja de cartón. No se atrevió a acercarse más por miedo a que un perro grande que había a su lado saltara sobre ella para proteger a sus crías.

Aquella perra era su madre; tenía a los cachorros pegados al pecho. Y estaba atada con una correa al tronco de un árbol. Aquella perra no podía ir a ninguna parte.

Se acercó un par de pasos más y vio que la perra estaba muy delgada. Se le notaban las costillas. Era rubia, pero Kaylee no sabía cuál era su raza. Tenía el hocico largo y los ojos enormes y tristes. Miraba a su alrededor como si buscara agua y comida, pero allí no había nada. ¿Acaso alguien había dejado allí a aquella familia para que muriera? ¿Quién podía hacer algo así, habiendo un refugio de animales en la zona?

Kaylee sacó su botella de agua de la mochila y se arrodilló a su lado.

—Toma —le dijo a la perra, suavemente—. Pero… ¿cómo vamos a hacer esto sin un bebedero?

Abrió la botella, puso una mano en forma de cuenco y se echó agua en la palma. La perra se la bebió en un segundo, así que ella volvió a echarse agua en la mano. Lo hizo varias veces y la perra bebió hasta que se terminó la botella. Después, Kaylee la acarició con delicadeza.

—¿Qué voy a hacer contigo?

Como no podía cargar con la caja de cartón, porque la madre y los cuatro cachorros pesaban demasiado para ella, volvió a la carretera y llamó a Jack Sheridan. Ya que Landry no estaba allí, al menos Jack podría ayudarla.

—Hola, Jack, soy Kaylee Sloan. Mira, estaba dando un paseo con Otis, y nos hemos encontrado una perrita abandonada con cuatro cachorros. Está atada a un árbol.

—¿Que estabas dando un paseo con quién?

—Con el perro de Landry, Otis. Landry va a estar fuera todo el día. Me dijo que no va a volver hasta por la noche. No sé qué hacer, pero creo que alguien abandonó a la madre y a sus cachorros para que murieran en el bosque. Y… a mí me dan mucho miedo los perros. Pero esta perra parece muy buena y le he dado agua. No sé qué hacer. ¿Podrías ayudarme o decirme a quién tengo que llamar?

Jack se quedó callado. Por fin, dijo:

—¿Dónde estás? Voy a ir.

—Estoy en la carretera que va hacia la finca de Landry, más o menos a un kilómetro de su casa. Estoy en medio de la carretera.

—Estaré ahí en diez minutos.

Ella miró la hora y se quedó en la carretera un par de minutos. Después, volvió junto a la perra. Otis estaba tumbado, con las patas delanteras estiradas. Observaba con atención a la madre, pero manteniendo una distancia prudente. Kaylee no pudo resistirse y metió la mano con cuidado en la caja para acariciar a uno de los cachorritos. Cuando lo hizo, la madre le lamió la mano. Y, entonces, ella fue muy valiente y tomó al cachorrito para abrazarlo un momento.

Después, volvió a la carretera, justo cuando Jack aparecía en su camioneta. Ella lo saludó y él salió a su encuentro.

—Ven conmigo —le dijo Kaylee, y lo llevó hasta la madre. Cuando llegaron junto a los perros, él dijo:

—Dios santo… ¿de dónde han salido?

—Si lo supiera, llamaría a la Policía para que detuviera a quienes los han abandonado —dijo Kaylee—. ¡Mira lo hambrienta que está la madre!

Entonces, se dio cuenta de que allí, entre los árboles, hacía mucho frío. Se quitó la chaqueta y cubrió a la madre y a la camada.

—No creo que haya parido aquí —dijo Jack—. Creo que estaba maltratada y descuidada por su dueño y que la trajeron después de que tuviera los cachorros. Si llevara mucho tiempo aquí, la caja estaría mordisqueada o aplastada, porque habría intentado salir a buscar comida. Mira, vamos a hacer una cosa: he llamado a Lynne Murphy y me ha dicho que están abiertos hasta las seis. Te voy a ayudar a meter a los perros en el coche para que puedas llevarlos a la clínica. No

podemos dejarlos aquí. Lynne te dará varias opciones, pero tiene que verlos un veterinario.

Cuando Otis estaba sentado junto al coche, Kaylee le dijo:

—De acuerdo.

Entonces, él entró de un salto y fue todo el camino observando su hallazgo. Por primera vez en su vida, se estaba enamorando de un perro. Quería que Otis fuera suyo.

Estaba en una situación completamente nueva, con el coche lleno de perros. Tenía miedo de que uno de ellos se pusiera nervioso y empezara a saltar, o que tirara la caja de los cachorros, o que se abalanzara sobre ella y provocara un accidente. Sin embargo, no hubo ningún problema en todo el trayecto.

Cuando llegó a la clínica, pidió ayuda para sacar a los perros del coche y, como hacía bastante frío, le pidió a Otis que se quedara en el coche y dejó una rendija abierta en una de las ventanillas.

En la clínica le preguntaron si los perros iban a ir al refugio o si ella iba a hacerse cargo de su tratamiento. Titubeó un momento y, después, accedió a pagar la visita, con la esperanza de que no le vaciara la cuenta corriente. Entonces, comenzó la espera. Salió varias veces a ver a Otis, hasta que la recepcionista le preguntó si quería que le prestaran una correa para que pudiera estar con ella en la sala de espera. Por fin, la llamaron para que entrara en la consulta. Se encontró con una cesta llena de cachorritos en la camilla.

—Son recién nacidos —le dijo la doctora Murphy—. Tienen menos de una semana. La madre está desnutrida y muy por debajo de su peso, pero, por lo demás, su estado es decente. Los cachorros están bien. Creo que la madre es mezcla de labrador con otra raza y, en realidad, es preciosa. Le he puesto algunas medicinas para estimularle el apetito y la he desparasitado. Creo que se va a recuperar con comida y suplementos alimenticios. ¿Va a llevárselos a casa?

—No lo sé —dijo ella—. Estoy alquilada en una de las casas de Landry Moore.

—¿Por qué no le pregunta lo que piensa él que debe hacer? —le sugirió la veterinaria—. Siempre puede llevarlos al refugio dentro de uno o dos días. Esta perra no tiene chip, ni está registrada en la base de datos de las vacunas.

—¿Dónde está?

—Lydia la está arreglando. Estaba muy sucia.

Justo en aquel momento, se abrió una de las puertas de la consulta, y apareció la madre atada de una correa. Estaba casi guapa. Si no fuera por su delgadez, sería perfecta.

—Ha comido algo y le he dado un baño. Nunca había visto a nadie que lo necesitara tanto.

—Vaya —le dijo Kaylee a la perra—. Estás preciosa.

Después, miró a la doctora Murphy y le preguntó:

—¿Puedo llevármelos a casa?

Kaylee llevó a casa a la madre y los cachorros en una cesta muy amplia con asas que le dieron en la clínica veterinaria. Al llegar a casa, puso un edredón suave en un rincón tranquilo del salón para instalar a la pequeña familia. Delimitó el edredón con mantas enrolladas para que los cachorritos no se salieran de su cama, aunque eran muy pequeños y aún no se movían mucho. Después, puso un cuenco con la comida y el agua para la madre fuera de la barrera.

Ya se había puesto el sol y se estaba muriendo de hambre, pero, antes de prepararse la cena, le envió un mensaje a Landry:

Si no es demasiado tarde y no estás muy cansado, ¿podrías pasar por mi casa cuando llegues? Otis está aquí conmigo y tenemos que enseñarte una cosa.

¿Va todo bien?, contestó Landry.

Sí, sí, todo va bien, escribió ella.

Después de comer algo, y de pillar a Otis comiéndose el pienso de la madre, bajó la intensidad de las lámparas del salón y encendió la televisión a un volumen muy bajo. Se sentó en el suelo, junto a los cachorros y la madre. Fue tomándolos uno por uno, bajo la atenta vigilancia de su madre. Tux se acercó, subió con las garras por la barrera de toallas y encontró un sitio entre los cachorros. Y, después de un rato, ella se dio cuenta de que Otis ni siquiera había protestado por la presencia del gatito.

Kaylee llevó uno de los almohadones del sofá y se acomodó junto a los perros, y se quedó acariciándolos a todos, uno por uno, incluido a Tux.

Landry no se había dado cuenta de lo agotador que había sido aquel día hasta que comenzó el viaje de vuelta a Virgin River. Tuvo que parar a tomar café en dos ocasiones. La mayor parte de la tensión la había causado la angustia por lo difícil que iba a ser hablar con Laura sobre el divorcio. Y, ciertamente, había sido tan complicado como él pensaba. Antes de que terminara la reunión había habido lágrimas, y a él no le gustaba ver a nadie llorar, sobre todo, si era por su causa. Se sentía muy aliviado de que todo hubiese acabado, de no tener que pasar nunca más por algo así.

Entonces, recibió el mensaje de Kaylee, y no podía dejar de preguntarse qué estaba ocurriendo. Cuando, por fin, llegó a casa, aparcó y fue a llamar a su puerta. Oyó ladrar a Otis. A los pocos segundos, ella abrió, y allí estaba su perro, moviendo la cola.

—¿Qué ocurre? —le preguntó él, mientras acariciaba a Otis con afecto.

Kaylee bostezó.

—Tenemos una fiesta del pijama —dijo—. Creo que me he quedado dormida. Mira, ven a ver lo que nos hemos encontrado hoy.

Él la siguió hasta una esquina del salón, y vio a una perra y a unos cachorros dormidos. Su gatito blanco y negro estaba acurrucado entre ellos.

—Kaylee, ¿de dónde han salido?

—Los encontró Otis en el bosque —dijo ella—. Y no me permitió alejarme hasta que pudo enseñármelos.

Capítulo 7

La llamaron Lady. Durante la primera semana, fue «la madre», pero ese no era un nombre de verdad, así que Kaylee dio un paso al frente y declaró que iba a ser una dama, Lady. Landry les preparó un sitio caliente y cómodo en su perrera. Construyó una barrera de sesenta centímetros de altura alrededor de un colchón para perros, para que los cachorros no se escaparan, pero para que Lady pudiera saltar con facilidad. La habría instalado en una esquina de la cocina, sin embargo no la conocía y no sabía si podía causar problemas, así que decidió que, por el momento, estarían en la perrera.

A Lady le gustó su nueva casa para su familia y ella. La puerta daba al patio vallado, y Otis siempre estaba dispuesto a correr y a jugar un poco, aunque Lady todavía estaba convaleciente y demasiado delgada, y tenía que alimentar a cuatro cachorros que ni siquiera habían abierto los ojos. Y hacía un magnífico trabajo, los mantenía limpios y tranquilos.

Ya no era necesario sentarse junto a la cama de Lady y alimentarla a mano, tal y como había hecho Kaylee al principio. Había recuperado el apetito y disfrutaba mucho comiendo el pienso especial que le había recetado la veterinaria, una comida alta en calorías. A los pocos días empezó a engordar, a tener un aspecto mucho más saludable y, para Kaylee, se convirtió en una belleza. Ella pasaba mucho tiempo sentada a su lado, achuchando suavemente a los cachorros, algo que Lady le permitía pacientemente. A menudo, le mostraba su aprobación lamiéndole las manos.

—Me pregunto cómo es posible que su anterior dueño fuera tan cruel —decía, una y otra vez—. Lady es lo más dulce del mundo.

—Me da la impresión de que has superado tu fobia a los perros —dijo Landry.

—Por lo menos, con estos dos, sí. ¿Cuándo vas a tener tú nuevos perros para adiestrar?

—En otoño no tengo sesiones de adiestramiento porque tengo las ferias, y no puedo cerciorarme de que van a salir, a comer bien y a hacer ejercicio. Estoy demasiado ocupado con los cacharros.

Él los llamaba «cacharros», pero, en realidad, eran obras de arte de

arcilla, de colores brillantes y diseños de todas las formas imaginables. Como Lady había llegado para quedarse, Kaylee pasaba bastante tiempo en casa de Landry, observando cómo trabajaba en su taller. Algunas veces, él se ponía un casco protector con gafas, sobre todo, cuando usaba un soplete de gas para hacer las piezas de vidrio o de metal. Tenía un horno pequeño, exento, y otros dos hornos más grandes, y unas mesas de metal muy largas.

Cuando había transformado dos de los dormitorios de la casa en aquel taller, había dejado el suelo de cemento y había cubierto algunas partes de las paredes con planchas de metal ignífugas. Había puesto una puerta de garaje en la pared trasera y, cuando hacía buen tiempo, la abría para trabajar al aire libre. Algunas veces, en el taller se generaba demasiado calor. La puerta que comunicaba el vestíbulo con el taller era muy grande, de metal.

A Landry le gustaba hacer carrillones y móviles de metal, cerámica, cristal y arcilla. También hacía esculturas de barro. Acababa de terminar una que era un torso femenino que mostraba un embarazo. No tenía brazos ni cabeza, como si fuera una antigua estatua griega.

—¿No le vas a poner una cabeza a esa mujer? —le preguntó Kaylee.

—Creo que no —dijo él—. Para empezar, me gusta así. Además, si le pongo una cabeza y una cara, sería difícil que otra mujer se imaginara a sí misma. ¿Quieres ver algunas de mis obras del principio? Tengo fotos.

Ella se sentó en el sofá y con los álbumes y vio las fotos de las preciosas esculturas, vasijas y carrillones. Le llamó la atención la escultura del busto de una mujer con la cabeza inclinada y de un hombre que estaba tras ella, besándole el cuello. Ella tenía una expresión de embeleso, y el hombre tenía los ojos cerrados. Era una de las cosas más románticas que hubiera visto nunca.

Pero sus piezas preferidas eran las de cristal. Los diseños eran muy bonitos, de colores y formas diferentes, sobre todo, los jarrones. Uno de ellos era muy grande, transparente, de rayas plateadas, negras y doradas y con una ranura estrecha en la parte superior. Era impresionante.

Lo vio soplar vidrio un par de veces, manteniendo la distancia y protegida con unas gafas oscuras. Las piezas que creaba Landry podían venderse por un precio de seiscientos a mil doscientos dólares en una galería. Ella se quedó impresionada por su talento y su éxito.

Cada día era una nueva aventura. Iba a caminar, a veces con Otis, si el perro quería acompañarla, aunque, ahora que Landry estaba en casa, Otis prefería quedarse con él. Pensó en ir al pueblo. Tal vez parara en la tienda de la esquina para comprar algunas cosas. E iría al

bar para intentar trabajar un poco. Si se tratara de una cafetería de Newport Beach, al ver el ordenador abierto, la gente respetaría su espacio, porque pensaría que estaba trabajando. En Virgin River, no. Todo el que pasaba a su lado hablaba con ella y, algunas veces, sacaba una de las sillas y se sentaba a su mesa, o junto a ella, en un taburete de la barra. Y, por supuesto, ese era el motivo por el que estaba allí.

—Cuéntame cómo están los cachorros —le pidió Jack.

—Crecen delante de tus narices. Lady es una perra preciosa, y dos de los pequeños son iguales que ella. Los otros dos son negros.

—¿Y qué vas a hacer con ellos?

—Landry está trabajando en eso. Ha hablado con su amiga del refugio y va a solucionarlo con ellos. Landry los va a tener en acogida en su perrera y el refugio se encargará de buscar a buenos adoptantes. Landry se encargará de las vacunas y de las esterilizaciones, y los va a adiestrar para que sean aún más atractivos.

—¿Y la madre?

—Ella también puede ser adoptada, pero aún no lo he pensado detenidamente. Creo que me la voy a quedar. Es muy buena con Tux.

—Ten cuidado, no vuelvas a casa con un montón de animales —le dijo Jack—. A propósito, vamos a dar una fiesta de Halloween el día treinta y uno. Empieza a las dos y termina después de los fuegos. No tienes que disfrazarte si no quieres, pero tienes que traer algo para la mesa. Preacher y yo vamos a hacer perritos calientes y hamburguesas. También vamos a dar cerveza, vino y refrescos, y vamos a poner un bote para donativos.

—Parece muy divertido.

—Sí, es divertido cuando hace buen tiempo. Un año hizo frío y se puso a nevar, así que tuvimos que meternos dentro. Estuvimos un poco apretados.

—No puedo creer que ya estemos en Halloween…

Había llegado en agosto. Ya llevaba más de dos meses en Virgin River. Había superado su fobia a los perros y casi se había enamorado en un tiempo récord. Oyó que su madre le preguntaba: «¿Cómo va ese libro, Kaylee?».

—Hay mesas de pícnic fuera, en la parte trasera, pero mucha gente trae una manta, o sillas. Habrá niños y mascotas por todas partes.

—¿Haces esto por el pueblo?

—Nunca necesitamos una excusa para dar una fiesta —dijo él—. Es parte de la temporada festiva. Acción de Gracias llegará antes de que te des cuenta y, después, la Navidad.

Su estado de ánimo decayó al instante. Navidad. Bueno, en realidad, sabía que la Navidad iba a llegar, estuviera donde estuviera. Lo que tenía que hacer era no pensar en ello hasta que fuera imposible ignorarlo más.

—Será mejor que me vaya a casa, a ver si me viene la inspiración —le dijo a Jack.

—Muy bien, Kaylee. Y espero verte mañana.

—Seguramente, me verás.

En vez de ir directamente a casa, pasó primero por la de los Templeton y vio varios camiones, una excavadora, un camión con remolque, un tráiler y un contenedor. Había varios hombres parados frente a la casa. Uno de ellos era Paul Haggerty, el constructor. Al verla, sonrió.

—Hola, hola. ¿Has venido a inspeccionar mi trabajo?

—Ni siquiera sabría por dónde empezar. ¿Cómo va la obra?

—No me gusta presumir, pero va muy bien. Vamos muy adelantados gracias al bueno tiempo. Ya tenemos el techo nuevo, y estamos trabajando en el interior. Lo próximo son las ventanas y la reforma de la cocina. Gerald dijo que tal vez la usen durante las vacaciones y, si no, por supuesto, en Año Nuevo. ¿Has hablado con él últimamente?

—Hablé con Bonnie hace poco, y me dijo que había oído decir que los arreglos de la casa iban muy bien, aunque no haya estado aquí.

—Le envío mensajes con fotografías cada pocos días —dijo él—. Si quieres, entra a echar un vistazo. Hay un casco de sobra en el porche.

—Gracias. Me encantaría verlo.

Subió los escalones del porche, tomó el casco y entró. La casa todavía estaba hecha un desastre; había escombros y polvo por todas partes. Sin embargo, vio la escalera nueva y la barandilla. Un hombre bajó los escalones y la saludó con un movimiento de la cabeza, así que ella subió. Los huecos de las ventanas todavía estaban cubiertos con un cartón para proteger el interior de la casa de la intemperie, pero las paredes, el suelo y el techo que más había dañado el fuego estaban completamente renovados. Aún no habían instalado los enchufes ni los interruptores y se veían algunos cables. El baño del piso de arriba era completamente nuevo y de estilo moderno, aunque faltaba aún el papel de las paredes y la pintura.

La cocina tenía armarios nuevos y encimeras de granito y también era moderna. Faltaban los electrodomésticos. Kaylee estaba deseando ver cómo iba a quedar una vez terminada. El suelo era de azulejos brillantes.

Salió al porche y respiró profundamente, mirando a su alrededor. El color de las hojas de los árboles seguía cambiando con rapidez y, en un par de semanas, los matices llegarían a su máximo esplendor.

—Vamos a reforzar el porche con montantes nuevos, y vamos a sustituir los tablones del suelo —le dijo Paul—. Algunos de los tablones de los cimientos habían empezado a pudrirse y, aunque les quedaran un par de años de vida, es mejor hacerlo mientras podamos.

De todos modos, iban a romperse y a hundirse en poco tiempo.

—Me encantaba este porche. Y el trasero, también. De pequeños dormíamos a veces allí.

—Vamos a instalar unas pantallas muy duraderas en el porche trasero, y varias puertas.

—Va a quedar precioso.

—Y vamos a limpiar la chimenea de piedra. Va a quedar impecable.

Kaylee notó una ráfaga de aire frío y se estremeció. El otoño había llegado un poco tarde, lo cual, según le habían dicho, no era común. Normalmente, a mediados de octubre las temperaturas habían bajado y las hojas estaban terminando el cambio de color. Sin embargo, aquel año, el tiempo seguía siendo agradable.

Dio las gracias a Paul y se fue a casa a dar de comer a Tux y a ver a Lady y a sus cachorros. Guardó la comida que había comprado y fue al patio de Landry con Tux entre las manos, apretado contra su pecho. Otis oyó la puerta y salió dando saltos y moviendo la cola. Los tres entraron en la perrera. Era un anexo de metal del tamaño de un vagón de tren, portátil, pero tenía calefacción y aire acondicionado, un par de ventanas, iluminación y ocho espaciosas perreras. Había armarios para guardar el pienso de los perros y equipamiento para las sesiones de adiestramiento. En un extremo estaba el sitio de Lady, amurallado para contener a sus cachorros.

Cuando entró Kaylee, seguida de Otis, Lady se levantó con los ojos brillantes. Landry se aseguraba de que saliera varias veces al día y de que se alimentara siguiendo un horario, pero, aparte de eso, el único trabajo de Lady era cuidar de los cachorritos. Y estaba haciendo un magnífico trabajo.

—Hola —le dijo Kaylee, con una voz muy suave—. ¿Cómo está mi niña?

Dejó a Tux dentro de la barrera e, inmediatamente, el gatito fue hacia los cachorros, y Lady le dio un lametazo.

—Pensaba que los gatos y los perros eran enemigos naturales, pero estáis consiguiendo que cambie todas mis ideas preconcebidas.

No llevaba mucho tiempo allí cuando Landry abrió la puerta y entró.

—¿Ha terminado ya de escribir por hoy, señorita? —le preguntó.

—Un poco —dijo ella—. Voy a escribir un poco más esta noche.

Él se agachó y acarició a Lady.

—Esta chica está cada vez mejor. Y este gato está engordando con leche canina. Tienes un verdadero zoo aquí.

—¿Has trabajado hoy?

—Como un loco —dijo él, con una sonrisa—. Hoy hace buen tiempo. ¿Nos vemos en el porche? Es la hora del cóctel.

—De acuerdo. ¿En tu porche o en el mío?

—Ven tú aquí. He comprado una botella de vino y, si no estás demasiado ocupada, podemos tomar unas hamburguesas. Quiero celebrar que tengo preparadas las dos próximas ferias.

—Pues sí, suena digno de celebrarse.

—Voy a ducharme. Nos vemos delante de la casa dentro de veinte minutos.

Kaylee se entusiasmó. Lo veía todos los días, así que no era para tanto, pero llevaban varias noches sin cenar juntos. Él había estado muy ocupado preparando las ferias, y ella había estado intentando escribir, a pesar de que su nueva familia la había distraído mucho.

Se fue a casa y se arregló un poco. Se puso una camisa nueva, se puso un poco de maquillaje y se pintó los labios. Después, se peinó y se perfumó.

Cuando él salió de casa, ella ya lo estaba esperando en el porche. Y él le entregó una copa de vino que ya había servido.

—Deben de ir muy bien las cosas en el taller, si estás cansado como para necesitar una hora para el cóctel —dijo Kaylee.

—Puedes ir a echar un vistazo, si quieres, mientras hago la cena. Todavía no he empaquetado nada. Lo haré mañana.

—Me encantaría verlo, gracias.

—Bueno, cuéntame algo sobre tu día —le dijo él—. Tiene que haber sido mucho más emocionante que el mío.

—No creo. He hecho un par de recados, he ido a Jack's, donde siempre voy con intención de escribir un poco y nunca sucede, claro. A la gente no le da ningún apuro sentarse a charlar.

—Es la belleza de este lugar.

—Después, pasé por casa de los Templeton. Paul Haggerty les está haciendo la obra de remodelación y me invitó a pasar para que lo viera. Ha puesto suelos nuevos, ha rehecho las paredes, ha reformado la cocina y el baño… La casa está empezando a tener mejor aspecto que nunca. Por lo menos, mejor de lo que yo recordaba.

—¿Cuándo estuviste allí por última vez?

—Hace unos diez años. Acababa de divorciarme y, aunque fue la mejor decisión que he tomado en mi vida, estaba hundida en aquel momento. Creo que, más que nada, sentía vergüenza.

—¿Por qué?

—Todos sabían que Dixon no estaba hecho para el matrimonio, incluyéndome a mí. Pensé que sentaría la cabeza cuando estuviéramos casados. Pero creo que empeoró.

—Pero… ¿en qué sentido?

—Era irresponsable, desconsiderado, sucio y malhumorado y, en cuanto nos casamos, pensó que tenía criada y prostituta en una.

—¿Cuántos años tenía?

—Los dos teníamos veinticuatro años. Llevábamos un año saliendo y, antes de casarnos, estuvimos conviviendo. Lo cierto es que yo fui una idiota. Todo estaba bien claro. Alguna gente me preguntó, incluso, si sabía lo que estaba haciendo.

—Pero… tiene que haber algún motivo por el que te casaste con él.

—Era muy guapo, tenía un gran sentido del humor, y era tan *sexy* que las mujeres se quedaban mirándolo. Además, tenía muchos amigos, y nos lo pasábamos muy bien. Era muy bueno en todo tipo de juegos; dábamos paseos en bote, íbamos a hacer *paddle board*, a bucear, a jugar a los bolos, al golf… De todo. Todos los fines de semana estábamos ocupados. Pero… era infantil e irresponsable. Nunca llegaba puntual, y dejaba plantada a la gente cuando se distraía. Dejaba tirada la ropa interior para que yo la recogiera. Y, si llevaba un plato al fregadero, esperaba un aplauso. Además, era arrogante y egoísta. Hablaba de sí mismo constantemente, y creo que se inventaba las historias. Era un inmaduro.

—Bueno, tenía veinticuatro años —dijo Landry.

—¿Tú eras así a esa edad?

—No. Era demasiado serio.

Ella se echó a reír.

—Vaya, y supongo que lo superaste.

—Me costó. Yo también me casé a los veinticuatro años. Y, mirando atrás, tampoco debería haberlo hecho.

—Bueno, pues será mejor que lo olvidemos, porque tú todavía estás casado.

—Sí y no —dijo él—. Sí, porque no me divorcié. No me parecía importante. Pero Laura y yo hablamos de ello. Cuando le dije que no nos veíamos nunca y que ni siquiera hablábamos durante semanas, ella me respondió: «Pero cuando estamos juntos, todo es maravilloso, y yo te quiero». Y yo le dije que, si no íbamos a convivir, ¿para qué íbamos a seguir casados? Fue una confrontación muy emotiva. Al final, ella me dijo que, si yo quería divorciarme, no iba a oponerse. Aquella aclaración cambió las cosas. Yo me vine a vivir aquí, con mi padre, donde tenía más sitio para trabajar, y ella venía de vez en cuando de visita. Cuando venía, se quedaba en la habitación de invitados.

—¿No estabas dolido?

—Claro. No podía aceptar que ella no me quisiera lo suficiente como para hacer un sacrificio por nuestro matrimonio. Yo me ofrecí a mudarme para que pudiéramos vivir juntos, pero ella me dijo que el hecho de que viviéramos en sitios distintos no iba a durar para siempre. Se equivocó. Sí fue para siempre. Al final, yo dejé de sentir dolor y enfado; ella tenía un sueño y deseaba con todas sus fuerzas hacerlo realidad. Así que yo tuve que aceptarlo. Dejé que se marchara.

—Pero no te divorciaste —dijo Kaylee.

—En primer lugar, estaba ocupado intentando construir mi pequeño mundo artístico. Nunca voy a ser mundialmente famoso, pero gano dinero. Entonces, mi padre murió de repente. El pobre ni siquiera llegó a la edad de jubilarse. Eso me preocupó durante mucho tiempo. Lo último en lo que pensaba era en pedir el divorcio para hacerlo oficial.

—Pero es obvio que ella todavía te quiere. ¿Qué vas a hacer con respecto a eso?

—Kaylee, puede que sea codicioso, pero ese tipo de amor no es suficiente para mí. ¿Una llamada de teléfono cada dos semanas, una visita dos o tres veces al año? Una vez vino desde Los Ángeles porque estaba agotada después de hacer una película muy dura, y se quedó en la casa de invitados, en tu casa, durante quince días, para reponerse. Pero volvió. Tiene ese impulso vital. En su mundo no hay lugar para un marido.

—Eh…, bueno. Lamento mucho que te ocurriera eso.

—Gracias, pero ahora estoy bien. ¿Y tu ex? ¿Sigues manteniendo el contacto con él?

—Más o menos. Tenemos amigos mutuos, así que a veces me ponen al día de su vida. Se casó y tuvo un par de niños rápidamente; parecía que había encontrado a la mujer adecuada para él. Luego lo despidieron del trabajo, y me enteré de que estaban en una situación muy difícil. Después volvió a trabajar y consiguieron sobreponerse. Más tarde, se divorciaron, y yo me sentí mal por sus hijos. Pero… volvamos a la pregunta del principio. Mi madre me trajo a Virgin River después de mi divorcio para que yo pudiera llorar y lamerme las heridas. Nos quedamos en casa de los Templeton unos diez días. Yo tardé mucho más que eso en recuperarme, pero me encanta este lugar. Y a mi madre también le encantaba.

—¿Nunca tuviste la tentación de volver a casarte?

—Ni una sola vez. En estos diez años he salido con algunos tipos muy majos. ¡Tuve novio un año entero! Pero estaba muy ocupada con el trabajo, con los viajes de trabajo…, y tenía a mi madre y a mis amigos. Me gustaba vivir sola. Y, después de lo de Dixon, me acordaba de la máquina de remo que tenía debajo de la cama y de su ropa sucia en el suelo, y se me pasaban las ganas.

Kaylee sonrió a Landry.

—He visto tu casa y la casa de invitados. Contigo sí podría casarme. Eres muy limpio y ordenado. Y considerado.

—Y estoy casado.

—Ah, sí y no.

Los dos se echaron a reír.

—Vi a Dixon el año pasado —dijo ella—. Está calvo y ha

engordado veinte kilos. Está descuidado y pálido. Eso me hizo muy feliz.

Landry estaba enamorado de Kaylee, y se había dado cuenta casi inmediatamente.

Para empezar, era muy guapa, pero él ya no tenía veinticuatro años, y había cosas que le interesaban más. A pesar de que hubiera admitido su vulnerabilidad y de que todavía estuviera en pleno duelo por la muerte de su madre, era una persona fuerte y sólida. O, tal vez, el hecho de reconocer la vulnerabilidad fuera una muestra de fortaleza. A él le encantaba oírla hablar, explicar cosas, describir cosas. Era muy inteligente. No había nada de insípido en ella, a pesar de que tuviera cosas que solucionar.

Para empezar, iba retrasada con un libro que tenía que entregar y que ya le habían pagado. Estaba preocupada por ese motivo, pero estaba intentando resolverlo con fuerza y determinación. Él conocía bien aquella situación, porque, a menudo, firmaba contratos por obras que aún no había creado.

Después de cenar, volvieron al porche. Él le pidió que le hablara de su libro.

—Hallan a un par de modelos asesinadas y se sospecha que hay un asesino acechando a mujeres jóvenes. Existen muchos vínculos entre las víctimas: sus novios, miembros de su familia, colegas de trabajo… etcétera. Entonces, alguien intenta matar a una tercera modelo, también ligada a las dos primeras, pero consigue escapar y trata de resolver los asesinatos previos antes de que la maten a ella también. Nuestro asesino comete un par de crímenes más, y ella se acerca más y más al peligro. Y, por supuesto, se hace amiga de un detective muy guapo que quiere protegerla y ayudarla a resolver el caso. Además también hay un forense anciano y muy experto en el caso.

—Um… Parece interesante. ¿Está casi terminado?

—Estoy cada vez más cerca, pero me faltan semanas. Estoy escribiendo otro libro al mismo tiempo, uno que no tenía contratado, pero que me interesa más. Así que me obligo a escribir seis páginas al día de la historia de suspense y, después, me quedo hasta tarde por las noches escribiendo el que me gusta. Es para darme fuerzas. Mi capacidad de concentración y mi creatividad se quedaron en nada cuando murió mi madre.

—Háblame del libro que te gusta escribir.

—Es una ficción sobre mí. El personaje avanza en direcciones que la hacen más fuerte y más entera de lo que realmente soy yo. No es raro que escriba sobre personajes a los que admiro o a los que me gustaría parecerme. Esta mujer se ha refugiado en las montañas para

recuperar su seguridad y su fuerza después de la muerte de su marido. Decidí que sería un marido y no una madre. Pero, a medida que escribo, me doy cuenta de la verdad y voy comprendiendo las cosas.

—¿Lo haces para poner punto final a la situación, para superarlo?

—No, es más bien para comprender lo que estoy sintiendo. Cuando tengo que resolver un problema, casi nunca sé cómo debería hacerlo hasta que escribo sobre ello. Algunas veces, entrevisto a mis personajes y les hago preguntas clave sobre ellos. Algunas veces escribo sobre situaciones que me confunden. Empiezo escribiendo sobre cómo es la situación y acabo escribiendo sobre cómo debería ser.

—Debe de resultar una catarsis.

—Algunas veces, sí. He escribo sobre malísimos maridos llamados Dick, o Richard, o Rick, o Dax —dijo ella, con una sonrisa—. Una vez se llamaba Zach.

—Seguro que tenían algunas cualidades muy familiares…

—Ah, claro. Algunas veces morían, dependiendo de lo que estuviera sintiendo por él en ese momento. Su arrogancia y egoísmo siempre se volvían contra ellos. Y a mí me hace mejor, porque, una vez que escribo sobre ello, consigo entenderlo más.

—¿Tu exmarido nunca se redime?

—Por desgracia, no. Así que siempre se lleva un castigo.

—Recuérdame que no te enfade nunca —le dijo él, riéndose.

—No, no, de verdad, yo nunca personalizo esos giros del argumento. Si tú me enfadaras, escribiría sobre un médico muy malo llamado doctor Landry. O, tal vez, sobre un piloto incompetente. No sobre una persona mala, sino solo estúpida.

—Y a lo mejor yo haría una vasija muy fea con la forma de tu cabeza.

Ella se echó a reír.

—¡Si sigues hablando así, vas a acabar como un asesino en serie!

—¿Cuánto tiempo llevas escribiendo esos libros sobre asesinos?

—Desde que empecé. El suspense siempre era mi género favorito cuando estaba aprendiendo, y uno siempre debería escribir lo que quiere leer. Me gusta la expectación que puede crear una buena novela de suspense, como las de J.T. Ellison.

—¿Quién?

Ella cabeceó.

—Tienes muchos deberes que hacer.

—Puede que me lea algunas de Kaylee Sloan.

—Bien dicho. Si realmente lo hago bien, vas a dormir con un ojo abierto mientras yo esté alquilada en tu casa de invitados. Ah, a propósito, Jack va a dar una fiesta de Halloween el día treinta y uno. Voy a ir, ¿y tú?

—Me han invitado a algunas otras fiestas del pueblo, pero, probablemente, sí.

—Supongo que conoces a todo el mundo.

—Me crie aquí.

—¿Y cómo fue tu vida en un sitio como este?

—Muy buena —dijo él—. Me divertí. Tenía amigos, aunque, como ya te he dicho, era un poco serio. Juagaba al fútbol, iba a las actividades del colegio, sacaba buenas notas. Pero casi todos los niños que se crían en un pueblo pequeño están deseando conocer lo que creen que es la vida real, en una ciudad. Así era yo. Me fui a la universidad, eché de menos a mi padre y a mis amigos y volví a casa en cuanto pude. Después de que Laura se marchara a Hollywood y no volviera, yo abandoné la ciudad y volví a mi pueblo natal, y lo vi con otros ojos distintos, con una apreciación nueva. Creo que es por la gente. Po el aire, la tranquilidad y la forma que tiene la gente de apoyarse los unos a los otros.

—Yo no me esperaba hacer amigos aquí —dijo ella—. Pensaba que iba a experimentar una soledad diferente.

—¿Diferente a qué?

—A la soledad que sentía en Newport. Estaba con mucha gente, pero solo quería tener a mi lado a una persona: mi madre. Esa soledad me hacía mucho daño —respondió ella—. Mi madre y yo no seguimos viviendo juntas cuando yo volví de la universidad. Pasábamos juntas algunos meses, por ejemplo, si yo estaba esperando a que quedara disponible un nuevo apartamento, o después de mi divorcio, cuando estaba buscando otro sitio en el que vivir. Situaciones temporales. Después, cuando se puso enferma, me mudé a su casa para estar con ella. Tras su muerte, yo heredé la casa, pero siempre será la suya. Allí no podía dejar de recordar que la había perdido; estaba rodeada de sus cosas, de su decoración. Por eso busqué una escapatoria. Voy a volver a su casa, claro; es una casa maravillosa, con un despacho en el segundo piso que tiene vistas al mar. Tiene un patio muy grande con piscina, y puedo ir andando a la playa desde allí. Quiero vivir en esa casa, pero tengo que ser más fuerte para poder hacerlo.

—Ahora parece que estás más fuerte —dijo él—. No te preocupes demasiado, Kaylee. Ese sentimiento de pérdida tan abrumador pasará. Siempre la echarás de menos, pero empezarás a sentirte mejor.

—¿Así fue para ti? —le preguntó ella.

—Sí. Tardé un tiempo, pero, al final… Sí, fue así.

Al día siguiente, Landry tenía una cita con Brie Valenzuela, la hermana de Jack, que era abogada y tenía un pequeño despacho en el pueblo. Ella le abrió la puerta y sonrió.

—Me alegro mucho de verte —le dijo—. Y me alegro de que hayas llamado, pero estoy desconcertada. ¿Tú necesitas un divorcio?

—Exactamente —respondió él, y le tendió la mano—. Ahora te lo explico.

Se sentó delante del escritorio del despacho de Brie y se lo contó todo rápidamente: Laura y él habían estado casados once años, pero separados durante diez.

—Laura vino a verme hace poco y le dije que quería deshacer el vínculo legal. Llevo diez años pensando en ella como mi exmujer. Nos llevamos bien; somos amigos. Pero llevamos una década sin vivir juntos.

—¿Y cómo has pensado llegar al acuerdo de divorcio? ¿Su abogado se pondrá en contacto conmigo?

—No creo que haya ningún acuerdo. Los dos hemos estado pagando nuestros propios gastos desde que ella se marchó.

—¿Tú no le has pasado ningún tipo de manutención?

—No.

—¿Nada?

—No. Le hice unos cuantos préstamos que ella no me devolvió, pero yo tampoco lo esperaba. Su carrera de actriz tuvo altibajos, no era algo constante ni fijo, por eso necesitaba dinero prestado. Tenía que pagar alquileres, o mantenerse, en general, hasta que pudiera cobrar el siguiente cheque. También tenía que pagarse algunos extras que la ayudaran a conseguir más papeles, como, por ejemplo, el arreglo dental. Eso fue muy caro. Yo la ayudaba si podía.

—¿Y tú le pediste dinero prestado alguna vez?

—No, yo no haría eso. Nunca le pedí dinero.

—Claro, supongo que ser actriz exige cierto estilo de vida.

—Yo creía que iba a convertirse en una estrella. Pensaba que era buena. Cuando superé el golpe de que eligiera su carrera de actriz por delante de su matrimonio conmigo, intenté apoyarla.

Brie posó ambas manos sobre su escritorio.

—¿Ella sabe que va a recibir la demanda de divorcio?

—Cuando hablé con ella por última vez, me dijo que adelante, que hiciera lo que pensaba que tenía que hacer. No creo que se sorprenda. Si se sorprende, será solo porque yo llevo mucho tiempo sin hacer nada.

—De acuerdo. Puede que todo salga bien. Voy a redactar los documentos en tu nombre. Pero te doy un consejo: incluso las parejas que se llevan bien pueden ponerse un poco raras cuando el proceso de divorcio se convierte en una realidad.

—¿Incluso las que llevan diez años separadas?

—¿Completamente separadas?

—Ella solo ha venido a verme unas pocas veces durante esa

década. Dejó unas cuantas cosas en el que era nuestro apartamento la primera vez que se marchó, pero, al cabo de un año, se las había llevado todas a Los Ángeles, que es donde ha vivido desde entonces.

—¿Y ella también quiere divorciarse?

—Bueno… En realidad, la última vez que vino me preguntó si yo estaría dispuesto a intentarlo de nuevo. Dice que está frustrada con la interpretación y que no está llegando al lugar que pensaba. Yo le dije que era demasiado tarde para eso. Se quedó decepcionada, pero me dijo que lo decidiera yo.

Brian se quedó mirándolo fijamente.

—Necesito información: fechas de nacimiento, números de la Seguridad Social, números del carné de identidad, fecha del matrimonio. Tendré el borrador del documento a finales de semana. Pero, Landry, te sugiero que la llames y le cuentes lo que estás haciendo.

—Sí, es buena idea —dijo él—. No quiero que se disguste, aunque ya sepa que esto va a ocurrir. Le dije que iba a empezar el proceso.

—California es un Estado de divorcio de mutuo acuerdo por defecto, y el patrimonio se considera común. Si no os ponéis de acuerdo en los términos del divorcio y decidís recurrir a abogados, puede convertirse en un caso muy caro y muy largo. Si podéis evitarlo, será rápido y fácil. Pero no te sorprendas si encuentras algo de resistencia.

—En once años no nos hemos peleado. Ha habido algunas conversaciones tensas, pero ninguna pelea de verdad.

—Espero que sigamos así —dijo ella—. Bueno, tienes que proporcionarme esa información. Si hay algo que no sabes, puedes preguntárselo a ella y enviarme los datos por correo electrónico.

Aquella noche, Landry llamó a Laura. Tuvo que dejarle un mensaje, algo que era bastante corriente. Al cabo de una hora, ella le devolvió la llamada.

—¿Estás en la obra de teatro para la que hiciste la audición?

—Sí, me dieron el papel. No es un papel importante, pero como me pagan el hotel, decidí aceptarlo. San Francisco está más cerca que Los Ángeles.

«¿Más cerca de qué?», se preguntó él.

—Bueno, quería contarte que hoy he ido a ver a una abogada, y va a empezar con el proceso de divorcio. Va a redactar los documentos y, si no tenemos que contratar a un abogado cada uno, será más fácil y más barato. Como soy yo el que quiere hacer esto, correré con los gastos. Tendré el borrador a finales de esta semana. Si me das tu dirección actual, te lo enviaré.

No hubo respuesta durante unos instantes.

—Ya veo —dijo ella, por fin—. Tenía la esperanza de que lo pensaras y nos concedieras una segunda oportunidad.

—Lo siento, Laura, pero creo que ya ha pasado ese momento. Es hora de seguir adelante.

—Muy bien. Si eso es lo que vas a hacer…, te enviaré la dirección.

Colgó sin despedirse.

Capítulo 8

El veinte de octubre era un día inolvidable para Kaylee. Era el día en el que cambió su vida. Intentó ignorar el significado de aquella fecha, pero invadió su mente y le provocó un estado de agotamiento y depresión. No pudo dar su paseo matinal, ni fue a ver a Lady y a los cachorros. En vez de eso, sacó una maleta que se había llevado de Newport Beach. Aquella era la segunda vez que la abría desde que estaba en Virgin River.

Era como su cofre del tesoro. Su jardín secreto. Allí estaban las cosas de su madre. No había nada que tuviera valor económico, pero era lo más valioso que tenía. En primer lugar, estaba el chal favorito de su madre. Era de color azul claro, de lana fina, y a ella le encantaba ponérselo por los hombros a primera hora de la mañana y, algunas veces, por la noche. Era perfecto para protegerse del frío y se lo había hecho su hermana, Beth. Y, junto al chal, había una bufanda que también adoraba, y que solía ponerse a modo de turbante en la cabeza calva.

Había una foto de Meredith y de ella, mejilla contra mejilla, sonriendo, abrazándose, con el pelo revuelto por el viento. Le encantaba aquella fotografía. Había otras: en la piscina, en su primer recital de danza, haciendo *snowboard* en las montañas, en la playa, en Disneyland… También había fotografías más recientes, de salidas a cenar, de un viaje a las islas turcas y a Caicos, un viaje a Londres, a San Francisco, y muchas de Los Patios, que era el nombre humorístico que usaban para las tardes que pasaban en el patio de su madre.

Tenía dos de los libros preferidos de Meredith: *Come, reza, ama* y *Rosie y sus brillantes gafas de colores*. Los acarició y pensó que iba a volver a leerlos, porque a su madre le encantaban. Había también algunas revistas en las que habían aparecido mencionadas Meredith y su empresa, con fotografías y artículos.

Y tenía su teléfono móvil. Kaylee lo mantenía cargado y lo revisaba a menudo para ver si alguien había dejado un mensaje, gente a la que debiera avisar. Y, de vez en cuando, llamaba a aquel número solo para escuchar a su madre. Pagaba la factura mensual para mantener el teléfono activo. La voz de su madre valía cincuenta dólares al mes.

El Kindle de Meredith estaba en la maleta, con sus lecturas más recientes. Kaylee tenía intención de leer todo lo que había leído su madre. Su madre también tenía una foto de ella en una boda, de niña de las flores, guardada en el estante de su baño. Y ella también había encontrado en un cajón de su escritorio varias de las tarjetas que le había mandado a lo largo de los años.

Había encontrado, también, una tarjeta de Art, el hombre con el que Meredith había estado saliendo más de dos años hasta que había decidido terminar con él. Tenían demasiados desacuerdos en temas cruciales. Por ejemplo, él quería que vivieran juntos, y ella, no. De hecho, él pensaba que deberían casarse, y Meredith había rehusado. Él le estaba dando consejos sobre cómo llevar su empresa constantemente, cuando, tal vez, a él le habrían venido bien consejos sobre cómo llevar la suya. Discutían, y a Meredith no le apetecía tener discusiones.

—¿Acaso tengo que librar una batalla de poder a estas alturas? —le había preguntado Meredith—. No, ni hablar.

Meredith le mostró a Kaylee lo que le había escrito Art en aquella tarjeta.

Estoy muy triste y decepcionado por lo que haya podido hacer para provocar esta separación, pero, si tú ya lo tienes decidido, supongo que no hay nada más que decir. Siempre te querré.

En aquel momento, Kaylee le había dicho a su madre:

—Es muy dulce.

Meredith estaba de acuerdo en que era un mensaje muy dulce, sí.

—Pero dice que no sabe lo que ha podido hacer mal. No sabe por qué hemos roto. Eso es una mala señal. Si después de tanta conversación y tantas discusiones todavía no sabe lo que podía haber hecho de un modo distinto, a lo mejor debería haberlo preguntado, y haber escuchado la respuesta.

Kaylee quería ser como su madre. Fuerte, valiente, independiente, segura de sí misma.

Pasó un par de horas con sus recuerdos. Se sintió triste y sola, y lloró. Lloró y se preguntó si llegaría el día en que no echara tanto de menos a su madre.

A las tres, más o menos, sonó su teléfono. Era Landry. Podría llamarlo más tarde, cuando hubiera pasado aquella crisis. Entonces, se quedó dormida, y se despertó a las cinco, con la cara hinchada. Ni con agua fría mejoró un poco. Aquellos días, el sol había empezado a ponerse mucho más pronto y, en unos días, atrasarían el reloj. Anochecía a las seis y, en un par de semanas, anochecería a las cinco de la tarde y permanecería oscuro hasta mucho más tiempo..

Llamaron a la puerta. Ella no se movió. Landry llamó con más fuerza, y gritó:

—¡Kaylee! ¿Estás bien?

Ella dio un suspiro y fue a la puerta.

—Estoy bien. Es que tengo un mal día.

Él se quedó alarmado y empujó la puerta.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

—Tengo un día triste. Mañana estaré bien.

—Pero… ¿qué te pasa? ¡Estabas muy bien! ¿Ha ocurrido algo? ¿Va todo bien con la editorial? Cuéntamelo.

Ella agitó la cabeza.

—No, es un mal día de recuerdos. No he podido evitarlo, y me he deprimido. Creo que ya ha pasado lo peor, pero no creo que sea buena compañía en este momento.

—Pero ¿qué tiene de especial el día de hoy?

—No es tan importante…

—Sí, sí lo es —dijo él, y le dio un abrazo—. No puedo soportar verte sufrir así. Es demasiado familiar para mí. Recuerdo esos sentimientos.

Ella se apoyó en él y rompió en sollozos. Él le murmuró que no pasaba nada, la meció entre sus brazos y ella siguió llorando unos cinco minutos. Al final, se apartó y lo miró.

—Hoy hace un año que desahuciaron a mi madre. Los médicos dijeron que habían hecho todo lo posible con la quimioterapia y los demás tratamientos. Estaba débil, delgada y calva, y ya no tenía fuerzas para resistir. Tuvimos que llevarla a un hospital de cuidados paliativos. A partir de ese día, sus cuidados se centraron en que tuviera una buena calidad de vida, no en la curación del cáncer.

Lloró un poco más. Después, pudo continuar:

—He estado revisando algunas de las cosas que guardé. Eran cosas especiales para nosotras. Su chal preferido, una bufanda, algunas fotos, libros…

Miró hacia atrás. La maleta estaba abierta en el sofá.

Él sonrió suavemente.

—Cuéntame más cosas de ella.

—Ay… No sé…

—No, de verdad. Háblame de tu madre. Me da la sensación de que te pareces a ella.

—Ojalá.

—Vamos a hacer un poco de café, y cuéntamelo todo.

Se sentaron en el sofá con una taza de café cada uno, y Kaylee empezó a hablar.

—Era una mujer increíble. Era fuerte, valiente. Cuando yo era pequeña, trabajaba para un decorador de la zona de Los Ángeles y, después de unos años, comenzó a diseñar unos muebles preciosos para el patio. Cuando yo estaba en el instituto, en el último curso, fundó una empresa que fabricaba mobiliario de exterior de calidad. La llamó Sunshine. Y no le presté mucha atención en ese momento, pero sabía que pidió préstamos e hizo todo tipo de promociones, y tuvo que hacer diseños a tiempo parcial para llegar a fin de mes, pero, al final, Sunshine prosperó. Se asoció con un compañero y la empresa creció mucho. Ella diseñaba un mobiliario precioso, de lujo, pesado para que el viento no lo moviera, y tuvo mucho éxito. Vendía a complejos turísticos y hoteles. A los cincuenta años, estaba bien situada en su profesión. La mencionaban con frecuencia en revistas de diseño. Trabajaba muchas horas y casi nunca podíamos pasar varios días juntas, pero ella era feliz. Estaba orgullosa de sí misma.

Se trasladaron al porche para tomar una segunda taza de café. Otis se acercó y se tumbó a su lado.

—Cuando era pequeña y mi padre nos abandonó, para ella fue difícil conciliar el trabajo con todos los compromisos que puede llegar a tener una madre. Reuniones de padres y profesores, programas especiales en el colegio, citas para juegos con otros niños, fiestas del pijama… Una vez, yo quería que mis amigas vinieran a dormir, y ella tenía tanto trabajo que no podía organizarlo, y yo tuve una rabieta y le puse las cosas todavía más difíciles. Y ella se enfadó, pero me perdonó y, después, me explicó que éramos solo dos, y que íbamos a tener que funcionar como un equipo o no lo conseguiríamos. Pero no estoy segura de si intenté cumplir con mi parte del trato, tanto como debiera…

—Parece que tu madre lo hizo muy bien, incluso con tantas dificultades. ¿Era divertida?

—¡Sí! Siempre era muy divertida. Tenía varias amigas íntimas, algunas desde el instituto, y otras que había conocido más tarde. Y, cuando se reunían, yo estaba incluida en muchas ocasiones. Cuando terminé la universidad y estaba dando clases, me incluían siempre, junto a algunas de mis amigas. Incluso viajábamos todas juntas, a visitar bodegas, o a zonas artísticas en pueblos pequeños, e hicimos un baile una vez. Todo era muy divertido. Chismorreábamos y nos reíamos mucho. Una vez, mi madre y yo estábamos en un restaurante de Half Moon Bay y nos tiraron los tejos un padre y un hijo. A todo nuestro grupo le pareció hilarante. Para ser sincera, yo estaba un poco interesada, pero mi madre dijo: «Puedes quedártelos a los dos, yo no quiero saber nada». También hubo momentos de crisis, en los que teníamos que apoyarnos las unas a las otras, y las cosas no eran tan divertidas. Como cuando Janette se divorció y sufrió tanto. Todas

estuvimos a su lado.

—Y cuando te divorciaste tú.

—Ah, eso se convirtió en un clásico —dijo ella—. Mi madre siempre supo que no iba a salir bien. Se dio cuenta enseguida de que Dixon era un egoísta y un vago, pero trató de no decir nada. Entonces, sucedió una cosa: me dejó plantada en la cena de mi cumpleaños. Tenía una excusa, aunque no era muy buena, y no lo lamentó demasiado. Mi madre rompió sus propias normas y me preguntó que en qué estaba pensando y si me había vuelto loca. Yo le dije que lo quería, y ella se quedó callada. Dijo que solo tenía que hacerlo una vez por si acaso me quedaba algo de cordura.

—¿Qué era lo que tenía que hacer?

—Dijo que, cuando eres madre de una chica joven y crees que su novio no está a la altura, es mejor no decir nada, porque tu hija se casará con él al día siguiente. Así que siempre intentó aceptar a mis novios. Sin embargo, el hecho de que yo me casara con semejante egoísta la sacaba de sus casillas. ¡Y por supuesto que me casé con él! Aunque le tirara los tejos a una de las damas de honor, me casé con él. Y, cuando me divorcié, mi madre no me dijo ni una sola vez la típica frase de «Te lo dije». Me dio todo su apoyo.

—Bueno, pero saliste airosa del divorcio —dijo Landry.

—Sí. Fue una cosa tranquila. Le dije a Dixon que se llevara sus cosas y que iba a pedir el divorcio. Él ni siquiera me pidió que le diera una segunda oportunidad. Ahora, por supuesto, tengo muy claro que me quité una carga de encima, que estoy mucho mejor sin él. Pero, en ese momento, me sentí abandonada, sola y triste.

—Tenemos que comer algo antes de seguir con la historia —le dijo Landry—. Porque sé que hay más.

—Ahora ni siquiera puedo pensar en comer.

—Razón de más —dijo él. Entró en la casa, y ella lo siguió. Abrió la nevera e hizo inventario—. Aquí tienes muchas cosas. ¿Te apetece una tortilla de verduras con tomate y patatas?

—Me suena muy bien, pero no tengo patatas.

—Yo, sí. Además, tengo que ir a ver a Lady y sacarla un rato para que descanse. Voy a traer las patatas y alguna otra cosa cuando vuelva. Tú puedes darte una ducha para ver si te sientes mejor. Yo cocino. ¿Te parece bien?

Así que eso fue lo que hicieron. Ella se duchó mientras él iba a atender a Lady y a buscar la comida. Cuando Kaylee volvió a la cocina, él estaba cortando verduras. Por supuesto, la ducha hizo que se sintiera mucho mejor.

Después de cenar, siguieron con la historia. Se sentaron en el sofá con una copa de vino. Tux se acurrucó en el regazo de Kaylee y Otis se tumbó en el suelo, a sus pies.

—Mi madre era muy lista. Sabía mucho de la vida. Cuando quise dedicarme a la escritura, me animó. Con el sueldo de una profesora era difícil pagarlo todo y, algunas veces, los seminarios para autores a los que yo quería asistir eran demasiado caros. Creo que, en aquel tiempo, ella todavía no tenía tan buena situación económica como más tarde, pero siempre encontraba la manera de ayudarme. Por mi cumpleaños me regalaba billetes de avión o la matrícula para un seminario. Después, cuando volvía a casa, me escuchaba durante horas. Durante mucho tiempo, tuve que dar clases y escribir a la vez. Mi primer contrato no era suficiente como para mantenerme ni un mes. Ella me llevaba la cena un par de veces a la semana.

—¿Y por qué no vivías con ella?

—Las dos queríamos que yo fuera independiente, sobre todo, después de que me recuperara de lo de Dixon. Pero elegí una casita que estaba muy cerca de la suya. Hablábamos por teléfono dos veces al día, pero solo nos veíamos dos o tres veces por semana. Algunas veces nos juntábamos, nos tomábamos una botella de vino y yo me quedaba a dormir en su casa para no tener que conducir. Eso no ocurría muy a menudo, pero éramos muy compatibles aunque no viviéramos juntas. Teníamos nuestras costumbres y necesitábamos nuestro propio espacio, eso sí.

—¿Y cómo fueron las cosas cuando te mudaste de nuevo con ella?

—No pasó mucho tiempo después de que le dieran el diagnóstico. Ella dejó de estar tan activa. Se cansaba, y se deprimió un poco. Yo nunca pensé que iba a perderla, pero no iba a permitir que le ocurriera nada malo. No me necesitaba como cuidadora, porque tenía atención médica domiciliaria. Pero yo necesitaba estar ahí, acompañarla al médico para asegurarme de que nunca se sintiera sola ni tuviera miedo. Una vez, de noche, se cayó en el baño y, aunque no se hizo mucho daño, yo me alegré mucho de estar en su casa. Todo esto estaba en mi cabeza, no en la suya. En realidad, ella nunca tuvo miedo, fue todo valentía hasta el final. Pero yo dejé mi casa en octubre, llevé algunas de mis cosas a su garaje y alquilé un trastero para lo demás, y me mudé a mi antigua habitación. Organicé mi despacho en el cuarto de invitados. Mi madre siguió intentando trabajar, por lo menos, para supervisar su empresa, ya que no podía dirigirla. Se aferró a eso hasta el final.

—¿Y después?

—En diciembre tuvo una reunión con su socio y los abogados, terminó su testamento y le vendió su parte de la empresa a su socio. Dijo que estaba demasiado débil, incluso, como para seguir asesorando, y que quería pasar el tiempo que le quedaba con su familia. Cuando le contó a mi padre lo que pasaba, él empezó a atosigarme. De repente, quería estar más tiempo conmigo. Yo le dije

que se fuera a pasar todo aquel tiempo que le sobraba con sus otras familias. Entonces fue cuando me enteré de que sus otras familias tampoco querían tener nada que ver con él. Parece que mi madre fue la única que le perdonó y la que más cortesía tuvo con él. Mi madre tenía mucha clase. Yo nunca seré tan elegante como ella. Soy mala. Estoy resentida.

Él sonrió.

—No tienes por qué.

—¡Díselo a mi resentimiento!

Se sirvieron otra copa de vino y siguieron hablando de la difunta y gran Meredith, y Kaylee bostezó un par de veces. Empezaron a cerrársele los ojos. Él la atrajo hacia sí y ella se apoyó en él, y él siguió haciéndole algunas preguntas, suavemente. ¿Cuál era la celebración favorita de su madre? ¿Y su restaurante? ¿Y la playa? ¿Dónde le gustaba ir de vacaciones? ¿Cuál era su comida favorita? ¿Cuándo le imponía más respeto? ¿Y en qué ocasión la había enfadado más?

Ella respondió, pero siguió bostezando.

—Kaylee, creo que deberías acostarte.

—Lo siento —dijo ella—. Creo que ha sido el vino.

—Ha sido el agotamiento emocional —dijo él. Se puso en pie y tiró de ella para que hiciera lo mismo. Tux bajó del regazo de Kaylee, aunque no parecía muy impresionado—. Vamos, te acompaño a la cama. Esta noche vas a dormir como un tronco.

Ella se echó a reír. ¡Había sido estupendo poder hablar con alguien y responder a sus preguntas! Siempre quería hablar de su madre, pero se sentía muy cohibida. No quería incomodar a la gente.

—Me siento mejor, creo.

—Y te sentirás aún mejor cuando hayas dormido.

—También me ha reconfortado que me abrazaras. ¿Quieres tumbarte aquí y que nos abracemos un rato más?

—Eso estaría bien —dijo él. Se sentó en la cama y se quitó los zapatos. Se tendió en el colchón y la atrajo—. Acurrúcate aquí.

Ella puso la cabeza en su hombro.

—Así es mucho mejor.

—¿Quieres contarme alguno de tus recuerdos favoritos? ¿O alguna historia? Por ejemplo, la historia del libro que estás escribiendo.

—Te la contaré mañana —dijo ella, y se acurrucó.

Su cabeza descansaba en el hombro de Landry, y apoyó una pierna sobre sus muslos. Él le pasó un brazo por los hombros.

—Esto es muy agradable. Te acurrucas muy bien. Seguro que te lo han dicho muchas veces.

—No tantas.

—¿Necesitas tú hablar de algo? —le preguntó ella.

—Esta noche, no.

A ella se le escapó un suave ronquido, y él se echó a reír.

—Lo siento.

—No, por favor, no te contengas. Esto es muy agradable.

Así que ella se dejó llevar y se quedó plácidamente dormida. En sueños, recordó a su madre, que le decía: «No te preocupes. Tengo suficiente morfina dentro como para hundir un barco. Voy a dormirme. Siempre estaré contigo, pero te estaré mirando desde una nueva perspectiva».

Había oscurecido, y Otis estaba roncando a sus pies. «O, tal vez, soy yo», pensó Landry. A lo mejor ese era el motivo por el que se había despertado. Pero… no, no era eso. Eran las manos de Kaylee, que le estaba acariciando el pecho suavemente. Él giró la cabeza y encontró su sien con los labios. Inhaló su aroma fresco a jabón, a agua. Aquel olor era muy especial, y no podía pertenecer a otra persona. Le besó la sien y, demonios, se excitó.

Ella se movió contra él, le besó el cuello, la barbilla, la mejilla. Y él gruñó.

Se movieron un poco, se tendieron de costado y Landry le besó los labios. La tenía abrazada, y bajó las manos hasta que le agarró el trasero y la estrechó contra sí. Kaylee lo imitó con los brazos y puso las manos sobre él. Su respuesta fue abrir ligeramente los labios, y él la exploró con la lengua. Ella suspiró profundamente. Eso alimentó la pasión de Landry, que fue tras su boca como un hambriento. Hacía mucho tiempo que no experimentaba nada de aquello, y había anhelado conocer su sabor desde el primer día que la había visto.

Él se apartó un poco para poder besarle hasta el último rincón del rostro; el cuello, la barbilla, las mejillas, la frente, el cuello un poco más. Ella puso su pierna sobre la de él para acercarse y se pegó a su cuerpo, justo donde su erección los volvió locos a los dos. Landry metió las manos entre su cabello sedoso mientras la besaba y se deleitó con los pequeños sonidos que se le escapaban mientras la acariciaba y se estrechaba contra ella.

—Bueno —susurró—. ¿Estás segura de que no necesitas solo un poco de consuelo?

—Estoy segura de que sí —respondió ella—. Y también necesito un poco de esto.

—Puede que luego te arrepientas —dijo él.

—¿Por qué? ¿Es que no tienes pensado ser bueno conmigo?

—Oh, me gustaría tener la oportunidad de ser muy bueno contigo, Kaylee. Pero, escucha, no tengo preservativos.

—Yo sí —dijo ella—. Ya sabes, por tener un poco de madurez. Tengo guardados un par en el neceser, solo para tener cuidado,

porque, en realidad, no me esperaba utilizarlos… Llevan ahí bastante tiempo. Yo creo que no me arrepentiría de usarlos. ¿Y tú?

—Kaylee —dijo él, echándole el pelo hacia atrás—. Nos hemos hecho muy buenos amigos y quiero que las cosas sigan así. Tienes que estar muy segura.

Ella le sonrió.

—Estoy seguro de que no te voy a soltar. Haces que me sienta demasiado bien como para eso.

—Muy bien, si estás segura…

—No me vas a hacer rogártelo, ¿verdad?

A él se le escapó una risa profunda y grave.

—Ve a buscar esos preservativos. Y date prisa.

Kaylee rodó por encima de él y volvió antes de que Landry se hubiera quitado la camisa. Puso los preservativos al lado de la cama y se sentó a horcajadas sobre él. Él rodó con ella hasta que quedaron de nuevo tendidos de costado, agarrándose uno al otro desesperadamente. Se dieron un beso interminable de amantes y, sin soltarse ni un segundo, empezaron a desnudarse a tirones. Cuando se quedaron en ropa interior, sus movimientos se hicieron más lentos. Se exploraron con más cuidado. Él le acarició todo el cuerpo suavemente, con ternura, con avidez. Ella también lo acarició a él, pasando las manos por su pecho y su vientre plano hasta que deslizó una de ellas por debajo de la cintura de sus calzoncillos.

—Oh, Dios mío —dijo él, con un suspiro.

Entonces, hizo que las bragas desaparecieran. Con mucho cuidado, le separó las piernas y la acarició en su lugar más vulnerable, y ella reaccionó instintivamente, apretando la mano alrededor de él.

—Dios —dijo Landry, de nuevo.

Hundió la lengua en su boca y movió los dedos lenta y más profundamente dentro de ella.

—Sí, me parece que esto es lo que quieres.

—No recuerdo haberlo deseado tanto nunca en la vida —respondió ella.

Él se alejó un poco, rodando, encontró uno de los preservativos y, rápidamente, se acercó a ella de nuevo y se lo puso. Luego volvió a tomarla entre sus brazos.

—Voy a tratar de ir más despacio.

—No —dijo ella—. Ya irás más lentamente después.

Él sonrió mirando sus preciosos ojos.

—¿Tienes prisa, verdad?

—No hablemos más —dijo ella—. Vamos a hacer cosas.

Landry se rio de ella. Era muy linda y divertida. Pero él estaba ardiendo, y dejó de reírse muy rápido. Siguió jugando con ella, con los dedos, con la lengua. Luego la hizo rodar y la tendió boca arriba.

Ocupó un lugar entre sus piernas y entró lentamente en su cuerpo. Él gimió y ella suspiró. Él le sujetó las caderas y se meció con ella, al principio, despacio y, poco a poco, con más rapidez, profundamente, con fuerza, y ya no pudo seguir con los ojos abiertos. La acarició, dándole todo lo que tenía. Cuando notó que llegaba al orgasmo, la estrechó contra sí. Kaylee jadeó y se aferró desesperadamente a él.

Explotaron juntos, abrazándose con fuerza.

Pasó bastante tiempo antes de que su respiración se calmara y pudieran relajarse. Él se incorporó por encima de ella.

—Ha sido increíble. Eres fabulosa.

—Sí, ha sido maravilloso. Creo que es la mejor pastilla para dormir que he tomado en la vida.

—¿Crees que podrás descansar? —le preguntó Landry.

—No tengo ninguna duda. Tienes que quedarte, por supuesto.

—Me levanto temprano.

—Ya lo sé.

—Puede que Otis necesite salir y no tienes puerta para él.

—Lo entiendo. Pero no te vayas hasta que no sea absolutamente imprescindible. Aunque esté durmiendo.

—No quiero hacerlo. Si me necesitas por cualquier motivo por la noche, solo tienes que darme un golpecito en el hombro —respondió él.

En algún momento de la noche, ella le tocó el hombro suavemente. Landry la atrajo hacia sí de inmediato. Sin decir una palabra, con los únicos sonidos de su respiración, los suspiros y los crujidos de la ropa de la cama, volvió a hacerle el amor. De nuevo, no pasó mucho tiempo antes de que explotaran juntos y se quedaran temblando de satisfacción.

—Esta es la mejor noche de mi vida —susurró él.

—Lo mismo digo —respondió ella.

Y volvió a dormir en sus brazos.

Como en un poema, o en una canción, el sol matinal brillaba más que en ninguna otra ocasión. Los pájaros cantaban de un modo más melodioso. El cielo era más azul que nunca. Y a ella le iba a explotar el corazón. Kaylee estaba llena de emociones que no dolían.

Notó que Landry se levantaba de la cama y se marchaba con Otis un poco antes del amanecer. Sonrió y volvió a quedarse dormida. Cuando abrió los ojos de nuevo, estaba saliendo el sol, y ella percibió el olor del café. Se puso una bata, se cepilló el pelo, se hizo una coleta y encontró a su amante en la cocina. Él se estaba tomando una taza de café y mirando su ordenador portátil. Dejó la taza en la encimera y le tendió un brazo.

—Um, he dormido muy bien —dijo Kaylee—. Muy bien.

—Ha sido un placer —dijo él, y tecleó un momento—. Estoy viendo las noticias de esta mañana.

—¿Y cómo va el mundo?

—A pesar de la mala situación que ha habido últimamente, para mí nunca ha ido mejor.

Ella se sirvió un café y se sentó frente a él.

—Qué curioso, yo me he despertado con la misma sensación. Gracias por lo de anoche. Por todo, por hablar conmigo y por hacer el amor conmigo. Me siento como nueva.

—Estás muy guapa por las mañanas —dijo él—. Quería estar aquí cuando te despertaras, pero no quería agobiarte. Le he dado de comer a Tux, y se ha quedado dormido. ¿Quieres que te prepare un desayuno, y que hablemos del día de hoy?

—Creo que ya desayuné anoche —dijo ella.

—Por eso he traído harina especial para hacer tortitas. ¿Te apetecen?

—Umm…, creo que podría acostumbrarme muy rápidamente a ti.

—Vamos a desayunar un poco y volvamos a nuestros rincones. Yo tengo que trabajar y tú, también. Y esta tarde he pensado en dar un paseo en coche hasta la costa y por las colinas. Las hojas de los árboles están en su momento álgido del otoño y va a hacer muy buen día. ¿Quieres venir?

—Claro. ¿A qué hora?

—¿Te parece bien a las dos? ¿Tendrás tiempo para trabajar un poco?

—Por supuesto —dijo ella. Pero pensó que lo último que quería hacer era trabajar.

Tenía ganas de ponerse a cantar.

Cuando Landry se marchó y la cocina estuvo limpia, llamó a Janette, la primera persona que le vino a la mente.

—Es posible que me esté enamorando —le dijo—. De mi casero.

—Vaya, vaya, qué interesante. ¿Y él se está enamorando de ti?

—Creo que sí, pero es pronto. El tiempo lo dirá.

—Tienes tiempo de sobra, preciosa —respondió su amiga—. ¿Puedo sugerirte que lo uses para disfrutar de la vida? Me parece que llevas una buena temporada sin poder hacerlo. Por motivos obvios.

—Obvios —afirmó Kaylee.

Capítulo 9

La vida adquirió brillo para Kaylee. Todos los días eran soleados, incluso cuando estaba nublado. Veía a Landry a diario. Tomaban el café juntos, dentro de casa, porque había empezado a hacer bastante frío, e iban de excursión por el campo al menos una vez a la semana; algunas veces, dos. Iban a cenar a la costa, y al cine, y veían películas en el televisor de pantalla grande de Landry. Cenaban juntos con frecuencia y dormían juntos todas las noches. Uno de ellos siempre hacía una pregunta cuidadosa: «¿Necesitas pasar la noche a solas?». Aunque no hicieran el amor, se abrazaban y se murmuraban palabras llenas de dulzura. Pero también hacían el amor con pasión.

Tenían conversaciones largas sobre todo, desde filosofía a grandes libros. Habían leído muchas obras de los mismos autores. Gracias a la publicación digital, a menudo descargaban las recomendaciones que se hacían el uno al otro para poder hablar más de los libros que amaban. Hablaban de religión, de política, de viajes e incluso de la posibilidad de que existiera la vida extraterrestre. Hablaron también sobre sus amigos y familiares, sobre personas con las que habían trabajado o, incluso, sobre personas que habían conocido y que habían dejado una impresión en ellos.

Un día fueron en coche a San Francisco. Jack se encargó de cuidar a Lady y a los cachorros, de sacarla a pasear un par de veces y de darle de comer a Tux. Se llevó a Otis a casa con él a pasar la noche, para la alegría de sus niños y fastidio de su border collie, Ralph. El objetivo del viaje a San Francisco era visitar algunas de las galerías con las que a Landry le gustaba trabajar. Allí tenían en exposición algunas de sus mejores obras en vidrio, y Kaylee se sintió muy orgullosa.

Tomaron una buena cena en Fisherman's Wharf y pasaron la noche en un hotel precioso. A Kaylee le puso un poco nerviosa que pudieran encontrarse con Laura, pero Landry dijo:

—San Francisco es una ciudad muy grande. Además, no importa que nos la encontremos.

Solo se quedaron en San Francisco una noche, porque los dos estaban deseando volver con sus mascotas.

Kaylee les habló sobre Landry a sus mejores amigas: a Michelle y a Janette, y a su tía, Beth. Les habló de su dedicación al arte, su ternura, sus perros, su bondad y la pasión que demostraba por ella. A ninguna debió de parecerle que fuera una mala idea. De hecho, todas se quedaron encantadas al notar algo de alegría en su voz por primera vez desde hacía tanto tiempo.

Se lo contó, incluso, a su madre. Por supuesto, su madre no le había dado ninguna respuesta. Ojalá Meredith pudiera conocerlo y quererlo como ella. La sensación que tenía durante aquellos intentos de comunicación era que su madre estaría muy aliviada de saber que tenía a alguien especial en su vida, alguien a quien amar. Alguien que la ayudara a sobrellevar un poco del peso del dolor.

Se encontró con Mel en el bar, y su amiga le preguntó:

—Tienes muy buen aspecto. ¿Has estado tomando un poco el sol? ¿O es que te has hecho un nuevo corte de pelo o algo así?

—No hay cambios que yo sepa, pero me siento muy bien. Quizás solo sea el paso del tiempo o que, tal vez, por fin estoy aprendiendo a vivir con la pérdida de mi madre. Todavía la echo de menos como una loca. Eso no ha cambiado. Pero últimamente he estado mucho tiempo con Landry. Tenemos una relación más estrecha, y eso me hace feliz.

—A lo mejor, por eso tienes tan buen color en las mejillas —dijo Mel—. No sé si alguien te ha contado esto, pero Jack es mi segundo marido. Me quedé viuda, porque asesinaron a mi primer marido. Se topó con un robo y le pegaron un tiro. Fue espantoso. Yo también vine a Virgin River para empezar de nuevo.

—Lo siento muchísimo, Mel. Debió de ser horrible.

—Muy difícil, pero se trata de un proceso. Ojalá pudiera darte algún consejo sobre cómo sobrevivir al proceso del duelo, pero lo único que puedo decir es que no hay atajo. Tienes que pasar por ello. Una sugerencia es que trates de capear el primer año sin esa persona. El primer cumpleaños, el primer aniversario, las primeras vacaciones…

—Estoy trabajando en eso —dijo Kaylee.

—Como te he dicho, no hay atajo. Pero ¿vas a venir a la fiesta de Halloween?

—¡Sí! Y, por suerte, esa no es una fiesta memorable que mi mamá y yo celebráramos demasiado. No debería haber nubarrones oscuros ese día.

—Entonces, será muy divertido para ti. Se supone que, aunque haga frío, va a ser un día soleado.

Aquel sábado, Landry y Kaylee llegaron al pueblo alrededor de las tres y tuvieron que dejar el coche casi a las afueras, porque todo el camino estaba lleno de coches y camiones.

Fueron hacia la zona de pícnic que había detrás del bar. Parecía

que todo el pueblo estaba reunido allí. La gente se había sentado en las mesas del merendero, o en sillas de jardín, o en mantas colocadas en el suelo, o estaban apoyados en los árboles, charlando. Kaylee había hecho una empanada y Landry llevaba un cuenco de fruta y frutos secos con nata. Cuando dejaron su contribución en la mesa, se fueron a saludar a los demás. Landry le presentó a algunas personas a las que ella aún no conocía.

Paul Haggerty le presentó a su mujer, Vanessa, y a sus cinco hijos.

—Me alegro de verte, Kaylee. Deberías llamar a Gerald y a Bonnie. Van a venir dentro de dos semanas para ver la casa. Ya está casi terminada. Seguro que quieres verlos.

—¡Estoy deseando verlos, y la casa!

Landry se acercó con una cerveza y le dio una copa de vino a Kaylee. Después, le estrechó la mano a Paul.

—Voy a ir a verla, si no te importa.

—Claro, siempre eres bienvenida. Ha quedado estupenda —dijo Paul, con orgullo.

Hicieron una ronda y saludaron al pastor y a su esposa. Después, Kaylee conoció a Luke y Shelby Riordan y, por supuesto, ya conocía a Colin y a Jillian. Le presentaron a otro hermano, Sean, que estaba de visita.

—¿Cuántos sois?

—Cinco chicos Riordan. Faltan Patrick y Aiden. Cuando nos reunimos todos, se oye el ruido por toda la zona.

—Me alegro de que Colin viva en una casa tan grande —dijo Shelby—. Porque nos juntamos muchísimos.

Kaylee saludó a Jack, a Preacher y a Mike Valenzuela, y conoció a Brie, la hermana de Jack. Después, fue hacia la mesa de Mel, que estaba con otras mujeres. Había paseos en poni para los niños, y todo tipo de juegos por la parcela. Muchos niños y varios adultos iban disfrazados. Jillian llevaba un disfraz de bruja, con unos zapatos que tenían la puntera curvada hacia arriba, y llevaba los dientes pintados de negro.

¡Y la comida! Miró la larguísima mesa, totalmente cubierta de fuentes y platos a rebosar.

—Esto es un festín increíble —dijo.

Se quedaron varias horas, hablaron con todo el pueblo, comieron lo que quisieron y, cuando terminó la fiesta, a Kaylee le dio pena. Pero hacía frío y el sol se estaba poniendo, y Landry le susurró al oído:

—Creo que deberías venir a casa conmigo, y que deberíamos encender la chimenea.

—Me parece un plan perfecto —dijo ella—. Aunque tal vez debiera pasar por mi casa primero, para darme una ducha.

—Kaylee, yo tengo una ducha que es lo suficientemente grande

para dos.

—Mi vida es maravillosa —le dijo Kaylee a Janette—. Casi me siento culpable por ser tan feliz.

—Por favor, no —respondió su amiga—. Sabes que, si tu madre te está viendo, lo único que querrá es que seas feliz y te sientas realizada. Recuerda que ella era así. Fue feliz hasta el último día, incluso en los momentos más difíciles fue positiva y estuvo llena de agradecimiento. Tú también tienes que sentirte agradecida por haber tenido una madre tan maravillosa, todo un modelo que seguir.

—Sí, lo sé. A veces, haberla perdido me resulta tan difícil que me olvido de la suerte de que fuera mi madre.

—Esa era una de las características de tu madre. Siempre decía que la cura para la tristeza es la gratitud. Funciona.

—Tengo buenas y malas noticias —le dijo Kaylee a Landry.

Él estaba encendiendo la chimenea del salón y ella estaba sentada en su sofá. Landry se giró y la miró con una ceja arqueada.

—La buena noticia —dijo ella— es que voy a terminar el libro dentro de cuatro semanas.

—Bien por ti —dijo él.

—Y la mala es que voy a tener que tomármelo en serio y trabajar mucho. Voy a trabajar en mi casa, como mínimo, de seis a ocho horas al día. Este libro ha sido una carga para mí desde hace más de un año. No puedo separarlo del hecho de haber perdido a mi madre, así que quiero terminarlo y enviarlo. Además, hasta que pueda recuperar mi capacidad para escribir, me falta una parte de mí misma.

—Eso no son malas noticias, Kaylee. Me alegro de que te enfrentes así a ello. Si quisieras dejarlo, supongo que lo entendería, pero me alegra más que quieras conseguirlo y recuperar esa parte de ti. Es quien eres.

—¿Alguna vez has tenido problemas tú con tus esculturas? Como, por ejemplo, cuando falleció tu padre.

—Entonces me resultaba muy difícil concentrarme. No recuerdo cuánto tiempo tardé en recuperarme. Pero cuando realmente me hundí fue cuando me di cuenta de que Laura se había ido para siempre. Entonces fue cuando decidí volver a Virgin River y concentrarme en mi trabajo, la única cosa que podía controlar. No fue algo rápido. Y me pasé mucho tiempo construyendo la casita en vez de ser creativo. Pero, al final, todo volvió a su sitio.

—¿Incluso cuando te distraías con las visitas de Laura?

—Ella no venía muy a menudo, pero, algunas veces me llamaba y

me preguntaba cuándo iba a ir a la ciudad, y me veía allí un par de veces. Yo le pedía que tuviéramos habitaciones separadas y cuentas separadas, y las visitas fueron cada vez menos frecuentes. Y solo venía a Virgin River cuando necesitaba algo. Laura no tuvo tanto impacto en mi trabajo. Si yo me sentía triste por su ausencia, el trabajo me ayudaba. Si estaba disgustado por su presencia, el trabajo también me ayudaba. Así que sé cómo te sientes. Lo necesitamos, es lo que nos define. Solo tienes que decirme en qué puedo ayudarte, pero, por favor, no me pidas que te ignore durante los siete días de la semana. Eso no se me va a dar bien.

—Te usaré como recompensa —dijo ella, con una sonrisita.

Ninguno de los dos había dicho todavía «Te quiero», pero Kaylee lo sentía. No se estaba conteniendo; simplemente, estaba esperando a sentirse más cómoda. No sabía qué podía decir después de aquellas palabras. «Déjame que me quede para siempre». No, no era eso lo que quería. «Ven a Newport conmigo». Tampoco se sentía preparada para eso y, además, él le había dicho que no le gustaba el sur de California. «¿Y si nos vemos cada dos meses?». No, eso era lo que él había tenido con Laura. No parecía un amor verdadero, parecía algo superficial, cómodo.

—¿Te he dicho que tengo una casa en Newport Beach? —le preguntó.

—Veinte veces, más o menos.

—Es muy bonita. Mi madre la compró después de haberla admirado durante veinte años, cuando su empresa empezó a ir muy bien. Tiene un patio enorme con piscina, y vistas al mar. Está en una colina, en un barrio muy bonito. No es demasiado grande, pero las habitaciones son espaciosas, y es muy cómoda. ¿Has estado alguna vez en Newport Beach?

—No, no lo conozco. La verdad es que tengo recuerdos un poco negativos de mis pocas visitas a Los Ángeles. Creo que no soy hombre para California del Sur.

Ella se alegró de no haber dicho: «¡Pero es que te quiero! ¡Y tenemos que estar juntos en alguna parte!».

—Deja que te lleve a la cama, Kaylee Sloan, y vamos a ver si se nos ocurren algunas ideas para tu libro cuando te entre sueño.

Era tan buena idea como cualquier otra.

Kaylee se impuso un horario muy rígido durante varios días. Salía a pasear con Otis, estaba un buen rato con Lady y los cachorros y llevó su ordenador portátil al bar de Jack. Sin embargo, al ver que en el bar solo había escrito una página en una hora y media, volvió a casa rápidamente. Trabajaba con tanto ahínco como era posible, pero aún

estaba haciendo más reescritura que escritura. Quería haber conseguido treinta páginas en tres días, pero solo tenía nueve, así que redobló sus esfuerzos.

Sin embargo, su libro sobre Caroline y Landon iba viento en popa. Se habían enamorado y se habían acostado juntos, y todo era delicioso. La pobre Caroline era una viuda solitaria que necesitaba empezar de cero y, cuando conoció a Landon, su vida dio un giro radical. Era un reflejo de su propia existencia, pero, también, según había aprendido últimamente, también era un reflejo de la vida de Mel y Vanessa Haggerty. Mel le había contado que Vanessa estaba embarazada de su primer hijo cuando su marido había muerto en el frente, y Vanessa terminó casándose con su mejor amigo. Uf. Y ahora tenían cinco hijos.

Su ficción autobiográfica cada vez le resultaba más gratificante, y empezó a preguntarse si tendría el valor de enseñársela a alguien. No tenía mucha seguridad en sus habilidades para escribir dentro de aquel género de ficción para mujeres y, por otro lado, aunque en aquel momento tuviera sus dificultades, sí sabía desenvolverse en el género del suspense. Al final, llamó a su editora.

—Simone, soy Kaylee —dijo—. ¿Estás ocupada, o podemos hablar?

—¡Todo puede esperar si es por ti! ¿Cómo estás? Me acuerdo mucho.

Antes, hablaba con su editora cada quince días. Tenían una gran relación y se habían hecho amigas. Kaylee llevaba ocho años trabajando para ella, y Simone no era su primera editora.

—En realidad, estoy mucho mejor. Voy a mandarte el manuscrito antes de Navidad.

—Entonces, ¿tu escapada ha dado buenos resultados?

—Me encanta estar aquí. En un mundo perfecto, tendría una casa aquí y otra en Newport Beach.

Le habló a Simone del clima, de las hojas, de los árboles, de la gente del pueblo y de sus nuevas amistades. Y, al final, le habló de Landry. Sin darse cuenta, estuvieron una hora charlando.

—Y hay otra cosa —dijo Kaylee—. Durante este tiempo en el que he tenido problemas para escribir el libro, empecé una historia un poco diferente. Estaba haciéndolo como ejercicio para conseguir desentumecerme, para poder seguir adelante. Y, ahora que he escrito otro libro solo para divertirme, creo que me gusta.

—¿Quieres contarme qué es?

—Creo que lo que quiero es enviártelo. Pienso que es una novela romántica, y ese no es un género del que yo sepa mucho. Pero tú sí lo conoces bien. A lo mejor puedes echarle un vistazo y decirme si vale.

—Me encantaría.

—Voy a concentrarme en terminar el suspense. Es mi prioridad.

¿Sigo programada para el próximo otoño?

—Por supuesto —dijo Simone—, pero ya sabes que tienes tiempo, si lo necesitas. No quiero que te sientas presionada. No quiero que te preocupes. Tienes una editorial y, cuando un buen escritor tiene una emergencia, no nos deshacemos de él porque esté pasando por una situación difícil. Estamos aquí para trabajar contigo.

—Has sido tan buena conmigo… Por favor, quiero que sepas que te agradezco mucho tu paciencia y tu comprensión.

—Sí, yo también quiero que sepas que nos encanta publicar tu obra.

Kaylee se esforzó al máximo aquella semana y consiguió escribir cuarenta páginas que le gustaban. El protagonista estaba cada vez más cerca de descubrir que era el hermano celoso de su fotógrafo el que estaba asesinando a las modelos. Pero estaba agotada. Al final de cada jornada, le dolían el cuello y los hombros. Algunas veces, Landry le daba un buen masaje por las noches, y ella revivía.

Estaban sentados delante de su televisión, con la chimenea encendida, cuando sonó su teléfono. Kaylee miró la pantalla y rechazó la llamada.

—No quiero ser cotilla, pero últimamente lo has hecho varias veces —dijo él.

—Es mi padre —respondió ella—. No me apetece hablar con él ahora.

—¿Y sabes por qué motivo está llamando?

—Sí. Quiere que nos veamos en algún momento, durante las fiestas. Ya sabes lo que pienso de las Navidades.

—Sí, que preferirías que no existieran.

—Exacto. Sé que no se pueden evitar, pero no quiero que Howie aumente mi estrés.

Landry frunció el ceño.

—Pero ¿lo que te hizo fue tan traumático como para que ahora quieras evitarlo a toda costa?

—No hizo absolutamente nada. Nada. ¿Podríamos dejar de hablar de Howie?

Él le acarició el pelo con suavidad.

—No vamos a hablar de él si no quieres, pero, si en algún momento cambias de opinión, estoy aquí. Se me da bien escuchar. Y me importa.

—Sí, lo sé, y es muy considerado por tu parte.

—Es porque te quiero, Kaylee.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas, y respondió, con emoción:

—Yo también te quiero.

—No soy un experto, pero ¿esto no debería hacernos felices?

—A mí me hace feliz, pero ¿qué va a pasar con nosotros? Vine aquí para esconderme e intentar librarme de la Navidad, pero estás tú, y tú vives aquí, y yo vivo allí, y se supone que tengo que volver a casa después de las fiestas. Quiero estar en casa de mi madre otra vez, pero a ti no te gusta el sur de California, y yo no puedo quedarme aquí, esta no es mi casa. Yo tengo una casa. ¡Tú tienes una casa! ¿Qué se supone que voy a hacer? No hemos hablado sobre…

—Kaylee, puedes hacer lo que quieras. Yo conozco al casero de aquí. Puedo arreglarlo todo para que te quedes. O puedes irte y volver. Literalmente, lo que mejor funcione para ti.

—Ese es el quid de la cuestión, que no sé qué es lo que va a funcionar. No puedo quedarme, no puedo irme. No puedo pedirte que vengas conmigo a Newport Beach, porque no estamos preparados aún para ese compromiso. Tampoco puedo quedarme mucho más tiempo aquí, no tengo mis cosas cerca. Solo hay algo que sé con certeza, y es enorme: que no quiero que mi madre esté muerta.

Él la abrazó.

—Lo sé —le dijo—. Pero todo se va a resolver, ya lo verás. Tú sigue con tu plan original. Termina el libro y pasa la Navidad. Todo tendrá otro color cuando pasen esas fechas.

—A mi madre se le rompería el corazón si supiera que estoy temiendo las Navidades. Ella siempre se esforzó muchísimo para que fueran lo más agradables del mundo para mí.

—Creo que lo entendería, y yo lo entiendo.

Landry no tenía un plazo que cumplir, ni ningún encargo estresante. No tenía exposiciones y, aunque había vendido algunas de sus piezas de cerámica a través de su página web, tenía el trabajo adelantado. De todos modos, se dedicó a trabajar en su taller y a diseñar, porque no quería ser una distracción para Kaylee. Después de llorar desconsoladamente un buen rato, se había calmado y su melancolía había desaparecido un tiempo, pero tenía que trabajar mucho, y con más ahínco que de costumbre.

Bonnie Templeton la llamó, y ella le preguntó a Landry si quería acompañarla a ver su casa, así que fueron al otro lado de Virgin River, y él presenció una reunión muy emotiva. Kaylee se echó a llorar al abrazar a sus viejos amigos. Tardó unos instantes en dominar sus emociones y, después, todos recorrieron la casa con Paul.

—Tenéis que hacer una lista con las cosas que no están bien del todo, o que están dañadas, o con las imperfecciones que encontréis —dijo Paul—. Que yo sepa, no hay nada que os impida quedaros en la

casa. Todo ha sido comprobado y ha pasado la inspección.

—No puedo creer lo bonita que ha quedado —dijo Bonnie—. ¡Es mejor que cuando la compramos!

—Creo que durante estos últimos veinte años se quedó un poco antiguada y desgastada —dijo Gerald—. Ya era hora de que tuviera una buena remodelación, pero no estábamos seguros de si íbamos a quedárnosla.

—¿Estabais pensando venderla? —preguntó Kaylee.

—Siempre tuvimos la intención de que quedara en manos de la familia —dijo Bonnie—. Pensamos que los chicos la querrían, pero están indecisos. Están repartidos por California, Oregón, Arizona… No saben si la van a usar, en realidad. Cada familia tiene sus ideas, sus lugares de vacaciones preferidos, y están más cerca de donde viven. Tal vez la tengamos un par de años más y, si vemos que no se usa, la venderemos. Creo que ahora, con la remodelación, será mucho más fácil venderla. Te la ofrecería para el resto del año —le dijo a Kaylee —, pero me parece que estás muy bien instalada.

—Estoy bastante cómoda —dijo ella, ruborizándose un poco—. Además, hay perros importantes allí.

—¿Tú? ¿Con perros? —preguntó Bonnie.

—Ha superado su fobia —dijo Landry.

—¿Y puedes tomarte un descanso de tu escritura como para cenar con nosotros? No hemos vuelto a Jack's desde el verano pasado.

—Claro —dijo ella—. Y a él le encantaría veros.

Landry notó que le vibraba el teléfono en el bolsillo y miró la pantalla. Era un mensaje de Brie, que le pedía que fuera a su despacho en cuanto tuviera oportunidad.

—Kaylee, ¿puedes ir tú con los Templeton a Jack's? Yo me reuniré allí con vosotros. Acabo de recibir un mensaje de texto de una amiga que me pide que vaya a verla. No creo que tarde mucho.

—Claro —dijo ella—. Tómate el tiempo que necesites.

Landry se fue mientras Kaylee y los Templeton seguían su *tour* por la casa. Hicieron muchos comentarios elogiosos, para satisfacción de Paul.

Landry envió un mensaje de texto a Brie para decirle que iba de camino. Seguramente, la reunión tenía algo que ver con su divorcio. Esperaba que todo terminara rápidamente. Lo más seguro era que Laura hubiera firmado ya los papeles. Hacía mucho tiempo habían llegado al acuerdo de que, si alguno de los dos quería divorciarse, el otro no pondría impedimentos. Por otro lado, no tenían patrimonio común.

Cuando le repitió aquello a Brie, ella le dijo:

—Claro que sí lo tenéis. Todo lo que hayáis adquirido durante vuestro matrimonio se considera parte del acuerdo de divorcio.

—Como ya he dicho, no tenemos ninguna propiedad conjunta.

—¿No tienes una casa? ¿Una finca? ¿Un plan de jubilación? ¿Equipamiento que utilices en tu empresa?

—Pero no es propiedad de los dos. Yo heredé la casa y las tierras de mi padre hace unos años, y Laura nunca ha formado parte de mi empresa.

—Es muy probable que se considere parte de las propiedades del matrimonio, porque todavía estáis casados. Al igual que sus cosas, también se considerarán parte del patrimonio común.

—A menos que me esté ocultando algo, Laura no tiene nada. De hecho, te conté que he tenido que hacerle varios préstamos durante estos años, aunque sabía que no me lo iba a devolver. Creo que Laura gasta lo que tiene cuando le pagan un contrato. No es ahorradora ni sabe invertir. Vive bien cuando está trabajando y no tan bien cuando no tiene trabajo.

—Explícame otra vez tu situación —dijo Brie—. No habéis vivido juntos desde hace diez años, hablasteis del divorcio debido a vuestra separación hace ocho años y os pusisteis de acuerdo en las condiciones…

—No hubo condiciones. Yo no tenía nada salvo mis herramientas para trabajar, y ella tampoco tenía nada. Convinimos que no íbamos a vivir juntos. Nos llevábamos bien y ella me visitaba de vez en cuando.

—Define «de vez en cuando».

—La veía tres o cuatro veces al año. Yo no le he enviado dinero mensualmente ni me he acostado con ella desde hace ocho años. No la mantenía. Le hice préstamos cuando estaba mal de dinero. Sabía que no iba a devolverme nada, pero lo hice de todos modos.

—He recibido un correo electrónico muy amable de su abogada, diciéndome que quiere la mitad de tu casa y de tus tierras, y una pensión.

—¡Pero si ella nunca ha vivido en esa casa! Voy a llamarla para llegar al fondo de la cuestión.

—Como abogada tuya, te recomiendo que no te pongas en contacto con ella. Tú tienes una abogada, ella tiene otra. Te recomiendo que os sometáis a una mediación supervisada por un juzgado de familia y que puedas explicarlo todo.

—Solo porque no me divorciara de ella hace ocho años, ¿voy a perder mi casa y la mitad de mis posesiones?

—Creo que, dadas las circunstancias, saldremos mejor parados que eso, pero no hay duda de que, ahora que hay abogados de por medio, será más caro. Escucha, la ley es la ley y, lo creas o no, está escrita para proteger al inocente. El divorcio sin parte culpable significa que

no importa quién haga qué, y el patrimonio común significa que hay que repartirlo a la mitad o que hay que repartir según se negocie. En este momento, sintiéndote como si te estuvieran robando, no creo que tengas mucha empatía, pero las cosas están estipuladas así para proteger a las personas que quedan a merced de cónyuges poderosos que no quieren cumplir con sus responsabilidades. Esa no es tu situación. Por eso, vamos a intentar resolverlo con una mediación. Tu matrimonio terminó hace mucho tiempo.

—De todos modos, voy a llamarla y a preguntarle por qué está haciendo esto.

—Si yo fuera tú, seguramente ignoraría el consejo de mi abogada y haría lo mismo. Pero intenta no darle munición, ¿de acuerdo?

Landry estaba tan enfadado que no esperó mucho. Llamó a Laura de camino a casa de Jack. Por supuesto, ella no respondió, como de costumbre; casi siempre le devolvía la llamada. Por el contrario, si él veía que era ella y no estaba haciendo algo importante, respondía al teléfono. Pero, claramente, la vida de Laura era más importante que la suya.

Le dejó un mensaje en el buzón de voz.

—Acabo de estar con mi abogada, que ha recibido noticias de la tuya. Entonces, ¿vas a hacer que todo sea más difícil y me vas a pedir la mitad de la finca de mi padre? Es un lugar en el que no has estado más de seis veces durante toda esta década. Nunca has compartido esa casa conmigo, pero la quieres. ¿Qué demonios pasa, Laura? Hace años decidimos que íbamos a vivir separados y que, si nos divorciábamos, no habría enfrentamiento. Esto es un enfrentamiento. Yo he tenido paciencia contigo, te he demostrado bondad, te he dado dinero y, ahora, como yo quiero resolver la situación, tú vas a intentar sacarme hasta el último centavo. Si hubieras acudido a mí y me hubieras dicho que necesitabas un poco de ayuda… ¿Acaso no he estado siempre dispuesto a ayudarte? Pero esto, después de que tú me dejaras…

Cuando llegó a Jack's, casi no podía disimular su mal humor, aunque lo intentó. Durante la cena, por suerte, Bonnie y Gerald hablaron lo suficiente como para cubrir su silencio. Sin embargo, de vuelta a casa, Kaylee le dijo:

—Me da la impresión de que algo no va bien.

—Bah, no es nada —dijo él—. Luego te lo cuento. En este momento estoy que trino.

—Espero que no sea por nada que haya hecho yo.

—Claro que no —dijo él, y la tomó de la mano—. Tú eres perfecta.

Cuando se acostaron, apagó su teléfono móvil. Por supuesto, él durmió mal. Estaba indignado por aquella injusticia. Por la mañana, no miró el teléfono hasta que hubieron terminado de desayunar y se fueron cada uno a su trabajo. Entonces vio que tenía seis llamadas

perdidas de Laura, la última de ellas, a la una de la madrugada. No se dejó engañar. No recordaba que nunca lo hubiera llamado tan tarde; quería saber si estaba solo. Cuando la llamó, a última hora de la mañana, ella sí respondió.

—Veo que has oído mi mensaje —le dijo él—. ¿Quieres explicarme por qué estás haciendo esto?

—Solo quiero que me des una oportunidad —le dijo ella, suavemente—. Quiero volver contigo. Creo que es obvio que estás haciendo esto porque tienes a otra persona. Y sabes que yo sé quién es.

—Ni siquiera voy a responder a eso —dijo él—. No es relevante. Yo he reconstruido mi vida. Me hice una casa con mis propias manos y levanté un negocio. Tú te marchaste a cumplir con tu sueño de ser alguien en la interpretación. Yo te ayudé. Te di dinero cuando no podías pagar el alquiler. Un par de veces te hice préstamos que sabía que no me ibas a devolver. Si crees que voy a comprar el divorcio, estás muy equivocada. No voy a rendirme fácilmente, no te voy a pagar. ¡Demonios! Yo te habría ayudado, ¡pero tú tenías que contratar a una abogada para enfrentarte a mí!

—Dijiste que siempre te preocuparías por mí.

—No es probable que me preocupe de una persona que quiere utilizarme. ¿Es que quieres quedarte con lo poco que tengo, Laura? No creo que eso despierte buenos sentimientos en los demás. Piénsalo.

Colgó y se quedó sentado en su taller, furioso. Al final, sacó la arcilla y comenzó a esculpir. A media tarde se sentía mejor, y tenía el comienzo de la estatua pequeña de un anciano. Se preguntó cuál sería el significado de aquella obra. Esculpió la cabeza del hombre mojándola con esponjas, lo inclinó para darle una forma encorvada a su cuerpo y creó las arrugas de su jersey con las herramientas de modelar.

La puerta de su casa se abrió y, al oír el ruido, se dio cuenta de que llevaba allí todo el día. Se estaba poniendo el sol. Kaylee entró en el taller y él sonrió al verla. Estaba cansada. Y preciosa. Él alzó un brazo y ella se acercó y se puso a su lado.

—Vaya, Landry, mira lo que has hecho. Es increíble. ¿Es alguien conocido tuyo?

—Creo que soy yo dentro de cuarenta años.

O de cuatro años, dependiendo del nivel de estrés de su vida, pensó.

—Es magnífica —dijo ella—. Oh, lo que daría yo por tener tu talento.

—Tú no necesitas mi talento. Tienes el tuyo.

Capítulo 10

En su novela de suspense, la modelo detective estaba en las garras del hermano celoso del fotógrafo, y nadie sabía dónde se encontraba, ni que estuviera desaparecida. Era una escena muy angustiosa. En el otro libro, Caroline y Landon estaban locamente enamorados y no podían quitarse las manos de encima, más o menos, como otra pareja que Kaylee conocía bien. Sin embargo, Caroline y Landon tenían algún problema. No sabían hacia dónde se dirigían como pareja.

Kaylee estaba terminando su libro por contrato, pero se había hecho adicta a su historia de amor. A sus historias de amor, en realidad: a la de la vida real y a la de la ficción.

Llamaron a la puerta, y se preguntó qué hora sería. Se fijó en el ordenador y vio que eran solo las tres, así que, probablemente, quien había llamado no era Landry. Se levantó, abrió la puerta y se encontró con su padre.

—Howie, ¿qué haces aquí?

Él se estremeció.

—Quería verte.

—¡Tengo que terminar un trabajo antes de que se cumpla el plazo!

—Ya lo sé. También sé que dirías algo así aunque no fuera cierto. Mira, este es mi problema, sé que no es el tuyo, pero llevas eludiéndome varios meses. Sé que los dos echamos de menos a tu madre, terriblemente. Pensé que tal vez pudiéramos apoyarnos un poco el uno en el otro. Yo estoy dispuesto a lo que sea con tal de que hagamos las paces, Kaylee. Somos familia.

Ella se dio la vuelta y entró en su casa. Tomó a Tux en brazos.

—Tienes más familias y no sabes qué hacer con ninguna.

—Tengo dos exmujeres que han vuelto a casarse, pero estoy intentando arreglar las cosas con mis hijos, lo mejor que puedo. Sin embargo, con ellos no es lo mismo, porque no se han quedado sin madre, para empezar. No me necesitan y no les culpo, pero lo estoy intentando. Por lo menos, los veo.

—Como es debido. Howie, yo no te digo esto por ser cruel, pero yo tampoco te necesito. No es que seas mala persona, pero nunca has estado a mi lado. Hace mucho tiempo que dejé de fantasear con la

idea de tener un padre.

Howard había tenido otros tres hijos. Dos de ellos, con su segunda esposa. Ahora tenían veintitantos años y uno ya iba a casarse. Después, había tenido otra niña con su tercera mujer. La muchacha estaba en la universidad. Kaylee no tenía relación con ellos, y ellos tampoco se habían esforzado para conseguirlo.

—Me lo has dejado bastante claro, pero yo voy a seguir intentándolo. Contigo, y con ellos. Ya he malgastado el tiempo suficiente.

Ella se sentó en su sofá.

—¿Tienes alguna enfermedad terminal o algo por el estilo? —le preguntó.

—¡Pero cómo me dices eso!

—No quiero ser mala, pero es que nunca te has preocupado de tu relación conmigo, hasta que mi madre estuvo literalmente moribunda. ¿Qué es lo que ocurre?

—¡Kaylee! Yo te quiero mucho. No fui buen padre después de que tu madre y yo nos divorciáramos, pero me preocupé. Y me acerqué lo posible, cuando pude —dijo él, y se adentró un poco en el salón—. ¿Puedo sentarme?

—Deberías haber llamado —dijo ella—. ¿Cómo me has encontrado?

—Llamé a los Templeton —dijo él, y se sentó—. Bonnie me dijo dónde vivías, aunque no sabía la dirección. Me dio el nombre de tu casero. Y el hombre del bar me explicó cómo llegar hasta aquí.

—Vaya, qué bueno todo eso en cuestión de seguridad —murmuró ella.

—Espero que no te sientas insegura. ¿Te sientes segura aquí?

—Pues claro que sí. De lo contrario, estaría en otra parte.

Era obvio el motivo por el que Howard había tenido tantas novias y mujeres. Era un hombre guapo. Tenía el pelo canoso y, a los sesenta y cinco años, seguía estando en forma. Medía un metro ochenta y cinco centímetros y estaba moreno de sus partidos de golf. Seguía trabajando; era ejecutivo de cuentas de una compañía telefónica que producía teléfonos móviles y proporcionaba todo tipo de servicios inalámbricos.

—Sé que las fiestas van a ser difíciles para ti —dijo—. Para mí, también.

—¿Por qué? —preguntó ella—. Mi madre y tú no habéis pasado unas Navidades juntos desde hace treinta años.

—Las últimas Navidades, sí. No estábamos exactamente juntos, pero estuve con ella casi todos los días, al final.

Kaylee estuvo a punto de contestarle que había sido demasiado poco y demasiado tarde, pero se lo calló.

—Solo por curiosidad, ¿por qué estuviste tan presente al final?

—Kaylee, yo quería a tu madre. Ella me perdonó que le hiciera daño. Y yo no podía permitir que pasaras tú sola por eso. Estaba preocupado por ti.

—¿Que la querías? —le preguntó ella, frunciendo el labio superior.

—Y ella me quería a mí, a su manera. Nos reconciliamos lo mejor que pudimos. Yo le hice mucho daño y mis disculpas llegaron demasiado tarde, pero, de verdad, no tardé demasiado tiempo en darme cuenta de que renunciar a ella fue el error más grande que he cometido en la vida. Después de algunos años, yo no había conseguido mejorar mi vida casándome y divorciándome, pero ella y yo formamos una buena amistad. Hablando de tu madre…, aunque nunca volvimos a ser pareja, a mí me encantaba hablar con ella. Era inteligentísima y divertida, y, seguramente, la mujer más fuerte que he conocido.

—Ya. Entonces, ¿por qué te fuiste con otras mujeres?

—Tu madre decía que yo tenía el ego débil, y creo que estaba en lo cierto. Nunca me cansaba de estar con mujeres bellas que me dijeran lo fantástico que era, aunque yo sabía que era mentira y que me iba a arrepentir.

—Sí, ella me dijo que tenías medio cerebro —dijo Kaylee.

—No soy tonto de remate —dijo él, irguiéndose—. No del todo.

Ella sonrió con malicia y cabeceó. Era patético. Había perdido a la mujer más maravillosa del mundo porque le gustaban los halagos de otras mujeres. Había tenido éxito profesional, sobre todo a los cuarenta y cincuenta años, pero, claramente, era un idiota.

—Por el contrario, tu madre era increíble. Ella fundó una empresa de la nada y la convirtió en una de las mejores productoras de mobiliario de su área. Debes de estar muy orgullosa de ella.

—Para ser sincera, no le presté mucha atención en su día. Eran muebles de exterior. Y le ocupaba mucho tiempo. Hasta que no se puso enferma, no me di cuenta de lo mucho que había conseguido y, cuando lo entendí, le dije que la admiraba mucho. Pero la admiraba por otras muchas cosas: era buena persona, compasiva, amable… Se preocupaba por los demás. ¡A ti te perdonó!

—¿Cómo vas a pasar las Navidades, Kaylee?

—Voy a escribir, a no pensar en ello. Necesito pasar de puntillas por encima de las fiestas este año, quizá, también, el año que viene. A lo mejor, con el tiempo, puedo volver a soportarlo. Las últimas Navidades fueron las peores de mi vida.

—¿Y Acción de Gracias? ¿Tienes algún plan?

—Más o menos —dijo ella—. Mi casero y yo nos hemos hecho buenos amigos y él también está solo. Hemos quedado en que, a lo mejor, nos vamos a tomar marisco a Eureka y pasamos la fiesta juntos. Además, sabiendo que estoy sola, el cocinero del bar del pueblo me ha

dicho que estoy invitada a su comida. Supongo que cocinan para sus familias en el bar y también acogen al que pase por allí. Dice que en Acción de Gracias nadie puede pasar hambre en Virgin River, y prepara un festín. Voy a ayudar a la matrona del pueblo a preparar las cestas para la gente más necesitada. Un par de tardes llenando cestas de comida y ayudando a repartirlas antes de Acción de Gracias.

Entonces, se puso un poco melancólica.

—El último día de Acción de Gracias sí es algo que no quiero olvidar nunca. Fue el mejor.

—Yo no me acuerdo de nada.

—Tú no estabas —dijo ella, riéndose—. Mi madre ya no recibía quimioterapia, se había tomado analgésicos y se sentía muy bien, e hicimos una fiesta para chicas. Estaba demasiado débil como para preparar la comida, pero sí se sentía bien como para comer y disfrutar de la fiesta. Incluso tomó un poco de champán. Estuvimos con Janette, Michelle, Korby, Maggie y Terri. Fue fantástico. Mucha comida y bebida. Jugamos a las cartas, tomamos dulces, vimos películas… Hablamos de los viejos tiempos.

—Conozco a Michelle y a Janette —dijo él.

—Korby, Maggie y Terri son mis amigas. Escritora, florista y profesora, respectivamente. Todas dejaron a sus familias para pasar aquel día con mi madre, porque era su última fiesta de Acción de Gracias. Y, en vez de ser un día sombrío o triste, fue increíble. Aquella noche no pude dormir, aunque tuviera el estómago lleno. Solo quería estar con ella hasta que saliera el sol. Ella estuvo muy bien, se lo pasó muy bien. Unos días después, empezó a hundirse. Sus últimas tres semanas fueron muy duras.

—Lo recuerdo.

Ella acarició a Tux.

—Mamá quería hablar de eso, pero yo no se lo permitía.

—¿A qué te refieres?

—Me decía cosas como: «Cuando no esté, tú deberías…». Pero yo la cortaba, le pedía que fuera positiva, que luchara. Pero ya había luchado y no tenía fuerzas. Ojalá la hubiera dejado hablar. Quién sabe lo que quería sacarse de dentro.

—No te preocupes por eso, Kaylee. Creo que estaba en paz. Me dijo que estaba orgullosa de su vida, que se arrepentía de muy pocas cosas. ¿Y de qué iba a arrepentirse? Era casi perfecta —le dijo él. Entonces, miró a Tux—. ¿Es un gato que te has encontrado?

—Se llama Tux —respondió ella—. Y no es el único que me he encontrado. Me encontré a una perra y sus cuatro cachorros atados en el bosque, abandonados, cerca de aquí. Mi vecino es adiestrador de perros y tiene una perrera y todo lo necesario para ocuparse de ellos. Así que los acogió y están a salvo. Yo voy a verla todos los días. Le

hemos puesto Lady de nombre. Es muy buena, y no hay ningún motivo para que una persona la haya tratado así.

—Estoy impresionado. Tú siempre habías huido de los animales.

—No de todos los animales. Me daban miedo los perros grandes, sobre todo, los que no conocía, hasta que le alquilé la casa a un adiestrador. Él me ayudó a superar la fobia. Cuando encontré a Lady, se me derritió el corazón. Creo que me la voy a quedar.

—Me preocupa que estés aquí sola.

—En realidad, uno de los motivos por los que vine a Virgin River para terminar el libro es que la gente no dejaba de aparecer por casa de mamá. Amigos, vecinos, incluso el chico de UPS vino a ver qué tal estaba yo. Si no venía alguien, sonaba el teléfono. Eso, sumado a que viviendo en casa de mamá no podía librarme de la tristeza, no me permitía concentrarme, ni descansar, ni dormir. Estoy deseando volver a casa, pero, aunque recogí las cosas de mamá y doné mucho, me temo que volverá a ser todo demasiado familiar. Son sentimientos contradictorios. No quiero que desaparezcan los recuerdos, quiero que sean una constante en mi vida, pero puede llegar a ser abrumador.

—¿Y por qué no haces algunos cambios?

—Lo he pensado. Pero me siento como si le estuviera siendo desleal. Ella adoraba esa casa, y la decoró de suelo a techo.

Él movió la cabeza.

—Esa casa debería reflejar tus gustos. A lo mejor puedes elegir algunas cosas que te recuerden a Meredith y mezclarlas con lo demás. Deberías contratar a una de sus amigas decoradoras para que te ayude. Yo puedo ayudarte con los gastos, si lo necesitas.

—No hace falta. Tengo todo lo necesario. Y, ahora, la casa es mía.

—Entonces, si al final ves que los recuerdos no te dejan superar la situación, siempre podrás venderla.

—Lo sé. A mí me gusta mucho la casa, pero me gustaba más cuando mamá estaba en ella.

—Yo siento lo mismo —dijo él—. Algunas veces, paso por allí en coche porque la echo de menos.

—Solo por curiosidad, ¿cuándo te diste cuenta de que la echabas tanto de menos?

Él se rio, pero sin ganas.

—No tardé mucho en darme cuenta de que había cometido un error al romper el matrimonio con tu madre. Ella tardó mucho tiempo en decidir que no me odiaba por ello. Mi segundo matrimonio fue difícil, y el tercero, un espectáculo de bichos raros. A pesar de todo, parece que los niños son equilibrados. Se suponía que esos matrimonios iban a ser felices, que iban a mejorarlo todo, pero solo sirvieron para que me diera cuenta de lo idiota que había sido. ¿Por qué los hombres que lo tienen todo lo echan a perder? Si alguien

puede responder a esa pregunta, debería escribir un artículo y cobrar un millón de dólares por él.

—¿Ego débil? —sugirió Kaylee.

—¿Medio cerebro? —dijo él.

Y los dos se echaron a reír.

Pasaron una hora más hablando de Meredith. Para los dos, ella había sido un apoyo. Howard le hablaba de sus problemas de empresa o de sus frustraciones en el trabajo, pero nunca de sus asuntos familiares.

—Se negaba a escuchar nada de eso. Decía que yo me había hecho la cama y tenía que dormir en ella. Y tu madre nunca mencionó ninguno de sus asuntos sentimentales, porque decía que no era de mi incumbencia. Pero, por lo menos, éramos amigos.

Kaylee le habló de lo alentadora que había sido siempre, de lo mucho que la había apoyado cuando había decidido dejar una profesión estable, la de profesora, para dedicarse a la escritura de ficción.

—Siempre me animó a correr el riesgo. Era lo mismo que había hecho con su empresa.

Se estaba haciendo tarde cuando él le preguntó:

—¿Hay algún modo de que podamos tener una relación más cercana?

—No lo sé, Howie. Como ya te he dicho, hace mucho tiempo que dejé de fantasear con la idea de tener un padre.

—¿Por dónde tendríamos que empezar? —le preguntó él—. Porque estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario.

—No creo que podamos construir una relación padre-hija en este momento. Tú no sabes cómo es.

—Pues dímelo tú, Kaylee.

—No estoy totalmente segura de que lo digas en serio.

—Lo digo completamente en serio. Dime en qué te fallé.

Ella movió la cabeza.

—No creo que lo entiendas. Intenta imaginarte a tu hija de seis años, cuyo padre va a ir a recogerla. Se ha puesto su vestido favorito e incluso lleva un bolsito y, por supuesto, el conejito de peluche que va a todas partes con ella. Me quedé sentada en la silla del vestíbulo durante horas. Tú no apareciste —dijo, con tristeza, y continuó—: Una vez, me llevaste a tu casa nueva, cuando yo tenía más o menos diez años. Había tanta gente que me quedé sentada en el sofá hasta que llegó el momento de marcharse. Tu mujer quería que la llamara «mamá». Tu suegra quería que la llamara «Mimi». No las conocía de nada, y se pelearon a lo grande en la cocina antes de que nos fuéramos. En otra ocasión, hubo un baile de padres e hijas en el instituto. Tú no estabas disponible. Me pasé la mayoría de la infancia

y la adolescencia esperándote o soportando que me dejaras plantada.

Él frunció el ceño.

—Recuerdo haber ido a tu casa a verte con frecuencia —dijo él—. Te llevé al altar el día de tu boda.

—La mayoría de las veces, si ibas a casa, yo me quedaba viendo una película en mi habitación y tú te ibas a hablar con mi madre a la cocina. Y, en cuanto a la boda, gracias. Y gracias por no llevar a tu tercera mujer.

—Debiste de sentirte siempre como si no tuvieras padre…

—No, me sentía como si tuviera un padre que nos había abandonado. Siento que fueras infeliz, pero aprendí pronto que yo no podía hacerte feliz. Y, Howie, en este momento, a mí me está costando mucho volver a ser feliz, así que, si cuentas conmigo para que te ayude… —dijo Kaylee, e hizo un gesto negativo con la cabeza—. Mi madre me pidió que fuera buena contigo porque, a pesar de lo que parezca, me quieres.

—Es cierto, te quiero. Y creo que hay esperanza para nosotros. A lo mejor, todavía nos queda camino por recorrer, pero voy a seguir intentándolo.

—Puede ser. Pero yo no puedo ayudarte con el dolor que sientes por haber perdido a mi madre porque mi dolor es demasiado grande.

—Si puedo ayudarte de algún modo, ¿me lo vas a decir?

—Claro. Gracias por preguntar. Pero, ahora, necesito estar sola para terminar mi libro.

El lunes anterior a Acción de Gracias, Mel llamó a Kaylee para recordarle que habían quedado en hacer juntas las cestas para la gente necesitada. En aquel momento, Kaylee sentía que debía quedarse en casa y seguir concentrada para terminar el libro. Estaba muy cerca de conseguirlo y, por fin, trabajaba a buen ritmo. Pero Mel le caía muy bien, y no quería decepcionarla.

Cuando llegó al bar, vio una reunión muy grande. Había mesas alineadas contra las paredes, formando un gran círculo. En el centro de la habitación había cajas y cajas de alimentos. Había muchísima gente, y algunos eran conocidos. Jilly y su hermana Kelly, Vanessa Haggerty, Paige Middleton. Vio a la mujer del sacerdote, Ellie Kincaid, y a Nora Cavanaugh, la mujer del dueño de un huerto de la zona.

También había gente del pueblo a quien conocía: Connie, de la tienda de comestibles, y un par de hermanos Riordan. Y Mel, que estaba en el centro de la habitación, dando órdenes.

—Tenemos listas de lo que va en cada caja. Algunas de las familias tienen seis hijos, otras son una madre viuda o un hombre solitario… y el contenido de las cestas está organizado con ese criterio. Hay

artículos perecederos y no perecederos. Tomad una lista, llenad una caja y, después, id a tachar el número de mi lista completa. Y Vanessa y Paige han hecho fuentes de galletas y dulces para nosotros. ¡Vamos, adelante!

Mel la vio y se acercó a darle un abrazo.

—Esperaba que me acompañaras a hacer repartos, algunos hoy, y otros mañana.

—¿Cuántas cajas vais a hacer?

—Unas cincuenta. Todas las que podamos.

—¿Hay tantas familias desfavorecidas por aquí?

—No, no es tan malo. Pero sí hay familias trabajadoras que están sufriendo la crisis y queremos ayudarlos a ellos también. Los que están en peor situación tienen ayuda del condado, pero nunca es suficiente.

Mel le entregó una lista, y Kaylee se puso a trabajar. Escribió el nombre del receptor en un lado de la caja y comenzó a meter la comida. Se enteró de que Jack y Colin Riordan habían ido a uno de los grandes almacenes de cajas de la costa y habían llenado las camionetas. Y las cajas de regalo no solo incluían comida, sino, también, jabón, pasta de dientes, pañales, lejía y champú.

Mientras llenaba cajas, Kaylee se dio cuenta de que durante toda su vida, incluso en los momentos más difíciles, había tenido todo lo que necesitaba. Su madre, una madre soltera, había conseguido alimentar y dar una buena educación a Kaylee, y le había dado muchas cosas especiales: un traje nuevo para una fiesta, un viaje a Disneylandia de vez en cuando, un vestido para el baile de graduación, una boda… Nunca habían recibido cajas de comida para ninguna fiesta porque tuvieran necesidad.

Y se dio cuenta, también, de que Howard había contribuido a su bienestar y su educación, que había sido cara. Aunque tuviera rencor por su abandono, él había estado ahí, con su chequera, cuando había hecho falta.

Por supuesto, la gente estaba hablando y riendo. Vanessa le dio la receta del fudge de limón y caramelo, y Ellie comenzó a cantar villancicos. Curiosamente, Kaylee pudo sobrevivir a aquella pequeña muestra de espíritu navideño. Los hombres bromeaban. Y Kaylee notó el afecto que había entre todas aquellas parejas. Todos se tomaban un momento para hacerse una caricia o decirse algo al oído, como si estuvieran locamente enamorados.

Kaylee se dio cuenta de que eso era lo que quería. No solo un novio, o un amante. Quería un futuro. Algo que permaneciera, que durara. Se preguntó si sería posible.

Preacher preparó un bufé de ensaladas y sándwiches, y todos se tomaron un descanso para comer y charlar. Kaylee se enteró de cómo les iba a los niños en el colegio, de lo que querían de regalo de

Navidad, de lo que habían hecho los equipos de fútbol locales aquel año.

Ya había un enorme montón de cajas alienadas en medio de la habitación, preparadas para salir. Después de comer, algunos de los hombres empezaron a sacarlas.

—Kaylee, ¿te gustaría venir conmigo? —le preguntó Mel.

—Sería genial, porque todavía no conozco bien los caminos de las montañas.

—Voy a llevar cinco, si me da tiempo a repartirlas antes de que oscurezca. Y mañana iré otra vez.

Se abrigaron y subieron a la camioneta. Kaylee le preguntó a Mel quién pagaba las cestas de comida.

—Recibimos donaciones. Llevamos desde primavera pasando el sombrero. Cada vez que hay una fiesta en el pueblo, Jack saca un frasco solo para las cestas de Acción de Gracias y Navidad. Es increíble lo mucho que conseguimos.

—¿Puedo hacer una donación? —preguntó Kaylee.

—¡Nunca decimos que no al dinero!

Llegaron a una casita pequeña que estaba aislada en la montaña. La carretera de entrada no estaba bien mantenida, y dentro de la casa encontraron a un anciano con unos calzoncillos largos por encima de los pantalones vaqueros.

—Vaya, qué buen aspecto tienes, Cyrus —le dijo Mel.

—Usted también está estupenda, señorita —dijo él.

—¿Y cómo te encuentras?

—Muy bien, señora, gracias.

—Voy a ponerte esto cerca de la mesa para que puedas ir viéndolo todo. ¿Necesitas algo? ¿Necesitas que venga el médico, o quieres que venga a visitarte el pastor?

—No, señora —dijo él, riéndose—. No quiero ver a ninguno de esos dos, eso es seguro. Normalmente, es porque hay malas noticias.

—¿Tienes suficiente leña?

—Sí, de sobra.

Aquellas mismas preguntas eran formuladas en todas las casas a las que iban. Había una mujer joven con tres niños pequeños que vivía en la cresta de la montaña, sin ningún hombre a la vista. Una pareja de ancianos en el valle, en una casa envejecida por la intemperie, y una familia con cuatro hijos cerca de la autopista. Y la última entrega fue a una madre de ochenta años y a su hija de sesenta, que vivían en una casa muy pequeña y muy vieja, pero limpia como una patena, a pesar de que el papel de las paredes tenía parches y el linóleo del suelo estaba agrietado.

Kaylee se sintió bien por estar ayudando a los demás, y se lo dijo a Mel cuando terminaron las entregas.

—Por lo general, esto anima a todo el mundo y prepara el espíritu para los días de fiesta. ¿Has decidido lo que vas a hacer en Acción de Gracias? —le preguntó Mel—. Tenemos sitio de sobra en la mesa del bar, si te interesa.

—Voy a cocinar y a comer con Landry —dijo ella—. Los dos estamos solos, y él va a ir a Eureka a buscar algo de marisco.

—Muy bien —dijo Mel—. ¿Y en Navidad? Todavía estarás aquí, ¿no?

—Sí, me marcho después de Navidad.

—¿Y tienes algún plan? ¿Sabes lo de nuestro árbol?

—No, creo que no.

—Ponemos un árbol gigante en el centro del pueblo y lo decoramos con insignias de unidades militares que hemos ido recopilando durante años. Algunos de los chicos lo cortan y lo colocan, generalmente se cae por lo menos una vez durante el proceso, pero, al final, lo hacen muy bien. Jack alquila una grúa de las que se usan para recoger cerezas para poder ponerle los adornos y las luces, y la mitad del pueblo viene a verlo, porque hay muchas palabrotas y muchas risas. Pero siempre es un árbol magnífico. Paul Haggerty presta uno de sus camiones para bajarlo del bosque —le contó Mel, con una sonrisa—. Deberías ponerles lazos en el cuello a los cachorritos y enseñarlos alrededor del árbol.

—¿Crees que estarán listos? —preguntó Kaylee—. Es necesario que tengan ocho semanas para poder ponerles las vacunas, ¿no?

—Algo así. Bueno, y ¿también vas a cenar en Navidad con Landry? Si no tenéis otros planes, nos encantaría que cenarais con nosotros.

Kaylee suspiró.

—No he hecho ningún plan para la Navidad y, para ser sincera, espero que pase pronto. Seguramente, no haré nada. A lo mejor, leer un buen libro. O dar un par de paseos largos. Lo único que sé con certeza es que no quiero estar en casa de mi madre ese día.

—¿Es por el fallecimiento?

—Sí, eso me temo. Aunque me estoy recuperando un poco, gracias a mis nuevas experiencias y mis nuevos amigos de Virgin River.

—No me gusta pensar que vas a estar sola el día de Navidad. ¿No te distraerías más estando con amigos?

—Es complicado —dijo Kaylee—. El año pasado, mi madre estaba muy enferma en esas fechas. Murió el día de Navidad, en el hospital de cuidados paliativos. No sé cómo voy a poder pasar esa fecha. No sé cómo voy a poder soportarlo.

—Oh, Kaylee, debe de ser muy difícil. Si se te ocurre alguna manera en que pueda ayudarte, dímelo. A lo mejor es una buena fecha para celebrar que tuvo una buena vida, y que no murió llena de tristeza.

—No, eso es cierto —dijo Kaylee—. Nunca tuvo miedo, ni se enfadó, y le pusieron suficiente morfina como para que no sufriera y su muerte fuera tranquila. Pero es el día en que perdí a mi mejor amiga, y nunca la voy a recuperar.

Mel se quedó callada un momento. Cuando paró el motor en el aparcamiento de Jack's, le preguntó:

—¿Has ido a terapia, Kaylee?

—Sí, después de que muriera, durante varios meses. No sé si me sirvió de algo.

—Pero esta vez sí te ayudaría. Está claro que llevará tiempo. Yo no soy una persona religiosa, pero tu madre está cerca. Estoy segura de que te está protegiendo. Seguro que está poniendo a la mejor gente a tu alrededor para que sientas su amor, aunque sea a distancia.

Kaylee sonrió.

—Claro —dijo.

Mel le dio una palmadita en el dorso de la mano.

—Nunca sé qué es lo mejor que se puede decir, pero, ahora que te conozco un poco mejor, creo que vas a superar este año tan difícil y vas a recuperar la alegría.

—No sé si hará falta un milagro —dijo Kaylee.

—Los milagros suceden todo el tiempo. Llegará, estoy segura. A medida que tu mundo se haga más grande que tu dolor. Y, repito, si puedo hacer algo para ayudarte, sea lo que sea, dímelo.

—Gracias, Mel.

—No me des las gracias todavía. ¿Vas a ayudarnos mañana otra vez?

—¡Por supuesto! Ha sido un día maravilloso.

Landry le preguntó a Jack si necesitaba ayuda para llevar las cestas de comida, pero Jack le dijo:

—Lo tenemos cubierto. Ven a comer galletas, pero el transporte está solucionado.

Así que, en vez de ir a Jack, Landry concertó una cita para ir a ver a Brie.

—He estado pensando. ¿Se te ocurre alguna idea de cómo puedo seguir adelante con este divorcio con las menores dificultades?

—¿Has hablado con Laura? ¿Sabes por qué ha podido contratar a una abogada para aumentar tanto sus exigencias para llegar a un acuerdo?

—Sí, hablé con ella. Me dijo que quería tener otra oportunidad para arreglar nuestro matrimonio, pero yo no quiero. Y menos ahora, que está intentando hacerme rehén.

—Bueno, lo más rápido y menos engorroso sería ofrecerle la mitad

del valor de tus propiedades. No creo que sea lo más inteligente, pero, seguramente, sí es lo más rápido.

—Eso me causaría inseguridad. Pedí una hipoteca sobre la casa y la finca para poder prestarle dinero a ella.

—¿Tienes algún registro de esas transacciones?

Él buscó los papeles en el bolsillo interior de su chaqueta y se los entregó a Brie.

—Esto es lo que tengo. Nunca le pedí que firmara ningún documento, pero hay copias de los cheques que le extendí, y escribí la palabra «Préstamo» en el concepto. Yo tengo lazos sentimentales con esa finca. Me crie allí. Es lo único que tenía mi padre cuando murió. Cobraba una pensión de la empresa de comunicaciones para la que trabajó toda la vida, que es un nombre muy pomposo para una compañía de teléfono y cable. Mi padre era un técnico muy trabajador. Puedo reunir algo de dinero, si sirve de algo. Puedo conseguir un préstamo dando el aval de mi propiedad.

—¿Servir para qué, Landry? ¿Para firmar el divorcio?

—Sí, antes de que llegue a odiar a Laura. Tenía que haberlo resuelto hace años, cuando me di cuenta de que ella había elegido otra cosa en vez de nuestro matrimonio. Cuando lo único que tenía era un montón de piezas de escultura y un horno. Antes de que mi padre muriera. Yo pensaba que ella estaba tan poco interesada como yo, pero ahora me doy cuenta de que fui un ingenuo. Meredith pedía dinero a menudo. Dijo que no pondría ningún impedimento para el divorcio, pero aquí está, pidiendo más y más.

—Yo podría averiguar, por medio de su abogada, lo que haría falta para que todo terminara en buenos términos. Si quieren llegar al final, podemos recurrir a una mediación. Ella te abandonó, y nunca volvió a vivir contigo. Puede que solo consiga quedarse con la mitad del valor del equipamiento de trabajo que tenías en el momento de la separación.

—No sería mucho —dijo él—. Tengo la costumbre de acumular cosas. Soy muy ordenado, pero acumulo. Así que tengo guardadas las declaraciones de la renta y los estadillos del banco de todos estos años. Como soy autónomo, lo llevo todo meticulosamente.

—Deja que lo intente.

—Creo que sería buena idea —le dijo él—. Gracias.

Capítulo 11

Kaylee ayudó con las cestas de Acción de Gracias el miércoles anterior a la fiesta y, de nuevo, sintió una gran alegría. Su madre le decía a menudo que, si se sentía mal, hiciera algo bueno por los demás, porque eso la animaría. No lo había hecho con esa intención, pero siempre era cierto. Y no se trataba de ver a gente que lo estaba pasando peor que ella para sentirse mejor. Se trataba de dar. Su madre tenía razón: dar era algo que alimentaba el alma.

Cuando llegó a casa, le dio de comer a Tux y fue directamente a casa de Landry. Lo encontró en el taller, trabajando en la escultura.

—¿Has ido a Eureka a buscar la comida?

Él sonrió.

—Vaya, ¿no deberías besarme antes de preguntarme si he cumplido con mis deberes?

Ella se echó a sus brazos y lo besó con suficiente amor como para convencerlo de su gratitud.

—¿Puedo verlo? —preguntó.

—Primero tenemos que hacer algo importante. Ve a ver a tu perra y, después, nos vamos a un sitio. Quiero enseñarte una cosa.

—¿Qué es?

—Una sorpresa que te va a gustar. Vamos, no perdamos el tiempo.

—No es que me encanten las sorpresas —dijo ella.

—¡Vamos, no protestes! Si no te gusta, te prometo que no volveré a hacerlo.

—Bueno, está bien —dijo ella, y salió a la perrera para ver a Lady.

La madre tenía muy buen aspecto. Había engordado y tenía el manto limpio, brillante y espeso. Sus cachorros habían crecido y estaban muy juguetones. Parecía que Lady era una perra de raza labrador con la cabeza hermosa, una nariz larga y elegante y los ojos, profundos, conmovedores. Kaylee había aprendido aquellas cosas leyendo muchos de los libros sobre canes que tenía Landry. Cuando Lady vio a Kaylee, movió la cola, se sacudió a los cuatro cachorros, fue directamente a su encuentro y puso su cara contra la de ella.

—Yo también me alegro de verte, pero tengo que irme porque hay alguna sorpresa preparada. Qué preciosa eres. Qué buena. Tienes que

quedarte aquí. Y vendré a verte después. Quédate tranquila.

Después, Kaylee volvió corriendo a buscar a Landry.

—Vamos ya. Tengo un hambre que me muero.

—A lo mejor esta sorpresa también tiene algo que ver con la comida.

—Eso espero.

Ella le contó cómo había sido su día repartiendo cestas de comida con Mel mientras atravesaban Virgin River en coche.

—¿No vamos a casa de Jack?

—Esta vez, no —dijo él—. ¿No has tenido suficiente Jack's después de los últimos dos días?

—Seguramente, pero ¿te he mencionado que estoy hambrienta?

—Una vez, o una docena de veces —dijo él, riéndose.

Un rato después, se detuvieron delante de casa de los Templeton.

—Pero… ¿los Templeton han vuelto al pueblo?

—¿Por qué no lo comprobamos? Esta es tu sorpresa. Ve a llamar al timbre. Yo voy justo detrás de ti.

—Eres encantador —dijo Kaylee—. Qué sorpresa tan buena. Deben de haber venido a celebrar Acción de Gracias y tú lo has organizado todo.

Kaylee subió por el camino de piedra hasta la puerta principal. Tocó el timbre, pero no fue ningún miembro de la familia Templeton quien abrió. Fue Janette.

—¡Vaya, hola, guapísima! —exclamó su amiga.

Justo detrás estaba Korby.

—¡Hola, cariño!

Y, detrás de ella, aparecieron Michelle, Terry y Maggie. Hubo un abrazo conjunto y, por supuesto, lágrimas.

—Oh, Dios mío, ¿qué estáis haciendo aquí? —preguntó Kaylee, muy emocionada. No podía dejar de llorar.

—¡Vamos a repetir el último día de Acción de Gracias, el mejor de la historia! —exclamó Janett.

—Pero… ¿cómo habéis conseguido esta casa? —les preguntó ella.

—Me llamó Bonnie Templeton y me dijo que estaba todo arreglado. En tu casa no hay espacio suficiente, así que necesitábamos algo más grande. ¡Esta casa es maravillosa! Puede que no me vaya nunca.

—Pero ¿y vuestras familias? —les preguntó Kaylee, mientras se enjugaba las lágrimas de las mejillas.

—Todo está bajo control —dijo Janette—. Fue una cosa de último minuto, pero, algunas veces, hay que ponerse en acción. Bueno, no te esperes una reunión como esta todos los años, pero ha sido una gran idea.

—Estoy impresionada —dijo Kaylee—. ¡Un momento! ¿Dónde está

Landry?

Se apartó de los brazos de su amiga y vio su espalda, porque él se estaba marchando.

—¡Eh, tú! —le gritó Janette—. ¿Dónde crees que vas?

Él se giró y se despidió moviendo la mano.

—Que tengáis una buena fiesta. Yo voy a traer la bolsa de Kaylee.

—¿Tengo hasta una bolsa? —le preguntó Kaylee a Janette.

—Le pedí que metiera tus cosas en una bolsa de viaje para que pasaras la noche cómodamente. Si falta algo, seguro que alguna lo tenemos. Pero no dejes que se marche. No tiene que quedarse a dormir, pero ha llenado toda la casa de comida para nosotras y es muy mono, así que tiene que quedarse a comer. No quiero oír ni una objeción.

—Por mi parte no hay ninguna —dijo Kaylee.

Cuando Landry volvió con una pequeña bolsa de viaje, ella dijo:

—Tienes que quedarte. Como mínimo, a cenar.

—Y volver para la fiesta de mañana —dijo Michelle—. Puedes ser nuestra mascota.

—Creo que debería ser vuestro cuidador —dijo él.

Desde la cocina se oyó el estallido de un tapón, porque habían abierto el champán. Seis mujeres gritaron:

—¡Vivaaaa!

Landry se dedicó a preparar la comida en la parrilla para la hermandad. Las mujeres prepararon el resto de los platos. Aquel día hacía frío y estaba muy oscuro, y él estaba allí fuera, solo, pero las mujeres no estaban lejos, y a él le encantó oír sus conversaciones y sus carcajadas. Encendieron la chimenea enseguida y pusieron velas por todo el salón.

—Tened cuidado —dijo Kaylee—. Esta casa ya se ha quemado una vez.

Él se echó a reír y cabeceó. Era muy mandona. Y a él le encantaba.

Janette se había puesto en contacto con él. A ella la había llamado Howard Sloan, el padre de Kaylee, para preguntarle qué haría falta para conseguir que las amigas de Meredith se reunieran para pasar Acción de Gracias con Kaylee. Entonces, Janette llamó a Landry y a los Templeton y, por supuesto, a todas las amigas de la tribu. La única que tenía a sus hijos en casa por Acción de Gracias era Korby, y su marido le dijo que estaba encantado de llevárselos a casa de sus padres a pasar la fiesta. Los hijos de Janette estaban casados y disfrutaban de Acción de Gracias con sus suegros, así que todo encajó. Ella había explicado los planes media docena de veces y él había tomado notas, porque no se veía capaz de recordarlo todo.

Entonces, Janette le envió un mensaje de texto con la lista de la compra. Lo único que le había pedido era que comprara el marisco en Eureka, pero él había comprado mucho más. Además, todas habían llevado comida de sobra en sus coches. Vivían en la Costa Oeste; se habían reunido en casa de Jack y habían ido hasta allí en tres coches llenos hasta la bandera de comida, bebida, mantas y sus maletas. También llevaban cartas para jugar al póquer, juegos de mesa y un rompecabezas gigante de cinco mil piezas.

—Puede que no juguemos a todo, pero hay una diversión para cada cual —anunció Janette, con una sonrisa.

Pusieron la mesa en el comedor y sirvieron huevos rellenos, una bandeja de salsas, patatas asadas y condimentos. Se sentaron a comer entre risas, bromas, pullas y alabanzas. Landry se sentó al lado de Kaylee. Como era un grupo de amigas de su madre y de ella, las edades oscilaban entre los treinta y cinco y los sesenta y cinco. Todas ellas estaban sanas y eran muy inteligentes, llenas de energía, graciosas. Y muy perspicaces. Él nunca había visto a Laura en un grupo como aquel. Cuando Laura estaba en un grupo, ella era el centro de atención. Se dejaba admirar por todo el mundo. Era muy difícil llegar a conocer a los demás, porque ella los dominaba.

Sin embargo, en aquel grupo de amigas que se había reunido para recordar a Meredith, había muchas diferencias, sí, pero una igualdad de estatus completa. Se relacionaban de un modo muy agradable. Korby era un poco ruidosa y la que más gracia tenía. Terri era maestra de secundaria, y la más mandona.

Janette era la mejor amiga de Meredith desde el instituto. Había sido profesora, pero se había reconvertido en terapeuta y tenía una pequeña consulta de psicología. Trabajaba con frecuencia para la escuela del distrito escolar en el que vivía. Estaba divorciada, sus hijos eran mayores y vivía sola. Tenía algo que la convertía en la líder. Las demás la trataban como si tuviera la mayor sabiduría. Y estaba bien claro que era muy independiente.

—¿Qué tal está John? —le preguntó alguien.

—Está bien. Está trabajando mucho, pero va a pasar Acción de Gracias con sus hijos y los nietos.

—¿Todavía no estáis viviendo juntos? —le preguntó Kaylee—. ¿No lleváis juntos un par de años ya?

—Seis años —dijo Janette—. Pero ya hemos estado casados y creo que los dos tenemos costumbres demasiado personales. Sinceramente, no quiero compartir mi casa con nadie. Solo quiero compartir mi vida con alguien. Nuestro arreglo es muy satisfactorio. Y es un gran compañero en los viajes.

—Yo quiero un hombre con un cinturón de herramientas que se venga a vivir conmigo lo antes posible —dijo Michelle, y los hizo reír

a todos.

—Eso suena muy bien, pero, cada vez que menciono el hecho de que estoy sola en mi casa, uno de mis hijos se viene conmigo, y suelen traer a sus hijos y a los perros —dijo Janette.

—¿Quieres decir que, cuando se van, no se van para siempre? —preguntó Terri.

—Incluso yo vivía con mi madre solo cuando me estaba mudando de un apartamento a otro, y cuando se puso enferma. A nosotras nos gustaba tener nuestro espacio, aunque estuviéramos tan unidas —dijo Kaylee.

La conversación continuó animadamente durante la cena, hasta que alguien preguntó, por fin:

—¿Y tú, Landry? ¿Tienes hijos? ¿Alguna exmujer? ¿Familia?

Él carraspeó.

—Yo fui hijo único, y me crio mi padre. Tanto mi madre como él murieron hace años. No tengo hijos, pero pronto voy a estar divorciado.

—¿De verdad? —preguntó Terri.

—¿Estás pasando por un divorcio? —preguntó Korby.

—Sí. Pero llevábamos años sin vivir juntos. Yo estaba demasiado ocupado como para emprender el proceso legal. Y supongo que ella, también.

Levantó su vaso y miró a Kaylee. Él no le había contado ninguno de aquellos planes.

—Ahora ya solo es una formalidad.

—Háblanos de tu exmujer —le pidió alguien.

—No tienes que hacerlo si no quieres —le dijo Kaylee.

—No me importa. Laura es una persona muy interesante. Es actriz y ha estado años intentando llegar al estrellato.

—Es la mujer más guapa que he conocido —dijo Kaylee.

—¿La has conocido? —le preguntó Janette.

—Fui a una de las ferias en las que estaba trabajando Landry y ella apareció de visita —dijo Kaylee.

—Tenía que hacer una audición para una obra de teatro en San Francisco —explicó él—. Vino porque le pillaba cerca. No la había visto desde hacía casi un año. Nos las hemos arreglado para mantener una relación cordial. Vamos a ver ahora, que estamos en pleno divorcio. Me han dicho que, a veces, incluso las parejas que mejor se llevan empiezan a pelearse en serio durante estas separaciones.

—Parece lógico —dijo Korby.

Aquello abrió la conversación al tema de los divorcios. Dos de las mujeres de la reunión seguían casadas, y otras dos no lo habían estado nunca. Landry estaba mucho más contento hablando del divorcio de otra persona. Aunque siguieron charlando, lo dejaron en paz, aparte

de algunas preguntas sobre su trabajo o el adiestramiento de perros.

Aquellas mujeres hicieron que se sintiera como si estuviera en familia. Le caían bien todas ellas, y le gustaban como grupo. Había sido una gran idea celebrar aquel día de Acción de Gracias para recordar a Meredith.

Cuando la gente empezó a ocupar sitios en el salón, después de una estupenda comida, él se llevó a Kaylee aparte.

—Ya es hora de que me vaya. ¿Me acompañas?

Ella tomó su abrigo y el de Landry, y él les dio las gracias y las buenas noches a todas. Después, salieron al porche y él la abrazó, envolviéndola en su chaqueta.

—Ha sido la mejor sorpresa que me han dado en la vida. ¿Lo has planeado tú?

Él hizo un gesto negativo.

—No. Pídele a Janette que te lo cuente. Ella fue quien me llamó, pero no quien tuvo la idea.

—¿De verdad? Qué interesante.

—Bésame como si fueras a echarme de menos esta noche —le pidió él.

—Ya casi nunca pasamos una noche separados.

Ella se puso de puntillas y le rodeó el cuello con los brazos. Landry estaba muy contento de verla tan feliz. Cuando terminaron de besarse, ella lo miró.

—No sabía lo del divorcio.

—No quería molestarte con eso —dijo él—. En realidad, no se debe a lo que siento por ti, que es bastante intenso, por cierto. Pero, al verme con una mujer como tú en mi casa y en mi cama, empecé a preguntarme por qué seguía casado legalmente. De todos modos, pase lo que pase con nosotros, quiero cortar mi vínculo con Laura.

—Ella todavía te quiere, Landry.

—No, no me quiere. Solo me quiere cuando le conviene. Y ese no es un buen motivo para seguir casados.

—Pero ¿tú la quieres?

—Sí. Por lo menos, tengo el recuerdo del amor que sentí por ella. Pero es muy diferente de lo que siento por ti —dijo él, y la besó con suavidad—. Diviértete esta noche. Mañana nos vemos.

Cuando Kaylee volvió a entrar, sus amigas ya se habían puesto el pijama y la bata. La chimenea estaba ardiendo y habían preparado copas o tazas de té. Estaban sentadas por el salón, en el sofá o en las butacas.

—Bueno —dijo ella—. ¿Os ha caído bien?

—Es encantador —respondió Janette.

—Me ha parecido muy dulce —dijo Maggie—. Si no te lo quedas tú, a mí no me importaría conocerlo mejor.

—Todavía no lo he decidido —respondió Kaylee, dejándose caer en el sofá—. Me dijo que esta reunión no ha sido idea suya.

—No, pero ha sido muy cooperativo —dijo Janette—. En realidad, lo ha preparado todo Howard. Me llamó y me preguntó si podía reunir a las chicas. Habló con los Templeton y les pidió que nos prestaran la casa. Se ofreció a pagar el transporte y la comida para todo el mundo. Al final, nadie necesitaba ni quería su oferta de dinero, pero creo que hay que reconocer que ha hecho todo esto por ti.

—Vino a verme hace dos semanas —dijo Kaylee—. Quiere que tengamos relación de padre e hija. Me está atosigando. No sé qué hacer con él.

—Lo está intentando, Kaylee —dijo Michelle—. ¿De verdad quieres seguir tan enfadada con él?

—No, en realidad, no —dijo ella—. Pero es que me ha decepcionado tantas veces que no quiero confiar en él para volver a llevarme otra desilusión.

—Este Howard es completamente nuevo —dijo Janette—. De hecho, hace mucho tiempo que se convirtió en un hombre nuevo. Acuérdate de que yo lo conozco desde que tu madre y él se comprometieron. Él solo pensaba en sí mismo y estaba obsesionado con ser feliz todo el tiempo. Se aburría fácilmente. Y, seamos sinceras, hacer cosas buenas para los demás nunca fue su fuerte. Pero ha cambiado. Creo que yo noté ese cambio cuando estaba divorciándome; por primera vez desde que lo conocía se volvió amable y cariñoso. Siempre fue encantador, por eso conseguía conquistar a tantas mujeres. Pero fue más allá de ese encanto y empezó a comportarse como si los demás le importaran de verdad. Me apoyó mucho cuando me dejó Carl. Creo que a tu padre le pasaron factura sus matrimonios fallidos y que empezó a comprender todo lo que había perdido.

—Empezó a actuar como si estuviera herido cuando mi madre se puso enferma —dijo Kaylee.

—Todas nos dimos cuenta —dijo Terri—. Pero había empezado a cambiar de verdad cuando tú te graduaste en la universidad. Su tercer matrimonio no iba bien, tú no estabas mucho por casa, tenías el trabajo, luego te casaste con Dixon, luego vino tu divorcio… Ya sabes, la vida. Y comenzó a visitar más a Meredith, a hablar más con ella. Salían a cenar de vez en cuando. Ella dijo que estaba un poco perdido. No me malinterpretéis, ella no sentía lástima por él, ni nada parecido. Pero sí decía que, a pesar de todo, era un buen hombre. También decía que nunca iban a ser nada más que amigos, y que eso también era un milagro.

—Y ella decía que a ti te quería de verdad —añadió Janette—. Pero tú eras muy terca, como tu madre. Decías que sí, que muy bien, que se preocupaba. Un poco tarde, pero bueno…

—Sí, no me quedé muy impresionada —dijo Kaylee—. Ella me pidió que fuera buena con él, porque era mi padre. Como si necesitara que me lo recordase.

—Mira, cariño, la gente siempre te va a hacer daño, te va a decepcionar, te va a fallar. Algunas veces es imposible perdonar. Yo nunca perdonaré a Carl, aunque esté mucho mejor desde que me dejó. Sin embargo, mi hijo me ha decepcionado varias veces, y a él sí estoy dispuesta a darle todas las oportunidades que sean necesarias. Cuando dicen que lo sienten y piden perdón, es un gran paso, y merece la pena aprovecharlo. Yo me protejo, me recuerdo cuál es su verdadero carácter, tengo cautela y les doy una oportunidad. El hecho de pedir perdón y hacer un esfuerzo es algo que tiene mucho valor.

—Ha hablado la reina —dijo Korby.

—Puedes reírte de mí si quieres, pero no me he caído de un guindo. Llevo mucho tiempo analizando esto. Veo a pacientes que se enfadan y no son capaces de perdonar. Veo a otros que se esfuerzan por evitar eso, cuando, en realidad, están en su derecho. Y, a veces, los veo cuando superan la situación y ya no están dominados por la ira. Siempre quiero tener la oportunidad de verlos en ese momento, para poder recordarles que se protejan a sí mismos manteniendo unos límites con los demás. Si Kaylee me pidiera consejo, le diría que se viera con Howard, según sus términos y sus propios límites. Y, si crees que hay algún motivo por el que te está ofreciendo apoyo, acéptalo.

—¿Cómo me va a apoyar Howard a mí? —preguntó Kaylee.

—Pues hay algunas formas. Se tomó muchas molestias para organizar esta fiesta, pensando que te haría feliz. Y, seguramente, puedas compartir recuerdos de tu madre con él. A lo mejor incluso te enteras de cosas de ella que no sabías. Yo no tengo ninguna duda de que Howard quería a tu madre. Le dijo que se arrepentía de haber roto su matrimonio, y yo entiendo el motivo. No creo que ella se lo dijera, pero estaba agradecida, porque quedó en un lugar mucho mejor que cuando estaba con él. A mí me pasó lo mismo. Me quedé hundida cuando me dejó Carl, pero, un año después, me di cuenta de que mi vida era mucho mejor sin un hombre que siempre se ponía a sí mismo por delante de todo y a quien no le importaba nada mi felicidad. Claro que ni tu madre ni yo íbamos a darles las gracias a esos idiotas por engañarnos y dejarnos.

—Supongo que muchas mujeres acuden a ti cuando las abandonan sus maridos —dijo Korby.

—Son la mayoría de mis pacientes. Algunas han quedado en muy mala situación, sin trabajo, sin dinero, con los niños a su cargo. Hay muchas cosas que superar. Yo las veo según van adquiriendo independencia y se van recuperando. A Meredith y a mí nos fue bien, porque nuestros exmaridos contribuyeron a mantener a los niños.

Uno de los regalos que Janette se hizo a sí misma después de divorciarse fue hacer un máster en Terapia Psicológica. Kaylee recordó cuánto había tenido que luchar. Tenía un par de niños en el instituto y estaba trabajando y estudiando a la vez. También recordaba que, cuando terminó el máster, consiguió un trabajo en una consulta de terapia que tenía contratos regulares con la administración del condado. Meredith acababa de fundar su propia empresa, lo cual también supuso una lucha para ella.

—Me acuerdo de que mi madre y tú hablabais por teléfono de noche.

—Para intentar calmarnos la una a la otra, sobre todo —dijo Janette, y se echó a reír.

Durante las siguientes dos horas, las mujeres siguieron hablando de sus relaciones, de Meredith, de sus familias, trabajos y otros amigos. Poco a poco, fueron acostándose. Cuando Kaylee cerró los ojos, estaba sonriendo. No solo porque estaba con su tribu, sino, también, porque estaba con la tribu de su madre. Era una reunión maravillosa.

El día de Acción de Gracias amaneció soleado, aunque por la noche había nevado un poco. Un par de las mujeres ya estaban ocupadas en la cocina, preparando el desayuno. Otras dos se habían abrigado y estaban en el porche, sentadas, admirando la vista de las montañas. Kaylee se fue a dar su paseo matutino.

Después, empezaron a preparar la comida. Patas de cangrejo real, mejillones y ostras. Algo de carne marinada, patatas asadas con queso y nata. Una cazuela de maíz, brécol con cebolla, pimientos y champiñones y una hogaza de buen pan. Prepararon platos de mantequilla para untar en las rebanadas. Había comida suficiente para un ejército, y la cita era a las cuatro.

Michelle puso un par de películas: *Tú y yo* y *Algo para recordar*. Dos clásicos que iban a darles una buena excusa para llorar.

—Como una purga —dijo Michelle—. Vamos a derramar unas cuantas lágrimas para limpiar las tuberías.

Cuando apareció Landry, a la hora de comer, todas estaban secándose los ojos y tenían mucha hambre. Kaylee tuvo que explicarle lo que habían hecho: cocinar durante todo el día, ver un par de dramones y poner la mesa.

Al terminar de dar los toques finales a toda la comida, se sentaron a comer a las cinco, y alzaron las copas para hacer un brindis.

—¡Por Meredith! —exclamó Michelle.

—Y por Kaylee —dijo Janette.

Entonces, salvo por los comentarios de rigor acerca de lo deliciosa que estaba la comida, no se habló demasiado. Landry, por su parte,

estaba demasiado ocupado masticando.

—Landry, no parece que te sientas muy incómodo de fiesta con un montón de mujeres —comentó Michelle.

—¿Me lo preguntas en serio? —dijo él—. Hace cien años que no comía así. Es todo increíble —añadió, y levantó su copa de nuevo—. Y nunca había tenido a unas compañeras tan guapas y brillantes para celebrar el día de Acción de Gracias.

—Bien jugado, Landry —dijo Terri—. Sabes muy bien a quién tienes que halagar. A nosotras también nos gusta que estés aquí.

—Estaría dispuesto a viajar hasta muy lejos con tal de tener otro día como este —dijo él.

—Por desgracia, nos vamos por la mañana —dijo Janette.

—Vaya, qué pena —dijo Landry—. El día siguiente a Acción de Gracias es una fecha importante en Virgin River.

—¿Qué sucede? —preguntó Kaylee—. Ya hemos entregado todas las cestas. Y en Jack's están celebrando una gran comida.

—¡El árbol, Kaylee! —exclamó Landry—. El árbol de Navidad que ponemos en el centro del pueblo, entre el bar y la iglesia. Qué apropiado, ¿eh? Y no solo se trata de que sea un árbol enorme, sino que los hombres del pueblo tienen que conseguir ponerlo en su sitio mientras las mujeres ordenan y mandan todo lo que quieren. Casi nadie se lo pierde. No tienes por qué estar todo el día, pero, si te quedas por la mañana, verás una parte del montaje. Y… bueno, si os interesa conocer a la perrita de Kaylee y a los cachorros, sería genial que vinierais todas a ver cómo es su casa, y dónde vive. Kaylee encontró a la perra abandonada en el bosque y le salvó la vida, y ahora, Lady vive con una sonrisa.

—A mí me encantaría ver dónde vives ahora —dijo Korby.

Al final, Michelle y Janette decidieron volver a su casa a primera hora de la mañana, mientras que Korby, Terri y Maggie se quedaron hasta por la tarde.

Se entusiasmaron con las obras de Landry y les encantó la casita que había alquilado Kaylee. Lady las dejó cautivadas y Landry casi tuvo que retorcerles un brazo para evitar que secuestraran a los cachorros. Otis y Tux también recibieron bastantes atenciones. Después, la excursión al pueblo mereció la pena. Llegaron a mediodía, al mismo tiempo que el tráiler que transportaba el gran árbol desde las montañas. Todas se quedaron atónitas al ver el tamaño. El proceso de elevar el árbol fue emocionante y muy divertido. La gente se arremolinó en la plaza del pueblo y, al verlo aparecer, prorrumpieron en vítores. Y siguieron llegando de todas partes mientras los encargados enderezaban el árbol con poleas.

Kaylee se alegró mucho de que sus amigas hubieran decidido quedarse más tiempo. Ella no se habría perdido aquello por nada del

mundo. Les presentó a Korby, a Merry y a Michelle a Mel y a otras mujeres a las que conocía, y todas admiraron la colección de adornos y luces que iban a lucir en el árbol de Navidad.

A mediodía, seguían llegando los coches y la gente se reunía alrededor del árbol para presenciar el complicado proceso de colocarlo en su sitio. Y, a media tarde, el árbol estaba en pie y Jack tomó posesión de la grúa de recoger cerezas.

—Tenemos que irnos —dijo Korby—. Va a ser un día muy largo conduciendo. Pero me siento muy bien al ver cómo estás aquí. Este sitio es un poco mágico.

—No es en absoluto lo que me esperaba —dijo Kaylee—. Esperaba estar aquí escondida, no experimentar uno de los mejores momentos de mi vida.

—Ni encontrar novio…

—Sí, eso era lo último que me esperaba.

—Bueno, me ha caído muy bien. Espero que funcione para vosotros dos.

—Gracias. Ya te contaré qué tal van las cosas.

—Kaylee, debes de estar loca por él. He visto cómo lo miras.

—Sí, creo que me he enamorado. Por lo menos, un poco. Por ahora, voy a terminar el libro y ver qué viene después. Por favor, envíame un mensaje cuando hayas llegado a casa sana y salva.

Las amigas se despidieron entre abrazos y agradecimientos, pero Kaylee y Landry se quedaron toda la tarde en el pueblo, observando la decoración del árbol. No tenían prisa por marcharse y no querían perdérselo. Después, cenaron algo ligero en Jack's. Cuando se dieron cuenta de que la decoración no iba a terminar en un día, se fueron a casa para atender a los perros, y pensaron en volver al día siguiente para ver cómo encendían las luces.

—Es como un circo —dijo Landry—. No soy muy sociable, pero siempre vengo a ver este espectáculo.

Después de atender a Lady y a Otis y darle de comer a Tux, se abrazaron el uno al otro como si fueran amantes que llevaran años separados. Se besaron y se acariciaron.

—Demonios, cuánto te he echado de menos —le dijo él—. Me alegré mucho de que vinieran tus amigas, pero no podía dormir sin ti.

—Verlas otra vez, sobre todo en esta fecha en particular, era lo que necesitaba. Pero yo también te he echado de menos.

—Son fantásticas —dijo él, mientras le besaba las mejillas, los labios y el cuello—. Pero ahora me alegro de que se hayan ido y poder tenerte para mí solo.

—Ah, eso es muy egoísta.

—Kaylee, he descubierto que, con respecto a ti, soy egoísta. Gracias por incluirme en la reunión. Ha sido como conocer a tu

familia.

—La única otra familia que tengo es mi tía Beth, la hermana de mi madre. Hablé ayer con ella. Vive en Seattle y estaba muy ocupada, porque tenía a mucha gente invitada por Acción de Gracias. Quiero mucho a Beth, pero estoy más unida a Janette y a las chicas.

—Esas cosas pasan a menudo —respondió Landry—. Nuestras relaciones más cercanas no son como pensamos; algunas veces, te sorprenden. Míranos a nosotros. Tú alquilaste mi casa y, ahora, yo me siento más cerca de ti que de nadie.

—¿Has hablado con Laura? —le preguntó ella—. Oh, lo siento. No es asunto mío. No quería inmiscuirme.

—Claro que es asunto tuyo, y no tienes por qué pedir disculpas. Me llamó ayer y me preguntó qué iba a hacer en Acción de Gracias, y le dije que iba a pasar el día contigo y con tus amigas.

—¿Y cómo se lo tomó?

—Me preguntó si te quería.

—Vaya, qué directa. No tienes por qué contármelo. Bueno, sí. ¿Qué le dijiste tú?

Él se echó a reír.

—Le dije la verdad, Kaylee. Tal vez, no toda la verdad, pero sí lo que ella merece. Le dije que éramos muy amigos y que esperaba que las cosas fueran más allá. También le dije que no tengo planes para el futuro y que, lleguen hasta donde lleguen las cosas, quiero divorciarme. Creo que con una década de prueba es más que suficiente. Le dije que no había cambiado de opinión, y ella se echó a llorar y me preguntó si era demasiado tarde.

—Oh, Landry…

—Laura está acostumbrada a salirse con la suya. Le está costando aceptar que fue demasiado tarde hace mucho tiempo. Yo no quiero volver.

—Espero que no te arrepientas —dijo Kaylee.

Aquella noche, mientras Landry se estaba dando una ducha antes de acostarse, Kaylee llamó a Howard.

—¿Te he despertado? —le preguntó.

—No —dijo él, en tono somnoliento—. No, en absoluto. Es decir, despiértame cuando quieras. Me alegro de oírte.

—Quería darte las gracias. He pasado un día maravilloso con las chicas. Ha sido todo un detalle por tu parte organizar esto.

—Al final, no hice mucho, solo unas llamadas de teléfono. No había billetes de avión para el miércoles anterior a Acción de Gracias. ¿Sabías que es el día del año en que se producen más desplazamientos? Así que un par de ellas tuvieron que ir en coche a pesar de la enorme distancia, pero se lo tomaron muy bien. Voy a enviarles cestas de frutas o dulces para darles las gracias.

Hizo una pausa y empezó a toser. Kaylee tuvo un escalofrío. ¿Qué pasaría si Howard también se pusiera enfermo justo en aquel momento, cuando estaba empezando a dejar de odiarlo?

—Es obvio que te quieren mucho —dijo él—. Me dio la impresión de que les gustaba la idea que les sugerí, aunque fuera en el último minuto y un poco difícil. ¿Os habéis divertido?

—Muchísimo. Hemos comido como locas, hemos bebido un poco de más, hemos visto películas y hablado un montón. Ha sido maravilloso, Howard. ¿Y sabes lo que me ha parecido la mejor parte? Que tú hayas entendido mi relación con esas mujeres. La relación que tenía con mamá y esas mujeres. Que lo hayas respetado y no hayas intentado incluirte.

—No, cariño. Ya sé que eso era tuyo. Me alegro mucho de que hayáis podido estar juntas.

—Bueno, a lo mejor, si te apetece volver a hacer un viajecito, podamos vernos. En Navidad, no, porque no sé cómo voy a estar; seguramente, hecha un guiñapo. Pero tal vez podamos cenar juntos antes de las fiestas. Una semana o diez días antes. ¿Te parece bien?

—Me encantaría.

—Landry tiene una habitación de invitados. Puedes quedarte en su casa, que está justo al lado de la mía. ¿Te parecería bien?

—Sería maravilloso. Solo dime cuándo.

—Te llamaré. Y gracias otra vez, papá.

—De nada, cariño —dijo él, con la voz un poco entrecortada.

Capítulo 12

Cuando Landry y Kaylee volvieron al pueblo, al día siguiente, el árbol estaba casi decorado por completo. No había tanta gente como Kaylee esperaba. Vio a Mel, que estaba sentada en un rincón del bar, con el ordenador abierto.

—Normalmente, este es mi sitio —dijo Kaylee.

—Ah, hola. Estoy trabajando en un proyecto especial —le dijo Mel, y cerró el ordenador portátil—. Ayer casi no pude hablar contigo. Estaba ocupada dándole órdenes a Jack. Algunas veces, no sé cómo lo aguanta.

—He oído decir que a algunos hombres les gusta —dijo Kaylee, riéndose—. Yo no conozco a ninguno, pero es lo que dicen.

—Bueno, ayer conocí a un par de amigas tuyas y Landry dijo que habíais tenido una comida de Acción de Gracias estupenda…

—¿Solo te dijo eso? Porque fue mi padre quien lo organizó todo para que mis mejores amigas vinieran a estar conmigo en Acción de Gracias. Éramos seis, más Landry, y fue increíble. Los Templeton nos prestaron la casa. Ha sido un día muy especial. Lo que ocurre es que el año pasado estábamos todas con mi madre. Había decidido abandonar la quimioterapia porque no sabía qué era peor, si la quimio o la muerte, y ya se le había terminado el tiempo. El día de Acción de Gracias se sintió un poco mejor, así que su mejor amiga y yo organizamos una comida solo para mujeres. Sabíamos que podía ser la última celebración para mi madre, y fue una ocasión maravillosa. Esto ha sido una rememoración.

—¿Y lo organizó tu padre? —preguntó Mel—. Creía que no te llevabas bien con él.

—Lo organizó con Janette, y contó con la generosidad de los Templeton. Y de Landry. Él fue a buscar el marisco de la comida y llenó toda la casa de vino. No se esperaba que fuese a comer con nosotras, pero las chicas no le permitieron marcharse. Se lo pasó muy bien. Fue perfecto, y justo lo que yo necesitaba. El año pasado, ese día fue la última vez que vi a mi madre sintiéndose bien y divirtiéndose. Este grupo de mujeres… Encajamos a la perfección. De hecho, creo que a mis amigas les gusta estar conmigo porque adoraban a mi madre

y adoran a sus amigas.

—Parece fantástico. ¿Y cómo va tu libro?

—Pues me está gustando. Estoy trabajando en el final, y creo que podré terminar la semana que viene.

—Debe de ser todo un alivio, ¿no?

—¡No sabes hasta qué punto! Creo que venir aquí ha sido mi salvación de mil maneras distintas, y acabar ese libro está en primer lugar.

—¿Ah, sí? Pues yo habría dicho que lo de Landry ocupaba ese puesto.

—Está en los primeros puestos, eso, por descontado. Qué hombre.

—Bueno, y ¿vais a manteneros en contacto cuando pasen las vacaciones?

—Eso espero —dijo Kaylee—. No sé cuándo ni cómo, pero eso espero. Ya no me imagino la vida sin él.

—¿Y tienes algún plan especial para Navidad? —preguntó Mel.

—No —dijo Kaylee—. Voy a dejar que pase como sea. A lo mejor, después de este año, podré pensar en divertirme otra vez en esas fechas, pero…

—¿Tu madre?

—Ella murió la mañana de Navidad. No creo que estuviera sufriendo mucho en ese momento, gracias a los cuidados paliativos del hospital y a los medicamentos. No sé si me sentí aliviada o destrozada, pero me dejó mientras yo le sujetaba la mano —explicó Kaylee, y apartó la mirada—. Trato de aferrarme a los recuerdos más dulces, pero luego empiezo a sentir pena por mí misma…

—Seguro que tienes muchos recuerdos dulces…

—Por lo general, estábamos solo nosotras dos en Navidad. A veces nos reuníamos con amigos, teníamos muchos amigos entre las dos. Pero la mañana de Navidad estábamos solo nosotras dos. Llevo escribiendo una docena de años más o menos, y nuestra broma particular era que siempre trabajaba en pijama, así que todas las Navidades me tocaba de regalo un pijama nuevo. Mi madre me regalaba pijamas elegantes, suaves, preciosos. También me regalaba otras cosas, pero los pijamas… Siempre fueron una delicia. Y aquel último año, después de su muerte, encontré una caja debajo del árbol y allí estaba mi pijama. Rojo, sedoso y perfecto. Yo había estado tan preocupada y distraída que ni siquiera vi el paquete, y no tengo ni idea de cómo o cuándo lo consiguió. Debió de comprarlo por Internet y pedirle a la enfermera que envolviese el regalo.

—Ay, eso es tan conmovedor… Entiendo perfectamente tus sentimientos, pero, si decides hacer planes o reunirte con nosotros, estoy segura de que eso haría feliz a tu madre.

—Sí, sé que ella no querría que estuviera triste y deprimida, pero

va a ser muy difícil evitarlo. Ese es el día que ella murió. ¿Sabes? Le encantaba arreglarse las uñas y, mientras estuvo tan enferma durante el último mes, la enfermera del hospital le hacía la manicura. Cuando murió, salí un momento para hacer las llamadas y, cuando volví a la habitación, la enfermera estaba haciéndole las uñas. Fue la cosa más tierna que he visto en mi vida —le contó a Mel, y le sonrió—. Ojalá hubieras conocido a mi madre. Era tan divertida e inteligente… La habrías adorado.

—No tengo ni la más mínima duda —respondió Mel. Entonces, sonó su teléfono móvil—. Discúlpame un segundo, Kaylee —dijo, y contestó la llamada—. Hola, Marjorie, ¿cómo estás? No, me temo que no he hecho ningún progreso, y ya he hablado con toda la gente que conozco. Pero no voy a permitir que la niña vaya a un hogar de acogida antes de Navidad. Le haremos sitio si es necesario, pero no va a estar sola en Navidad. Te avisaré si consigo algo.

Mel colgó el teléfono y apoyó la cabeza en la mano un momento, frotándose el puente de la nariz con el pulgar y dedo índice. Luego miró a Kaylee.

—Lo siento —dijo.

—Me parece que tienes una carga muy pesada en este momento —dijo Kaylee.

—Es muy triste. Mi paciente terminal tiene una niña. La situación no es muy diferente a lo que pasó con tu madre. Le diagnosticaron el cáncer hace menos de un año, y va a dejar una hija. Ah, bueno, tú conociste a Mallory. Solo tiene diez años y no tiene padre. Es la niña más dulce que he conocido.

—¡Adoro a Mallory! ¿Te acuerdas de que comimos las tres juntas? Fue como una reunión de un club de lectura. ¿Dónde irá si se queda sin su madre?

—Creo que con unos vecinos. Tienen una hija de diez años y son buenos amigos. El problema es que los vecinos son una familia de ocho personas apretujadas en una casa pequeña, pero son gente buena y generosa. Estamos trabajando en los detalles. La madre de Mallory es soltera y no tiene otra familia, que yo sepa.

Kaylee movió la cabeza.

—Si tienen que hacerse cargo los Servicios Sociales, le asignarán una familia de acogida.

—Seguramente encontrarán una buena familia —dijo Kaylee.

—Supongo. Por aquí no hay muchas familias de acogida, así que suelen empezar con la acogida de emergencia temporal y, a menudo, hay que trasladar mucho a los niños. Unas semanas aquí, unas semanas allá, hasta que se pueda encontrar un hogar definitivo que sea adecuado para todos los interesados —le explicó Mel. Después, sonrió y le dio una palmadita en la mano a Kaylee—. Tal vez su madre

sobreviva hasta la Navidad, pero no lo creo. Yo le daría una semana más, como máximo.

—Vaya, y yo que me creía la más desgraciada del mundo. Por lo menos, yo tuve a mi madre treinta y cinco años y, cuando murió, era capaz de cuidarme.

—Sí, la vida da muchas vueltas —dijo Mel—. Yo voy a hacer todo lo que pueda. Bueno, ¿te quedas un rato? Porque Jack va para encender el árbol a eso de las seis. Deberías verlo, de verdad, incluso aunque creas que no estás de humor.

—No me lo perdería por nada del mundo.

Landry estaba hablando con Colin Riordan enfrente de Jack's, viendo cómo se encendían las últimas luces el árbol. Brie lo saludó con la mano desde el porche del bar, y él le devolvió el saludo. Después, ella cruzó la calle para hablar con él.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Muy bien, ¿y tú?

—Muy bien. Preparándonos para la Navidad y todo el alboroto. Hay un desfile de Navidad en el que participan todos los niños y un par de fiestas, y Mike me ha dicho que va a nevar de verdad esta noche. Espero que tengas preparados los neumáticos de nieve. ¿Qué planes tienes para las fiestas?

—Serán unas fiestas muy tranquilas. Voy a preguntarle a Kaylee si quiere que yo prepare la comida.

Colin se excusó y se alejó un poco para hablar con uno de los chicos encargados del árbol.

Entonces, Brie le dijo a Landry:

—Tengo noticias. ¿Te gustaría que nos reuniéramos en mi despacho, o prefieres que te lo cuente ahora?

—Ahora está bien, si no es demasiado complicado —dijo él, mientras se preparaba mentalmente.

—Han aceptado tu oferta de cien mil dólares sin pago de manutención. Si no surge nada más, puedo redactar el acuerdo y presentarlo ante un juez antes de Navidad, aunque las cosas no se resolverán hasta dentro de unas semanas. Y debemos estar preparados por si tu esposa cambia de opinión y pide más, o… —Brie se encogió de hombros—. Estas cosas no suelen ser tan sencillas, pero, en realidad, es la primera vez que gestiono un divorcio con una separación previa de diez años.

—Sería maravilloso que se resolviera con tanta calma —dijo él—. Hablé con Laura en Acción de Gracias. Estaba muy emocionada, pero no se puso a discutir. Y no mencionó que hubiera recibido mi oferta.

—Entonces, ¿estás seguro?

—Completamente seguro. Incluso fui al banco para solicitar una hipoteca avalándola con una parte de la finca.

—Te mantendré informado —dijo ella.

La iluminación del árbol fue increíble. El bar estaba repleto de gente que se había reunido para ver el espectáculo. Era tan brillante que Kaylee se preguntó si se vería en el siguiente condado. Cantaron algunos villancicos, los niños corrieron como locos por todas partes, hubo muchas risas y, después, comenzó a nevar. Eso gustó mucho más a los niños que a los adultos, ya que ellos no tenían que conducir.

Kaylee vio a la familia de Jack reunida alrededor del árbol y se fijó en que David y Emma estaban con una amiguita. Mallory. Era una niña muy guapa, rubia, con unas coletas que salían por debajo de su gorro de lana. Kaylee se sintió aliviada al verla reír, pero sabía lo difícil que iban a ser las cosas para ella cuando su madre muriera. La soledad podría ser terrible.

A medida que pasaban los días, sin poder evitarlo, Kaylee pensó más y más en la situación de la pequeña Mallory, aunque trató de quitárselo de la cabeza. Tuvo que reunir toda su fuerza de voluntad para concentrarse en el libro. Y por las noches, cuando estaba entre los brazos de Landry, al menos encontraba la tranquilidad, aunque fuese pasajera. Pocos días más tarde, llamó a su editora.

—Por fin tengo algunas noticias —dijo—. Te voy a enviar el manuscrito completo.

—Es una noticia maravillosa —dijo Simone—. Lo leeré en cuanto sea posible. Creo que puedo hacerlo de inmediato. Enhorabuena.

—Estoy segura de que necesita una revisión —dijo Kaylee—. Ha habido momentos en los que he estado muy distraída, pero voy mejorando poco a poco a medida que pasa el tiempo.

—Probablemente sea mejor de lo que piensas —dijo la editora—. Solo necesitas tomar un poco de distancia del manuscrito.

—Sí, yo creo lo mismo. Y te voy a enviar también el otro manuscrito del que hablamos. Creo que es una novela romántica o, tal vez, ficción para mujeres.

—¿De dónde salió esa idea? —le preguntó Simone.

—Todo empezó como una especie de terapia para mí. Me puse a escribir sobre un nuevo comienzo en un pueblo pequeño. Sé que no es una idea nueva ni original. Creo que uno de cada tres libros comienza así. Pero, luego, en vez de escribir sobre lo que me ha estado sucediendo, empecé a escribir sobre cómo me gustaría que fuera mi vida, y terminé en medio de una historia de amor. A mí me gusta leer

historias románticas, pero no estoy segura de saber cómo se escriben. Lo único que puedo decir es que hacía mucho tiempo que no me divertía tanto escribiendo.

—Estoy deseando leerlo —dijo Simone—. ¿Me envías las dos cosas hoy?

—Sí, te los enviaré por correo electrónico en cuanto colguemos.

Su editora se echó a reír, y dijo:

—Has conseguido mucho más de lo esperado. Eres mi trabajadora favorita. Después de que haya leído los dos manuscritos y las dos hayamos tenido tiempo para relajarnos, deberíamos hablar de un nuevo contrato.

—No tengo mucha prisa —dijo Kaylee—. Quiero superar estas fiestas y ver si puedo recuperar la normalidad.

—Yo también —dijo Simone—. He llegado a la conclusión de que uno nunca debe tomar una decisión profesional tan importante mientras trata de sobrevivir a la Navidad. En tu caso, eso tiene aún más relevancia. ¿Cómo te sientes estos días? ¿Cómo estás afrontando la pérdida de tu madre?

—A veces tengo la sensación de que he avanzado a la velocidad de la luz y otras veces me siento como si tuviera la herida en carne viva, aunque esto último me sucede cada vez menos. Deja que te cuente cómo fue mi día de Acción de Gracias, que fue un sueño.

Kaylee le contó toda la historia, empezando por el año anterior, cuando su madre estaba pasando por algunos de sus últimos días buenos. Cuando le explicó la celebración de hacía unos días, con el mismo grupo de amigas, notó que a su editora se le quebraba un poco la voz debido a la emoción.

—Oh, Dios santo —dijo Simone—. Qué hermosa historia.

—Es más fácil cuando no tengo que echar de menos yo sola a mi madre —dijo Kaylee.

Después de presionar la tecla para enviar los dos manuscritos, Kaylee hizo lo que solía hacer cuando había terminado un trabajo. Limpió a fondo la casita y respondió los correos electrónicos que tenía pendientes. Llamó a Korby y Janette para hablar con ellas un buen rato y fue a la tienda de comestibles de Clear View. Desde hacía un par de meses no había disponibles verduras y frutas de la zona, pero sí tenían muchos productos orgánicos, probablemente de otras partes del país. Quería preparar una cena de celebración. Compró algo de carne, patatas, brócoli, champiñones, cebollas y pimientos.

Luego se duchó, se arregló y fue a la puerta de al lado. Entró en el taller.

—Vaya, vaya, qué guapa. ¿Tiene una cita esta noche, señorita? —preguntó Landry, con una sonrisa de picardía.

—Eso espero. Si tú te ocupas de la parrilla, yo haré el resto de

nuestra cena. Y tengo una botella de champán.

Él hizo una mueca.

—Por supuesto, brindaré por ese libro ya terminado, pero, después, puedes tomarte el resto de la botella.

Ella se echó a reír.

—Exactamente por eso he comprado una botella pequeña. Voy a ver a los cachorros mientras tú terminas.

—Esos cachorros ya son lo suficientemente grandes como para salir un rato con Lady, si puedas vigilarlos.

—Otis, ¿quieres ayudarme a cuidar a los niños? —preguntó Kaylee, y Otis se fue hacia ella inmediatamente.

Los cachorros tendrían unas seis semanas, y habían llegado a esa etapa en la que estaban gorditos y adorables y se golpeaban entre ellos al intentar correr y ladrar. Los vio luchar, morderse y rodar, mientras Lady vagaba por el patio con felicidad, libre al fin, ignorándolos por completo. A Kaylee se le estaba ocurriendo una idea, pero estaba demasiado ocupada persiguiendo a los cachorros como para concentrarse.

Cuando Landry se reunió con ella en el patio, comenzó a recogerlos uno a uno, soplándoles en la cara, achuchándolos y riéndose al ver lo graciosos y monos que eran.

—¿Estarán listos para dejar a Lady en Navidad? —preguntó ella.

—Creo que sí, pero los responsables del refugio y yo hemos decidido que no vamos a darlos en adopción en esas fechas. Ellos publicarán las fotos y tomarán nota de las solicitudes, pero lo gestionarán todo después de Año Nuevo. Mucha gente regala cachorros a sus hijos por Navidad y, cuando ven que el asunto no funciona, los abandonan. Los cachorros podrán ir a sus nuevos hogares después de las fiestas, si las solicitudes siguen en pie. Y hablando de volver a casa…, hemos estado evitando ese tema.

—No a propósito —dijo ella—. Vamos a hablar de eso durante la cena.

Dejaron a los cachorros en la perrera, con Lady, y optaron por cenar en casa de Landry, ya que él tenía la parrilla. Kaylee terminó de preparar la cena en su cocina mientras él asaba los filetes. Cuando se sentaron a cenar, él alzó su copa y dijo:

—Por tu libro terminado.

—Por fin —dijo ella.

—Y por el divorcio —continuó él.

Kaylee se quedó tan asombrada que ni siquiera pudo levantar la copa.

—¿Qué? ¡No puede ser que ya esté todo resuelto!

—No, todavía faltan unas semanas. Pero Laura y yo hemos aceptado los términos. Ella firmó y registró el acuerdo de conciliación,

y la documentación ya está sobre una gran pila de casos, esperando a que un juez la revise. Podría ser que tardaran tres meses, pero, con suerte, ni siquiera tres semanas, si no hay contraoferta o contestación. Lo importante es que ya se ha negociado y está en manos del juez.

—¿Y cómo te sientes?

—Me siento muy bien. Hace años que acepté que ella no me iba a echar de menos. No me arrepiento en absoluto. Ya era hora.

—Ella me culpará, por supuesto —dijo Kaylee.

—No puede culpar a nadie más que a sí misma —respondió él—. Pero yo asumo la misma responsabilidad. No me esforcé tanto como pensaba. La dejé escapar, y ahora me doy cuenta de que yo también me escapé.

—Aunque no parece que estés disgustado, siento que te haya pasado esto. Recuerdo estar muy enfadada y hundida por mi divorcio. Las circunstancias eran ligeramente distintas, pero no fue precisamente como un día en la playa.

—La pregunta ahora es… ¿Qué hacemos tú y yo? —dijo él—. ¿Qué quieres que pase con nosotros?

—Quiero que sigamos enamorados para siempre —respondió ella —. Es solo que no sé qué hacer con nuestra realidad. Mi casa está en Newport, y a mí me encanta vivir allí. Además, es la casa de mi madre y ni siquiera me plantearía dejarla. Y, aunque yo podría trabajar casi en cualquier sitio, tu trabajo no es tan fácil de trasladar.

—Entonces, la pregunta es: ¿pueden dos personas que se quieren mantener una relación cercana cuando tienen vidas separadas? ¿Casas separadas?

—Ya lo intentaste una vez, Landry.

—No, no creo que lo hiciera. Intentarlo hubiera sido algo mucho más equilibrado: ¿inviernos en el sur, veranos en el norte? ¿Tres o cuatro días aquí, tres o cuatro días allí? Creo que hay muchas opciones, siempre y cuando los dos tengamos el mismo objetivo. Pero, primero, la prioridad es pasar Navidad.

—Lo siento, pero solo quiero que la Navidad quede atrás.

—No te disculpes, Kaylee. Lo entiendo. Tengo una sugerencia. ¿Por qué no pruebas a escribir sobre ello? Escribe sobre la Navidad que te haría sentir mejor.

—Para esa Navidad harían falta cosas imposibles y mágicas —dijo ella.

—No lo descartes —sugirió—. Escríbelo.

Kaylee no se sorprendió en absoluto de que su pensamiento estuviera concentrado en la pérdida de su madre y, a menudo, también en Mallory. Seguía preguntándose cómo estaría la niña. Se

había enterado, por Mel, de que su madre había fallecido y de que, por el momento, Mallory estaba con los vecinos de al lado, la familia de su amiga, que la había acogido. Mel esperaba que esa acogida continuara al menos un par de semanas más, hasta Navidad. Pero si hubiera algún problema al respecto, Mel la acogería en su familia.

En medio de la noche, cuando no podía dormir, acurrucada entre los brazos fuertes y reconfortantes de Landry, había momentos en que no podía contener las lágrimas. Trataba de ser silenciosa, pero él siempre se daba cuenta y la estrechaba contra sí, y le susurraba palabras relajantes.

—Todo va a salir bien.

Kaylee pensaba a menudo que, si pudiera tener solo cinco minutos más con su madre, podría vivir felizmente. Le causaba asombro que todavía la echara de menos tan desesperadamente.

Entonces, una noche, se despertó sobresaltada en el porche delantero. Estaba sentada en el columpio y vio que alguien había puesto un pequeño árbol de Navidad en la esquina, con luces parpadeantes y adornos plateados. Y allí, con una cadera apoyada en la barandilla del porche, estaba Meredith. Vestía su túnica azul, la del cuello rígido y arqueado. Era tan bonita que Kaylee se la había quedado.

—Mamá —dijo en un suspiro—. ¡Ay, mamá!

Aunque quería correr hacia ella y abrazarla, parecía que no se podía mover.

—Mi querida niña —dijo Meredith.

—¡Estás aquí!

—No del todo, pero te dije que nunca estaría lejos. Creo que deberíamos hablar.

—¡Sí! —dijo Kaylee—. ¡Tenemos que hablar! ¿Has traído tú el árbol?

—Es Navidad —dijo—. No es necesario que hagas un gran asado ni un pudin de ciruelas, pero el mundo entero está honrando la Navidad. Recuerdas cuál es el espíritu de la Navidad, ¿verdad, Kaylee? Lo menos que puedes hacer es sacar un adorno o dos. Servirán si le dan un poco de emoción a tu día, pero acuérdate de que no se trata solo de ti. Y si no consigues animarte lo suficiente como para celebrar la Navidad, deja que la Navidad te celebre a ti. Piensa en las personas para saber quién se merece un poco de felicidad. ¿Has hecho algo especial por tu novio? Parece un hombre cariñoso y bueno.

—Sí, lo es —dijo ella—. ¿Estoy soñando contigo?

Meredith se encogió de hombros.

—¿Tienes frío?

Kaylee miró a su alrededor. Había nieve en el porche y ella estaba descalza, pero no tenía frío.

—Aunque solo seas un sueño, lo quiero…

—Has soñado conmigo muchas veces y, normalmente, eso te hace feliz. Sé que te sientes engañada, Kaylee. Sé que te sientes como si fueras la única que vive la pérdida y la tristeza. Pero también sé que tú sabes que no es cierto. No te digo que ignores el dolor que sientes. El dolor es algo personal, y tiene sus propios tiempos. Pero acuérdate de que hay mucha gente que se siente perdida y sola. Es hora de que hagas recuento de lo que tienes, no de lo que has perdido.

—No puedo evitarlo. Te echo demasiado de menos.

—Estoy aquí. Puede que no hablemos demasiadas veces, pero sabes dónde encontrarme. Sabes dónde voy a vivir hasta que estemos juntas otra vez. Recuerda que el espíritu se cura. Recuerda que el hecho de dar a los demás es el espíritu de la Navidad. Abre tu corazón a las necesidades de los demás, eso te ayudará a superar los días que se te hagan demasiado largos y las noches en que te sientas sola. Sabes lo que tienes que hacer porque ya lo has hecho antes. Y acuérdate de que estoy muy orgullosa de ti. De tu fuerza, de tu capacidad de resistencia y de tu alegría. Si me necesitas, solo tienes que susurrar. Te voy a oír.

—Por favor, no te vayas —dijo ella, con los ojos llenos de lágrimas.

—Hay cosas que puedes hacer. No te olvides de todas las cosas de las que hemos hablado. Hay antídoto para el sentimiento de pérdida, y es la gratitud. Hay un buen truco para escapar al dolor que causa una pérdida, y es el hecho de dar. Puedes llorar a las once y cuatro minutos de la mañana de Navidad, pero deberías agradecer todo lo que tuvimos. Fue mucho. Éramos muy ricas. Acepta los dones que sanan.

—¡Quédate! —exclamó Kaylee—. ¡Por favor! ¡Solo un poco más!

—Te quiero mucho —dijo Meredith.

—¡Yo te quiero más a ti! —respondió Kaylee.

De repente, tuvo mucho frío. Tenía los pies como el hielo, y tenía las manos rígidas y heladas. De todos modos, no se movió durante unos minutos, esperando y deseando que su madre regresara.

Aquel sueño no había sido como los demás. Parecía completamente real.

—¿Kaylee? —dijo Landry, girándose y sentándose en la cama—. ¿Qué te ocurre?

Ella estaba a los pies de la cama, sentada sobre los talones, temblando y llorando.

—Ha estado aquí —susurró—. ¡Estaba en el porche, y me ha traído un árbol de Navidad!

Landry le agarró las manos y se las frotó.

—¿Has estado fuera? ¡Estás helada!

Ella asintió.

—Mi madre quería hablar conmigo y, mientras hablábamos, yo no

tenía frío. Pero luego, en cuanto se fue, casi no podía aguantar el frío. Ha estado aquí, en el porche. Yo me senté en el columpio, y hemos estado hablando. He soñado cientos de veces con mi madre, pero esta vez ha sido distinto. Era real. Me recordó muchas cosas de las que hemos hablado. Estábamos siempre de acuerdo. Una de las cosas que me decía es que ser buena era la cura para la soledad.

Él le estaba frotando las manos con fuerza.

—Kaylee, ¿cuánto tiempo has estado fuera?

—Me ha traído un árbol. Está en el porche.

Él se levantó de un salto, salió al porche y miró a su alrededor. Entró rápidamente y volvió a la cama.

—No hay ningún árbol —dijo—. Y no hay huellas. Tampoco hay rastro de que nadie se haya sentado en el columpio.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Cómo?

Se levantó de un salto y fue corriendo hacia la puerta. Se asomó al exterior y comprobó que la nieve estaba intacta en el suelo y en la barandilla. Entonces, comenzó a llorar.

Landry la llevó a la cama y la acostó a su lado, y la estrechó contra su cuerpo para darle calor.

—No pasa nada, amor mío. Ha sido un sueño muy bonito.

—Era tan real…

Kaylee volvió la cara contra el pecho de Landry y lloró hasta que se quedó dormida.

Cuando se despertó, el sol estaba bien alto en el cielo, y su luz inundaba la habitación. Landry no estaba a su lado. Ella se levantó, se puso la bata y fue al salón; él estaba en el sofá, tomándose un café. La miró por encima del borde de la taza y sonrió.

—¿Qué tal has dormido? —le preguntó.

Ella se sentó a su lado.

—Ya sabes cómo he dormido. A estas alturas, debes de pensar que estoy como un cencerro.

—Ve a mirar al porche.

Ella se quedó sorprendida y lo miró con recelo. Salió corriendo al porche y vio un árbol de Navidad pequeño en un rincón, justo donde ella había soñado aquella noche.

—¿Lo has puesto tú?

Él hizo un gesto negativo.

—No. Y no he oído acercarse ningún coche. Otis tampoco, porque no ha ladrado. ¿Es como el que había en tu sueño?

—No estoy segura. Es muy parecido. Pero anoche yo estaba completamente concentrada en mi madre. No estoy loca, sé que está muerta, pero, Landry…, creo que anoche vino a verme. De verdad.

—He oído cosas más raras que esa. Lo único que sé con certeza es

que anoche no había ningún árbol ahí, pero ahora sí. Y que tú tuviste una crisis.

—Siento lo que ocurrió, pero fue abrumador. Me alegré tanto de verla… No estaba como la última vez que la vi. Tenía las mejillas sonrojadas y el pelo espeso y brillante. Estaba sana. Recuperada. Y me dijo que creía que teníamos que hablar, que era lo que me decía siempre que pensaba que yo necesitaba consejo. Y cuando estaba un poco enfadada conmigo y pensaba que yo debía controlarme.

—¿Qué te dijo?

Kaylee se quedó pensando un instante, intentando recordarlo todo. No siempre era fácil recordar un sueño, pero sí, recordaba todo lo que le había dicho su madre.

—Necesito un poco de tiempo para aclararme las ideas. Voy por una taza de café.

—Por supuesto. Y cuando tengas ganas, ¿qué te parece si desayunamos un poco?

Ella se llenó una taza.

—Entonces, Otis y tú no habéis oído ningún coche, ¿eh?

Él hizo un gesto negativo.

—A lo mejor es que los ángeles no conducen.

Capítulo 13

Kaylee se llevó el ordenador portátil a Jack's casi por una cuestión de hábito. Había terminado el libro y se lo había mandado a la editora, y ya no tenía que cumplir ningún plazo. Pero quería estar allí, y Jack tenía un buen wifi, así que podía revisar y contestar sus correos electrónicos. Creía que su editora iba a escribirle o llamarla para pedirle que hiciera algún trabajo más en el libro. Creía que, aunque lo hubiera terminado, no era lo suficientemente bueno.

—Lo siento, Kaylee, pero hoy no tenemos wifi —le dijo Jack.

—¡Oh, no! ¿Y cómo os las arregláis?

—¿Yo? —preguntó él, y se echó a reír—. A mí no me vuelven loco los ordenadores, precisamente. Si Preacher está aquí para ayudarme, no tengo problemas. Para mí solo es una herramienta, como un martillo.

—Vaya, me alegro de saberlo —respondió ella, riéndose—. ¿Qué tal van las cosas por aquí?

—Estamos en plenas fiestas —dijo él—, temporada alta. Y vamos a hacer más cestas, por si quieres ayudar. Hay más cosas, aparte de la comida; niños que necesitan una visita de Santa Claus, por ejemplo. Los bomberos voluntarios se van a ocupar un poco de eso. Mel y Paige se han ido a los almacenes de cajas de Eureka.

—¡Vaya! Si lo hubiera sabido, me habría ofrecido a ayudar. Ya he terminado el libro, y puedo trabajar más en todo esto.

—¡Me alegro, Kaylee! Enhorabuena. ¿lo has celebrado?

—Llamé a un par de amigas para contárselo, y Landry y yo hicimos un brindis, pero luego se me olvidó, y no se me ocurrió que todavía pudiera ser útil para el pueblo. Debería haber llamado a Mel. Seguramente, ella no me ha llamado porque piensa que estoy hasta el cuello de trabajo.

—Va a volver dentro de una hora. ¿Y por qué te has traído el ordenador, si ya has terminado?

—No lo sé. Porque nunca voy a ningún sitio sin él. Creo que me siento vulnerable cuando no estoy escribiendo un libro. Además, si no tengo a nadie con quien hablar, siempre puedo leer algo *online*.

—¿Aquí? ¿Nadie con quien hablar? —Jack se echó a reír con ganas

—. Creo que no has conseguido escribir ni una sola frase en este bar. Nadie te ha dejado trabajar.

—¿Te has dado cuenta de eso?

—Kaylee, ¡ni siquiera me dejan trabajar a mí! Por ejemplo, estoy haciendo inventario de las botellas, y alguien me dice: «Hola, Jack, ¿te has enterado de que han visto a un ciervo de ocho puntas en Cummins Pass?». Y, entonces, tengo que hablar de eso, aunque se vea claramente que estaba contando botellas.

A continuación, Jack sonrió y le dijo:

—Te felicito, Kaylee. ¿Vas a volver directamente al sur? ¿Dónde vivías? ¿En Newport?

—En Newport Beach. Pero no voy a volver directamente, porque alquilé mi casa hasta principios del año que viene. La pareja que la alquiló quería quedarse allí hasta el día tres o cuatro de enero. Les dije que me avisaran con quince días de antelación.

—¿Y qué vas a hacer con Landry? Porque, perdóname por fijarme, pero me parece que habéis hecho muy buenas migas.

Ella se echó a reír.

—Hemos estado hablando de cómo vamos a visitarnos. A menudo. Pero no hemos hecho planes concretos todavía. Landry ha sido una gran sorpresa para mí. No me imaginaba que fuera a conocer a alguien como él. Bueno, como sabes, yo creía que iba a quedarme en casa de los Templeton toda la Navidad…

—Sí, es cierto. Y mira lo que ocurrió. Terminaste con un novio, un gato, varios perros y Dios sabe qué más…

—Y eso que lo único que quería era evitar la Navidad…

—Eso lo has mencionado. No recuerdo por qué. ¿Me lo has contado?

—Mi madre murió de cáncer hace un año, la mañana de Navidad. No, creo que no te lo había contado. Sí se lo conté a Mel…

—Ella nunca cuenta nada —dijo Jack—. Y yo me habría acordado de algo así. Lo siento mucho, Kaylee.

—No te preocupes. Pero no soy capaz de celebrar ese día, ¿sabes? Incluso me cuesta pensarlo.

—Ya me lo imagino —dijo él—. Tiene que ser muy duro. Pero hay un árbol de más de doce metros completamente decorado ahí fuera. Eso te lo va a recordar todo el tiempo. Creo que es difícil evitar la Navidad con ese árbol tan presente…

—Es verdad. Oye, por casualidad no habrás puesto tú un arbolito de Navidad en mi porche delantero, ¿verdad?

Él hizo un gesto negativo.

—¿Hay alguna tarjeta?

—Nada. A las dos de la mañana no estaba ahí. Yo… eh… miré por casualidad a esa hora. Pero, cuando me levanté, ahí estaba. Landry me

dijo que no había oído ningún coche, y que Otis tampoco, porque no ladró. Ojalá supiera quién lo dejó…

—La gente del pueblo me sorprende todo el tiempo. En la carretera de Fortuna aparecía un árbol decorado todos los años. Nadie se atribuía el mérito, y en enero desaparecía. Hace un par de años dejó de aparecer, y todos nos pusimos muy tristes, nos preguntamos si habría muerto el hada madrina del árbol. Seguro que alguien estaba intentando asegurarse de que tuvieras unas buenas fiestas, sabiendo que estás sola, aunque no conozcan bien la situación.

—Bueno, en realidad, ya no estoy tan sola, Jack. Me paso la mayor parte del tiempo con Landry. Estamos muy unidos.

Jack sonrió.

—Tenía que suceder —dijo.

Kaylee empezó a pensar en lo que le había dicho su madre sobre el antídoto para la tristeza y, aquella noche, después charlar con Landry y ponerle al día sobre los asuntos del pueblo, llamó a Mel.

—Hoy he pasado por el bar y Jack me ha dicho que estás muy ocupada.

—Sí, es mi temporada alta —dijo Mel—. Yo me he enterado de que has terminado el libro. Debes de estar muy contenta. Y aburrida.

Kaylee se echó a reír.

—Todavía no me ha dado tiempo a aburrirme. Te he llamado para decirte que puedo ayudarte en algunos de vuestros proyectos. Estáis haciendo cestas de comida otra vez, ¿no? Puedo ayudar con eso.

—¡Estupendo! Acepto tu ofrecimiento.

—Y también quería preguntarte cómo está Mallory.

—Teniendo en cuenta la situación, está bastante bien. Tiene mucho apoyo de la familia de su amiga. Están un poco apretados, y tiene que compartir cama, pero son niños, y ya lo han hecho antes. No hay sitio para sus cosas, eso es todo. Pero Jack y yo la vamos a traer a nuestra casa. Vamos a estar hasta la bandera; una de mis cuñadas viene con sus hijos y nietos. Pero nos las arreglaremos.

—Bueno, pues he estado pensando en eso. ¿Tú crees que a Mallory le gustarán los cachorritos?

Mel llevó a Mallory a casa de Kaylee al día siguiente.

—Mel me ha dicho que querías que viera algo —dijo Mallory.

—En primer lugar, lo siento mucho por tu madre —le dijo Kaylee, mientras le daba un abrazo—. ¿Te ha dicho Mel que eso es algo que tenemos en común? Mi madre murió el año pasado. Creo que sé cómo te sientes.

—No me siento muy bien —dijo Mallory—. Pero voy despacio. Mi madre me dijo que fuera despacio, porque no se pueden apresurar los

sentimientos. No sé lo que significa, pero estoy haciendo lo que puedo.

—Lo estás haciendo muy bien —respondió Kaylee—. Mira, Mallory, un día salí de paseo por el bosque y me encontré a una mamá perrita con sus cachorros. Estaba atada a un árbol. Alguien la abandonó allí. Así que la traje aquí, y he pensado que a lo mejor te gustaría ver a los cachorros.

—¡Sí! ¿Estaban bien?

—Sí, aunque tenían mucha hambre. Landry los tiene en su perrera. Te los voy a enseñar—dijo Kaylee, y tomó a Mallory de la mano.

—Yo tengo que contestar a algunas llamadas de teléfono —dijo Mel—. ¿Os importa que me quede aquí mientras vais a ver a los perritos?

—Claro que no. Puede que tardemos un rato —dijo Kaylee.

Se llevó a Mallory a casa de Landry y Otis salió del taller para saludarlas.

—Mallory, ¿conoces a Landry?

—Sí, estoy bastante segura —dijo la niña—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Aquí hago vasijas, estatuas, carrillones, móviles y todo tipo de cosas artísticas —dijo Landry—. ¿Has venido a ver a los cachorros? Cuando terminéis, si quieres, te lo enseño todo.

—Me gustaría verlo, si Mel dice que puedo.

Entonces, Kaylee y la niña salieron al patio y se encontraron a Lady olisqueando el suelo.

—Lady —dijo Kaylee, y la perra se acercó alegremente—. Mallory, te presento a Lady. Cuando la encontré, estaba casi muerta de hambre, pero mira qué bonita está ahora.

—¿Por qué tenía tanta hambre?

—No lo sé, porque no sé qué le ocurrió. Creo que sus dueños no la cuidaban, no le daban de comer. Pero ahora está muy bien cuidada. Ven a ver a los cachorros.

Mallory dio un jadeo de deleite al ver a los perritos en la perrera. Se puso de rodillas y acarició a uno de los cachorros. Después, miró a Kaylee.

—Hay un gatito aquí dentro —dijo, con asombro.

—Sí, ya lo sé —dijo Kaylee, riéndose—. Se llama Tux. También me lo encontré. Era muy pequeño y, cuando llegaron Lady y los cachorros, vino aquí se quedó con ellos. Los cachorros se van a hacer muy grandes dentro de poco, mucho más que Tux, pero él piensa que es uno de ellos.

Lady se acercó y entró en la camita de los cachorros para amamantarlos.

—No creo que sigan mamando mucho tiempo. Se están haciendo muy grandes, y necesitarán comida de verdad. Landry ha empezado a

darles pienso de cachorro una vez al día. Lady es la que decidirá cuándo pueden dejar de mamar y se retirará. Entonces, podremos empezar a buscarles una casa.

Mallory tomó a uno de los cachorros y lo abrazó.

—Creo que eso es lo que me va a pasar a mí también.

—¿Estás preocupada por eso, cariño?

—Un poco. Me gustaría quedarme con la familia de Ali. Los conozco, son buenos, y me quieren, pero…

Mallory se encogió de hombros.

—Hay muchos niños, y no tienen sitio. A lo mejor no tienen bastante comida, o algo así.

—¿Qué te ha dicho Mel?

—Me ha dicho que no tengo que preocuparme, porque ella va a estar siempre vigilando que todo vaya bien —dijo la niña, y le dio un beso al perrito—. Me da un poco de miedo ir a una casa con gente que no conozco. Espero no tener que hacerlo.

—Yo también estaría asustada de eso.

Kaylee cambió de tema y le preguntó a Mallory cuándo había estado por última vez en la biblioteca, y resultó que hacía varias semanas, lo cual era lógico, porque su madre había estado muy enferma y había muerto, había habido un funeral y, seguramente, algunos detalles que arreglar con la casa y el mobiliario…

—A lo mejor podemos ir el sábado que viene —dijo Kaylee—. ¿Quieres que te lleve?

—Sí, claro, pero no sé dónde voy a estar —dijo Mallory.

Kaylee se dio cuenta de que la niña se sentía desarraigada, confusa y preocupada.

—Yo te encontraré, no te preocupes. Y te llevaré.

Se sentaron en el suelo de la perrera y estuvieron acariciando a los perritos y a Tux. Hablaron de libros, y Mallory le preguntó cuánto tiempo se tardaba en escribir uno. Después, preguntó:

—¿Cuándo murió tu madre?

—Hace casi un año.

—¿Y lloras todos los días?

Kaylee hizo un gesto negativo.

—Ya no. Al principio, cuando me dolía tanto, lloré mucho. Pero mi madre siempre me decía que una buena llorera servía para limpiar las tuberías y poder respirar mejor. A veces me sentía como si lo necesitara, ¿sabes?

—Sí, lo sé. A veces sueño con ella —dijo Mallory.

—¡Yo también! ¡Y a veces me parece que es real!

—Creo que a veces sí es real —dijo Mallory—. Cuando sea mayor, voy a escribir un libro sobre una niña cuya madre muere y viene a verla en sueños.

—Sería un libro maravilloso —dijo Kaylee—. Creo que lo vamos a pasar muy bien buscando los libros en la biblioteca.

Y pensó: «Esta niña necesita un iPad para los libros, las películas y las fotos». De hecho, seguramente necesitaba muchas cosas. Lo que se le había ocurrido estaba empezando a tomar forma, y estaba formando un vínculo con Mallory a través de sus madres.

Le pidió a Mallory que le hablara de su madre, y la niña lo hizo. Dijo que trabajaba en un motel de Fortuna.

—Era la encargada —dijo Mallory, con orgullo—. Era la jefa de los demás.

Y siguió hablando del pelo largo de su madre, de la ropa de deporte que se ponía para ir a yoga, de sus amigos del trabajo y de sus amigos del barrio. Cuando era pequeña, tenía abuela, pero se murió.

—Aunque creo que, cuando la gente se muere, te esperan, esperan a que tú llegues después.

—Mucho después —dijo Kaylee.

Miró el reloj. Habían pasado dos horas, y le dijo a Mallory:

—Si quieres ir a ver algunas de las cosas que hace Landry, será mejor que vayamos ya. No creo que Mel pueda estar aquí todo el día.

Fueron a ver a Landry, y Mallory estuvo jugando con la arcilla y las pinturas. Él le enseñó algunas de las herramientas de modelar y le mostró una pieza que acababa de salir del horno, explicándole que era un proceso peligroso por las altas temperaturas. Mallory mantuvo las manos agarradas y no tocó nada.

Cuando Kaylee volvió con la niña a su casita, abordó un tema al que llevaba dando vueltas durante días.

—Tengo una idea y, si no te parece perfecta, dímelo. Tengo una habitación libre en esta casa. No tiene muebles, pero hay sitio suficiente para todas tus cosas si crees que te gustaría venir a quedarte conmigo.

—¿Solo un tiempo? —preguntó Mallory—. ¿Como con la familia de Ali?

Kaylee sonrió.

—Por lo menos, hasta Navidad, para que puedas estar aquí, en tu pueblo, cerca de tus amigos y tu colegio, hasta que encuentren el mejor sitio para ti. Y, si nos gusta, podemos pasar más tiempo juntas. Quiero que tengas opciones diferentes. Si no te parece bien, dímelo. O a Mel. Pero creo que te gustaría. Si quieres, podemos probar hasta Navidad y Año Nuevo. Deberíamos intentar celebrar una Navidad agradable, aunque solo sea por nuestras madres. Si tú quieres.

—¿Y Landry dice que sí?

—Por supuesto. Se lo he preguntado. Esta finca es suya, él creció aquí. Pensé que tal vez pudiéramos ayudarnos la una a la otra a superar la parte más difícil de haber perdido a nuestras madres.

Podemos ir a la biblioteca, ver películas, leer juntas y adiestrar a los perros. Lady se porta muy bien, pero le vendría bien aprender unos cuantos trucos. Y tendremos cerca a nuestros amigos. Tus amigos también pueden venir a verte. A lo mejor quieres invitar a algunos.

—¿Tú quieres que me quede contigo? —preguntó Mallory.

Kaylee asintió.

—Sí. Creo que eres una gran compañera. Pero lo más importante es que quieras tú. Si no es así, lo entiendo. Esta época del año es difícil para algunas personas.

—Podría intentarlo —dijo ella—. Podría ver a Landry haciendo cosas de barro.

—Y, si te sientes incómoda, puedes llamarme —intervino Mel—. Siempre podemos pensar algo. Tu madre me pidió que te cuidara, y lo voy a hacer.

—Creo que esto estaría bien —dijo Mallory.

—Entonces, Landry traerá los muebles de la habitación de tu casa y los pondrá en la habitación de invitados. Y podemos empezar a pensar qué cosas podemos cocinar para las fiestas, y seguro que te gustaría ir de compras. Creo que vamos a estar muy ocupadas.

—¿Vamos a hacer galletas y cosas?

—¿Te gustaría? Bueno, tengo que reconocer que yo no tengo mucha práctica…

Mallory la miró con impaciencia.

—Si sigues los pasos de las recetas, salen bien. Si no, no salen tan bien.

—Eso no se me va a olvidar —dijo Kaylee.

Kaylee no se esperaba que la gente reaccionara así al saber que había acogido a Mallory. La generosidad que tuvieron fue increíble. Era como si le estuvieran demostrando su agradecimiento. Seguramente, el responsable de haber difundido la noticia fue Jack, porque Mike, Preacher y él ayudaron a Landry a llevar los muebles de la habitación de Mallory a la mañana siguiente. Mallory pasó la noche en casa de Ali.

Kaylee Holbrook llevó una enorme bandeja de pasteles y bollos, y Jillian les llevó calabazas, cebollas y pimientos de su huerto de invierno. Paige y Preacher les llevaron un salmón preparado para congelar, y Vanessa y Paul llevaron dos empanadas y una docena de galletas, lo cual le salvó la vida a Kaylee, porque su primer intento de hornear galletas de Navidad no salió muy bien. Además, encontró bastantes paquetes sin tarjeta en el porche. Había panes de plátano, calabacín y arándanos y una bandeja de rollos de canela. También había mantelillos de Navidad bordados a mano, servilletas, guirnaldas

para decorar la barandilla del porche, una corona para la puerta y una cesta llena de adornos.

—Vaya, vamos a tener que poner un árbol —dijo Kaylee.

—Eso no sería muy difícil, ya que vivimos en el bosque —dijo Landry.

Kaylee llamó a su padre y lo sorprendió, porque le invitó a la cena de Nochebuena.

—¿De veras? —preguntó él—. ¡Pues claro que me gustaría ir! ¿Qué puedo llevar? ¿Dónde puedo reservar una habitación?

—La vida se ha puesto muy interesante por aquí —dijo ella—. He acogido a una niña de diez años que acaba de quedarse sin madre, y ella se está quedando conmigo. Landry dice que puedes usar su habitación.

—¿Y dónde se va a quedar Landry? —preguntó Howard.

—Seguro que puedo hacerle sitio en mi casa, pero vamos a cocinar y a cenar en la suya, porque tiene un comedor y una cocina más grandes.

—Veo que las cosas progresan muy bien —dijo Howard.

—Hay una reunión en el pueblo, en Jack's Bar, y luego todo el mundo sale a reunirse alrededor del árbol de la plaza. Me han dicho que hay comida, bebida, villancicos… Todos los años empieza a las seis, cuando se pone el sol y encienden las luces del árbol. ¿Crees que llegarás a tiempo?

—No quisiera perdérmelo.

La semana anterior a Navidad, Kaylee tuvo mucho que hacer con su trabajo de voluntaria. Mallory pensó que ya estaba lista para volver al colegio, y Kaylee pudo ir a comprar y a ayudar con las cestas de comida para Navidad. Todas las noches leía con Mallory, y eso le encantaba. Como tenía sus libros en Newport, descargó el primer libro de la serie de Harry Potter. Si a Mallory le gustaba, compraría la serie completa. Pero, por el momento, tener a aquella niña a su lado, leyendo las dos una página por turno, era una delicia.

Kaylee se dio cuenta de que, cuando los niños sufrían una pérdida como aquella, podían ser fuertes, al menos, por el momento. Mallory se distraía con los cachorros y con los otros niños, se reía y jugaba, pero, al momento siguiente, podía estar triste y sentirse sola. Kaylee estaba pendiente de ella para apoyarla cuando tenía aquellas caídas.

Todos los días estaban llenos de actividad. Kaylee se ocupaba de preparar la cena todas las noches, y de pasar tiempo con Mallory. La mayoría de las noches, tenían en casa a los perros, por lo menos hasta que uno de los cachorritos se hacía caca o pis en el suelo. Kaylee se dio cuenta de que Lady se acurrucaba a su lado, se apoyaba en ella, como si la hubiera elegido para ser su dueña, su mejor amiga.

Landry, por su parte, había ido hasta la costa de compras, para que

Santa Claus no pasara de largo por aquel hogar. Había regalos escondidos en su casa, regalos que iban a poner debajo del árbol de Navidad.

Cuando Kaylee y Landry se abrazaban, por las noches, hablaban en voz baja de las cosas que estaban sucediendo.

—Esto no lo habría imaginado nunca —dijo Landry—. Me alegro mucho de que decidieras traer a Mallory a casa.

—¿Cómo no iba a hacerlo? Sé exactamente lo que está sintiendo.

—Y en cuanto a ti, parece que la idea de ignorar las Navidades se ha desvanecido. Eres la persona más buena que conozco. Cada día estoy más enamorado de ti.

Sin embargo, ella pensaba que la persona más buena y generosa del mundo era él.

—No sé cuánto tiempo podemos tener este regalo. Creo que pueden encontrar una familia de acogida para ella.

—A no ser que le digamos a Mel que deje de buscar —dijo él—. A mí no me importaría vivir así para siempre. En realidad, es tal y como pensaba que sería mi vida.

Ella nunca hubiera pensado que su vida iba a ser así. Pensaba que envejecería con sus libros, con su madre, con sus amigas. Sin embargo, aquellos nuevos hábitos le parecían perfectos.

—Pero Newport sigue estando ahí —dijo.

—Eso no es una tragedia —respondió Landry—. Cada uno puede tener su casa y en ambas hay sitio de sobra para todos. Los dos tenemos un poco de dinero, gracias a nuestros padres. Lo único que necesitamos es hacer un plan y tener un poco de paciencia.

La editora de Kaylee llamó y alabó con entusiasmo el manuscrito que le había enviado.

—Con el suspense has dado en el blanco, y hay muchísimas cosas que me encantan de él, y la ficción para mujeres es un plus maravilloso. Quiero comprarlo, pero, primero, deberíamos hablar de si quieres cambiar de género o añadir otro género a tu lista. Para ser alguien que no estaba muy segura de cómo se escribe una ficción para mujeres, lo has hecho a la perfección.

Hablaron durante una hora, y decidieron dejar para más adelante el resto de la conversación sobre qué hacer con respecto a los géneros.

Landry ayudó a preparar un plato de pasta para comer en Nochebuena. Howard llegó por la tarde y fue recibido por los cachorros y los ladridos de los perros. Y por una hija que lo abrazó riéndose.

—Papá —le dijo, y le dio un beso en la mejilla—. Quiero presentarte a Mallory y a Lady y a los hijos de Lady, y creo que a Otis

y a Landry ya los conoces.

Howard se quedó muy sorprendido, y se le llenaron los ojos de lágrimas. Kaylee sabía que era porque, por fin, lo había llamado «papá» en vez de Howie. La abrazó con fuerza un momento y, después, secándose los ojos, dijo:

—Vaya, vaya, lo que tenemos aquí.

Landry se agachó para secar una mancha del suelo:

—Para empezar, un charco —dijo—. Creo que es hora de que los niños se vayan a la cama. ¿Me ayudas, Mallory?

—Claro —dijo ella, y tomó a dos cachorros en brazos.

—Vamos a ir al pueblo a disfrutar de la fiesta y, después, volvemos a casa a cenar. Papá, lleva tu equipaje a la casa de Landry, y así podemos ir en un coche.

—Me parece bien —dijo Howard—. ¿Nos vamos ya?

—Sí, en cuanto Landry acueste a los perros.

—¿Y estarán bien si no hay nadie en casa?

—Están en la perrera, y Lady es una buenísima madre.

Él agitó la cabeza.

—Es una sorpresa estupenda verte rodeada de perros y de niños.

—Ha sido todo como un torbellino —dijo Kaylee—. ¿Te gustaría comer algo antes de que salgamos? Tengo galletas caseras.

—¿Tú has hecho galletas?

—Sí, pero, por suerte para ti, las que vas a comer las hizo otra persona.

Las calles de Virgin River estaban llenas de coches y de camionetas, y la gente se había reunido alrededor del árbol, en el porche de Jack y enfrente de la iglesia. Por todas partes.

—Dios santo, ¡qué árbol! —exclamó Howard—. ¿Cómo han traído eso al pueblo y lo han puesto en pie?

—Es todo un espectáculo —dijo Kaylee—. Medio pueblo se congrega aquí a mirar, esperando a que se caiga por lo menos una vez, y Jack no los decepciona. Lo traen de las montañas en un tráiler y lo suben con poleas y una grúa de recoger cerezas. Yo no podía dejar de mirar.

—Me encantaría ver algo así —dijo Howard, riéndose.

Mallory tocó el brazo de Kaylee.

—Ali está allí —dijo, suavemente.

—Yo voy a estar aquí mismo, en los escalones delanteros, así que, por favor, no vayas a ninguna parte sin decírmelo, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Y no comas demasiadas galletas. Tenemos la cena esperándonos.

—De acuerdo.

Kaylee se inclinó y le dio un beso en la frente, y la niña sonrió.

—Es casi como si estuvierais hechas la una para la otra —dijo Howard.

—Hace dos meses que la conocí —dijo Kaylee—. Su madre estaba muy enferma, pero yo nunca me imaginé que las cosas terminarían así. Lleva conmigo una semana y no me quiero imaginar que se marcha.

—¿Tiene que irse?

Kaylee se encogió de hombros.

—Mel dice que los Servicios Sociales van a buscar a miembros de su familia, pero Mallory no conoce a ninguno. Lo que necesitamos ahora es tiempo. Aunque tenga las mejores intenciones, no voy a ser egoísta. Quiero que Mallory tenga el mejor hogar posible y que pase allí toda su adolescencia.

—Espero que sea contigo —dijo su padre—. No sé nada de estas situaciones, pero me parece perfecto. Kaylee, estoy muy orgulloso de ti.

Ella tuvo un sentimiento de calidez, y se quedó sorprendida de lo bien que se había sentido al oír aquello por parte de su padre. Un padre que no había estado a su lado pero que, de repente, la llenaba de orgullo y afecto.

—Voy a entrar a ver qué hay de beber. ¿Queréis algo? —preguntó.

—Si tienen algo caliente, por mí, estupendo —dijo Kaylee.

Mientras esperaba, vio muchas caras familiares y saludó a algunos amigos. Era como si llevara varios años viviendo allí. Se sentía muy cómoda entre ellos. El ambiente era festivo, encantador, prometedor. Y sin embargo, como había ayudado a hacer y repartir las cestas de comida, sabía que eran tiempos difíciles.

—Vaya, vaya, me parece que estás disfrutando de las fiestas —dijo Mel.

—¡Ah, hola! —dijo ella. Se giró hacia su amiga y le dio un abrazo —. En gran parte, gracias a ti, sí, me lo estoy pasando bien. Mallory está bastante bien. Hablamos mucho de su madre, pero también estamos haciendo otras cosas para distraernos. Leemos juntas… No puedo creer lo lista que es. Jugamos a juegos de mesa y vemos películas, y ella adora a Lady y a los cachorros. Bueno, y me encantaría saber quién ha llevado toda esa comida y esos regalos de Navidad a mi porche.

—Pienso que quienes lo hayan hecho prefieren permanecer en el anonimato, o te habrían dejado una tarjeta —dijo Mel—. Creo que Jack comentó por ahí que temías el día de Navidad porque tu madre murió en esa fecha. Si alguna vez quieres que se difunda alguna noticia, díselo a Jack.

—¿Estás diciendo que es un bocazas? —preguntó Kaylee, riéndose.

—Es dueño de un bar —dijo Mel—. No puede evitarlo.

—Él dijo que tú nunca cuentas nada.

—Soy matrona —respondió Mel, sonriendo—. Es un requisito de mi trabajo.

Entonces, se puso de puntillas para mirar por encima de todas las cabezas.

—Una de las cosas buenas de criar a los hijos en Virgin River es que es un lugar relativamente seguro.

—¿Relativamente? —preguntó Kaylee, con un titubeo.

—Bueno, hay animales salvajes y bosques, y ríos en los que deberías intentar no caerte, pero hace mucho que no hay ningún secuestro.

Kaylee tomó del brazo a Mel tan rápidamente que Mel se echó a reír.

—Fue hace mucho tiempo, hace diez años, más o menos. Paige Middleton estaba casada con un maltratador que la secuestró, pero no la tuvo retenida demasiado tiempo. Preacher fue a buscarla y la encontró. Su exmarido recuperó el conocimiento después de un rato.

—Tenemos que charlar más, de verdad —dijo Kaylee.

—Salió en el periódico, o no te lo hubiera contado.

—¿Cuánto tiempo tienes pensado seguir siendo matrona? Porque debes de tener muchísimas historias que contar.

—Para siempre —dijo Mel—. Pero ve a charlar con Jack. ¿Estás buscando contenido para tus libros?

—Siempre —respondió Kaylee.

En aquel momento, Howard salió al porche y le dio a Kaylee una taza de chocolate caliente.

—Mel, te presento a mi padre, Howard. Papá, te presento a Mel Sheridan, la matrona del pueblo. Es también la mujer de Jack. ¿Has conocido a Jack en la barra?

—Es posible —respondió él—. Un placer.

—No sabía que iba a venir tu familia por Navidad, Kaylee —dijo Mel—. Es estupendo. Howard, ¿me permites que te enseñe un poco el centro del pueblo y te presente a gente? ¿Kaylee?

—Yo me quedo aquí con mi chocolate, gracias. Le dije a Mallory que estaría en el porche.

Se quedó observando a Mel y a Howard mientras caminaban y se paraban a saludar a la primera pareja con la que se cruzaron, Vanessa y Paul Haggerty. Después, al sacerdote y a su mujer. A continuación, a Tom Cavanaugh con tres chicas, un par de adolescentes y otra más pequeña.

Luego, vio a Mallory y a su mejor amiga, Ali. Estaban corriendo alrededor del árbol con otras dos niñas, y Mallory se estaba riendo. Llevaban serpentinas que brillaban con las luces de Navidad.

Ojalá su madre pudiera ver aquel árbol. O conocer a Mallory. Pero también sabía que, si aquella situación hubiera surgido antes de que Meredith muriera, ella no lo hubiera hecho, no habría acogido a Mallory. No habría ido a Virgin River a recluirse para escribir un libro, no habría conocido a una docena de amigos, a un novio, a un montón de mascotas y a una niña.

«Porque, antes, tú no eras esa persona».

Vaya, eso parecía algo que habría dicho Meredith. A Kaylee se le empañaron los ojos.

Landry se acercó a ella y le rodeó la cintura con un brazo.

—¿Dónde está Howard? —le preguntó.

—Mel se lo ha llevado a ver el pueblo. Hace una noche preciosa, ¿verdad?

—Debe de haber doscientas personas por aquí —dijo él—. Hay comida en la barra, por si te apetece.

—¿Te haces una idea de lo mucho que ha cambiado mi vida desde que vine aquí?

Él sonrió.

—¿Te haces una idea de lo mucho que ha cambiado mi vida desde que llegaste? Todo es diferente. Yo he pasado de ser un artista solitario a no poder estar solo en mi taller porque prefiero estar contigo.

—Creo que voy a tener que quedarme un poco más —dijo ella—. Mallory tiene que volver a su colegio después de las vacaciones de Navidad, porque es donde está aclimatada y cómoda. Puedo ir a Newport Beach y recoger unas cuantas cosas, o podemos ir todos juntos a ver qué tal anda todo un poco más tarde. De hecho, ni siquiera sé si puedo sacarla de este condado. No tengo una posición oficial con respecto a ella, no soy su madre adoptiva. Soy una amiga de la familia. Una vecina.

—No te preocupes —dijo él—. Tenemos muchas posibilidades.

—Ojalá mi madre pudiera ver esto.

—Puede verlo, cariño —respondió Landry, y la estrechó contra sí.

Después de los villancicos, los saludos y los aperitivos, Kaylee y su familia fueron a casa para cenar los espaguetis. Por Mallory, Landry había puesto un árbol de tamaño mediano en cada casa, uno donde iban a celebrar las comidas y, el otro, donde Mallory tenía su dormitorio.

Cuando terminaron de cenar, era obvio que Mallory estaba agotada de jugar con sus amigas, así que Kaylee se la llevó a casa mientras Landry iba a cerciorarse de que los perros estaban bien. Howard se instaló en su habitación.

Cuando Kaylee y Mallory llegaron a casa, había dos paquetes apoyados en la puerta de entrada.

—¿Qué es esto? —preguntó Kaylee, tomando uno de ellos—. Aquí dice «Mallory» y, aquí, «Kaylee». «Abrir en Nochebuena». Bueno, pues vamos a hacer lo que nos dicen.

Mallory asintió.

Entraron en casa y no esperaron a Landry. Abrieron inmediatamente las cajas y descubrieron un par de pijamas iguales, de lunares. Eran elegantes y de buena calidad, y de la talla acertada.

—Oh, Dios mío, qué bonitos —dijo Mallory.

«Ha sido Mel», pensó Kaylee. Ella le había contado a su amiga que su madre le regalaba un pijama todos los años; no recordaba habérselo contado a nadie más.

Estrenaron los pijamas aquella noche y, la mañana de Navidad, se despertaron y encontraron el árbol lleno de regalos, y a Landry haciendo el desayuno. Kaylee llamó a Howard y le dijo que pasara a su casa para intercambiarse los regalos de Navidad, y él llegó con muchos paquetes que tenía guardados en el maletero del coche.

Kaylee había intentado no excederse con los regalos para Mallory, pero le había comprado un iPad y un par de libros caros, un volumen con una encuadernación de lujo de *Harry Potter* y otro de *La colina de Watership*. Le había comprado un par de camisas a su padre y también algunos libros. Y, para Landry, unos libros de fotografías de arte y de perros.

—Me parece que los libros van a estar muy presentes a partir de ahora —comentó Landry.

Kaylee y Mallory se quedaron en pijama mucho tiempo, jugando con el iPad nuevo de Mallory, leyendo, hablando. Al final de la mañana, Mallory se puso un poco triste y se quedó callada. Así que hablaron de sus madres, de lo mucho que las echaban de menos, y de cuánto deseaban que las cosas hubieran sido distintas.

Para Kaylee, aquellas Navidades fueron muy especiales. Aunque había deseado que no llegaran nunca, al final habían sido unas fiestas llenas de magia y de amor, compartidas con gente que nunca había formado parte de su vida. Estaba enamorada de un hombre maravilloso, tenía a una niña que dependía de ella y con quien esperaba estar para siempre, y había recuperado a un padre pródigo que había conseguido abrirse camino hasta su corazón.

Mel llamó por teléfono.

—¡Feliz Navidad! ¿Cómo va todo? —preguntó.

—Muy bien. Y gracias por los pijamas.

—¿Qué pijamas? —preguntó Mel.

—¡Has sido tú, Mel! ¿Pijamas a juego, rojos, para Mallory y para mí? ¡Yo te conté que mi madre me regalaba un pijama todas las

Navidades! Había dos cajas apoyadas en la puerta de casa cuando llegamos, anoche.

—Kaylee, yo estaba en el pueblo. Junto al árbol. No te dejé ningún regalo. Seguro que fue Landry.

Pero, cuando ella se lo preguntó, él juró y perjuró que no había sido cosa suya.

—Te estoy diciendo la verdad. Había una nota, ¿no?

—Pero estaba impresa.

—Creo que deberías aceptar el hecho de que tienes un ángel de la guarda. Y puede que esté en este mundo, o que no. Pero he notado una cosa de la que tú no te has dado cuenta.

—¿Qué?

—Que no te has derrumbado a las once y cuatro minutos de la mañana.

No. Aquella hora se le había pasado y, cuando se dio cuenta, un poco más tarde, sonrió. Fue como si le hubieran devuelto las Navidades. Y multiplicadas por diez. ´

Epílogo

Un año después

Kaylee estaba muy contenta de haber vuelto. Ya no quería celebrar la Navidad en otro sitio que no fuera Virgin River. Habían pasado un par de semanas en Newport Beach un poco antes, para echarle un vistazo a la casa y pasear por la ciudad, por las galerías y la playa. Después, habían vuelto en otoño, para que Mallory pudiera empezar la escuela allí. Kaylee mandó construir un pequeño estudio detrás de la casa, en el jardín, al otro lado de la piscina, para que Landry pudiera trabajar mientras estuvieran allí.

Mallory había cumplido ya once años, y tenía amigos en Newport Beach y en Virgin River. La mayor parte del invierno la pasaban en Newport Beach, donde los inviernos eran menos fríos y la casa era más grande. Además, el aeropuerto también era más grande y resultaba más fácil viajar desde allí.

Landry estaba arreglando el estudio de Virgin River, pero iba a dejar el resto intacto. Se habían convertido en una de esas afortunadas familias que tenían una casa de veraneo. Iban a vivir en Newport Beach durante el curso escolar y a pasar los veranos y las Navidades en Virgin River. Por suerte, a Tux, a Otis y a Lady no les molestaban los trayectos largos en coche.

A Landry le gustaba Newport, y allí había muchas oportunidades para él en las tiendas y las galerías de California del Sur. Y Mallory se adaptó rápidamente a la ciudad y a la playa. Además, estaba feliz de formar parte de la familia que había ayudado a crear.

Kaylee la había adoptado legalmente. El condado había encontrado a dos parientes lejanos de la niña, unos primos segundos de su madre que vivían en Seattle. Esperaban conocerlos pronto, pero Mallory estaba feliz con Landry y con ella, y no tenía interés en irse con otros tutores.

Era como si los tres se hubieran conocido en el mejor momento. Landry estaba solo, Kaylee estaba hundida y Mallory necesitaba una familia.

Kaylee y Landry conciliaban el trabajo y la familia como

deportistas de natación sincronizada. Algunas veces, Landry tenía que visitar galerías y tiendas para vender sus obras, y ella tenía que asistir a congresos literarios y hacer viajes promocionales, pero siempre estaban ansiosos por volver a casa.

Estaban pensando en casarse el año siguiente.

Pero, en aquel momento, habían vuelto a Virgin River a pasar su primera Navidad como familia. Habían visto la ceremonia anual del árbol del centro del pueblo y Kaylee se había pasado días y días haciendo trabajo voluntario para repartir las cestas de comida, y había comprado regalos de Navidad para gente necesitada. Había muchas reuniones sociales, y Howard iba a pasar todas las fiestas con ellos.

Las hadas madrinas de la Navidad volvieron a dejar regalos en el porche de Kaylee. Algunas veces, era obvio quién dejaba los obsequios: verduras de invierno de Jillian, exquisitas conservas de Kelly, moscas para pescar, hechas a mano, de Jack, bollería y pasteles de Paige, y cosas de otras muchas personas que querían agradecerles a Landry y a ella lo que hacían por el pueblo. En aquella ocasión, Kaylee correspondió dejando regalos por las casas de la montaña, libros firmados y dulces caseros.

Y unos días antes de Navidad, apareció un arbolito en el porche de Kaylee. Su madre no se manifestó, lo cual fue un poco decepcionante para ella, pero en el árbol había un adorno que parecía un pijama. Estaba hecho de cristal rojo, como si fuera obra de Landry. También había una serpentina de cristal en la que decía: *Vas a ser muy feliz*.

Y todos lo eran.